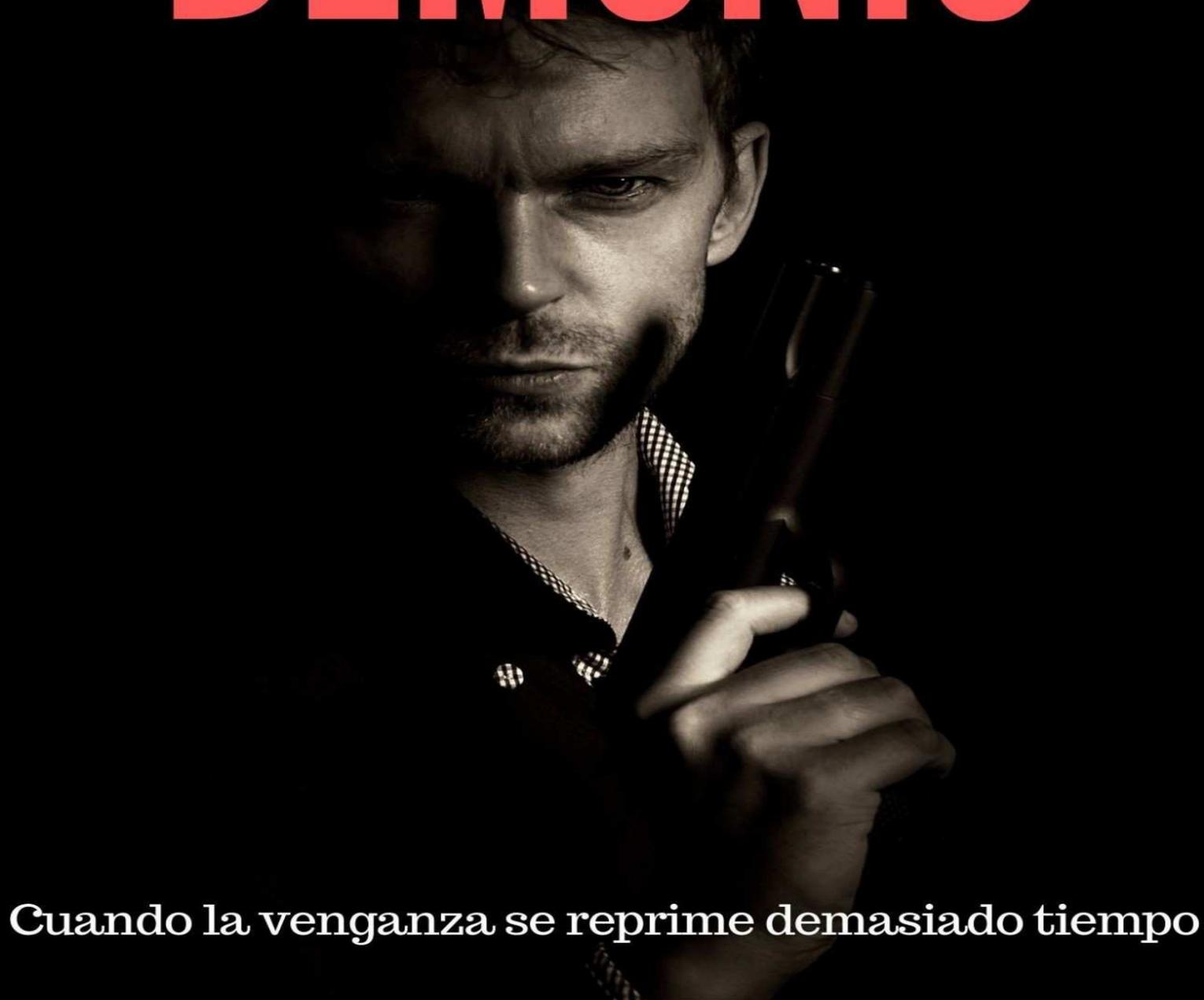


Jaime J. Palacio

DE ÁNGEL A DEMONIO



Cuando la venganza se reprime demasiado tiempo

DE ÁNGEL A DEMONIO

Cuando la venganza se reprime demasiado tiempo

0. UNA VIDA NORMAL

Sergio Valcárcel era un joven de veintiocho años, muy apuesto, alto, moreno de pelo corto, delgado con el cuerpo atlético y siempre iba muy bien vestido. Vivía en una ciudad interior de doscientos mil habitantes que tenía un ambiente muy tranquilo y relajado. Además, tenía un trabajo de lo más normal, una salud perfecta, una novia estupenda y unos amigos entrañables. Su vida era la clásica vida con la que mucha gente soñaba conseguir.

Era una mañana cualquiera, cuando Sergio se levantó de la cama a las siete en punto para ir a su trabajo como contable en una empresa multinacional de la ciudad. Nada más levantarse, puso en marcha la cafetera de la cocina y esperó a que le preparara un café para despertarse y comenzar el día con alegría. Se sirvió la bebida, mezclándolo con leche y edulcorante, y se lo bebió casi de un trago. Pasó por la ducha, se afeitó y se vistió elegantemente como hacía todas las mañanas. Luego desayunó lo mismo de siempre, ya que seguía una dieta muy sana a la vez que restrictiva. Una vez acabó, se cepilló los dientes y salió de su casa para coger el coche en dirección a su trabajo.

Subió al vehículo para irse a la empresa en la que trabajaba, a la cual llegó veinte minutos antes, como de costumbre, y aprovechó el tiempo para poner en orden los papeles que tenía sobre su escritorio. Sergio llevaba más de dos años trabajando como administrativo contable en una empresa multinacional de consultoría, que también se dedicaba a asesorar de forma legal y fiscal a otras empresas.

Nada más entrar en su departamento, ya le estaba sonando el teléfono, pero él no se alteró y respondió con su habitual educación. Su jefe le estaba gritando debido a que uno de sus compañeros había presentado un informe erróneo y quería que Sergio lo arreglara mientras despedía a su compañero, pero él le rogó que no lo hiciera, tratando de convencer con buenos modales a su superior de lo imprescindible que eran sus compañeros de departamento y lo difícil que sería encontrar a gente válida. Aunque su jefe seguía muy enfadado, acabó cediendo y diciéndole que la próxima vez, lo despediría sin aceptar peticiones. Colgó el teléfono y Sergio se sintió contento de haber salvado a uno de sus compañeros del despido, aunque después, éste no se lo

agradeciera.

Pasó el día y ya era la hora de salir de la mayoría del personal de la empresa, pero Sergio siempre se quedaba al menos media hora más cada día, sin cobrar el tiempo extra, para arreglar pequeños fallos de sus compañeros. En el fondo, Sergio sabía que ellos estaban al corriente de las horas extras que él hacía, además de que era plenamente consciente de que se aprovechaban de ello con malicia, pero a él no le importaba; sólo quería que todos fueran felices y disfrutaran de la vida que a veces era tan complicada.

Al salir del trabajo, Sergio se fue al gimnasio durante una hora para ejercitarse y así poder estar en mejor forma. Pasaba casi todo el día vigilando qué comía y luego cómo se ejercitaba. Mucha gente pensaba que era un hombre aburrido, pero él los ignoraba y seguía con su comportamiento habitual. Se ejercitaba al menos tres días a la semana para estar tonificado, igual que el resto de personas que frecuentaba ese gimnasio. Una vez acabado su entrenamiento, quedó con su novia Marta, con la que llevaba cinco años saliendo y con planes de boda para el año siguiente.

Aunque las demás personas nunca lo decían, muchos envidiaban la vida de Sergio. Ellos creían que tenía todo lo que se podía desear; un buen trabajo, una novia estupenda, unos amigos geniales y todo lo que podía pedir. Todo le sonreía. Todos le adoraban. Pero un martes por la tarde de un mes de julio especialmente lluvioso, todo cambió para siempre.

1. LOS NUEVOS INQUILINOS

Era martes siete de julio de dos mil quince. Parecía un día cualquiera en de la vida de Sergio Valcárcel cuando volvía a casa muy tarde, después de haber estado comentando con su novia Marta, varios de los preparativos para la boda que iban a celebrar dentro de nueve meses. Estaba lloviendo a cántaros a pesar de ser julio, pero Sergio llevaba un paraguas como hombre precavido que era y a pesar de ir en coche. Todos esa mañana, le dijeron que era un hombre muy previsor hasta el punto de mofarse de ello en reiteradas ocasiones durante la jornada; risas que se detuvieron con el primer relámpago.

Llegó al aparcamiento del bloque donde vivía. Tenía un apartamento alquilado desde hacía unos años en el tercer piso de ese edificio de cuatro plantas. Subió desde el garaje por el ascensor del bloque y al llegar a su rellano, oyó unos ruidos extraños que venían del ático, la planta justo encima de la suya. Subió por las escaleras y al llegar arriba, vio la puerta de los vecinos que tenía sobre su piso, abierta con varias cajas de cartón apiladas alrededor de la entrada. Se extrañó y metió un poco la cabeza para curiosear, pero antes siquiera de poder echar un vistazo, de dentro salió un hombre de más de cuarenta años, muy malhumorado y con una lata de cerveza en la mano, además de con un cigarrillo en la boca. Tenía el pelo muy poco denso, además de mostrar un color negro muy apagado, casi gris y con una barba de varios días mal afeitada. Llevaba un pantalón de chándal andrajoso marrón azulado con unas sandalias de playa viejas de color verde y una camiseta interior de tirantes de una tonalidad amarillenta, como si hubiera sido blanca cuando la compraron varios años atrás, mostrando su pésima forma física. El hombre le recriminó lo que hacía.

—¿Eh? —gruñó el hombre de mala manera— ¿Quién eres tú? ¿Vienes a robar?

—Discúlpeme, señor —respondió Sergio sintiéndose avergonzado de haber intentado echar un ojo para ver qué había dentro—. Me llamo Sergio y soy el vecino de abajo, del tercero segunda.

—Me importa una mierda. A menos que quieras ayudarme a cargar los muebles que tengo en la camioneta de abajo, lárgate.

—Lamento si le he molestado... —Y sin dejarle terminar, el hombre le cerró la puerta en las narices, dejando al muchacho sorprendido.

Sin más dilación, Sergio decidió volver a su piso con una amarga sensación.

Entró en su casa. Se trataba de un apartamento de setenta metros cuadrados, de dos habitaciones y una salida a un balcón desde el comedor. Después de cruzar el recibidor, un pequeño pasillo de dos metros cuadrados, entró en la sala principal y allí oyó mucho ruido de muebles que estaban siendo arrastrados en el piso de arriba. Pensó que sería normal en una mudanza, por lo que no le dio mucha importancia y continuó con sus quehaceres habituales. Pero los ruidos siguieron durante horas, incluso ya había anochecido y, estando tumbado en la cama intentando dormir, no paraba de escuchar alboroto que le impedía descansar. Harto de la situación, se vistió y subió a casa de sus nuevos vecinos para pedirles que cesaran en su empeño de no dejarle dormir.

Abrió la puerta de su piso y en el descansillo se encontró con Marcos, uno de sus vecinos de rellano. En ese bloque, vivían cuatro pisos por planta y este vecino en particular, era un estudiante universitario a quien le gustaba la fiesta más que cualquier otra cosa en la vida. Era el típico chico de veintidós años vestido de forma casual y con el pelo castaño y despeinado, además de llevar infinidad de pulseras de hilo en la muñeca derecha, y en la izquierda, un viejo reloj pulsómetro que compró para motivarse para salir a correr.

—¿Cómo estás, Sergio? —dijo Marcos con actitud animada —¿Te vienes con mis amigos de fiesta?

—Lo siento, pero mañana trabajo.

—Qué serio y formal que eres, tío.

—Lo que digas. Por cierto, Marcos, ¿sabes algo de quién está en el ático segunda?

—Pues creo que han venido esta tarde. Mi madre ha salido a cotillear, como hace siempre con todo, y dice que uno de ellos tenía que ser un delincuente, porque la ha mirado de mala manera. Supongo que debe de ser como yo, porque siempre me dice que si no fuera su hijo y me viera por la calle, se cambiaría de acera.

—Ja ja, vaya con tu madre. No, sólo lo digo porque fijate la hora que es y todavía están haciendo ruido. No me dejan dormir en paz. Voy a ir a quejarme.

—Vaya, pues ten cuidado. ¿Quieres que te acompañe por si acaso se ponen

violentos?

—No, muchas gracias, Marcos. Pero sólo voy a comentarles que ya es muy tarde.

—Como quieras. En fin, que te sea leve, Sergio —dijo Marcos metiéndose en el ascensor con su actitud alegre y despreocupada de siempre.

Sergio se quedó dubitativo unos segundos hasta decidió subir con confianza. Una vez delante de la puerta, pulsó el interruptor que llamaba al timbre, pero éste parecía haberse estropeado porque no lo oía sonar, de modo que picó a la puerta con tres ligeros golpes. Desde el otro lado, se oyeron unos pasos que se dirigían hacia la entrada y posteriormente se escuchó cómo abrían la mirilla para ver quién había. La voz de una mujer madura, muy cascada, se oyó a través de la puerta.

—¿Quién es? —preguntó la mujer con una voz seria.

—Soy el vecino del tercero segunda —respondió Sergio sintiéndose ligeramente nervioso por la situación—. Lamentó molestarles pero tengo problemas para dormir con tanto ruido de arrastre de muebles.

—¿Ruido de muebles? No estamos moviendo muebles. Te lo estarás imaginando.

—Lo siento, señora; pero es la primera noche que se oyen y no creo... — Y sin poder acabar la frase, la puerta se abrió.

Apareció una mujer madura de unos cincuenta años, fumándose un cigarrillo y con expresión de superioridad. Era rubia, aunque se le veían raíces negras y grises. A pesar de no ser una mujer particularmente atractiva, su rostro tenía algo que lo hechizaba lujuriosamente. Vestía con un camisón abierto de seda de color plata por el que se podía observar perfectamente la ropa interior de color negro que llevaba. Al verla, Sergio se quedó sin saber muy bien cómo hablarle.

—¿Qué te ocurre, jovencito? ¿Quieres un poco de esto? Por un buen precio, puede ser tuyo por esta noche.

—¿Eh? No no no, gracias. Yo tengo novia —respondió él muy nervioso—. Verá señora...

—Marlene. Mi nombre es Marlene. ¿Cómo te llamas, jovencito?

—Sergio.

—¿Sergio? Un nombre muy formal. ¿Quieres entrar y pasar un buen rato con nosotras, Sergio? También hay chicas más jóvenes; por ejemplo, mi hija que tiene veinticinco años.

—Lo siento, pero no me va ese rollo. Me voy a casar el año que viene y mañana tengo que ir a trabajar. Así que pido amablemente que dejen de hacer ruido, por favor.

—Como quieras. Pero es una pena desaprovecharte mientras duermes alejado de mí para ir mañana a un trabajo que seguro odias —dijo la mujer mientras Sergio estaba abrumado por la situación. Al ver que el joven no respondía, le guiñó un ojo y cerró la puerta.

Sergio bajó por las escaleras y volvió a su piso. Una vez dentro, se dio cuenta en seguida de que no paraban de mover muebles constantemente, de modo que decidió agarrar el teléfono y llamar a la policía.

Marcó el número de las autoridades y les explicó lo que estaba pasando, pero ellos dijeron que no podían responder a su solicitud debido a la gran cantidad de avisos que tenían esa noche y de la prioridad de tales emergencias. Sergio colgó y se sintió impotente; nunca antes había tenido un problema así. Por su mente se le pasaban varias opciones como subir de mala manera, cosa que nunca antes había hecho o intentar irse de a dormir cambiándose de habitación si fuera necesario. Decidió la segunda, debido a que nunca solía hacer nada fuera de lo común. Intentó dormir en su cama, pero al oír el fuerte ruido en la habitación en la que estaba, se cambió al sofá del comedor; pero no tuvo éxito, ya que su piso no tenía más que setenta metros cuadrados haciendo que no pudiera escapar de las molestias.

Mientras estaba tumbado, por su mente comenzaron a surgir varios pensamientos. Eran imágenes del pasado, de gente que le había hecho daño, lo había molestado o se había aprovechado de él. No entendía por qué tenía estos pensamientos en ese momento, de modo que trató de reprimirlos todo lo que pudo. Encendió la televisión pero la programación que daban era tan pésima que decidió mirar vídeos varios por internet con los auriculares puestos.

Faltaba sólo una hora para que amaneciera y el ruido de muebles arrastrados habían mutado a pasos de gente que caminaban de un lado al otro del piso. Los vecinos de arriba estaban andando con tacones y lo hacían con ganas de molestar. Sergio, que no había conseguido pegar ojo, suponía que uno de los pasos era de la mujer llamada Marlene, que se le había ofrecido por un buen precio. Aunque nunca había usado de esos servicios, Sergio sabía perfectamente qué era y no le hacía nada de gracia tener a gente así sobre él. Perdido en sus pensamientos, el despertador sonó a las siete en punto desde su dormitorio. Sergio maldecía haber pasado la noche en vela, pero no podía

hacer nada en ese momento, así que se fue a apagar la alarma, se vistió y se preparó un café. Mientras lo bebía, se dio cuenta de que no se había duchado, de modo que volvió a maldecir su vida y se metió en la ducha con el café todavía en las manos.

Cuando salió de casa para coger el coche, se encontró de nuevo con Marcos, el vecino con el que hacía unas horas había coincidido en el mismo lugar. Se saludaron como dos almas que lleva el diablo, uno porque volvía de fiesta y el otro porque le habían dado una buena fiesta. Por la cabeza de Sergio pasaron varios pensamientos, como subir a gritar a sus nuevos vecinos y amenazarlos con denunciarlos, pero estaba demasiado cansado para hacerlo, por lo que tomó el ascensor y bajó hasta el aparcamiento. Mientras iba al trabajo, se encontró con un atasco, el mismo que cada día conseguía evitar debido a que salía mucho más pronto de su casa, pero esta vez tuvo que soportarlo.

Llegó a su oficina cinco minutos tarde y todos sus compañeros le estaban esperando sorprendidos de que no fuera el primero en llegar. La cara que traía Sergio era la de alguien que no quería ser molestado, ni siquiera que le respiraran cerca. Se sentó en su silla y se quedó mirando la pantalla apagada de su ordenador por más de cinco minutos.

Mientras Sergio iba volviendo a su casa, pensaba en el día desastroso que había tenido. Todo le había salido mal. El café de la máquina estaba malo, su jefe le había gritado, uno de sus compañeros llamado Gabriel le había dejado en ridículo con una broma de mal gusto y además se había manchado sin querer al ir al baño. Pero estaba contento de que por fin, podía llegar a su hogar y dormir esa noche. Nada más entrar en el piso, no oyó nada, lo que agradeció enormemente. Se sentó en el sofá y se quedó dormido profundamente, pero una hora después, un fuerte estruendo lo despertó.

Alguien estaba golpeando a su puerta. Era un hombre muy enojado que gritaba con fuerza «¡Sal si eres hombre!». Sergio se asustó, no quería abrir, pensaba que se habrían equivocado, de modo que dejó que el hombre golpeará unos instantes hasta que se fuera al darse cuenta de que no era el lugar al que quería ir. Pero una sorpresa más sucedió, el hombre alterado gritó su nombre y Sergio se asustó mucho más, de modo que agarró el teléfono y llamó a la policía.

Cuando descolgaron el teléfono, le preguntaron qué estaba pasando y Sergio les informó de que había un hombre muy alterado golpeando su puerta

sin parar. La policía comentó que mandarían una patrulla cuando tuvieran una disponible, que en ese momento tenían que priorizar otros avisos antes que el suyo. Esto molestó a Sergio, quien dijo que un loco estaba aporreando su puerta y que en cualquier momento podía echarla abajo y hacerle daño, pero el policía al teléfono le respondió que ellos no podían hacer nada. Colgó el aparato muy enfadado, pero luego decidió armarse de valor e ir a abrir la puerta antes de que el hombre loco, la echara abajo. Supuso que estarían todos los demás vecinos en el rellano debido al ruido que hacía ese hombre, por lo que no estaría solo y si las cosas salieran mal, le ayudarían.

Miró por la mirilla y sólo había un hombre, el mismo que ayer le había recriminado que mirara por la puerta de ático segunda cuando subió a ver quién había en ese piso.

—¡No pienso abrir hasta que no te calmes! —dijo Sergio a través de la puerta con voz temblorosa, lo que puso mucho más furioso al hombre.

—¡Abre, hijo de puta! Que te voy a partir la cara.

—No hasta que no me digas qué pasa.

—¡Tú me has robado un paquete! Ayer cuando viniste, te lo llevaste.

—Yo no te quité nada, además tú me viste. ¿No te has percatado de que te faltaba hasta ahora?

—Sé que has sido tú. ¿O no subiste por la noche?

—No pasé de la puerta. Escúchame, acabo de llamar a la policía y viene para acá, de modo que si quieres denunciar un robo, se lo dices a ellos.

—¿La policía? ¡Cabrón, hijo de puta! Ya hablaremos —respondió el hombre muy nervioso y se fue corriendo para el piso de arriba.

Pasaron las horas y Sergio decidió olvidarse de la situación vivida; además, la policía no había aparecido por el lugar. Habló por teléfono con su novia, a quien le contó la situación de una forma cómica para no preocuparla y terminaron hablando de cómo les había ido el día y demás. Cuando colgó el teléfono, decidió salir al balcón a tomar un poco de aire fresco.

Al salir fuera, vio que el lugar estaba lleno de basura. Restos de comida, envases, colillas de cigarrillos y demás porquerías. Como vivía en un tercero, supo que no se podía tratar de alguien que lo hubiera lanzado desde la calle, como tampoco podría haber sido sus vecinos de al lado, ya que no parecían los típicos que hacían eso y menos a él, con quien apenas tenían trato. De modo que sólo le quedaba un posible culpable, los vecinos de arriba. La idea de subir a quejarse no le hacía nada de gracia, ya que hacía unas horas, el

hombre que vivía allí, le estuvo aporreando la puerta como un loco.

El piso de Sergio tenía un balcón de unos cinco metros cuadrados que estaba saliendo del comedor. Lo tenía decorado con algunas plantas, pero lo que más le gustaba, era la pequeña mesa redonda de madera con dos sillas en la que solía pasar alguna que otra tarde de fin de semana, tomándose un café para disfrutar del momento. En cambio, los pisos que había encima, eran dúplex, es decir, tenían dos plantas y además, no tenían un balcón igual que el de los pisos inferiores. Donde tenían el comedor, había dos ventanas y encima de ellos, en la segunda planta, sí tenían una salida, pero era una terraza de unos veinte metros cuadrados, ideal para disfrutar del cielo nocturno.

Sergio se enfadó mucho y decidió a llamar a la policía de nuevo para contarles que los vecinos le estaban llenando de basura su balcón. Pero igual que unas horas atrás, el agente al teléfono le dijo que tenían otros avisos por atender y que no podían pasarse, pero si quería, podía acercarse a la comisaría para denunciarles. Colgó el teléfono y estuvo pensando por unos minutos hasta que cogió las llaves del coche con la intención de irse a la comisaría a denunciarles.

Antes de salir de su casa, el timbre de su piso sonó una sola vez y aprovechando que iba hacia la salida, abrió la puerta. Allí se encontró con una chica joven, de metro setenta, rubia de pelo largo, de alrededor de veinte años y vestida de manera muy provocativa como la mujer que le abrió el día anterior en el piso de arriba, aunque su cara reflejaba agotamiento y frustración. Se quedó mirando a Sergio hasta que le dijo:

—¿Eres Sergio? —preguntó la chica con voz agotada —Soy la vecina de arriba. Mi madre me lo ha contado todo. Lamento decirte esto pero mi tío está un poco loco. Ha perdido un paquete muy importante y se ha alterado. Pero ya lo ha encontrado, así que ya no tienes que sufrir sus ataques.

—¿Bromeas? —respondió Sergio reprimiéndose la ira que sentía —Ha estado aporreando mi puerta por más de cinco minutos y no sólo eso, me habéis llenado el balcón de basura.

—¡Ah, eso! No tienes de qué preocuparte. Verás, resulta que mi tío se ha enfadado mucho y luego mi hija de seis años, que es muy empática, ha vaciado la basura en tu balcón como venganza. Pero ya no lo volverá a hacer. ¿Nos perdonas?

—Pues más os vale que no suceda de nuevo. Estaba a punto de ir a la policía.

La mujer cambia su expresión a una llena de frialdad. Se le acerca a escasos centímetros de la cara cuando le comenta en un tono muy amenazante:

—Ni se te ocurra llamar a la policía o tendremos serios problemas. Mejor dicho, tú tendrás serios problemas. ¿Entendiste? —Y sin esperar una respuesta, se dio media vuelta y se fue para arriba por las escaleras.

Sergio estaba con una sensación que mezclaba la ira y el miedo. Cerró la puerta y decidió recoger la basura de su balcón. Mientras lo hacía, una sensación de frustración se apoderaba de él. Por su mente se preguntaba por qué tenía que limpiar la basura que los demás le habían echado a su casa, pero intentó callarse los pensamientos y fingir una sonrisa tal y como había hecho hasta entonces. Mientras volvía dentro con la bolsa de basura llena, volvió a escuchar el ruido de tacones que ahora se mezclaban con música alta. De modo que pensó que ya que tenía que bajar la basura al contenedor, aprovecharía para ir a la farmacia a por tapones para los oídos.

Volvió a casa al cabo de una hora, después de haber estado caminando un rato más para calmar su mente de los pensamientos de ira y rencor que le venían cada vez con más fuerza. Una vez dentro, se puso los tapones en los oídos y parecía que no oía nada, salvo los latidos de su corazón que se escuchaban con fuerza. Se fue a dormir y programó su despertador, además de la alarma de su teléfono móvil a las siete, por si acaso no oía alguna de ellas por culpa de los tapones.

Esa noche durmió bien y al día siguiente se levantó normal, como de costumbre. Hizo lo mismo que hacía siempre, se tomó su café, se duchó, se afeitó, se vistió y desayunó. Salió del trabajo más pronto que el día anterior y llegó tan puntual como de costumbre. Sergio se sentía feliz de que ese día fuera de lo más normal. Pasaron las horas hasta que llegó el momento de volver a su casa.

Al llegar a su hogar, todo parecía normal en un principio, de modo que se quedó en silencio; pero de pronto, comenzó a oír el ruido de algo goteando. Así que miró en su cocina, que era abierta con respecto al comedor, pero del grifo del fregadero no salía agua. Luego miró en el baño, pero tampoco vio nada. Estaba pensando que podría venir de algún lugar de afuera, pero comenzó a seguir el ruido que lo terminó llevando hasta su habitación; allí se encontró con la sorpresa.

Nada más entrar, pudo ver que a sus pies, el suelo estaba lleno de agua. Aunque sólo era un par de milímetros, ya era suficiente como para filtrarse al

piso de abajo. Miró arriba y vio que caía agua del techo. Corriendo fue a buscar un cubo y una fregona para intentar quitar la mayor cantidad de agua posible. Estaba muy nervioso. Aunque una vez lo tuvo controlado, dejó el cubo debajo de la gotera y se fue para arriba a ver qué pasaba.

Subió hasta el ático hecho una furia sin. Golpeó la puerta con enfado y de allí salió el hombre que ayer había estado llamando a su puerta como un loco.

—¿Qué quieres!?! —gruñó el hombre muy malhumorado y medio dormido —¿Te conozco?

—Se me está inundando la casa —respondió Sergio muy alterado—. El agua viene de este piso.

—¿Y quieres que vaya a arreglártelo? Te va a costar dinero.

—Lo que quiero es que cierres el grifo, que se me está inundando la casa.

—Vale, vale. Es que estaba durmiendo una pequeña siesta y me debo haber dejado un grifo abierto. Sin rencores, chaval. Voy a cerrarlo —dijo el hombre con actitud despreocupada y cerró la puerta dejando a Sergio sin descargar todo su enojo. De modo que dio media vuelta y volvió a su casa.

Al llegar a la habitación, parecía como si el agua dejara de fluir con tanta energía y cada vez más, las gotas iban cesando. Trató de secar como pudo su suelo que para su suerte, era de baldosas de cerámica y no de madera. Se estaba empezando a cansar de que los nuevos vecinos, con sólo dos días en el bloque, ya le habían sacado más de quicio que cualquier otra persona en años.

Una vez terminado, llamó a su seguro para informarle de la gotera y quedaron en mandarle un perito para comprobar los daños. Luego de eso, se dispuso a salir a su balcón para relajarse, pero una vez allí, vio un pequeño riachuelo de agua cayendo en su balcón desde el piso de arriba. Salió del todo, miró hacia arriba y lo que vio le sorprendió primero, luego le provocó asco y finalmente lo enfadó tremendamente. Era el mismo hombre de antes, quien estaba orinando sobre sus plantas como si llevara horas sin ir al baño.

—¿Pero qué haces, asqueroso!?! —gritó Sergio a su vecino, quien se lo quedó mirando como si le importara bien poco que estuviera allí. Siguió hasta que terminó.

—Es que el baño está ocupado —respondió con una actitud mucho más despreocupada que la que tuvo antes—. Deberías darme las gracias, porque tus plantas parecías un poco secas.

—Eres un puerco. Te voy a denunciar.

—Lo que quieras —dijo el hombre con una actitud soberbia y momentos

después, se marchó del lugar.

Sergio volvió para dentro y se enfadó como nunca antes. Farfullaba constantemente consigo mismo y dándole vueltas a qué podía hacer mientras iba de un lado al otro de la casa muy nervioso. Al final, decidió salir de casa para darse una vuelta y despejarse.

Bajó las escaleras deprisa y con cara de pocos amigos. La vecina del primero, una mujer mayor muy encantadora llamada Eulalia Gómez, lo saludo, pero él le echó una mirada de enfado hasta que se dio cuenta que ella no tenía culpa de nada.

—Buenas noches, señora Gómez —contestó calmándose Sergio y arrepintiéndose de su mirada helada—. Discúlpeme, pero no he tenido un buen día.

—No pasa nada. Todos tenemos malos días, lo importante es que sólo sean unos pocos. Por cierto, ¿qué haces a estas horas por el rellano?

—Me voy a dar una vuelta para despejarme. ¿Y usted? Ya es muy tarde.

—He estado en un velatorio. Se ha muerto una conocida mía y he ido a darle el pésame a la familia.

—¡Oh! Cuanto lo siento. Mis condolencias, señora Gómez.

—Gracias, Sergio. Eres un encanto. Bien, procura ir con cuidado, que a estas horas no hay más que gente mala por la calle.

—Lo tendré. Gracias por el consejo.

Se despidieron y Sergio prosiguió hacia la calle, pero esta vez un poco más calmado.

Sergio estuvo vagando por las calles de la ciudad durante horas y tomó la decisión de entrar en un bar que estaba abierto. Ya eran cerca de las dos de la madrugada y las personas que andaban por la calle parecían llenas de sueño o de alcohol.

Entró en ese bar, un local, llamado *Tres Copas*. Era un bar nocturno normal y corriente, decorado con maderas de roble, con una barra a un lado y varias mesas con clientes frente a ella. Además, se oía música de jazz suave que le daba un toque de elegancia al lugar. El sitio estaba bastante vacío, seguramente por ser jueves por la noche, pero Sergio se sentó en un taburete de la barra y el camarero que estaba secando un vaso con un trapo se le acercó.

—Es la primera vez que te veo por aquí, jovencito —dijo el camarero—. ¿Qué te sirvo?

—¿Me pondría un cortado descafeinado, corto de café con la leche desnatada y con stevia?

—¿Pero qué cojones? —interrumpió un hombre ebrio que estaba justo a unos taburetes de distancia del muchacho —A estas horas y en este lugar, está prohibido tomar mariconadas.

—Tú ni caso, chico —respondió el camarero relajando el ambiente—, pero lamento decirte que se nos ha acabado la leche desnatada y no tenemos stevia, sólo azúcar y sacarina.

—Está bien, ponme un cortado con sacarina, ya no me importa.

El camarero se va hacia la cafetera y prepara la bebida. Luego se la lleva y se aparta del joven para darle espacio. Sergio le echa la sacarina y empieza a mover la cucharilla en dirección a las agujas del reloj mientras mira fijamente dentro de la taza. Se pierde en sus pensamientos por un rato hasta que decide beberse el café de un sorbo. Pone la taza sobre el platito y se dirige al camarero para preguntarle cuánto le debe mientras saca unas monedas del bolsillo. Después de pagar, el camarero le pregunta:

—¿Un mal día?

—Pésimo. Pero por fin termina. Veremos cómo será mañana.

—No se preocupe, mañana también estamos aquí. Si desea venir, estamos abiertos de nueve de la noche a tres de la mañana.

—Gracias, lo tendré en cuenta —Y diciendo esto, Sergio se levantó del taburete y se marchó hacia su casa.

Cuando llegó a la puerta de su casa, vio que alguien, lo más seguro es que fuera uno de los vecinos de arriba, le habían puesto goma de mascar en la cerradura. Intentó quitarla pero todavía estaba muy fresca y le daba mucho asco, sobretodo sabiendo a lo que se dedicaba la gente que vivía arriba. Aunque le daba repulsión tocar aquello, lo quitó como pudo usando un recibo que casualmente llevaba en la cartera. Luego, subió al piso del cuarto rellano y se lo pegó en la cerradura de la puerta del apartamento encima del suyo, el ático segunda. Volvió a bajar y entro en su casa. Dentro, agarró alcohol de curar y frotó la cerradura para limpiarla a fondo y que no quedara ningún germen en ella. Se lavó las manos también con alcohol y posteriormente con agua y jabón normal. Se puso los taponés en las orejas y se fue a dormir unas pocas horas.

Era viernes y el despertador no sonó, pero Sergio se levantó a las siete y media, treinta minutos más tarde de lo normal, aunque no pareció importarle

mucho. Se arregló rápidamente y se fue para su trabajo. Algo estaba cambiando en la mente de Sergio, ya no era tan cuadriculado como sólo unos días atrás. Aunque sí que era todavía una persona muy formal y educada, su mirada parecía vaciarse con el el paso de las horas, y sus pensamientos parecían volverse cada vez más oscuros, como si algo estuviera despertando de su letargo.

Pasó el día, y ya por la tarde, quedó con su novia en casa de ésta. Ella notaba algo extraño en el comportamiento de su futuro marido, como si hubiera alguna cosa que le preocupara.

—¿Estás bien? —preguntó su novia Marta con tono preocupado —Te noto extraño, Sergio.

—Es sólo el tema de los nuevos vecinos. Ayer cuando llegué a casa, me encontré chicle pegado en la cerradura.

—¿Lo has denunciado?

—¿Para qué? Si llamé cuando el loco ese me estaba aporreando la puerta y no quisieron venir. No, no puedo dejar que me afecte. Es más, debo pensar en que sólo me quedan nueve meses y nos iremos a vivir a nuestra nueva casa. Sólo nueve meses y todo cambiará para mejor.

—¿Seguro que estás bien? —insistió Marta todavía preocupada.

—No te preocupes, cariño; todo está perfectamente.

Pasaron las horas y Sergio se quedó a dormir en casa de su novia; pero extrañamente, no podía descansar tranquilo. Por su mente pasaban las imágenes de sus nuevos vecinos haciendo trastadas a su piso, ya sea en la puerta, en el balcón o directamente con una nueva gotera. Pero esos pensamientos se combinaban con imágenes de su pasado atormentándolo. Veía como se habían aprovechado de él en la mayoría de circunstancias y de cómo seguían haciéndolo actualmente, sobretodo en el trabajo. No podía descansar debido al dolor que sentía por ello.

Llegó el sábado y Sergio fue a su piso. Se le pasó por su mente una infinidad de cosas, pero al estar delante de su puerta, vio que no había nada extraño. Entró rápidamente y cerró la puerta. Un extraño sentimiento le recorría todo el cuerpo y no tardó en darse cuenta que, en su balcón, había de nuevo basura, aunque esta vez parecía que hubieran ido a buscar toda la que había en los contenedores y la hubieran subido a su piso para luego tirársela a su terraza. Esto le molestó enormemente. Sacó varias fotos del estado del lugar y se dio media vuelta para salir de casa con dirección a la comisaría de

policía.

Cuando llegó a la comisaría, tuvo que esperarse más de media hora a que le atendieran, pero esto le sirvió para que se calmara un poco. Habló con el policía, quien le escuchó atentamente y redactó todo lo acontecido punto por punto de forma muy mecánica. Con el paso del tiempo, Sergio veía que al policía no le importaba lo más mínimo su situación, pero esa era la única forma que tenía de intentar arreglar las cosas de forma correcta.

El policía terminó de redactar y le dio las copias para que las firmara. Él se llevó una y el agente le comentó que esos casos no suelen prosperar muy bien, ya que es la palabra de uno contra la de otro. Debía de conseguir pruebas que demostraran que habían sido ellos y que lo hacían con malicia.

Mientras Sergio volvía a su casa, recibió la llamada de uno de sus amigos, diciéndole si quería salir esa noche, ya que todos los demás iban a ir y sin él no estarían completos. Sergio pensó que le iría bien relajarse un poco del problema de las basuras, de modo que aceptó. Volvió a casa y de forma completamente despreocupada, agarró toda la basura y la tiró por el balcón hacia la calle. Pensaba que si alguien viera las bolsas, se daría cuenta que podrían ser de cualquiera o incluso, relacionarla con los vecinos de arriba. Antes de arrojarla, miró que no viniera nadie por la calle, y con más cuidado aun, de que nadie le estaba mirando a él, sobretodo sus vecinos de arriba. Terminó y se metió para dentro. Sabía que no estaban mirando porque se oían de nuevo los tacones de varias personas yendo de un lado al otro, además de por alguna razón, los muebles eran arrastrados de nuevo.

Salió de casa y se encontró con sus amigos en un bar. Mientras pedían las bebidas, Sergio sorprendió a todos los demás cuando pidió una cerveza, ya que nunca bebía alcohol.

—¿Qué te pasa, Sergio? —preguntó Rubén, uno de sus amigos —No te estarás muriendo, ¿verdad?

—Claro que no. Sólo que me apetece tomarme algo diferente.

—No te metas con él —interrumpió Miguel, otro de sus amigos—. Seguro que como se va a casar, quiere disfrutar de la soltería antes de que sea demasiado tarde.

Todos empezaron a reír. Y allí pasaron varias horas esa noche, comentando todo lo que les había pasado esa última semana. Sergio por su parte, no mencionó los problemas con sus vecinos nuevos, esa noche quería desconectar y el hecho de haber lanzado la basura por el balcón, le había

provocado una clama que no había sentido en años.

2. ESTALLA LA GUERRA

Varios estruendos despertaron a Sergio a las nueve de la mañana de un domingo. Todavía estaba en la cama, debido a que la noche anterior salió con sus amigos. Del piso de arriba venía lo que parecía ruido de obras en el cuarto de baño. Se oía la taladradora y el martillo dando golpes de forma constante sin parar. A pesar de llevar los taponos puestos en los oídos, el ruido era tan fuerte que no podía hacer más que maldecir su suerte.

Se levantó de mal humor y decidió vestirse para ir a gritar a sus vecinos de arriba por hacer obras un domingo por la mañana. Tenía dolor de cabeza debido a la resaca, porque anoche no sólo bebió unas cuantas cervezas, también se tomó varios combinados que ahora le estaban pasando factura. Se vistió y subió a quejarse. Llamó a la puerta y al abrirse, salió un hombre muy musculado de unos treinta años. Tenía una cara que daría miedo a cualquiera, vestía ropa vieja llena de polvo y cargaba bolsas llenas de runas. Pasó de largo sin mirarle y dejó la puerta abierta. Sergio echó un ojo dentro y apareció la chica joven que el otro día lo fue a ver a su puerta.

—Vaya, vaya —dijo la chica vestida con lencería y tacones mientras se apoyaba en la puerta—. ¿A qué has venido, Sergio? ¿Quieres un servicio?

—¿De verdad? ¿Crees que vengo a eso? Estoy aquí para preguntaros qué estáis haciendo. No puedo dormir.

—¡Pero son las más de las nueve! Es una hora perfectamente normal para hacer ruido.

—¿¡Pero es que vosotros no dormís!? Ayer cuando llegue de madrugada, todavía oía el taconeo.

—Te noto muy tenso. ¿Acaso tu novia no te da lo que necesitas? Yo te lo puedo dar mucho mejor.

—Lo dudo. Además, que sepáis que os he denunciado. La mierda que tirasteis a mi balcón no me hizo nada de gracia.

—Nos has denunciado... Eso no está bien. Sólo queremos vivir en paz y vienes tú a molestarnos con tus tonterías.

—¿¡Qué tonterías!? Si de verdad quieres vivir en paz, ¿por qué esta hostilidad?

—Ay chico, sólo es mi hija pequeña que es un poco traviesa. Cuando alguien se enfada, cree que puede arreglarlo haciendo que los demás se enfaden. No se lo tengas en cuenta.

—Pues vigílala... eh...

—Silvia. Aunque tú puedes llamare cuando quieras y como quieras. Siempre y cuando me demuestres que tienes esos papeles que gustan a todo el mundo, claro.

—Pues bien, Silvia. Controla a tu hija.

—No te preocupes, Sergio —dice ella con actitud soberbia y cuando ve que Sergio se está yendo, añade con un tono amenazante —Aunque, será mejor que tú también te controles, Sergio. Hemos tenido a otros vecinos como tú y todos han acabado marchándose antes de un mes. Tú sabrás lo que quieres hacer.

Sergio le echó una mirada helada que incluso sorprendió a Silvia. Él nunca había tenido esa expresión antes, pero por alguna razón se sentía cómodo con ella. Dio media vuelta y continuó bajando por las escaleras. Llegó a su planta y entro en su piso.

Se sentó en el sofá a pensar unos momentos, pero se levantó para prepararse un café. Se lo sirvió solo, ya que se le olvidó ponerle tanto la leche desnatada sin lactosa como la stevia con la que tanto hacía hincapié en su dieta. Se lo bebió saboreando cada gota de la amarga bebida. Mientras estaba sentado en el sofá, se le ocurrió una idea bastante absurda pero que podía funcionar; iría a hablar con el propietario del piso y le comentaría que sus nuevos inquilinos, eran unos delincuentes que habían convertido su piso en una casa de alterne. De modo que empezó a preguntar a varios de los vecinos si sabían quiénes eran los dueños, pero cada uno le decía una cosa distinta. Unos le dijeron que el piso era propiedad de un banco, otros que los dueños vivían lejos e incluso que los dueños eran los nuevos inquilinos. Así que al no obtener una respuesta, se le ocurrió solicitar la información al registro de la propiedad de la ciudad. Pero era domingo y no habría ese día, de modo que tendría que esperar hasta el día siguiente como mínimo.

Llegó el lunes y se despertó para ir a trabajar como siempre. Una vez en la oficina, pidió permiso para salir un momento y dirigirse al registro de la propiedad para solicitar la información. Allí rellenó la solicitud y le dijeron que tenía que esperar unos días para obtenerla. Sergio se sentía contento por aquello, ya que pensaba que podía ganar esa supuesta guerra que no llevaba ni

una semana en ella.

Al llegar a su casa esa tarde, una desagradable sorpresa le espera en la puerta. Le habían puesto de nuevo goma de mascar en la cerradura. Ésta era fácil de quitar con sólo tirar de ella, pero eso no era lo único que había allí. En la esquina izquierda, al lado de la cerradura, había un papel blanco con las palabras “TE HAS EQUIVOCADO, CHAVAL”. Al principio se alteró y le costó bastante no subir al piso de arriba para estallar en ira. Sabía perfectamente que habían sido ellos, debido a que habrían recibido la notificación de la denuncia por parte de la policía. Pero se calmó; respiró profundamente y cuando despegó por completo el chicle de la puerta, entró a su casa.

Paseando por el comedor, observó de nuevo su balcón lleno de basura, pero esta vez había algo aun más asqueroso; estaba lleno de condones usados. Sergio sabía que arriba se dedicaban al intercambio de sexo por dinero y podía imaginarse que en esos preservativos podía haber alguna enfermedad de transmisión sexual. De modo que se puso varios guantes de limpieza, uno encima del otro en cada mano y lo echó todo en una bolsa. Lo llevo al piso de arriba y lo tiró delante de la puerta. No sólo no se sentía alterado, sino que se sentía satisfecho. Volvió a su piso y se encontró a una niña de no más de seis años, orinando en su felpudo de la entrada. Sus miradas se cruzaron durante unas décimas de segundo hasta que la niña salió corriendo para el piso de abajo. Sergio la llamó para que se detuviera mientras la perseguía, pero la niña salió corriendo del bloque a toda prisa. Él se quedó en la puerta de entrada al edificio dejándola marchar. Se dio la vuelta para volver a su casa y se percató que su buzón estaba repleto de publicidad. No era sólo la cantidad de propaganda que hay después de unos días, sino que alguien había colocado deliberadamente hojas y hojas de publicidad de restaurantes, supermercados y demás, a presión dentro de su buzón.

Sin dudarlo ni un momento, abrió el compartimento y colocó todos los papeles en el buzón del ático segunda. Se quedó mirándolo por un momento, sonrió y subió por las escaleras de forma tranquila. Cuando llegó delante de su puerta, agarró el felpudo y lo tiró por una de las ventanas que tenía el rellano. Lo lanzó sin dudarlo y entró en su casa. Una vez dentro, se quedó mirando por la mirilla para comprobar si la niña volvía a subir. Pero antes, salió de nuevo para llamar al ascensor y dejar la puerta abierta para que no subiera nadie por ella y así tuviera que pasar obligatoriamente por delante de su puerta.

Sus sospechas se cumplieron y no pasaron ni cinco minutos cuando la niña subía por las escaleras. Tenía una expresión de miedo y andaba de puntillas. Pasó por delante de la puerta y Sergio estuvo a punto de salir a recriminarle su comportamiento, pero esperó para ver qué hacía. La niña subió al cuarto piso, al ático, y de forma muy sigilosa, Sergio abrió su puerta siguiéndola en absoluto silencio. Confirmó sus sospechas, la niña vivía con sus vecinos de arriba, ya que llamó a la puerta del piso. Cuando abrieron, se toparon con la basura que había allí y la mujer llamada Marlene, bajó hecha una furia hacia abajo. Rápidamente, Sergio entro en su casa y cuando la mujer llamó a la puerta, Sergio abrió sonriendo, con una expresión de superioridad.

—¿Por qué has tirado la basura en nuestra puerta? —dijo la mujer muy alterada.

—¿Basura en la puerta? —dijo Sergio en un tono condescendiente —¿No me digas que alguna mala persona te ha ensuciado la entrada?

—Sé que has sido tú.

—No sé de qué me hablas. Habrá sido la misma persona que se ha meado en mi felpudo. Hay mucha gente mala en este bloque.

—Ten mucho cuidado, niño. Porque nosotros somos gente peligrosa. Ya nos hemos enterado que nos has denunciado. Esto no va a quedar así.

—Gracias por su generoso consejo, señora. Y ahora, si me disculpa, tengo que hacer cosas —dijo Sergio cerrando la puerta de golpe. La mujer se quedó delante de la puerta sorprendida por la nueva actitud del chico, ya que días atrás, parecía asustado cuando hablaba con ella. Al cabo de unos segundos, subió a su piso y cerró la puerta de un portazo.

Pasaron unos días, y el jueves por la mañana, Sergio recibió el aviso de que la información sobre los propietarios del inmueble ya estaba disponible. Fue hacia el registro de la propiedad y allí pudo ver que el dueño del piso era un hombre mayor que vivía en una residencia. De modo que fue para ese lugar para hablar con esa persona. Preguntó por Antonio Pérez, un anciano de más de ochenta años que llevaba varios de ellos en esa residencia para la tercera edad. La recepcionista, una mujer con una actitud antipática, no quería dejarlo entrar al lugar para ver al hombre, afirmando que ya habían acabado las horas de visitas, pero Sergio intentó convencerla. Empezó a mostrar signos de coqueteo con aquella recepcionista de unos cincuenta años, quien en el fondo, le agradaba que se fijaran en ella. Al final, pudo convencerla y le dejó ver al hombre.

Entró en el lugar y allí vio a un grupo de ancianos en lo que parecía un gran salón. Unos estaban viendo la televisión, otros jugando a las cartas, otros al dominó, pero su objetivo era hablar con el hombre sentado en un sillón de forma pensativa. Le saludó y de repente se dio cuenta que aquel anciano tenía un principio de demencia senil. Hablaba con Sergio como si fuera un amigo suyo de la infancia, recordando que solían jugar en la calle cuando tenía unos diez años. La enfermera que tenía al lado, intentó hacerle ver que Sergio era un vecino del piso que tenía en propiedad, pero no había manera de hacerle entrar en razón. Después de ver la situación del hombre, Sergio pensó en hablar con los hijos o con algún familiar cercano para comentarles la situación del piso.

Volvió a la entrada y le preguntó a la recepcionista si podría darle alguna información sobre sus familiares. La mujer, lamentándolo mucho, dijo que no podía darle esos datos porque ella no tenía acceso a ellos. Estaba muy dolida de no poder ayudar a Sergio, cosa que aprovechó éste para agradecerle el trato recibido por haberle dejado ver al anciano. Pero antes de irse, la recepcionista le dijo que había unos familiares, que solían ir a verlo una vez a la semana y que lo hacían cada domingo por la tarde, sobre las cinco. Sergio le agradeció la información y se fue. Ahora volvería el domingo por la tarde para hablar con los familiares.

Volvió a casa y como le había pasado los últimos días, se encontró de nuevo con algo en su puerta. Esta vez no era algo pequeño como goma de mascar en la cerradura; esta vez, la puerta estaba impregnada de lo que parecían excrementos. El olor era bastante desagradable, de modo que no lo dudó y llamó a la policía para hacer una denuncia. Sin siquiera entrar en la vivienda, esperó a que la policía llegara, quienes se presentaron al lugar al cabo de hora y media, después de llamar más de cinco veces.

Los policías comprobaron la puerta y tomaron declaración a Sergio. Posteriormente, le preguntaron si sospechaba de alguien, a lo que él señaló a sus vecinos de arriba. Los policías subieron a hablar con ellos y fue entonces cuando varios vecinos salieron a cotillear; entre ellos estaba Pilar, una mujer de mediana edad quien era la madre de Marcos, el chico fiestero, que no se perdía ningún cotilleo ni aunque estuviera enferma. Además, subieron otros más, entre los que estaban Fernando, del segundo cuarta, un joven de unos treinta y pocos años y algo excéntrico que nadie sabía a lo que se dedicaba, pero siempre era bastante amable con los demás; otros que habían allí eran

Vanesa y Yolanda del segundo tercera, dos chicas que vivían juntas y que regentaban una peluquería, y por último, don Pedro, del primero segunda, un anciano cascarrabias que había subido desde el primer piso sólo para quejarse del ruido que había en el rellano.

La policía llamó a la puerta y de ella salió la chica joven llamada Silvia, cargando en brazos a la niña pequeña que había orinado en el felpudo de Sergio unos días atrás. La chica empezó a llorar de forma teatral y fingiendo que su vecino de abajo era malvado y les hacía la vida imposible. Afirmaba que subía todos los días y los amenazaba con degollar a la niña pequeña sólo porque gritaba cuando, algunas noches, tenía pesadillas y no podía dormir. Los agentes, que no dieron mucha credibilidad a la versión de la chica, le tomaron declaración igualmente. Cuando volvieron a bajar, le comentaron a Sergio que no podían hacer nada al respecto, que tramitarían la denuncia para que el seguro del hogar le diera una compensación, pero que sería muy difícil hacer algo contra sus vecinos debido a la falta de pruebas. La policía se fue y allí se quedó Sergio, viendo como sus vecinos lo juzgaban silenciosamente, hasta que Pilar replicó que esos vecinos no le hacían mucha gracia y que tenían muy mala pinta. Los demás también entraron al trapo, incluso Fernando, que apenas se relacionaba con los demás vecinos. Por su parte, don Pedro demostró el porqué todos le consideraban un cascarrabias, diciendo que esos inquilinos no le gustaban nada y que preferiría que se fueran bien lejos. Sergio por su parte, no habló mucho, pero le reconfortó ver cómo los demás pensaban como él. Se despidió de ellos y se metió en su casa, dejando las manchas en la puerta. Aprovechando que al día siguiente venía la empresa de limpieza que se encargaba de fregar el bloque, les avisó para que limpiaran también su puerta, y que si tenían algún inconveniente, él mismo les pagaría un dinero extra por la labor. Aceptaron y al día siguiente cuando vinieron, se la dejaron tan limpia que parecía nueva.

Llegó el domingo por la tarde y Sergio fue a la residencia para hablar con los familiares del anciano propietario del piso. Cuando habló con ellos, lo único que le dijeron era que ese tema lo llevaba una inmobiliaria y que a ellos, mientras pagaran los inquilinos, les importaba bien poco si se llevaban mal con los demás. Sergio se enfadó por dentro, pero supo mantener la calma. Antes solía reprimirse la ira de tal manera que no se daba ni cuenta, pero ahora era consciente de esa emoción y la canalizaba hacia otro lugar, hacia pensamientos de agresión hacia los demás. Mientras le estaban contando lo

poco que les importaban los inquilinos molestos, Sergio se imaginaba golpeándolos para desahogarse. Pero una vez más calmado, se despidió de ellos cortésmente y decidió ir a buscar esa inmobiliaria.

El lunes por la mañana, volvió a pedir unas horas libres para ir a la inmobiliaria. Al entrar en el local que tenían en una calle principal, pudo ver la terrible desorganización que había en ese lugar, sin contar que le parecía haber visto una cucaracha correteando por allí. Una chica joven, muy elegantemente vestida pero con actitud despreocupada, le preguntó qué estaba buscando y Sergio le habló del piso que ellos estaban gestionando, además de que estaba provocando problemas a toda la comunidad.

Lo llevaron a un despacho para hablar con otra persona, un hombre de casi sesenta años, trajeado y muy obeso que estaba sudando a chorros mientras se abanicaba con intensidad a pesar de tener el aire acondicionado en marcha. El hombre parecía que se estaba ahogando en su propio sudor. Se excusó diciendo que acababa de venir de una visita y había ido caminando. Sergio no le hizo ni caso a las excusas y empezó a comentarle las molestias ocasionadas por los vecinos del piso de arriba. El hombre empezó a mirar papeles que tenía sobre la mesa como si buscara algo. Al cabo de un minuto, saco una hoja de papel que parecía un formulario y empezó a escribir en ella. Le preguntó cosas como la dirección, tipo de molestias, a qué pisos afectaba, etcétera. Cuando acabó, el hombre le explicó que ese documento tenía que enviarlo a la central y desde allí decidirían qué hacer. Esto molestó a Sergio quien empezó a decir que se comportaban como funcionarios y se fue del lugar enfadado. Una vez fuera, respiró profundamente, haciendo que su furia se calmara. Entonces decidió volver a su trabajo.

Cuando volvió a su empresa, Sergio se cruzó con su superior. Éste le comentó que uno de sus compañeros, había cometido un enorme error por el que consideraba que tenía que ser despedido en el acto. Pensando que Sergio le pediría clemencia para su compañero, le insistió en que nada de lo que dijera cambiaría las cosas, pero el joven muchacho asintió y le dijo a su superior que él estaba de acuerdo en que su compañero tenía que ser destituido. Eso le sorprendió, ya que Sergio siempre intentaba evitar cualquier confrontación a toda costa, tanto entre compañeros como entre jefes y subordinados, pero su mirada reflejaba determinación. De modo que le pidió si podía ir a pedirle al afectado que fuera a su despacho. Aceptó y se fue a ver a su compañero.

Una vez que Sergio estaba delante de él y frente al resto de sus compañeros le comentó que se había equivocado en algo. Su compañero se lo tomó a broma y empezó a reírse, luego el resto de personal del departamento lo siguieron en su jolgorio. Sergio se mantuvo inmóvil con la mirada fría clavada en los ojos del muchacho. Éste le recriminó que lo estuviera mirando tan serio pero luego, Sergio le comentó que el jefe quería echarlo, de modo que tenía que darle un motivo de peso que lo convenciera para no ser despedido. El chico se quedó sorprendido y su expresión cambió de golpe. Le pidió a Sergio que hiciera como siempre, o que cargara él con la culpa para salvarlo, pero Sergio rió y le dijo que se fuera al despacho del jefe de departamento porque quería verlo. Fue entonces cuando el muchacho se alteró y empezó a discutir con Sergio, quien mantuvo la calma como si fuera un monje. Le recriminaba que era una mala persona y que tenía que convencerlo él, porque los jefes le hacían caso al ser tan servicial y trabajador. Así que después de que sus demás compañeros miraran hacia otro lado, decidió irse hacia el despacho del jefe de departamento. Estaba enfadado mientras se iba alejando de su silla, pero a medida que se acercaba a la salida su expresión cambió a otra de clemencia. Le suplicó a Sergio que lo acompañara para convencer a su superior de que no lo echase de su puesto de trabajo porque tenía muchas deudas, pero él se mantuvo apático, mirando como ese compañero perdía la esperanza. Su compañero abandonó su suplica y acabó saliendo por la puerta como alma que lleva al diablo.

Sergio se sentó en su silla y se quedó pensando cómo era posible que no hubiera sentido la más mínima empatía por ese compañero con quien llevaba más de un año trabajando al lado. Lo supo en el acto, ese compañero siempre le echaba la culpa de cualquier retraso en las entregas de informes, poniendo excusas cada vez menos creíbles, pero todas ellas, tenían algo en común; y eran que Sergio era siempre el culpable. De modo que pensó que tenía lo que se merecía, aunque le sabía a poco que sólo fuera despedido.

Esa noche, se fue de nuevo al bar *Tres copas*, el local al que había ido unos días atrás y pidió que le sirvieran su mejor whisky. Afirmaba que tenía que celebrar algo importante esa noche. El camarero le sirvió la bebida en un vaso bajo con tres cubitos de hielo mientras el ambiente era impregnado por la suave música de jazz. El primer sorbo del licor ámbar era ardiente como el infierno, pero continuó saboreándolo mientras su cabeza trabajaba a pleno rendimiento. Por su mente pasaban sensaciones que no había sentido nunca. No

había sentido la más mínima simpatía por su compañero despedido, nada por alguien que ahora le daba igual. Aunque no lo había despedido él, sí sentía que al no haber tratado de convencer a su jefe de mantenerlo en plantilla, había tenido parte en ello. No le importaba nada, ni siquiera si acababa viviendo en la calle. Esa persona, no le daba ninguna lástima. Sonrió y continuó con su bebida de forma serena y tranquila, mientras la idea de qué nueva trastada le harían sus vecinos le rondaba la cabeza.

El bar le gustaba. Lo estaba viendo con ojos diferente. Hacía menos de dos semanas que había empezado a beber y ahora lo estaba haciendo solo y un lunes por la noche. Se preguntaba si la dieta tan estricta que seguía y las restricciones que se marcaba, eran realmente útiles. Él no se sentía feliz aunque tuviera todo lo que la gente quería. Su mente le decía que algo tenía que salir de su cabeza y que no podría dominarlo si seguía intentando reprimirlo con una vida perfecta. Sin darse cuenta, el licor había terminado, de modo que pidió otro. Y así, Sergio siguió yendo casi cada noche a ese bar durante las siguientes semanas.

3. DESPERTANDO EL RENCOR

Pasaron tres meses desde que los vecinos nuevos llegaron al bloque y ahora el otoño podía sentirse en ese frío de finales del mes de octubre. Las hojas caían de los árboles y la gente parecía haberse olvidado del verano que hacía unas semanas, se había llevado los últimos restos del calor.

Sergio se levantó por la mañana como de costumbre para ir a su trabajo. Llevaba varios meses soportando todas y cada una de las molestias que le hacían sus vecinos de arriba, sobretodo se habían intensificado debido a las denuncias que él les había puesto. Pero Sergio seguía convencido de que la guerra que ellos empezaron, la iban a perder tarde o temprano. Por si eso no fuera poco, últimamente tenía problemas con su novia. Llevaban un mes en el que sólo se veían un par de veces por semana y cuando lo hacían, Sergio se mostraba interesado únicamente en sus propias necesidades. Esto se lo recriminó Marta, quien sospechaba que algo no iba bien en su vida a pesar de que había rumores de ascenso en el departamento donde trabajaba y Sergio tenía todas las posibilidades debido a que las últimas semanas, había congeniado estupendamente con sus superiores. No sólo porque les adulaba de una manera sutil, sino porque había demostrado carácter al trabajar y tratar con sus compañeros, a diferencia de como venía comportándose desde que entró en la empresa.

Pero todo eso no era lo que a Sergio más le preocupaba. Llevaba tres meses teniendo pesadillas y levantándose a mitad de la noche empapado en sudores fríos. Los pensamientos de todos aquellos que le hicieron daño en el pasado y que él había reprimido, volvían para atormentarlo. Cada vez era necesario hacer un esfuerzo mayor para contenerlos y que dejaran de molestarle. Además, sus vecinos de arriba, con sus constantes ataques, no ayudaban a que Sergio pudiera enterrarlos en el fondo de su subconsciente.

Estando en casa un martes por la mañana, justo antes de salir hacia el trabajo, el timbre de la puerta sonó de forma reiterada. Estuvo así durante casi diez segundos. Fue a abrir la puerta, pero sólo oyó a alguien que iba hacia arriba por las escaleras. Era la niña de los vecinos de arriba, quien llevaba dos meses llamando a la puerta varias veces al día de forma reiterada y luego

salía corriendo como alma que lleva al diablo. A Sergio al principio, le molestaba que le interrumpieran, pero al final le daba bastante igual que lo realizara y los motivos por los que lo hacía; debido a eso, había ocasiones en las que ni siquiera se dirigía a mirar quién era la persona que llamaba a su timbre. Incluso sospechaba que lo hacían para comprobar cuándo estaba en casa y así poder colarse en su piso a hacerle trastadas, pero desechó esa idea por parecerle bastante absurda.

Tomó el ascensor cuando salió de casa con dirección al trabajo y por su mente pasaban pensamientos de que los vecinos de arriba le estaban empezando a molestar de verdad y que tenía que hacer algo para quitárselos de encima. Todavía no le habían dado ninguna respuesta desde la inmobiliaria; cada vez que les llamaba, le decían que seguían esperando a que la central les dijera algo. Sergio intentó ponerse en contacto con la central, pero no encontró ninguna; era como si no existiera tal lugar. Le parecía que le estaban tomando el pelo, de modo que se olvidó de ellos y empezó a pensar la forma de librarse de los vecinos él solo, pero únicamente se le ocurrían formas ilegales.

Se subió al coche y estuvo pensando en formas de quitarse de encima a sus vecinos que se encontraban fuera de la legalidad. Una de ellas era matarlos directamente, pero no le apetecía acabar en la cárcel, ni sabía cómo hacerlo y ni tampoco se veía capaz, por lo que siguió pensándolo más fríamente. Otra era destrozarles el piso, alegando que si no había piso, no había vecinos. Ésta le parecía la más adecuada, lo que no sabía era cómo destrozar ese piso; y algo que le impedía llevar a cabo el destrozo, era que siempre había alguien dentro que no le dejarían hacerlo. A parte de ello, si provocaba un incendio y lo hacía mal, su casa se vería afectada, de modo que siguió dándole vueltas a la cabeza.

Llegó a su trabajo y el director financiero le llamó a su despacho alegando que lo quería ver de forma inmediata. Sergio fue sin siquiera sentir el más mínimo miedo de ello. Podía ser despedido o podía ser ascendido; o incluso, puede que sólo le quisiera comentar alguna cosa simple. Opinaba que las demás personas sí estarían asustadas, pero por algún motivo él estaba relajado.

Llegó al despacho del director financiero y éste lo hizo sentarse en una de las sillas, no sin antes pedirle que cerrara la puerta. Tuvieron una pequeña charla intrascendente por cortesía y luego el director se puso serio. Empezó a alabar a Sergio y su trabajo durante los últimos meses. Dijo que no sabía lo

que le había pasado pero le gustaba esta nueva faceta suya, de modo que quería que fuera el nuevo jefe del departamento contable. Sergio se sorprendió, o mejor dicho, se hizo el sorprendido y empezó a fingir humildad. Decía que había gente que lo merecía más que él y que sólo hacía su trabajo lo mejor que podía. Esto encantó al director financiero quien insistió mucho más en que aceptara el puesto. Después de tal insistencia, Sergio aceptó e hicieron público el nombramiento esa misma mañana. Ahora iba a recibir un suculento aumento, lo que le permitiría irse a vivir a otro lugar, mucho más lujoso y en la última planta de cualquier edificio, sin ningún vecino por encima de él. De modo que los pensamientos oscuros e ilegales, volvieron a su letargo por un periodo de tiempo.

Después de recibir felicitaciones de casi todo el departamento, Sergio sólo le preocupaba encontrar una nueva vivienda, así que se puso a buscar piso en una inmobiliaria *online*. Pero por alguna razón, ninguno de los piso le gustaba, ni de compra, ni tampoco de alquiler, como estaba ahora con el suyo. Llevaba dos años viviendo en ese apartamento y no quería irse, lo había decorado a su gusto y se había acostumbrado a él, además de a la zona de la ciudad que le encantaba. Pensándolo más fríamente, tomó la decisión de sacar a sus vecinos de arriba, o como él mismo las había bautizado, las cucarachas. Su mente sólo tenía un pensamiento: echar a esa gente costara lo que costara. Su única meta era librarse de ellos y de cualquier forma posible, estuviera o no, dentro de la ley.

Una noche, a eso de las doce pasadas, estaba tumbado en el sofá con un vaso de whisky en la mano y pensando cómo librarse de sus vecinos sin que le trajera algún problema con la ley y con posibles venganzas. Se metió en internet y empezó a navegar por páginas de vídeos en *streaming*. Se puso a ver vídeos de crímenes y, las recomendaciones de otros contenidos similares, aparecían a un lado; las pulsaba y acaba viendo otro vídeo de casos de asesinatos sin resolver. Luego decidió tomar un camino más oscuro. Había oído cientos de veces hablar de una zona de internet en la que existe todo lo ilegal, incluso cosas que sobrepasan la imaginación más perturbada. De modo que se puso a ver varios *videotutoriales* sobre cómo acceder a ella sin ser detectado. Se estudió la forma de entrar, qué programas tenía que usar y cómo hacerlo sin sufrir ninguna consecuencia. Luego de un rato, lo estaba intentando.

Llegó a un lugar que actuaba como un índice. Sólo se veían enlaces a páginas de venta de drogas, armas y servicios extraños que no entendía muy

bien. Navegó hasta encontrar una especie de blog sobre la forma de matar a alguien. Había diferentes puntos, desde los más rápidos e indoloros, hasta los más sangrientos y sádicos que sólo una mente muy perturbada, acabaría llevando a cabo. Sergio salió de allí y cerró todos los programas, además de apagar su ordenador. Se quedó pensativo hasta que se percató que entraba un rayo de luz por la ventana de la habitación en la que se encontraba. Había estado toda la noche en internet navegando sin parar, así que se fue a dormir, ya que era sábado y no tenía ningún compromiso.

Pasaron las horas y a las nueve de la mañana, el ruido de un taladro le despertó; sus vecinos de arriba volvían a realizar obras. Se preguntó por qué siempre elegían el día en el que él estaba peor para hacer tanto ruido. Se puso unos auriculares con aislamiento de ruido y estuvo escuchando música relajante hasta que volvió a quedarse dormido. Se despertó al mediodía con un gran dolor en las orejas debido a los auriculares que tenía puestos, se los quitó en seguida y se levantó sin ganas de nada. Se preparó un café y mientras se lo servía, se dio cuenta de que el ruido había cesado. Se sentó en el sofá a tomarse su café mientras se perdía en sus pensamientos. Estuvo dándole vueltas a la idea de quitarse de encima a los vecinos de mala manera, pero en ese momento, parecía darle pereza el hecho de llevar a cabo un asesinato. Eso le parecía malo, no era de persona civilizada y menos ahora que tenía un ascenso y cobraría mucho más. Se terminó el café y llamó a su novia.

Marta le contestó de forma extraña, no parecía la de siempre. Cuando ella le respondía, siempre lo hacía de manera alegre y cariñosa, pero ahora parecía apagada y distante con él, mucho más que si se tratara de unos simples conocidos. Ella le comentó que le quería decir algo importante y que debían verse esa misma tarde. Algo había cambiando no sólo en su relación, sino en sus vidas.

Quedaron esa tarde en la terraza de una cafetería. Marta parecía muy apagada, algo que le extrañó a Sergio. Hablaron sobre cómo él había cambiado además de que se había vuelto muy egocéntrico con todo y especialmente con ella. Empezaron a discutir, echándose cosas en cara y terminando con Marta llorando diciendo que quería terminar la relación. Sin decir una palabra, Sergio se levantó y se preparó para irse, no sin antes decirle a su ahora exnovia, que eso era lo mejor para los dos. Dicho eso, se fue sin mirar atrás dejándola sola en aquel lugar.

Vagó por la ciudad con una extraña sensación agrídulce. Se sentía

ligeramente triste por haber roto con su novia de hacía cinco años, pero no lo suficiente como lo hubiera hecho cualquier otro. Estaba bastante calmado y relajado. Mientras paseaba, acabó delante de una sala de juegos de azar y entró para ver qué había dentro. Allí había docenas de máquinas tragamonedas, una ruleta y una mesa de blackjack digital. Se quedó jugando durante varias horas hasta que se dio cuenta que ya eran las once de la noche. De modo que salió del lugar con menos dinero en el bolsillo, aunque no le importó mucho.

Caminando por la ciudad, terminó en el mismo bar nocturno al que iba muchas noches desde hacía tres meses, el *Tres Copas*. Entró al establecimiento, que estaba como siempre con la suave música de jazz embriagando el lugar, y se dirigió a la barra para sentarse en el mismo taburete en el que se había estado sentando las últimas semanas. Llegó el camarero, con el que tuvo una pequeña charla intrascendente y le pidió un *Dry Vermouth*. El camarero fue a preparárselo y volvió al cabo de unos instantes con él. Allí siguió durante varias horas hasta que volvió a casa agotado por el día tan extraño que había tenido.

Ya en su rellano, encontró una nueva sorpresa delante de su puerta. Esta vez era un pedazo de carne podrida que a primera vista parecía pollo. Sergio se preguntó si habían guardado eso, del que salía un olor fétido y repugnante, durante días en su piso sólo para molestarle. Fue allí enfrente de su puerta cuando tomó la decisión; ya no quería seguir aguantando a sus vecinos por más tiempo. Entró y se paró a pensar más fríamente mientras agarraba una bolsa de basura para meter dentro el pollo podrido y lanzárselo por el balcón a sus vecinos de arriba. Pensó que matarlos directamente no sería suficiente, de modo que ideó alguna forma de hacerlos sufrir antes de acabar con todos. Recogió el pollo y lo tiró como pudo a la terraza superior lanzándolo con fuerza. Entró dentro de su piso y se puso a navegar por internet como el día anterior. No entró en la zona oscura a la que había entrado el día anterior, pero sí estuvo viendo vídeos de crímenes y asesinatos para ver si se le ocurría algo.

Mientras navegaba por internet viendo vídeos de forma aleatoria, una de las recomendaciones le llamó la atención; se titulaba “Cómo hacer un pacto con el diablo”. Esto le hizo gracia y decidió entrar por simple curiosidad. Viéndolo, pudo comprobar como se trataba de una tontería que alguien había grabado para hacer la gracia y las recomendaciones volvieron a sugerirle otro

vídeo de materia similar. Entró en uno nuevo con un título semejante y le pareció lo mismo, pero cuando estaba a punto de cambiar de temática de visionado, hubo uno de ellos que le llamó la atención de una forma extraña; en él, se describía un título similar, pero tenía una extraña sensación de que ése sería diferente al resto. Entró y lo vio escuchándolo con suma atención. No parecía la típica tontería que cuelga alguien sin tener ni idea de lo que habla; éste le parecía muy real, y explicaba cómo hacer un pacto con el diablo según un antiguo libro que se escribió siglos atrás. Pedía una serie de objetos bastante siniestros y otros mucho más fáciles de conseguir. Al terminar de verlo, se quedó pensativo hasta que volvieron los pensamientos de dolor de su pasado a atormentarlo una vez más. Se puso a ver otros vídeos de temática diferente para ver si silenciaba los recuerdos dolorosos de su pasado, los cuales parecieron desaparecer momentáneamente. Unas horas más tarde, cerró el ordenador y se fue a dormir lo que quedaba de noche.

Mientras estaba tumbado en la cama, por su mente se le pasaba la idea de hacer un pacto con el diablo a modo de diversión y probar cómo sería; pero también le parecía muy mal negocio entregar su alma a cambio de únicamente los vecinos de arriba, por lo que desechó la idea de forma rápida. Pero con el paso de las horas, y debido a que el sueño le eludía, barajó una nueva posibilidad; vengarse de toda la gente que a lo largo de su vida le habían hecho alguna maldad o se habían aprovechado de él. De nuevo, sus pensamientos que contenían los recuerdos dolorosos de su pasado volvieron de nuevo a su mente para atormentarlo. Cada vez eran más frecuentes, por lo que pensó que si se vengaba de los que antaño le hicieron daño, podría silenciarlos para siempre.

Se levantó y agarró una hoja de papel en blanco. Escribió en la parte superior “Lista de la venganza”, y en ella comenzó a anotar una serie de nombres de personas de las que quería desquitarse por haberle hecho algo malo en el pasado. Después de una hora, tenía anotados ciento veinte nombres diferentes, en los que incluso incluía a miembros de su propia familia. Al lado de cada nombre, anotó las palabras “Necesario”, “Posible” y “Opcional”. Estas tres palabras significaban el nivel de posible venganza que quería hacer Sergio a estas personas. En la categoría necesario, había el nombre de unas treinta personas, en las que incluía a sus vecinos de arriba. En la categoría posible, incluía a unos cincuenta nombres; y por último, en la categoría opcional, alrededor de unos cuarenta, sobretodo porque la mitad de ellos o

estaban muertos o vivían muy lejos de allí. Dobló el papel y lo guardó en un cajón. Eso le relajó y se fue a acostar.

Mientras dormía, tuvo un extraño sueño. En él se oían unas voces extrañas, asemejándose a cantos de ballena, los cuales no entendía en un principio, pero unos instantes más tarde, empezó a comprender perfectamente lo que le decían. Una de las voces le expresaba «Llamanos y cumpliremos tus deseos», algo que repetía de forma constante mientras podía olerse un desagradable olor a huevos podridos en el ambiente. Sergio se despertó con sudores fríos recorriéndole todo el cuerpo. Sabía que tenía que hacerlo, tenía que llamar al diablo y pedirle todo lo necesario para vengarse de todos los que alguna vez le hirieron; de ese modo, el odio que despertaba de su letargo constantemente, desaparecería para siempre.

4. CAMINO SIN RETORNO

A la mañana siguiente, volvió al ordenador para instruirse más sobre el pacto con el diablo y sobre el libro que contenía todos los pasos a seguir. Se lo imprimió y empezó a leérselo esa misma mañana mientras saboreaba un café tan amargo como el infierno en el que vivía. Leyó atentamente el escrito, punto por punto, devorando cada una de las letras que había impresas sin prácticamente pestañear. El ritual que debía que llevar a cabo, era ligeramente complejo pero fácil de realizar. Le llamaba la atención que el deseo que podía pedir al diablo, no podía afectar ni ir contra nadie que no fuera la persona que realizara el ritual; esto afectaba sus planes en un principio debido a que no podía pedir la muerte y el sufrimiento de las personas que había escrito en su lista de la venganza. Pero dándole vueltas al tema, se percató que no era necesario pedir eso, sino que debía solicitar las herramientas necesarias para que él mismo provocara el tormento a sus víctimas.

Al terminar de leer el libro, se quedó sentado en el sofá pensativo durante unos minutos hasta que el timbre de la puerta volvió a sonar de forma repetitiva. Sergio supuso que sería la niña de los vecinos de arriba otra vez, pero aun así, se levantó para ir a ver si de verdad era ella. Al abrir no vio a nadie, pero sí oyó la puerta de arriba cerrándose con fuerza. Otra vez había venido por un motivo desconocido a molestarle. Se metió dentro y cerró la puerta. Pero al entrar en su casa, se percató de que la niña siempre venía a llamar a las mismas horas, algo que de seguro podría aprovechar en un futuro. Se plantó de pie en el comedor y se quedó pensando qué podía hacer. Supuso que si de verdad quería hacer ese pacto, debía pensarlo muy bien, ya que su vida no sería la misma una vez realizado. Entonces, decidió salir de casa para aclarar sus ideas.

Deambuló por la ciudad con la mirada perdida en sus pensamientos. Si iba a hacer ese ritual, necesitaría conseguir unos determinados objetos, algunos de ellos no se podían conseguir en tiendas normales y además eran bastante perturbadores. Pero se le ocurrió que, por ese lugar lleno de ilegalidades por el que estuvo navegando la otra noche, seguramente podría conseguir todo lo que necesitaría sin ningún problema. Sin percatarse, volvió al lugar donde

siempre terminaba llegando cuando salía a caminar por la ciudad, el bar *Tres Copas*. Todavía era de día y hasta las nueve de la noche no abrían. Dio media vuelta y mientras paseaba de vuelta a su casa, se encontró con uno de sus amigos, Alberto Rubio.

—¡Sergio! —dijo Alberto de forma alegre —¿Cómo tú por aquí?

—Ya ves, estaba dándome una vuelta para relajarme.

—¿Es que ha ocurrido algo?

Sergio intentó improvisar algo rápidamente hasta que se dio cuenta que tenía la perfecta excusa para parecer deprimido y pensativo.

—Ayer rompí con Marta. Por eso estoy un poco caído.

—Cuánto lo siento. Pensaba que los dos ibais a seguir juntos toda vida. ¿Qué ha ocurrido?

—Se nos acabó el amor, supongo. Son cosas que pasan —respondió Sergio intentando parecer ligeramente deprimido.

Y allí estuvieron un rato hablando hasta que se fueron a una cafetería para charlar con más calma. Alberto le contó que su hermana Carla, que trabajaba en la policía, había sido ascendida, siendo nombrada inspectora del departamento de homicidios y por eso venía de celebrarlo con su familia. Luego, Sergio empezó a bromear diciendo que si se convertía en un asesino, su hermana lo intentaría atrapar, algo que le hizo gracia a Alberto, quien se lo tomó a broma, aunque Sergio lo dijo muchos más en serio de lo que él mismo pensaba. Y allí siguieron un buen rato hasta que se despidieron.

Sergio volvió a su casa y se encontró una hoja de papel pegada a su puerta con cinta adhesiva en la que había un dibujo mal hecho de un hombre lleno de moscas alrededor del cuerpo.

—Esto ya no hace gracia, es penoso —dijo Sergio arrancando el dibujo, haciendo una bola con él y tirándolo por detrás de su hombro.

Entró en su casa y pensó si no estaba yendo muy lejos con el tema de la venganza. Podía irse a vivir a algún lugar lejano y olvidarse de todas las personas que le habían hecho daño en el pasado, pero por alguna razón, sentía que debía continuar con su misión. El dolor que sentía no desaparecía de su mente, por lo que tenía que eliminarlo del mundo. Ahora se consideraba como si fuera un justiciero que debía mandar a las almas de los malvados al infierno.

Se metió en internet y empezó a buscar, por las páginas ilegales, todo el material que necesitaba para hacer el ritual. Había dos en particular que le

eran difíciles de conseguir, pero acabó dando con ellos. Habló con los vendedores para asegurarse que no fueran estafadores, ya que al no existir la ley en ese lugar, podrían engañarle y luego no podría reclamar el dinero. Una vez asegurado que no se trataba de ningún engaño, decidió comprarlos y hacérselos enviar por a su propia casa por mensajería. Llegarían el martes por la tarde.

Llegó el martes y a eso de las siete de la tarde, llamaron a la puerta. Cuando abrió, vio que había un mensajero que le traía un envío y, después de confirmar su identidad, le entregó un paquete ligeramente pesado por el tamaño que tenía. Se trataba de un paquete que medía unos cincuenta centímetros de ancho, por sesenta de largo y treinta de alto y estaba envuelto en papel de manila de color marrón. Firmó y entró en su casa con el paquete en las manos. Lo puso sobre la mesa del comedor y lo abrió con cuidado. Dentro había otro envoltorio, pero esta vez de color negro. Lo desenvolvió un poco más rápido y entonces se mostró una caja marrón normal y corriente. La abrió ligeramente nervioso y encontró una pequeña nevera médica para el transporte de órganos con una tarjeta negra con el símbolo de la tienda en la que había comprado los objetos. Sergio dejó a un lado la tarjeta y abrió la pequeña nevera. Tenía un panel digital en la parte de superior que marcaba que le quedaban noventa minutos de frío. La abrió y allí estaban los dos objetos que necesitaba para el ritual, de modo que rápidamente los puso en su nevera. Después de todo aquello, pensó cuándo debería realizar el ritual, de modo que, considerándolo fríamente, su opción final sería el sábado de madrugada, ya que debía hacer el ritual entre las tres y las cinco de la mañana. Además, daba la casualidad que ese día coincidía en que, según el libro que leyó, los infiernos estarían más cercanos a la tierra, algo que le facilitaría invocar a los demonios.

Por fin llegó el viernes y Sergio se encontraba tomándose un trago en el bar *Tres Copas*. Allí había un tipo de lo más extraño sentado a un lado de la barra quien no le quitaba la mirada de encima. Se trataba de un hombre de unos sesenta años, bien vestido, aunque su ropa parecía muy vieja, pelo canoso y una mirada agotada. Sergio estaba empezando a ponerse nervioso, pero el hombre seguía mirándolo con ojos juiciosos. Unos minutos más tarde, harto de ser observado, le preguntó de forma desafiante:

—¿¡Qué estás mirando, anciano!?

—Tienes cara de asesino —respondió el hombre en avanzado estado de

embriaguez—. Seguro que has matado a alguien.

—¿Sabes que podría denunciarte por eso? Acusarme sin pruebas es un delito...

—¡Ya lo sé! —dijo el hombre tirando la copa al suelo —Yo era policía. Y de los mejores.

Dos hombres se lo llevaron para afuera por la fuerza agarrándole uno de cada brazo. Se trataban de dos camareros del local. Mientras el hombre que afirmaba ser policía era arrastrado, y luchando para que lo dejaran libre, no paraba de gritar cosas sin sentido. Después de que se lo sacaran fuera, el camarero de la barra habló con Sergio.

—No te lo tomes a mal, pero ese hombre no está muy bien de la cabeza.

—¿Y quién es? —preguntó Sergio.

—Era inspector de la policía y le obligaron a jubilarse. Supongo que cuando tienes un trabajo así, te cuesta asimilar tu nueva vida. Lleva unos días viniendo a beber hasta que cae desplomado.

—Suenaba bastante trágico. La verdad es que no me ha hecho mucha gracia lo de asesino.

—Seguro que la jubilación lo está trastocando. Tú ni caso —Y el camarero se dirigió a otro cliente de la barra que acababa de llegar. Sergio miró el reloj y vio que era casi la una, de modo que se marchó.

Llegó a su casa cuando estaban a punto de ser las dos. Se dispuso a hacer el ritual en una de las habitaciones de su casa. Según decía el libro, la estancia en la que se tenía que llevar a cabo el ritual, tenía que estar completamente oscura, de modo que así la dispuso. Iluminándose al principio únicamente con el teléfono móvil, luego encendió una vela para iluminar la habitación y poder ver ligeramente para seguir los pasos del ritual.

Empezó dibujando un gran círculo en el suelo de un metro de diámetro con una mezcla de varias sustancias en polvo. Después añadió seis círculos más, cada vez más pequeños, dentro del mayor. Posteriormente colocó la vela que había encendido en el centro de los círculos y con la ayuda de una brújula, dibujó los cuatro puntos cardinales, pero invertidos. Colocó cuatro objetos diferentes en los cuatro puntos cardinales, dos de ellos eran los que compró en las páginas ilegales de internet, y luego empezó a pronunciar una oración dirigida al príncipe de las tinieblas. Una vez terminado, los seis círculos empezaron a arder en llamas blancas.

El fuego no quemaba, sino que le hacía sentir una paz interior nunca

antes experimentada. Como por arte de magia, aparecieron tres seres sobrenaturales, uno muy grande y otros dos más pequeños a cada lado del mayor a modo de escolta. Ninguno de ellos era el propio Lucifer, ya que como rey del infierno, no tenía tiempo que perder con un simple mortal. Sergio recordó que bajo ningún concepto tenía que mirarlos a los ojos, ya que los demonios eran seres orgullosos, de modo que mantuvo la cabeza agachada en todo momento.

Un extraño sonido se escuchaba, era como un canto bello y tético a la vez, el cual, pasados unos segundos, comenzó a entender con suma facilidad.

—¿Cuál es tu nombre? —preguntó con una voz terrorífica el demonio que había en medio.

—Sergio Valcárcel Ribas —respondió él con frialdad y tranquilidad sin levantar la cabeza.

—¿Cuándo viniste a este mundo?

—El quince de noviembre de mil novecientos ochentaiséis.

El demonio se quedó unos segundos en silencio. Sólo podía oírse una respiración profunda hasta que volvió a hablar.

—No puedes pedir nada que entre en conflicto con la vida de otros. Dime, ¿cuál es tu deseo?

—Quiero venganza. Quiero el poder y la sabiduría para poder vengarme de aquellos que me hirieron en el pasado. Quiero hacerlo sin la interrupción de la justicia y con el anonimato.

—Está bien... pero hay una condición.

—Por supuesto que entregaré mi alma, poderoso demonio.

—No me refería a eso. Además, como nos has llamado, tu alma ya pertenece a nuestro rey. Pero antes debo explicarte algo. Cada alma que tú siegues de este mundo debido al pacto, irá a parar a la nada. Nunca entrará ni al cielo ni al infierno. Vagará por un lugar que no existe ni el tiempo ni el espacio. Toda la eternidad estará en ningún sitio. Condenado así, a no poder ni vivir, ni morir.

—De acuerdo —respondió Sergio con suma frialdad—. ¿Cuál es el pago que tengo que hacer?

—Por cada víctima que envíes a la nada, un año de tu vida se reducirá. De modo que cuando te falte sólo un año para tu prematura muerte, volveremos a vernos y te indicaré la última víctima que debe morir.

—Acepto.

—En nombre del gran Satanás Lucifer, príncipe de las tinieblas y rey del infierno, te entrego la sabiduría y el poder de la venganza —dijo el demonio en un tono poderoso. Inmediatamente se le acercó a Sergio y le clavó la uña puntiaguda de su índice derecho en el corazón. El muchacho soportó el dolor como pudo y entonces, el demonio le puso el dedo en la frente, poniéndolo a dormir en el acto.

Sergio despertó cuando eran las tres y treinta y tres de la mañana. Miró la hora en el teléfono y se percató que ya era domingo uno de noviembre. Había dormido durante veinticuatro horas en aquella habitación oscura. Se miró el corazón a través del cuello de la camisa con la luz del teléfono y vio que tenía la cicatriz de una herida, pero parecía que se la había hecho hacía mucho tiempo. Se levantó y encendió la luz de la habitación para observársela mejor. Se tapó los ojos para no deslumbrarse y los fue abriendo lentamente. Una vez abiertos, vio que tanto los dibujos del suelo como los objetos que había dejado, ya no estaban allí. Esto hizo que se le olvidara de la cicatriz del pecho durante unos segundos, aunque reaccionó y fue al baño para mirarse al espejo.

No había nada diferente en su apariencia física, su cara seguía igual, aunque ligeramente despeinado. Luego se abrió la camisa y pudo ver que la cicatriz estaba desapareciendo como por arte de magia. Mientras se miraba, notaba como lentamente, el conocimiento empezaba a fluir por su mente. Se percataba de cuán fácil era acabar con la vida de las personas de las que se quería vengar. No sólo la forma de asesinarlos, sino también de cómo eludir tanto a la policía como a los familiares y amigos de éstas. Empezó a reírse como un loco perturbado, con una risa que hubiera asustado a cualquiera que lo hubiera oído.

Se fue hacia su dormitorio para recoger la lista con los nombres que había apuntado días atrás y que guardaba en un cajón de la mesita de noche. Eran los nombres de las personas de quienes se quería vengar. La estuvo mirando durante horas ahí de pie, sin moverse ni un centímetro del sitio. Una vez la memorizó de forma entera, no sólo los nombres, sino también las categorías de prioridad que les había dado, la quemó. Una vez la carta había desaparecido y mientras estaba pensativo, murmuró «La primera será esa puta niña. Lo haré hoy mismo».

Eran las doce del mediodía de ese domingo apacible y Sergio se hallaba esperando escondido entre las escaleras que iban del rellano del segundo piso al suyo. Sabía perfectamente que la niña de los vecinos bajaba cada domingo a

las doce en punto para llamar al timbre y salir corriendo hacia arriba; pero ese día, no volvería a subir a su casa nunca más. Y completamente puntual a su cita, la niña apareció caminando de forma sigilosa. Sergio la estaba observando atentamente y sin despegar la mirada de la personita que se acercaba a su puerta. Llevaba unos guantes de cuero puestos para no dejar ningún tipo de marca o huella en el futuro cadáver de la pequeña. Cuando la niña estaba a punto de tocar el timbre, Sergio apareció por detrás tapándole la boca, usando el pulgar y el índice para presionarle la nariz. Su mano impedía que la pequeña pudiera respirar y todavía menos, gritar para pedir ayuda. Abrió la puerta y entró en su casa sujetando a la niña que intentaba zafarse. Cerró y se quedó allí dentro apoyado de espaldas contra la puerta de entrada con la niña en las manos y evitando que ésta pudiera inhalar aire para poder sobrevivir. Ella intentaba liberarse con desesperación, pero Sergio no podía dejar de hacer presión, la situación le estaba gustando demasiado como para abandonar.

La pequeña víctima cayó inconsciente, pero Sergio no dejó libres sus vías respiratorias; sabía que una vez desmayada, todavía podía estar viva. Y así estuvo durante más de cinco minutos, presionándole la nariz para que no pudiera entrar aire. Quería asegurarse del todo que nunca volviera a la vida, a pesar de saber que con unos pocos minutos eran suficientes. Sergio ya no era el mismo de unos meses atrás, ahora sólo podía pensar en hacer sufrir a todos los que antaño le habían dañado, y el hecho de haber empezado, le hacía indicar que era capaz de hacerlo. Pasados unos minutos desde que se desmayó, la dejó caer sobre el plástico que tenía puesto en el suelo desde antes de entrar. La miraba con odio, con la mirada llena de maldad. Sergio todavía sentía odio hacia la pequeña que tenía en el suelo difunta, de modo que en un acto de extrema crueldad, le agarró la cabeza y le rompió el cuello girándoselo ciento ochenta grados a la derecha. Luego la enrolló con el plástico y posteriormente la metió en una gran bolsa de basura negra. La arrastró hacia el comedor y la puso frente al sofá.

Se sentó relajado y orgulloso con la barbilla apoyada en sus manos. Se quedó mirando la bolsa que contenía el cadáver de la niña y empezó a reírse. Su risa mezclaba quejidos de loco, rabia acumulada y lloriqueos, pero terminó con la carcajada de psicópata desequilibrado. Una vez aflojó su risa, comenzó a decir:

—Ya nadie podrá escapar de mí. Soy como un justiciero del inframundo.

Soy como el arcángel de la muerte Azrael, sólo que mejorado. Creo que me haré llamar... *Neo Neo Azrael, el arcángel de la venganza.*

Pasaron las horas y alguien llamó a la puerta. Eran más de las dos de la tarde, una hora un poco extraña para que alguien fuera a verlo, pero decidió ir a abrir para comprobar de quién se trataba. Era Silvia, la vecina de arriba y madre de la niña, quien estaba alterada y con una expresión de preocupación.

—¿Has visto a Laila? —preguntó la vecina muy inquieta.

—¿Quién es Laila?

—Mi hija. Lleva varias horas desaparecida. Salió de casa a las doce y aun no ha vuelto.

—¿Y por qué tendría que saberlo yo?

—Eh... Verás... Salió para llamar al timbre de tu casa como una broma y salir corriendo.

—Qué graciosa la niña. Pues no me he enterado. He estado toda la mañana con los auriculares puestos y no he escuchado nada. Además, con ese aparato en particular, no escucho casi nada, incluso si me echaran la puerta abajo, no me enteraría. Pero no te alteres, mujer. Ya volverá.

—Por favor, te lo suplico, si te enteras de cualquier cosa, dímelo. Siento todo esto y lo que te hemos hecho estos últimos meses. ¿Vale?

—Claro, sin rencores —dijo Sergio muy sereno con una ligera sonrisa—. Si sé cualquier cosa, no dudaré en decírtelo.

—Gracias, Sergio —comentó Silvia mientras él se despidió cerrado la puerta. Una vez dentro, se sintió satisfecho de haber visto la cara de desesperación de la mujer y no pudo evitar sentir satisfacción. Aunque no le acababa de convencer su expresión que parecía forzada, pensó que sería el semblante de alguien que sólo había perdido a su hija y no de alguien que la hubiera encontrado muerta; suponía que la habría interpretado mal. La mujer no era consciente de que su hija ya estaba muerta y metida en una bolsa de basura en medio del comedor de su vecino.

Llegó la policía al edificio cuando el reloj rondaba pasadas las cinco de la tarde. Sergio oyó ruido de algarabía de gente en el rellano y salió para ver qué pasaba. Había una gran cantidad de vecinos en el tercer piso, no sólo los de esa planta, sino varios de los que vivían en los pisos inferiores. Una mujer de mediana edad con rulos en la cabeza y de aspecto de cotilla, saludó a Sergio.

—¡Sergio! —dijo la mujer llamada Carmen que vivía en el segundo primera —¿Te has enterado de lo que ha pasado?

—No. ¿Ha ocurrido algo grave?

—Ha desaparecido la niña de los del ático segunda —respondió un hombre de unos treinta años con gafas llamado Enrique y vecino del segundo segunda—. Lleva varias horas sin aparecer.

—¡Es verdad! Antes vino a preguntarme si la había visto. Vaya... estos niños... seguro que se ha perdido jugando.

—Yo no quiero malmeter —interrumpió Carmen hablando con un tono más bajo—, pero a mí esta gente, nunca me ha inspirado confianza. A lo mejor el padre de la niña la ha secuestrado o algo.

—Sí, claro. Un ajuste de cuentas, ¿no?

—No te rías, Sergio. ¿Acaso no conoces el dicho, piensa mal y acertarás? Puede que se trate incluso de algo más turbio.

—¿A qué te refieres?

—Una mafia o algo similar. Todos los días, suben hombres desconocidos a ese piso. Para mí que son clientes. Tengo la impresión que las mujeres que viven allí, son de esas damas de compañía.

—No me digas —respondió Sergio fingiendo sorpresa—. No lo hubiera dicho nunca. La verdad es que como nunca estoy en casa no me entero de nada.

En ese momento, un policía bajó las escaleras interrumpiendo la conversación. Pidió a los vecinos colaboración para responderle a algunas preguntas sobre la familia que vivía en el ático segunda y la desaparición de la niña. Todos estuvieron de acuerdo de colaborar.

Uno a uno, varios policías hablaron con los vecinos sobre la desaparición de la niña y les hicieron unas preguntas sobre posibles escenarios como si conocían a alguien que podría haberla secuestrado. Llegó el turno de Sergio y éste se mostró completamente sereno, como si pasara tan poco tiempo en casa, que apenas conociera a sus vecinos. Hablaron en el mismo comedor de Sergio, con la bolsa en otra habitación que anteriormente había escondido allí. El agente le preguntó si había notado algo extraño en esos vecinos o si tenían contacto con él. Sergio afirmó que estaba muy poco tiempo en casa debido a su trabajo y que el poco tiempo libre que tenía, lo pasaba con sus amigos, en el bar, o en casa con los auriculares puestos. No podía responderle porque él no solía relacionarse con los vecinos más que lo justo, ya que era un hombre muy ocupado. El policía le agradeció la colaboración y luego le empezó a preguntar sobre cada uno de los otros vecinos del bloque. En ese momento supo que los demás también tendrían que responder a la misma pregunta sobre

él, cosa que no le preocupaba, ya que a lo largo de todo el tiempo que había estado allí, nunca había tenido conflicto alguno con nadie y todos le tenían un gran aprecio. Pero Sergio sabía que debía crear una ligera sospecha y de forma muy sutil contra alguien para desviar la atención de él mismo.

Empezó a hablar de hombres extraños con los que se había cruzado varias veces y que subían por las escaleras hasta el ático. No sabía a qué piso iban, pero no tenían pinta de ser personas que encajaran en ese edificio. El agente apuntó en una libreta todo lo que Sergio le había dicho, además de preguntarle si alguna vez había coincidido con alguno de los cuatro inquilinos del piso y Sergio le volvió a repetir que no sabía mucho de esos vecinos. Mientras el agente seguía anotando las respuestas, a éste se le escapó que el hombre que vivía con ellas, que en ese momento Sergio averiguó que se llamaba Julián, había estado en la cárcel por tráfico de drogas. Sin decirle nada al policía, Sergio recordó algo; si el paquete que el hombre había perdido el primer día de la mudanza podía ser droga y por eso se puso tan alterado. Pero sin inmutarse lo más mínimo, continuó hablando, soltando una expresión de fastidio por tener a un expresidiario viviendo encima de él.

Terminó la conversación y el agente se despidió, preguntándole antes si conocía a qué hora volverían sus vecinos de al lado, la pareja joven del tercero primera. Sergio comentó que no los había visto desde hacía meses, especialmente al hombre. El policía le dio una tarjeta con el teléfono de la oficina de la comisaría por si acaso se acordaba de algo más y luego de eso, se fue.

En ese momento, Sergio decidió esperar unas horas para librarse del cadáver de la niña. Tampoco pretendía esperar mucho más, ya que no quería que el cuerpo empezara a descomponerse, haciendo que el olor se sintiera por todo el bloque. Pero por su mente empezaban a pasarle varios pensamientos paranoicos, como si había dejado alguna muestra de ADN en el cuerpo de la niña como un pelo o una gota de saliva que había salpicado en algún momento. De modo que la metió dentro de la bañera de su piso, la desnudó y la lavó con agua muy caliente, echándole lejía para asegurarse una completa limpieza. Una vez terminado, la dejó un rato para que se secara y posteriormente la metió dentro de una nueva bolsa.

Llegó la noche, alrededor de las dos de la mañana, cuando Sergio sacó el cadáver de la niña de su casa. Subió al ascensor y bajó hasta el garaje. Metió el cuerpo sin vida en el maletero de su coche y se fue lejos de allí. Estuvo

conduciendo durante una hora más o menos. Tenía el depósito de gasolina lleno, de modo que no tenía que pararse en ningún momento. También evitó las carreteras principales y en especial los peajes, debido a que tenían cámaras de seguridad.

Llegó a una pequeña ciudad de unos diez mil habitantes. Condujo por ella hasta llegar a una zona apartada y aparcó el vehículo en un callejón. Salió del coche y comprobó que no hubiera nadie por los alrededores; al ser lunes de madrugada, nadie estaría por la calle a esas horas. Una vez se aseguró que ninguna persona rondaba por las cercanías, sacó el cadáver de la niña y la tiró dentro de un contenedor. Con los guantes de cuero puestos y un pasamontañas para no salpicar saliva ni dejar ningún pelo, removió las bolsas que había dentro para ocultar el cuerpo a primera vista. Una vez revuelto, cerró el contenedor de forma suave antes de irse.

Condujo el coche durante media hora más en otra dirección, hacia un lugar alejado de su ciudad y de la otra en la que había dejado el cuerpo de la niña. Allí, en medio de la nada, sacó el plástico con el que envolvió el cuerpo de la pequeña, las bolsas de basura con las que había llevado el cadáver, además de la ropa de la niña y lo quemó todo. Cuando todo fue consumido, lo recogió en otra bolsa, le echó agua por encima para que se enfriara y lo tiró en un nuevo contenedor. Subió al coche y se fue a casa.

A la mañana siguiente, a las siete en punto, se levantó después de haber dormido sólo un par de horas. No se sentía para nada cansado, estaba completamente tranquilo y satisfecho de lo que había hecho. Ahora sólo necesitaba ver y sentir el sufrimiento de sus vecinos de arriba al enterarse de que su hija había muerto. Y lo que era peor, debido a que se la encontrarían desnuda y lavada, por sus mentes pasarían pensamientos de posibles escenarios en los que habrían hecho con la niña cosas perturbadoras y degeneradas. Maltratar a alguien de forma psicológica, le alegraba todavía más que maltratarlas de manera física.

Pasaron varios días desde el asesinato de Laila cuando, el jueves de esa misma semana de madrugada, desde el vertedero de la ciudad donde Sergio había dejado su cadáver, se percataron de la existencia de un cuerpo sin vida. Llamaron a las autoridades y empezaron a investigar. Habían encontrado el cuerpo una niña pequeña de aproximadamente seis años de edad con un ligero principio de descomposición.

La policía forense estuvo investigando la zona hasta que un juez ordenó el

levantamiento del cadáver, a lo que posteriormente, los agentes se llevaron el cuerpo sin vida a la comisaría local, para identificarla y que el médico forense le practicara la autopsia. Unas horas más tarde, se identificó a la niña como Laila Romero, la niña desaparecida unos días atrás en otra ciudad. Además se pudo comprobar que llevaba aproximadamente cuatro días muerta y que había sido asesinada por asfixia. No había signos de forcejeo ni abusos sexuales en el examen preliminar.

La policía se preguntaba cómo había llegado hasta allí desde la ciudad donde desapareció. Se preguntaron quién la podía haber llevado hasta allí, de modo que contactaron con la policía de esa ciudad para informarles del caso y que investigaran su entorno. Empezaron los trámites para desplazar el cadáver a su ciudad de origen y esa misma tarde, ya estaba en las dependencias policiales de la localidad. Allí, le realizaron una autopsia más a fondo para asegurarse que no habían pasado nada por alto.

5. INSPECTORA RUBIO

Carla Rubio era una mujer ambiciosa y perseverante, de treintaicinco años, metro setentaicinco y con el pelo castaño, ligeramente ondulado hasta la altura de los hombros. Su aspecto era intimidante, de cuerpo ligeramente musculoso y vestía siempre con ropa casual. Tenía un hijo de siete años de edad y estaba casada desde hacía cinco con el padre del niño. Hacía poco más de una semana que había sido ascendida a inspectora de policía, pero estaba decidida a darlo todo por su nuevo cargo, sin olvidar el objetivo que se había propuesto cuando entró como agente raso hacía más de quince años, que era convertirse en comisaria de policía.

Eran las cuatro de la tarde del jueves cuando la inspectora de policía Carla Rubio, estaba tranquilamente repasando los informes de unos casos en los que trabajaba, cuando recibió una llamada informándole de que habían encontrado el cadáver de la niña desaparecida hacía unos días, en una ciudad cercana. La inspectora, a pesar de ser de homicidios, se había involucrado en ese asunto porque, según afirmaba, tenía la corazonada de que ese caso no era una simple desaparición. Le explicaron que acababan de trasladar su cuerpo y que estaba en el laboratorio a la espera de que le practicaran la autopsia. Aprovechó el tiempo que tenía para ir a hablar con el comisario y pedirle la autorización para investigar ese caso en particular.

El comisario, un policía veterano de cincuenta y siete años llamado Héctor Aguirre, la autorizó a hacerse cargo del caso de la niña llamada Laila Romero. Él conocía a la inspectora Rubio desde que había entrado en el cuerpo y admiraba su destreza y habilidad como policía, por lo que confiaba plenamente en ella. Una vez que le aceptó la petición para llevar el caso, se fue al laboratorio forense para ver si ya tenían listo el informe de la autopsia.

Al llegar allí, se cruzó con uno de los agentes que había trabajado en la desaparición, quien iba a ir a informar a la familia sobre lo acontecido, además de para que fueran a identificar el cadáver. Se saludaron y Carla fue directa al laboratorio. El médico forense, encargado de la autopsia, todavía tenía el cuerpo sin vida de la niña sobre la camilla. Carla al verla, no pudo sino sentir un cierto dolor al tratarse de una niña tan pequeña. Cerró los ojos y

respiró hondo, a lo que el forense, un hombre de más de sesenta años, le dijo:

—Cómo se nota que aun eres joven y llevas poco tiempo viendo cadáveres. Pero no te preocupes, ya te acostumbrarás a ver estas cosas. O eso me gustaría creer a mí.

—Lo siento, pero es la primera vez que veo el cadáver de una niña tan pequeña —dijo Carla teniendo dificultad para mirar al cuerpo sin vida de la pequeña—. Tengo un hijo de edad similar. No sé qué clase de monstruo puede hacer algo así. Pero en fin, ¿qué se sabe de las causas de la muerte?

—Murió por asfixia —respondió el forense agarrando el informe—. Además, tanto el informe del otro laboratorio como el nuestro, calculamos que murió entre las diez y las dos de la tarde del domingo; y no sólo eso. Parece que le rompieron el cuello una vez muerta.

—¿Cuándo estaban moviendo el cadáver?

—En un principio he pensado eso, pero no. Parece que el asesino no creyó que la niña estaría muerta o quería asegurarse de que lo estaba.

—De modo que se descarta por completo que fuera un accidente y que tratara de esconder el cadáver por miedo. ¿Algo más?

—Sí, algo muy curioso. Resulta que fue lavada... y con lejía. Al parecer querían borrar cualquier rastro, pero no había ni un sólo signo de violación... que no fuera bastante anterior a su muerte.

—¿Qué quieres decir con eso?

—La niña mostraba signos de violación producida varios días antes de morir y posiblemente de forma reiterada desde hacía semanas. Lo más seguro, y esto es sólo una opinión mía, es que su asesino quería silenciarla antes de que ella lo delatara.

—O sea, que el asesino la llevaba violando de forma reiterada hasta unos días antes de su muerte, y luego, como la niña quería delatarlo, la mató. ¿Hay algún resto de ADN dentro del cuerpo de la niña?

—Nada. Además, aunque no la hubiera lavado, posiblemente hubiera desaparecido para entonces.

La inspectora Rubio dio un suspiro y pidió al forense que guardara el cuerpo en el refrigerador para cadáveres a la espera de cuando la familia viniera a identificarla. Antes de volver a su mesa, pidió al agente que estaba en la puerta de la comisaría, que cuando llegaran los familiares de la niña, la avisara inmediatamente.

Pasó una hora y llegó el tío de la víctima a la mesa de la inspectora. Se

excusó de que no vinieran la madre o la abuela debido a su profundo dolor, afirmando que ni siquiera podían ir para identificar el cadáver y por eso se había personado él. Rubio empezó a preguntarle sobre posibles enemigos que podían haber llevado a cabo el crimen, pero Julián, el tío de la víctima, empezó a ponerse nervioso y acabó afirmando que eran una familia modélica, por lo que no podía imaginarse a nadie capaz de hacer semejante barbarie. Pero la inspectora había hecho una labor de investigación, descubriendo que él había estado en prisión por tráfico de drogas, lo que provocó que, al oír eso, Julián empezara a ponerse muy nervioso y a afirmar que ya se había reinsertado. Se puso tan exaltado, que tuvieron que agarrarle varios policías porque temían que se pusiera violento, aunque la inspectora Rubio no se alteró en ningún momento, por lo que decidió pasar por alto el comportamiento del hombre, alegando la tensión que sentía por la muerte de su sobrina-nieta.

Cuando el tío-abuelo de la niña ya estaba más calmado, Rubio empezó a preguntarle muchas otras cuestiones, como su coartada para el domingo entre las diez y las dos de la tarde, los lugares que frecuentaba la pequeña, amén de las personas con las que solía tener contacto Laila. Esta última pregunta hizo que en los ojos de Julián se reflejara la tristeza, pero él intentó contestar de una manera que acabó generando en contradicciones sin sentido, explicando que no salía nunca de casa, salvo para asistir a la escuela y poco más. Rubio pensaba que lo más seguro, era que el tío-abuelo de la niña fuera la persona que la forzó sexualmente y por eso intentó que cayera en una trampa. Le dijo que había indicios de violación en el cuerpo de la niña y que habían encontrado muestras de ADN; por eso, querían cotejarla con los suyos. Él se negó rotundamente y se indignó tanto que se levantó de la silla yéndose de la comisaría. Rubio estaba segura que ese hombre era el culpable. Pero había algo extraño; el hombre tenía coartada para el momento del asesinato y no una cualquiera. Había sido arrestado la noche anterior al crimen en un bar por una reyerta y estuvo en un calabozo de la comisaría hasta las cinco de la tarde del domingo. A parte de eso, su mirada reflejaba tristeza, pero no un sentimiento de arrepentimiento, sino de algo diferente que no cuadraba con alguien que hubiera cometido un delito, sino más bien, encubrirlo.

Fue entonces, cuando la inspectora se dio cuenta que habían dos criminales; el violador, que lo más probable era que fuera su tío-abuelo, y el asesino, alguien desconocido con algún motivo suficientemente fuerte como para asesinar a una niña inocente. Decidió salir fuera del edificio para fumar y

pensar con mayor claridad. Mientras estaba encendiéndose un cigarrillo e intentando poner en orden sus pensamientos, se percató que alguien había dejado un papel en el parabrisas de su coche, de modo que fue a ver qué era. Lo agarró y vio que se trataba de la publicidad de un bar de la ciudad llamado *Tres Copas*, abierto de lunes a domingo de nueve de la noche a tres de la mañana. Pensó que le sentaría bien tomarse un trago después de trabajar e intentar conectar todas las piezas de ese rompecabezas. Se guardó la publicidad en el bolsillo, apagó el cigarrillo en un cenicero que tenían en la entrada del edificio y volvió a entrar para seguir trabajando.

6. FELICIDAD MACABRA

Sergio volvía del trabajo y se dirigía hacia su casa. Eran alrededor de las siete de la noche debido a que se había entretenido hablando con sus superiores. Estaba calmado y sereno, como si se hubiera olvidado del cadáver de la niña que había tirado a un contenedor unos días atrás. Cuando llegó a su rellano por el ascensor, notó algo diferente en el ambiente. Era una extraña sensación, como si la tristeza y la desesperación invadieran el lugar, pero Sergio decidió ignorarlo y entrar en su piso como si nada.

Llevaba varios días sin sufrir ningún ataque de los vecinos de arriba, ni siquiera se oían los pasos de los tacones, algo que agradecía profundamente y le ayudaba a reafirmar que, haber asesinado a la pequeña, era lo mejor que podía haber hecho nunca. De lo único que se arrepentía era de no haberlo hecho mucho antes. Pero mientras estaba sentado en el sofá, empezó a oír lo que parecía un llanto desesperado de una mujer que venía del piso de arriba. En un principio pensó que habían puesto la televisión muy fuerte, pero acabó por percatarse de que se trataba de la mujer llamada Marlene. En ese momento, un pensamiento se le pasó por la cabeza; habían encontrado a la niña y las autoridades ya habían informado a la familia.

Estaba satisfecho. Sentía una tremenda paz interior por oír los lamentos de sufrimiento de las personas que desde hacía varios meses, le habían estado martirizando con sus ruidos, molestias y ataques varios. Y como ya había conseguido su objetivo, decidió subir al piso para deleitarse con el sufrimiento de esa gente.

Eran casi las siete y media. Mientras se dirigía para subir al ático recorriendo las escaleras, se encontró con Carmen, la vecina del segundo primera, que iba con Pilar, la vecina del tercero tercera. Sergio no se extrañó mucho de la situación, debido a su fama de chismosas, pero igualmente les preguntó qué hacían allí. Las dos mujeres respondieron, casi a la vez, que habían subido para averiguar qué eran esos gritos que se oían desde hacía unos veinte minutos. Sergio, intentando conseguir su simpatía, fingió que él también era un cotilla y les dijo que quería comprobar qué era ese sonido extraño que se parecían a llantos de lamento y que se oían tan fuerte desde el

ático. Las dos mujeres, con una ligera alegría de encontrar a un semejante entre los vecinos, le contaron que habían estado escuchando a través de la puerta y entendieron que decían que la niña desaparecida hacía unos días, había sido encontrada muerta en una ciudad cercana. Añadieron algo extraño; las dos mujeres comentaron que incluso parecían más enfadados que tristes. Sergio hizo como que no se lo creyera pero ambas señoras insistieron mucho en ello. El joven muchacho acabó dándoles la razón y comentaron allí mismo, en mitad de la escalera, los posibles motivos y los posibles sospechosos que podían haberlo hecho, especulando sin tener argumentos sólidos.

Muchas posibilidades salieron a la luz, entre las cuales había algunos muy absurdos, pero uno de los que parecía tener mayor consenso, era el del misterioso padre de la niña. Nadie lo había visto nunca y cuando le habían preguntado a Silvia quién era, decía unas veces que había fallecido en un accidente de coche y otras que las abandonó. Los tres llegaron a la conclusión de que posiblemente sería el progenitor de la pequeña quien había acabado con su vida por alguna razón desconocida. Sergio decidió no subir, alegando que no quería molestarlos después de su pérdida y que esperaría a encontrárselos en el rellano para darles el pésame. Esto encantó a las dos damas, quienes no tenían mejores palabras para describir lo bondadoso que era Sergio. Se separaron y el muchacho volvió a su piso.

Pasaron las horas y a eso de las diez de la noche, Sergio decidió ir a su bar favorito para relajarse un poco. Una vez llegó al bar *Tres Copas*, vio a una mujer sentada en la barra, con la mirada clavada en un vaso bajo, vacío de licor, pero lleno de hielo. Era una mujer de unos treintaicinco años, con el pelo castaño y ligeramente ondulado. Tenía un aspecto ligeramente intimidante junto con una expresión seria en su rostro. A Sergio le dio mala espina esa mujer, como la persona que días atrás lo acusó de asesino; pero intentando no parecer sospechoso, se sentó a dos taburetes de distancia de allí. La mujer misteriosa se percató de su presencia y se giró a mirar quién había allí. Extrañamente, a Sergio le resultaba familiar esa mujer que no le quitaba los ojos de encima. Esperando lo peor, decidió preguntarle algo.

—¿Nos conocemos? —preguntó él discretamente y siendo lo más educado posible.

—¿Tú eres Sergio, verdad? —respondió la mujer misteriosa en un tono cordial —Eres amigo de mi hermano Alberto, ¿no es así?.

Al decirle esa frase, Sergio se dio cuenta que la había visto antes. En

efecto, era la hermana de Alberto, un amigo suyo con quien mantenía una amistad desde la infancia. Se saludaron y la mujer misteriosa se presentó.

—Me llamo Carla Rubio —dijo ella sin moverse del sitio—, encantada. Pensaba que tú eras el amigo de mi hermano de quien decía que eras muy sano. ¿O me estoy confundiendo de persona?

—No te confundes, es sólo que me cansé de seguir una dieta saludable. Me dejé influenciar por las modas que hay ahora.

—¿¡Es que no tienes personalidad!/? ¿Para qué haces cosas que no te gustan? —dijo Carla ligeramente ebria mientras Sergio bajaba la cabeza avergonzado —Oye, te invito a una copa.

—¡Claro! Como voy a negarme a la invitación de la hermana de Alberto.

Y allí se quedaron durante un rato, conversando tranquilamente. Sergio recordó que la hermana de su amigo había sido nombrada inspectora de homicidios pocos días atrás, por lo que pensó que sería muy útil tener a alguien así cercano a él.

Cuando ya era medianoche, Sergio decidió irse del bar, alegando que al día siguiente tenía que trabajar. Se fue a casa caminado tranquilamente, disfrutando de la fría brisa nocturna. Al llegar al portal, se encontró saliendo del edificio a Marlene, la vecina de arriba, quien parecía tener una mirada terriblemente apagada. Sergio se acercó y le dio el pésame. La mujer rompió a llorar y lo abrazó fuertemente. Por la mente de Sergio, sólo pasaban emociones de felicidad al poder comprobar de primera mano, el sufrimiento de los vecinos. Pero él decidió fingir una ligera tristeza. Miró a Marlene a los ojos y con una pequeña lágrima cayendo desde su ojo derecho le dijo con la voz quebrada:

—Encontrarán a su asesino. Ese monstruo pagará por lo que le hizo a una pobre niña indefensa.

—Gracias, Sergio —le respondió aguantándose el llanto como podía—. Tengo que ser fuerte por Silvia. Ella me necesita más que nunca.

—Eres una gran madre. Menos mal que te tiene a ti.

Se despidieron y Sergio entró en el bloque. Mientras subía por el ascensor, no podía dejar de sentir placer por haberle visto la cara de sufrimiento a la vecina. Y en ese momento, volvieron los recuerdos de su pasado de nuevo a su cabeza. Se acordó que debía seguir con la lista de la venganza que escribió semanas atrás y que terminó quemando justo después de memorizarla. Si la venganza contra los que le habían hecho sufrir unos meses era tan placentera,

hacerlo con los que le habían estado atormentando durante años, sería mucho más satisfactoria. Llegó a su piso y se propuso decidir quién iba a ser el siguiente. Dudaba entre un antiguo jefe suyo de una empresa en la que trabajó, o un compañero suyo de clase quien le ridiculizaba de forma constante delante de toda la clase y que casualmente, era compañero suyo en la empresa en la que trabajaba actualmente. La decisión era difícil, porque el nivel de odio que estaba despertando de su letargo, era asombrosamente alto.

Y pasaron los días mientras Sergio tomaba la decisión de su siguiente víctima. Las pesadillas habían vuelto. Le estaba costando dormir debido al dolor que sentía por las personas que le habían hecho daño en el pasado. No comprendía cómo ese dolor volvía con mayor intensidad si había puesto fin a uno de sus problemas. Lo comprendió en ese momento. No podía librarse del resentimiento a menos que acabara con todos los demás nombres de su lista. Sentía tanto rencor hacia la gente de su pasado que ni siquiera el sufrimiento de la madre y la abuela de la pequeña Laila le tranquilizaban. Estaba teniendo problemas de cervicales y tensión en el cuello; algo que pensaba que era debido a haber dormido en una mala postura por culpa de las pesadillas que estaba sufriendo. Sergio pensó que una vez se vengara de todos los nombres que había en su lista, su vida volvería a ser la de antes, o incluso, mucho mejor porque ya no se reprimiría nada y todos pagarían el precio de haberle hecho sufrir en el pasado.

7. SUFRIMIENTO AJENO

Pasó una semana desde que la policía encontró el cadáver de la niña y Sergio estaba dándole vueltas sobre cómo vengarse de su antiguo jefe. No le gustaba especialmente la sangre, por lo que una muerte muy sangrienta no le parecía la mejor opción, pero lo que sí quería es ver cómo sufría.

Cuando salió el viernes del trabajo al mediodía, tuvo una revelación; haría lo mismo que con sus vecinos de arriba. Iría a por alguien muy querido de su antiguo jefe y lo mataría para que sufriera el resto de su vida. Pero ese individuo era la personificación de la conducta antisocial. No estaba casado, ni tenía hijos, ni amigos; ni siquiera hablaba con nadie. Iba de casa al trabajo y del trabajo a casa; pues entonces, ¿cómo iba a torturarlo psicológicamente? Tuvo una pequeña idea; darle algo que, una vez se lo quitaran, lo echaría de menos. Pero el hombre era tan antipático y desagradable que no le hablaba nadie más tiempo del necesario. Estuvo pensando por un rato y a la única conclusión a la que llegó, era contratar a una profesional para que lo sedujera y se convirtiera en su supuesta pareja, pero descartó la idea por tratarse de algo que tardaría mucho tiempo, además de ser muy caro.

Reflexionando en ello, se percató que si de verdad no tenía nada por lo que vivir, haría ya tiempo que se hubiera quitado de en medio suicidándose. Algo tenía que tener, por ejemplo, algo material que podría usar para torturarlo psicológicamente. De modo que se paseó por el lugar en donde estaba la empresa en la que trabajó la última vez que lo vio, hacía ya unos tres años. Entró dentro del edificio con la excusa de que, ya que había trabajado allí, le apetecía ver a sus antiguos compañeros y saludarlos. Pero todo era muy diferente a cómo lo recordaba. Ninguno de sus excompañeros trabajaban allí. Todos habían sido despedidos y la empresa había cambiado de nombre y de dueños. Ahora ya no era una asesoría de empresas como lo fue antaño, sino un despacho de control de logística. Así que Sergio se fue con una sensación amarga en el cuerpo. Su mente pensaba si era buena idea seguir perdiendo el tiempo en buscar al jefe amargado, pero en ese momento, la fortuna le sonrió.

Apareció un hombre encorvado de mediana edad, pero en apariencia parecía un anciano con el pelo grisáceo, vestía un traje andrajoso que antaño

fue negro pero ahora se percibía de un color gris apagado y con ligeras roturas en las costuras de éste. Se quedó mirando a Sergio como si le molestara que estuviera en su campo visual. En ese instante, Sergio se percató que era Alfonso Ruiz, el jefe al que estaba buscando para planear su venganza. El hombre lo miraba con aversión, a la vez que parecía como si no hubiera sonreído en toda su vida. Pasó justo al lado y escupió al suelo. Sergio, al ver que el escupitajo cayó muy cerca de sus pies, casi manchándole sus zapatos, le lanzó una mueca de desagrado pero el hombre lo ignoró. Fue entonces cuando decidió saludarlo.

—¡Don Alfonso! —dijo Sergio fingiendo alegría —Cuánto tiempo, ¿verdad?

—¿Quién demonios eres tú? —dijo él en un tono que reflejaba el mayor desprecio por las personas con las que compartía este mundo —Pareces un vago y un delincuente.

Sergio se enojó por ese comentario; era lo que siempre le decía a él y a sus compañeros de entonces cuando los veía cada mañana. No entendía cómo ese hombre tan desagradable no lo reconocía si había trabajado para él durante casi dos años. El joven tomó aire para relajarse y no actuar de forma impulsiva.

—Don Alfonso, me llamo Sergio Valcárcel y trabajé con usted en esta empresa hasta hace unos tres años.

—¿Y te fuiste para hacer el vago? ¡Seguro!

A Sergio le estaba constando no enfadarse por ese hombre. Por su mente pasaban imágenes en las que le daba varios puñetazos hasta dejarlo en el suelo sangrando. Se estaba replanteando los pensamientos de antes y llegó a la conclusión de que ese hombre tenía que morir; pero antes, debía sufrir una gran tortura. De modo que se disculpó por haberle interrumpido el paseo y le dio la razón en que era un vago que no quería trabajar. Se despidió de él, pero el hombre ni siquiera le dijo adiós. Continuó por su camino, con la espalda encorvada y las manos agarradas detrás de la cintura. Sergio fingió irse, pero decidió seguirlo para averiguar dónde vivía.

Caminó durante unos treinta minutos por el polígono industrial en el que estaban hasta salir de él y llegar a una zona residencial. Caminaron por una urbanización cuyas viviendas se volvían más lujosas y grandes a medida que avanzaban. Al cabo de otros treinta minutos, llegaron a una casa unifamiliar independiente bastante grande, de aproximadamente dos cientos metros

cuadrados de edificación y con un enorme jardín mustio que parecía abandonado. Sergio se sorprendió al comprobar que el viejo entraba en esa residencia, que parecía más una mansión que un simple chalet. La casa debía costar por lo menos cuatro veces más que su piso, a pesar de estar en un estado bastante descuidado; pero luego, Sergio pensó que esa vivienda, podría ser la posesión más valiosa del anciano.

Observó la morada desde la distancia, percatándose que tenía un sistema de seguridad digno de cualquier paranoico. Cámaras enfocando tanto la entrada de la calle como la entrada a la casa, detectores de movimiento en el jardín y un panel de aviso informando de que allí había una alarma conectada. «¿Por qué este viejo tiene este sistema de seguridad?», pensó Sergio mientras seguía observando aquella residencia. Consideró que le bastaría únicamente una alarma y quizás algún que otro detector de movimiento, pero eso sería para dentro de la vivienda. Sergio no paraba de pensar si el viejo escondía algo importante dentro de esa casa. Cualquiera hubiera imaginado que se trataría de dinero, obras de arte o incluso lingotes de oro, pero la mente de Sergio ya no era la de una persona normal, por lo que se imaginó que allí dentro, tenía que haber algo ilegal, algo que no debía salir de ese lugar bajo ninguna circunstancia. Fue entonces, cuando decidió marcharse para su apartamento y planear cómo entrar en la mansión de su antiguo jefe, ya que le estaba picando la curiosidad, y allanar esa propiedad le hacía sentirse emocionado.

Volvió a pie hasta su piso, que se encontraba a unos cuarenta y cinco minutos del lugar, con su mente intentando averiguar qué podría haber allí dentro. Caminando sin levantar apenas la mirada de sus pasos, salvo cuando tenía que cruzar una calle, se convencía de que ese viejo debía sufrir. Ahora Sergio se sentía que tenía una misión en este mundo; tenía que librarlo de ese hombre, al que definía como “basura de anciano”, de la existencia de este lugar. Sin darse cuenta, llegó a su bloque de viviendas. Eran cerca de las ocho de la noche y el atardecer ya había llegado a su fin, tiñendo de negro el cielo nocturno. Por una extraña sensación, como si hubiera oído algo, levantó la cabeza para mirar el edificio donde vivía y se fijó en algo que había allí. En una de las ventanas que se encontraba abierta, se veía a una mujer observando el vacío y sintiendo la brisa nocturna. Sergio la contempló percatándose de que era Silvia, su vecina de arriba y madre de la niña que él mismo había asesinado. Sin dudarle un instante, la mujer sacó una de sus piernas por la ventana, a lo que posteriormente hizo lo mismo con la otra, quedándose con la mirada clavada

en el suelo a más de doce metros de altura. Ella no percibió que Sergio estaba justo allí abajo mirándola. Él por su parte, se quedó observando la escena sin sentir ningún tipo de empatía por ella, extrañamente se sentía en paz. La mujer parecía decidida a lanzarse al vacío para suicidarse, pero justo cuando intentó impulsarse para saltar, alguien la agarró por la cintura y con fuerza la metió dentro. Sergio se quedó allí esperando para ver si seguía el espectáculo, pero al ver que cerraron la ventana, se fue de allí.

Entró en el edificio y fue a comprobar si tenía correspondencia en el buzón. No había más que publicidad de negocios cercanos y una octavilla de una supuesta religión que se reuniría el próximo fin de semana, aunque se parecía mucho a una secta que quería sacarle el dinero a la gente. Lo tiró todo en la papelería que había al lado de los casilleros y se dio cuenta que ya no encontraba más publicidad de la normal en su buzón desde que la niña ya no estaba; sonrió y subió por las escaleras muy tranquilo. Sergio no parecía alguien que hubiera estado observando un posible suicidio; subía lentamente mientras le venían a la cabeza pensamientos de satisfacción. Había destruido a esa gente de tal manera, que incluso la madre había pensado en quitarse de en medio debido al extremo dolor que sentía. Eso le reconfortaba mucho más que haber matado a la pequeña. Llegó a su piso y entró.

Era casi medianoche y mientras Sergio estaba sentado en el sofá, volvía a sentir el resentimiento de sus recuerdos dolorosos del pasado de las personas que lo hirieron. Pensó en silenciarlos temporalmente con un buen trago en su bar favorito, pero quería también investigar la casa del anciano al que quería ver sufrir hasta la muerte. Tomó el coche y se fue al bar *Tres Copas*. Nunca conducía a ese lugar, debido a que era una persona con una gran responsabilidad con las normas de circulación, pero en esos momentos, encontraba mucho más emocionante arriesgarse a conducir bajo los efectos del alcohol, poniendo en riesgo su vida y la de los demás.

El bar estaba lleno esa noche. Parecía que la publicidad que había estado repartiendo el dueño las últimas semanas, estaba dando sus frutos. A Sergio no le importaba que hubiera mucha gente, siempre y cuando se pudiera tomar sus tragos tranquilo. Se sentó en uno de los taburetes de la barra y se pidió un whisky solo. Mientras bebía, un joven de poco más de veinte años, se le acercó para pedirle cambio para la máquina de tabaco. Esto le sorprendió, le parecía extraño que le estuviera pidiéndoselo a él en vez de al camarero de la barra, pero el joven insistía con vehemencia. «Lárgate si no quieres

problemas, niño», dijo Sergio en un tono muy sereno y sin siquiera mirarlo a la cara. El joven se sorprendió de la frialdad pero continuó insistiendo en que sacara su cartera y le diera cambio. Sergio lo ignoró y en ese momento, el joven lo agarró por la ropa gritándole e insistiendo, prácticamente gritando, en que le entregara dinero. Sus amigos lo animaban pidiendo que le diera una paliza y el joven se vino arriba. Zarandeó a Sergio pero éste lo ignoró por completo. El camarero de la barra llegó e intentó que lo dejara en paz, pero el joven seguía obsesionado con que Sergio le diera dinero. Ya cansado de que lo estuviera agarrando, Sergio se volteó lentamente y lo miró a los ojos. Su mirada hubiera hecho temblar de miedo incluso al mismo demonio. El joven se quedó helado, paralizado por el horror y sin siquiera poder temblar de miedo.

—¿Cuál es tu nombre? —dijo Sergio en un tono calmado, pero el joven no reaccionaba, algo que extrañó a sus amigos —Te lo preguntaré otra vez. ¿Cuál es tu nombre?

—Ro... Roberto... —respondió al fin el joven con la voz temblorosa.

—Muy bien, Roberto. Suéltame la ropa y vete a disfrutar de la noche con tus amigos... mientras sigan con vida.

Roberto soltó la ropa de Sergio y se fue alejando de él caminando hacia atrás muy lentamente casi sin parpadear. Los amigos le preguntaron por qué estaba tan asustado, pero él sólo decía que debían irse de allí. Insistió mucho para que se fueran del local, cosa que acabaron aceptando extrañados y sorprendidos por lo acontecido. Sergio siguió con su vaso bebiendo con total tranquilidad mientras el bar estuvo en silencio hasta que se fueron los jóvenes del lugar y todo volvió a la normalidad. Los presentes parecían asustados a excepción de Sergio, que se sentía demasiado cansado para fingir preocupación. El camarero de la barra se le acercó, le preguntó si estaba bien, disculpándose por lo sucedido, pero Sergio le dijo que no importaba, que como nadie había resultado herido, no tenía de qué preocuparse.

Pasaron unos minutos y parecía como si ya nadie recordara lo que había ocurrido unos minutos atrás. Pero en la mente de Sergio, seguía la cara de aquel chico llamado Roberto, quien sin saberlo, había anotado su nombre en la lista de la venganza. De modo que decidió que él, sería uno de los siguientes, pero no quería precipitarse y esperaría unas semanas para que la policía no lo relacionase con él por algún casual. Preguntó al camarero de la barra si sabía algo de aquellos jóvenes que estaban allí, a lo que él respondió que era la primera vez que los veía, pero un hombre a tres taburetes de distancia, le

comentó que esos chicos solían ir por una discoteca cercana, una de las más caras de la ciudad, y que estaba a unos cinco minutos de allí en coche.

Transcurrieron unos minutos de la conversación y Sergio se levanto del taburete, pagó y salió del bar. A la salida le esperaban un grupo de jóvenes con barras de hierro y palos de madera; tenían la intención de agredirle. Cuando los vio, Sergio ni se inmutó lo más mínimo y les preguntó si querían algo. Uno de ellos, una de las chicas que estaba más avanzada, le dijo en tono muy amenazante que lo iban a matar si no les daba todo su dinero, a lo que Sergio empezó a reírse a carcajadas. Los jóvenes se empezaron a irritar por la desfachatez de Sergio, quien parecía impávido ante ellos. Justo cuando iban a lanzarse a atacar, alguien sacó una pistola y apuntó a los jóvenes.

—¡Alto, policía! —dijo un hombre vestido de paisano con una pistola semiautomática apuntando a los jóvenes —¡Soltad las armas!

Los jóvenes se asustaron y tiraron las barras y palos a toda prisa. Justo en ese instante, varios coches patrulla se presentaron al lugar y de ellos salieron varios agentes que les apuntaron también con sus armas reglamentarias. Empezaron a gritarles que se echaran al suelo mientras se iban acercando para esposarles. Sergio no entendía qué hacía la policía en ese lugar y cómo era que lo habían salvado. El policía de paisano se le acercó y le empezó a contar que esos jóvenes se dedicaban a pegar y robar a víctimas que seleccionaban en los bares, únicamente por diversión. Ya habían agredido a más de veinte personas, dejando a uno de ellos al borde de la muerte unos días atrás. Gracias a que uno de los camareros del bar había alertado a la policía, habían podido presentarse en el lugar y arrestarles. Sergio, todavía extrañado, preguntó si tenía que declarar, pero el agente le confirmó que no era necesario, que con las declaraciones que ya tenían de sus anteriores víctimas, los vídeos de las cámaras de seguridad y haberlos detenido en el acto, no sería necesario. Así que se fue caminando tranquilamente mientras observaba como se llevaban a los jóvenes asustados, quienes rogaban para que no se lo dijeran a sus padres; uno de ellos, lloraba como un niño pequeño, algo por lo que Sergio ni siquiera sintió la más mínima lástima.

Sergio estaba sentado en su coche, pensando en que no podía permitirse el lujo de ser atacado sin más. De modo que se planteó el hecho de comprarse un arma. La cuestión era cuál. Una pistola, un cuchillo, un arma de defensa personal... Había muchas opciones, la inmensa mayoría de ellas eran ilegales, pero no podía permitirse ningún retraso en su misión. Por ello, cuando

volviera a casa, entraría en esa tienda del internet oscuro en la que había adquirido los artículos para el ritual y se compraría una o varias armas, ya que también vendían armamento de todo tipo en ella. Pero su misión esa noche era acercarse a la casa del viejo a investigar su sistema de seguridad. Arrancó el vehículo y se marchó del lugar. Mientras conducía, se daba cuenta que el alcohol no era buena compañía a la hora de manejar un vehículo, ya que estaba viendo las calles más estrechas de lo normal. Pero a duras penas, logró llegar a la zona residencial y aparcó un poco alejado del lugar, a varias calles de distancia de la casa del hombre. Antes de salir, se cambió de ropa, vistiendo completamente de negro y poniéndose un pasamontañas y unos nuevos guantes de cuero.

Saltó a la casa contigua, perteneciente al vecino que había a la derecha, para ir a la parte de atrás y hacer su entrada desde allí. Cruzó sin problemas aquella vivienda hasta el final de todo. La casa de su víctima, estaba protegida por una valla muy alta, de más de dos metros de altura, y cubierta de cañizo para que no se viera qué ocurría al otro lado. Esto le parecía muy sospechoso a Sergio, pero siguió adelante. Apoyándose en una columna de piedras, consiguió saltar al otro lado. Iluminándose con la luz del teléfono, pudo ver que el jardín era el típico de una película de terror, completamente muerto, como si no lo hubieran regado desde hacía años. Además, casi no había luz en aquel lugar, hacía dos días que la luna había estado en fase nueva y no iluminaba apenas, por lo que sólo la luz de su teléfono y las farolas de la calle, iluminaba ligeramente sus pasos. Continuó con cautela, vigilando no activar ninguno de los sensores de movimiento, aunque no veía dónde estaban. Llegó a una entrada trasera que a primera vista, le parecía que daba a la cocina. Se trataba de una puerta de aluminio blanca, o al menos debajo de toda la mugre era de ese color, que había cedido con los años haciendo que no fuera muy difícil forzarla de un empujón.

Ahora estaba dentro de la casa. Sabía que si venía de día, cuando el anciano estuviera paseando, lo más seguro es que la alarma estuviera conectada, pero de noche era posible que no la hubiera activado por descuido o porque aun estaría despierto deambulando por allí. Iluminándose con la luz del teléfono, pudo darse cuenta de lo sucia y asquerosa que estaba la cocina. Había platos sin fregar desde hacía por lo menos dos semanas, las bolsas de basura se acumulaban al lado del cubo y la encimera estaba llena de restos de comida. Le estaba dando bastante asco estar allí, sobretodo por un hedor

bastante repugnante que se asemejaba a un olor dulce y rancio que venía de una de las bolsas de basura. La pestilencia le estaba empezando a marear y a provocarle arcadas a pesar de ir con la cabeza cubierta todavía, pero continuó con su exploración.

Llegó a la sala más grande, lo que en cualquier hogar sería el comedor o la sala de estar. Pero ese lugar estaba completamente vacío, no había nada, ni siquiera un pequeño sofá. A Sergio esa casa le parecía cada vez más extraña. Miró las demás habitaciones de la primera planta pero también estaban vacías, sin absolutamente nada en ellas, ni muebles, ni cuadros en las paredes, ni siquiera unas cortinas en las ventanas. Empezó a hacer hipótesis sobre qué podía ser ese lugar. Estaba claro que no era una vivienda normal y corriente. Se encontró con una puerta cerrada y entró. Era el baño, una habitación que no la habían limpiado desde hacía meses. Salió de allí porque el olor le estaba mareando, aunque no tanto como el de las bolsas de basura con las que se había topado antes. Justo cuando estaba a punto de subir la escalera para la segunda planta, no podía quitarse de la mente ese olor desagradable de la cocina. Podía tratarse de alimentos en mal estado o algo peor; como por ejemplo, partes de un cadáver que estaba descomponiéndose. «¿Ese viejo era un asesino?», pensó él a punto de marcharse de allí, pero creyó que estaba delirando debido a los olores fétidos con los que se había intoxicado en el baño y siguió subiendo por las escaleras. Cada peldaño crujía haciendo más ruido que el anterior, a pesar de ir cada vez con más cuidado. Llegó a la segunda planta y allí había un pasillo con cinco puertas cerradas, dos a la derecha y tres a la izquierda. Una de ellas tenía que ser la habitación del viejo, de modo que empezó por la que tenía más cerca, la primera puerta que estaba a su izquierda.

Abrió la puerta lentamente y con cuidado, ya que pensaba que las puerta chirriarían, pero ésta estuvo en absoluto silencio. Miró dentro y exactamente igual que en el comedor, la habitación estaba vacía, sin nada. Cerró y lo probó en la que estaba ligeramente enfrente. Abrió y tampoco había nada dentro. Sergio se estaba empezando a enfadar con eso, no encontraba nada por lo que el viejo estuviera encariñado y lo que era peor, no podía quitarse de la cabeza que en las bolsas de basura, podría haber un cadáver, o al menos parte de él. Salió de allí y se quedó mirando las otras puertas, ahora tenía tres para descubrir lo que había en el interior. Decidió entrar en la segunda a la izquierda subiendo por las escaleras. Abrió y afortunadamente sí encontró

algo, pero no tenía mucho sentido, o tal vez lo tenía demasiado. Una gran cantidad de cajas de cartón, apiladas una encima de la otra haciendo varias columnas, se postraban en medio de la sala. Posiblemente el viejo estuviera a punto de mudarse y por eso no había nada en las demás habitaciones, pero tenía un mal presentimiento. Miró las cajas con cautela por si hubiera algo escrito pero no vio nada y cuando quiso fisgonear en una de ellas para ver qué había dentro, notó que no pesaban nada. Abrió una de las que habían encima y estaba vacía. Probó con otra y lo mismo, no había absolutamente nada allí dentro. «¿Qué está pasando aquí?», se dijo para sí mismo ya cansado de encontrárselo todo vacío. De modo que, debido al enfado que sentía, le dio una ligera patada a una caja que había debajo de todo y ésta parecía estar llena. La abrió y comprobó que el recipiente de cartón contenía una enorme cantidad de memorias externas de varios tipos. Le parecía extraño que un anciano quien, no tenía nada en su hogar, tuviera esos discos duros extraíbles y memorias USB. Salió de allí y se fue enfrente, a la segunda habitación a la derecha. Entró y se encontró con algo muy extraño y perturbador; una especie de set fotográfico, con varias cámaras de fotos y de vídeo, además de un par de camas en las que en una de ellas, había un pequeño charco de sangre. A parte, había un fondo de estudio blanco y dos potentes focos que, en ese momento, estaban apagados. En el ambiente se olía algo extraño, no sabía muy bien qué era, ni tampoco podía describirlo, pero le resultaba perturbador. «¿Qué hace aquí un set fotográfico?», pensó extrañado. Salió de allí y cerró la puerta sigilosamente. Ahora sólo quedaba una, en la que posiblemente estaría el viejo.

Abrió con cuidado y efectivamente, allí estaba durmiendo en una cama de matrimonio. La habitación era la típica de cualquier anciano; muebles viejos, cortinas apagadas y las sábanas que parecían no haberse lavado en años. Allí lo tenía, durmiendo plácidamente; si quería matarlo, esa sería la mejor oportunidad. Pero no quería terminar con ese hombre tan rápidamente, además, tenía curiosidad por saber por qué tenía tantas memorias externas, además de un set de fotografías en una casa completamente vacía. Y no sólo eso, también se preguntaba sobre la cocina asquerosa y con lo que probablemente sería un cadáver en la basura. De modo que cerró y pensó fríamente cómo conseguir destruir a ese anciano. Una idea le vino a la mente; prenderle fuego al jardín y así tendrían que evacuarlo de su domicilio, haciendo que cuando los bomberos entraran, verían el hogar tan extraño e informarían a la policía. Pero ese plan

no le acababa de convencer, ya que en un momento de tensión como un incendio, los bomberos no se harían esa clase de preguntas y el olor de las bolsas quedaría camuflado por el humo del fuego. Así que tenía que darle vueltas al cómo.

Se encontraba bajando las escaleras, cuando oyó el llanto de un niño. Era extraño, se oía como si viniera del piso de abajo, pero lo había investigado a fondo y no había encontrado nada. Decidió seguir el ruido y acabó frente a la puerta de un armario empotrado; tomó aire y lo abrió. Allí había una gran cantidad de abrigos andrajosos, algo extraño creía Sergio. Le parecía raro que el anciano guardara tanta ropa en un armario mientras todo lo demás estaba vacío; pero extrañamente, el llanto se oía detrás de la pared del armario. Sergio tocó el fondo del guardarropa y comprobó que había una segunda puerta. La abrió y unas escaleras se mostraron ante él. Las bajó con cuidado, ya que eran muy estrechas y no parecían muy robustas, a pesar de estar hechas de ladrillos. El llanto del niño se oía cada vez más fuerte, de modo que se preparó para ver cualquier cosa, pero no se esperaba ver lo que encontró.

El anciano era un verdadero monstruo. El sótano estaba repleto de pequeñas jaulas donde habían niños encerrados como si fueran animales. Por lo menos había alrededor de veinte celdas, pero sólo había cinco pequeños encerrados allí en ese momento. Cuando el niño que lloraba vio a Sergio acercarse con un pasamontañas, dejó de hacerlo asustado y se apoyó con fuerza contra la pared del fondo del pequeño calabozo. Sergio le preguntó qué estaban haciendo allí, pero el niño no quería hablar del miedo que tenía. Entonces, se le ocurrió una idea para su venganza. Le propuso al niño hacer un trato con él; le liberaría si a cambio iba a la policía y denunciaba al anciano. El pequeño no entendía ese trato, pero pareció que se calmó ligeramente. Sergio abrió la celda y lo acompañó hacia fuera de la casa, no sin antes hacerle memorizar la dirección para que volviera con las autoridades. El niño salió corriendo y Sergio decidió irse también. No liberaría a los otros niños allí encerrados porque le iba mucho mejor para su venganza, ya que cuando la policía entrase en la casa y se encontrara a los niños enjaulados, tendrían muchas más pruebas del delito contra ese hombre que le martirizó como jefe durante dos años. Esa sería el mejor escarmiento para aquel antiguo jefe suyo, quien resultó ser un verdadero monstruo.

Unas horas más tarde, en el mismo lugar, las sirenas se oían cada vez con más fuerza mientras se acercaban a la zona. Sergio había decidido esperar en

su coche la llegada de las autoridades; quería ver cómo se llevaban a su antiguo jefe esposado. Aunque estaba aparcado a varias calles del lugar para no llamar la atención, se acercó caminando, y con la ropa cambiada, como si fuera un vecino más de esa urbanización. Pudo ver como más de seis coches patrulla, una ambulancia y lo que parecía un coche normal y corriente pero con una sirena giratoria en el techo, estaban frente a la casa del anciano. Uno de los agentes, llevaba esposado al viejo y cuando parecía que no lo veía nadie, le empujó contra el coche patrulla golpeándolo con la puerta. La cara de ira del policía no dejaba margen de dudas, el viejo era un verdadero enfermo degenerado. Lo metieron dentro del coche patrulla esposado y con su pijama andrajoso todavía puesto. Sacaron a los cuatro niños restantes de la casa acompañados por lo que parecían asistentes sociales o psicólogos. Sergio, observándolo todo desde la lejanía, había consumado su venganza y sin derramar una sola gota de sangre. Había robado su bien más preciado a ese hombre, su impunidad, y ahora iba a ir directo a prisión, lugar en el que, según la ley carcelaria, sería violado, apalizado e incluso asesinado por los otros presos por lo que les había hecho a esos menores. Nunca más volvería a estar tranquilo; no mientras estuviera con vida. Fue a su coche y salió en dirección a su casa.

Al día siguiente, leyó un artículo en internet sobre el hombre que había secuestrado, torturado, violado e incluso asesinado a varias decenas de niños durante los últimos dos años en su casa. Puso la televisión y allí ofrecían un reportaje mucho más extenso. Al parecer había conmocionado a todo el país. El reportaje informaba de la historia de un hombre de cincuentaiséis años, aunque se referían a él como anciano, que vendía material pedófilo a través de internet. Además contaban que estaba siendo investigado por la policía desde hacía unas semanas; Sergio pensó que aunque no hubiera hecho nada, lo más probable sería que lo hubieran atrapado tarde o temprano. Pero se alegró, porque también explicaron que tenía intención de irse del país, ya que la policía encontró un billete de ida a una isla del Pacífico.

Casi al final de la crónica, los medios expusieron que consiguieron detener al hombre porque uno de los niños consiguió escapar de la casa, según afirmaba él, con la ayuda de un fantasma que le había liberado de su jaula y obligado a memorizar la dirección del lugar. Sergio se rió cuando escuchó eso, le divertía que le llamaran fantasma y ser considerado una especie de héroe. Varios medios coincidían en que, según la descripción que dio el niño a

la policía de que iba con la cara cubierta, se podía tratar de un ladrón que entró a robar y al ver todo lo que pasaba en ese lugar, decidió desistir en su acto delictivo y ayudar a los pequeños. Sergio cerró la televisión y se sirvió una copa de vino. Había llevado a cabo su venganza número dos, y esta vez, sin mancharse las manos y siendo considerado un héroe.

Pero pasaron las horas y Sergio se sentía vacío. Había sido satisfactorio haber hecho que alguien fuera detenido y así perdiera su libertad, pero necesitaba ver el sufrimiento de las personas que le hicieron daño para sentirse mejor. De modo que empezó a planear su próxima venganza. Esta vez sería Gabriel Rojas, un compañero suyo de trabajo, que también lo fue de colegio, quien se había aprovechado de él en numerosas ocasiones. Este chico, tenía una personalidad manipuladora y narcisista, hacía lo que quería con la gente débil de mente y Sergio le disgustaba haber caído en sus redes varias veces. A pesar de que Sergio era actualmente su jefe de departamento, se inventaba excusas para no obedecerle, faltar al trabajo sin justificación y dejarlo en ridículo constantemente. Incluso presentó una queja formal cuando a Sergio le ascendieron alegando que era poco profesional y que no estaba preparado para el cargo. Tenía que sufrir y sabía perfectamente cómo hacerlo.

Gabriel, o Gabi como se hacía llamar, era un sinvergüenza y un golfo que tenía un don natural para engañar y seducir a mujeres. Si conseguía quitarle ese poder o usarlo a su favor para destruirle, ya no le quedaría nada. Así que estuvo el fin de semana tramando su estrategia y buscando toda la información posible de su próxima víctima en internet. Mirando sus perfiles en redes sociales, se podía deducir que le encantaba aparentar; siempre salía en las fotos con su mejor sonrisa, las mujeres más bellas e incluso en los lugares más exóticos. Aunque Sergio era completamente consciente de que todo eso era mentira, quiso despojarle de su don de gentes y de su apariencia de triunfador.

Era lunes por la mañana y Sergio se encontraba en su despacho cuando decidió ir a la máquina de café. Aunque él ahora, al ser un jefe de departamento, disponía de su propio aparato en su despacho, le apetecía darse una vuelta por el edificio. Al llegar allí, había varios empleados charlando sobre su fin de semana como si nada, y entre ellos, se encontraba Gabriel Rojas, intentando seducir a una de las nuevas incorporaciones de la empresa, quien parecía estar muy incómoda con la situación. Sergio pasó a su lado sin llamar la atención, pero Gabriel sí que se dio cuenta y le intentó importunar con sus habituales comentarios burlescos para impresionar a la chica.

—Vaya vaya —dijo Gabriel en un tono soberbio—. ¿Has decidido dejar tu trono de rey los contables y venir con la plebe, Sergio?

Sergio por su parte lo ignoró como si no lo conociera. Se plantó delante de la máquina de café, echó unas monedas y le dio a uno de los botones para sacarse un café solo. Gabriel por su parte, se molestó de que no le hiciera caso y volvió a llamarle la atención.

—¡Oye, Sergio! —le recriminó con un tono más alto y molesto —Cuando te dicen algo, hay que devolver el saludo. Es de buena educación.

—Oye, ¿ese no es tu jefe? —le replicó la chica—. Vas a conseguir que te despidan.

—¿A mí? Yo soy imprescindible para esta empresa, intocable. ¿Verdad, Sergio?

Sergio recogió el café, sopló para enfriarlo y se volteó hacia Gabriel. Se lo quedó mirando unos segundos mientras el otro sonreía con una mueca de superioridad, esperando a que le recriminara su comportamiento, pero Sergio se giró a la chica y le preguntó:

—¿Y tú quién eres?

—Me llamo Alicia Gutiérrez y trabajo en *controlling* —respondió ella extrañada.

—No es nada personal, Alicia, pero Gabriel tiene razón, él es intocable. Así que tengo que desquitarme con alguien y va a ser contigo. De modo que estás despedida. Le diré a tu jefa de departamento que te despida; me debe un gran favor. Pásate por recursos humanos para firmar el finiquito.

Todo el mundo allí se quedó sin palabras mientras Sergio se marchaba con serenidad y con la más absoluta tranquilidad. Alicia empezó a enfadarse y le recriminó a Gabriel que debido a sus provocaciones, la querían despedir. Éste no sabía cómo reaccionar y se quedó paralizado por la sorpresa. La chica empezó a decirle que fuera a convencer a su jefe de departamento que rectificara, pero entonces, Gabriel volvió a ser el mismo de siempre y le propuso una cita a cambio de su readmisión. Ella se negó rotundamente insultándolo y acusándolo de abusador. Luego de eso, Alicia salió corriendo para ver si podía convencer a Sergio de no ser despedida. Uno vez lo atrapó, éste le dijo que no solicitaría su despido, siempre y cuando, ella no volviera a hablar con Gabriel, algo que Alicia aceptó en el acto. Aunque ya la había convencido, le contó que no debía acercarse a él porque era un manipulador y una persona muy peligrosa. La Chica se disculpó, a pesar de no tener culpa de

nada y volvió al trabajo.

Un rato más tarde, mientras Sergio estaba delante de su ordenador respondiendo a varios correos, oyó una discusión que venía de fuera de su despacho. Al salir fuera, vio que se trataba de Gabriel, quien estaba siendo detenido por dos compañeros suyos. Cuando vio a Sergio, empezó a recriminarle que ahora Alicia, ya no quería tener contacto con él.

—Dejad que se exprese —dijo Sergio con tranquilidad—. Ya que quiere hablar conmigo, veremos lo que tiene que decir.

Sorprendidos por su serenidad, los compañeros soltaron a Gabriel y éste se fue directo hacia su antiguo compañero, ahora convertido en su jefe. Lo agarró por la camisa y empezó a zarandearle.

—¡Por tu culpa ya no me habla! —dijo Gabriel muy alterado, pero Sergio ni se inmutó —¿¡Por qué lo has hecho!? ¿Eh? ¡Responde!

—Lo he hecho para que no sufieras un rechazo. Esa chica está fuera de tu liga —dijo Sergio apartándole las manos y metiéndose de nuevo en su despacho. Gabriel empezó a gritarle aun más fuerte que antes y acabaron sacándolo de allí, no sin que él antes de que se lo llevaran del lugar, gritara «¡Esto no quedará así! Pienso conseguir a esa chica cueste lo que cueste».

Sentado en su despacho, se percató que ya había conseguido la primera parte del plan. La estrategia consistía en enemistar a Gabriel con una de las chicas de la oficina a las que intentaba seducir. Luego, haría que públicamente amenazara con conseguirla a toda costa. Él en cambio, sería el salvador de la muchacha, quien la habría convencido de alejarse a toda costa del malvado y despiadado Gabriel; su coartada sería perfecta.

Dejó pasar dos días, y el miércoles por la tarde puso en marcha la segunda parte del plan; ir hacia donde vivía Alicia y asesinarla antes de llegar a su casa para inculpar a Gabriel. Sabía que ella vivía con su pareja, de modo que matarla en su casa no era una buena opción. Sólo por si acaso, no quería que la policía se equivocara de sospechoso. Justo antes de salir, había hecho correr el rumor de que Gabriel estaba muy furioso porque la chica lo había rechazado y que haría cualquier cosa para conseguirla.

Alicia salió de la empresa a las seis en punto junto con la mayoría de los demás compañeros, entre los que se encontraba Gabriel. Pero Sergio no había dejado nada al azar, ya que su chivo expiatorio podía tener cualquier compromiso y darle una coartada. Así que momentos antes, cuando nadie estaba mirando, dejó una nota en el parabrisas de su coche, en el que,

haciéndose pasar por Alicia, le citaba en la entrada del bosque a las siete de ese mismo día. Sergio miró por la ventana de uno de los pasillos y pudo ver cómo su compañero sonreía cuando veía la nota; había picado el anzuelo. Ahora Gabriel iría al bosque y esperaría allí durante un tiempo; momento en el que aprovecharía Sergio para alcanzar a Alicia y matarla. Gabriel no tendría coartada, ni siquiera si enseñara la nota, ya que Sergio la había escrito con el bolígrafo que usaba su subordinado y un papel del bloc de notas que había en su mesa. Además, usó la mano izquierda, su mano contraria a la dominante, para escribir el mensaje, intentando hacer una falsificación que hubiera intentado fabricar el propio Gabriel. Y no sólo fabricó una nota, también se apoderó de varios pelos suyos y de la saliva que había dejado en uno de los vasos de agua que tenía sobre la mesa, para así, ponerlos en la escena del crimen y poder inculparlo con mejores argumentos.

Sergio salió de la empresa rápidamente y se subió a su coche para irse al lugar de destino de su víctima. Aparcó a varias calles de donde vivía Alicia y se fue corriendo hacia el bloque de apartamentos donde vivía. Llegó al edificio y consiguió entrar al percatarse que la puerta no cerraba bien. Se puso sus guantes de cuero y la esperó allí dentro; entre el primer piso y la planta baja, de modo que si alguien se cruzaba en su camino, haría como si viniera de ver a algún conocido. Pero nadie subía por las escaleras, todos tomaban el ascensor, lo cual le iba mucho mejor para su plan. Sergio era conocedor que Alicia, quien vivía en el segundo piso, sí subía a pie, algo que usaría a su favor. Una vez la chica entró al edificio, se dirigió a subir por las escaleras y allí se encontró a Sergio.

—¿Eh? —dijo Alicia extrañada y sorprendida —¿Usted es el señor Valcárcel, verdad?

—Así es. Estaba muy preocupado por lo acontecido con Gabriel Rojas y venía a ver cómo estabas.

—Muy bien. Es usted muy amable, señor. No esperaba que me trataran tan bien —dijo ella relajándose hasta que se extrañó de que Sergio llevara guantes de cuero dentro de un edificio cuando fuera no hacía tanto frío—. Disculpe, pero... ¿Por qué lleva guantes aquí dentro?

—Verás, quiero vengarme de Gabriel. Y lamentándolo mucho para ti, la única forma es haciendo que crean que te ha matado.

—¿Cómo? ¿Qué... qué quiere decir? —preguntó empezando a asustarse.

—No es nada personal, pero debes morir —Y acabada la frase, la agarró

fuertemente por el cuello con las dos manos y la empezó a estrangular.

Apretó con tanta fuerza que la chica no podía ni pedir ayuda. La mirada de Sergio era tan serena y tranquila, que no parecía que estuviera tratando de matar a alguien. En menos de un minuto, la chica dejó de respirar y la dejó en el suelo con cuidado de no hacer mucho ruido. Una vez tumbada, volvió a apretarle el cuello para asegurarse de que estuviera muerta y no sólo con pérdida de conocimiento. Al corroborar que su vida se había desvanecido, salpicó la cara con unas gotas de la saliva de Gabriel y dejó los pelos de éste, repartidos por el cuerpo de la chica, en especial en sus manos, como si hubiera forcejeado con él. Y sin mirar atrás ni sentir ninguna culpa, dejó allí el cuerpo sin vida de Alicia y se fue del bloque.

Al día siguiente, cuando Sergio estaba llegando a la oficina, pudo ver como dos coches de policía estaban estacionados en el aparcamiento de la empresa. Entró en el edificio y allí había un agente de policía hablando con la jefa del departamento de *controlling*, quien parecía consternada. Sergio preguntó al recepcionista si sabía qué había pasado, a lo que él le respondió que una de las chicas del departamento había sido encontrada muerta en las escaleras del bloque de su casa. Sergio hizo como si estuviera sorprendido por la noticia, haciendo ver que era una verdadera tragedia. También preguntó si se sabía quién lo había hecho, pero le dijo que la policía todavía no podían descartar a ningún sospechoso. De modo que subió a su despacho y esperó allí a que su plan concluyera tal y como había orquestado.

Y así fue, cuando esa misma tarde, alrededor de las cuatro, la policía entró en la empresa y detuvo a Gabriel por el asesinato de Alicia Gutiérrez. Se habían encontrado varias muestras de ADN en la ropa y las manos de la chica, además del testimonio de varios testigos quien hablaron de las discusiones que habían tenido los dos durante los últimos días, además de su falta de coartada para la tarde del incidente. Lo esposaron y se lo llevaron. Mientras lo metían en el coche patrulla, Sergio lo observaba todo desde la ventana de uno de los pasillos, bebiendo plácidamente, una taza de café recién hecho.

8. ASESINO EN SERIE

Ya había pasado una semana desde la detención de Gabriel Rojas y la empresa seguía consternada por lo acontecido. Sergio por su parte, estaba trazando una nueva estrategia para vengarse de más personas que le habían dañado en el pasado. Esta vez, sería el turno a Maite Álvarez, una profesora del colegio quien lo humilló en reiteradas ocasiones en mitad de la clase sin razón aparente. Los recuerdos que tenía de esa profesora le hacían hervir la sangre, pero no era la única a la que quería ver sufrir. Su hermana Eulalia, era otro nombre en su lista; y ella era igual de malvada que la otra. Ambas mujeres disfrutaban ridiculizando y humillando a sus alumnos por todo lo que hacían, indiferentemente de la situación. Eran unas verdaderas sádicas con los niños a los que se suponía que tenían que enseñar y educar.

Sergio averiguó que las dos mujeres ya se habían jubilado y en ese momento, vivían lejos de su ciudad, llevando una vida tranquila en dos casas contiguas en una urbanización de la costa. Pero por su cabeza sólo había una pregunta, y ésa era: «¿Qué es lo que más las haría sufrir si lo perdieran?». Ambas, madres y abuelas, alardeaban en redes sociales de las carreras y logros de sus hijos, además de los nietos tan fabulosos que tenían. Lo había encontrado, aunque la pregunta en este caso sería, si ir a por los hijos o a por los nietos. Decidió dejar la mente en blanco por unos instantes hasta que se le ocurriera qué podría llevar a cabo. ¿Hijos? ¿Nietos? ¿Ambos? Ésta última no le convencía. Si les quitaba todo, ya nos les quedaría ningún motivo para vivir, como a su vecina, quien, según le había comentado Marlene los últimos días, había intentado suicidarse de nuevo inflándose a pastillas. Por suerte para Sergio, o por desgracia para ella, habían conseguido hacerle un lavado de estómago a tiempo y así podría seguir viva para continuar con su sufrimiento. Lo que Sergio consideraba era que debía matar a unos o a los otros, así, quitándoles una cosa, se las sumiría en la mayor de las tristezas y no tendrían más remedio que vivir por la otra. Y por fin lo averiguó. Mataría a los hijos. Así obligaría a hacerse cargo de los nietos y cada vez que los vieran, les recordarían su pérdida.

Por suerte para Sergio, los hijos vivían en su misma ciudad; de modo que

se alegró de ahorrarse el tiempo del desplazamiento. Averiguó su dirección exacta y una vez la supo, se dirigió hacia donde vivían la tarde del jueves. Llegó a la casa de uno de los hijos y comprobó que el bloque de viviendas donde residía estaba prácticamente en ruinas. Se preguntaba, ¿cómo era posible que Maite, la madre del hijo que vivía allí, fardara tanto de su hijo cuando residía en un lugar como ese? Estaba claro que lo exageraba todo, al igual que su excompañero de trabajo y ahora preso, Gabriel, a quien le gustaba aparentar aunque no tuviera nada. Le vino la mejor idea a la cabeza, pero prefirió ver dónde vivía el otro y así no coincidir en la forma de matarlos.

Se desplazó hacia el lugar donde vivía el hijo de la otra hermana. Cuando vio el edificio en el que residía el hijo de Eulalia, se percató que no era muy diferente al de su primo. Un edificio muy viejo, aunque éste sí parecía más estable. Se sentó en un banco cercano a pensar un momento hasta que lo tuvo claro; al menos con uno de ellos, tendría que mancharse las manos de sangre.

Sin dejar tiempo a enfriar el asunto, la siguiente noche llevaría a cabo la venganza. El hijo de Maite, moriría en un incendio en su casa que provocaría el mismo Sergio; y el hijo de Eulalia, moriría apuñalado. Esta opción no le hacía mucha gracia, pero sabía que no podía estrangular a todas sus víctimas, le apetecía probar algo nuevo aunque a priori le disgustara llevarlo a cabo.

La noche del viernes, ya había cambiado a sábado y alrededor de la una de la noche, se plantó delante del edificio del hijo de Maite. Abrió la puerta tanto del bloque como de casa de su víctima, utilizando un juego de llaves especiales de cerrajero, compradas ilegalmente a través de internet. Introdujo una de las llaves en la cerradura, dio unos ligeros golpecitos y abrió la puerta. Al entrar, vio una casa normal y corriente, muy diferente a la casa del anciano a la que había entrado dos semanas atrás, pero ésta tenía un ligero desorden; nada de lo que extrañarse. Sergio consideraba que eso le iría mucho mejor, ya que al prenderle fuego a la casa, sería más efectivo para la propagación de las llamas que hubieran más cosas por el medio. Abrió su mochila, sacó un bidón de gasolina de diez litros que llevaba en ella y desenroscó el tapón. Empezó a echar el combustible por toda la casa, asegurándose de que parte de él, manchara la cama donde dormían el hijo y su mujer, además de sus cuerpos. A ambos, los drogó con somníferos en aerosol para asegurarse que no despertaran mientras preparaba el incendio. Cuando llegó a la habitación de los hijos, un niño y una niña de tres y cinco años respectivamente, se le ocurrió abrir la ventana para que el humo no los asfixiara y pudieran

sobrevivir; e incluso, evitó echar gasolina cerca de donde estaban. Una vez empapado todo el piso, que no tenía más de sesenta metros cuadrados, empezó a dejar un pequeño río de combustible que llegó hasta la puerta de entrada a la vivienda. Salió al rellano y cerró la puerta muy despacio para no hacer ruido. Con la ayuda de una cerilla, prendió fuego al pequeño camino de gasolina que sobresalía ligeramente y pudo notar como la casa ardió rápidamente en llamas. Salió corriendo de allí y se preparó para huir del lugar a toda prisa. Así, aprovechando que, cuando le dieran la noticia de su primo muerto o a punto de morir al hijo de Eulalia, éste saldría de casa y sería asesinado allí mismo.

Condujo a toda prisa por las calles de la ciudad sin sentir ningún remordimiento. El edificio de viviendas era viejo y podía venirse abajo en cualquier momento debido al incendio, pero eso a él no le importaba lo más mínimo. Llegó al bloque de pisos de su siguiente víctima. Estaba seguro que cuando le dijeran que su primo estaba en el hospital o que había muerto, saldría de casa, dejando a su hijo con su madre; hijo que era muy pequeño, de tan sólo tres años, por lo que estaba seguro que no se lo llevarían en medio de la noche a un hospital o a una morgue. Entró en el bloque y esperó en el rellano, escondido en la oscuridad y observando la puerta de su siguiente víctima.

Pasaron dos horas hasta que empezó a oírse el sonido de un teléfono que alguien contestó. Escuchó lo que estaban diciendo y luego, muy alterado, un hombre partió a toda prisa de su casa, dejando a su mujer dentro. Salió al rellano solo y de entre las sombras, apareció Sergio con un cuchillo en la mano. Le tapó la boca y al mismo tiempo, le clavó el arma directo al corazón sin que el hombre tuviera tiempo a reaccionar. La hoja del cuchillo medía unos quince centímetros de largo, que acabó completamente clavada perforándole el pecho. Sergio, con la cara tapada por un pasamontañas, lo miraba a los ojos con una expresión vacía. En ese momento, se dio cuenta que aquel hombre asustado, estaba tratando de decirle algo, de modo que le quitó la mano de la boca.

—¿Por qué? —preguntó aquel hombre agonizando con el cuchillo clavado en su pecho.

—Es por culpa de tu madre —respondió Sergio con soberbia—. Ella es la culpable de tu muerte.

Para asegurarse que la víctima no sobreviviera, Sergio giró el cuchillo noventa grados en sentido contrario a las agujas del reloj para provocar una

mayor hemorragia y destrozo del corazón. Después de eso, se apartó ligeramente, quitó el arma y vio como un chorro de sangre brotaba con fuerza de la herida. Agarró el cuerpo agonizante de su víctima con cuidado de no mancharse de sangre, lo dejó allí tendido en el suelo y cuando comprobó que ya no había ningún atisbo de vida en él, se fue del lugar. Subió a su coche y se marchó de allí.

Volvió a casa y allí limpió el cuchillo, además de cambiarse de ropa. Se sentía satisfecho de lo que había hecho. Ardía en deseos de ver cómo reaccionarían las dos mujeres que siempre le ridiculizaban en clase. Pero por alguna extraña razón, en ese instante en mitad de la madrugada, el timbre de la puerta sonó.

Era extraño, ya que eran las cuatro de la mañana. Por su cabeza pasaron ideas de que alguien le había seguido y quería chantajearle, de modo que fue a ver quién había allí. Miró por la mirilla y ahí estaba su vecina de arriba, Marlene. Tenía una expresión de agotamiento, además de una cara con la que parecía que llevaba varias horas llorando. Le extrañó pero decidió abrir la puerta.

—¿Marlene? —preguntó Sergio sorprendido —¿Se ta ha caído algo a mi balcón?

—No, siento venir a estas horas —respondió ella con un tono muy apagado—. Estaba paseando por el rellano y he oído tu puerta. Siento tener que pedirte esto pero, necesito hablar con alguien. ¿Te importaría hablar conmigo un rato?

Sergio extrañado, no se fiaba de aquella mujer. ¿Qué hacía a esas horas por el rellano? Pensaba él extrañado, pero decidió invitarla a pasar. Una vez dentro, la acompañó al sofá y le ofreció una bebida. Ella aceptó y Sergio puso dos vasos que llenó con whisky. Ella le pidió un cenicero y él sacó uno de un cajón que tenía por si acaso venían visitantes que fumaban. La mujer estaba muy nerviosa, le temblaba la voz y parecía como si no pudiera llorar más. Se encendió un cigarrillo y se bebió el licor de un solo trago. Sergio se estaba empezando a impacientarse.

—¿Por qué has venido, Marlene? —dijo él insistiéndole para que le contara el motivo de su visita.

La mujer asintió y empezó a contarle todos los problemas que tenían desde que Laila apareció muerta. Contó los intentos de suicidio de su hija además de que tenía un sospechoso de su asesinato. Sergio ni se inmutó. Sabía de sobras

que no sospechaba de él porque no se hubiera metido en su casa a esas horas de la noche. A parte de ello, la mujer vestía como siempre, llevaba un batín largo de seda negro con la ropa interior a la vista, de modo que no llevaba ningún arma encima para vengarse de él, y tampoco había perdido de vista su vaso, de modo que no podía haberle echado ningún tipo de veneno. Entonces le preguntó quién era su sospechoso, a lo que ella respondió con la voz temblorosa, que su sospechoso era su propio hermano. Sergio se sorprendió de tal revelación y le preguntó por qué sospechaba de él. Marlene le respondió que, aunque tenía una coartada para la hora de la muerte, podía haber mandado a un sicario para hacer el trabajo sucio. Pero Sergio le volvió a preguntar el porqué sospechaba de él. Y fue entonces cuando le reveló un secreto bastante perturbador.

—Julián es el padre de mi hija —dijo ella con la voz temblorosa—. Y no sólo eso, sino que también es el padre de Laila.

—¡Un momento! —dijo Sergio sin poder creerlo —¿Pero no era tu hermano? ¡Nos engañaste a todos! ¿Por qué nos dijiste eso?

—Nunca he mentado. Julián es mi hermano... y mi amante. Además, Silvia me confesó que Julián la forzó sexualmente hace años y la dejó embarazada de Laila. Y por si fuera poco, la policía me informó que la niña tenía signos de violación. La verdad... es que sólo tengo ganas de matarlo. Mi pobre niña tuvo que vivir con su violador durante tantos años... y encima, abusó también de la pequeña Laila.

La mujer se echó a llorar desconsolada sobre el hombro de Sergio, quien la abrazó para consolarla. Él no podía creerse lo que le estaba contando esa mujer. Un hombre y tres generaciones de mujeres, dos de ellas, abusadas sexualmente. En su interior, se estaba riendo a carcajadas, pero su rostro mostraba apoyo a esa mujer.

—¿Qué debería hacer, Sergio? —preguntó sollozando sin dejar de abrazarlo, a lo que él se separó y la agarró de la cara suavemente con las dos manos.

—Tienes que ser fuerte. Debes dejar que la policía trabaje y tarde o temprano, ellos encontrarán pruebas para detenerlo.

La mujer asintió, le dio las gracias y luego lo besó en los labios. Esto sorprendió a Sergio quien pensaba que la mujer se había emborrachado con el whisky, pero le parecía de esas mujeres que podía aguantar varias copas de alcohol sin perder el control. Marlene se disculpó por si lo había

importunado, pero ella quería agradecerle lo amable que había sido a pesar de las cosas malas que le habían hecho los últimos meses. Sergio se sintió diferente en ese momento, no había estado con una mujer desde que lo dejó con su novia y no le disgustaba la idea de un encuentro esporádico con esa dama tan experimentada. De modo que ahora él la besó y la invitó a su dormitorio. Allí pasaron lo que quedaba de noche hasta que amaneció. Cuando ella se durmió, Sergio comprendía que ahora podría usar a esa mujer para vengarse del hermano. Sabiendo que tenía sospechas de la muerte de la niña, podía hacer enloquecer a Marlene para que matara a ese hombre, que había descubierto que, además, era el padre de su hija y de su nieta.

Sábado al mediodía. Marlene se fue del apartamento de Sergio, no sin antes invitarlo a su casa cuando quisiera, a lo que él aceptó de buen grado. Una vez solo, recordó que tenía que confirmar algo; la misión de la noche anterior tenía que haber dado sus frutos. Así que fue a internet para mirar el periódico local y allí en primera página, hablaban de un incendio en un barrio cercano que le había costado la vida a un matrimonio joven, un hombre de 35 años y una mujer de 34. La noticia destacaba que, afortunadamente los hijos de la pareja habían conseguido saltar al piso de sus vecinos de al lado pudiendo salvarse, pero nada se pudo hacer por los padres que murieron abrasados. Se desconocía el origen del incendio que las primeras pesquisas apuntaban a que podría haber sido provocado. Además, los bomberos habían confirmado que el estado del edificio estaba seriamente dañado y tuvieron que desalojarlo de manera inmediata; probablemente, los vecinos nunca podrían regresar a sus casas. Y no sólo eso, también informaban que el hermano del hombre fallecido, de 32 años, había sido brutalmente asesinado de una puñalada en el corazón en la puerta de su casa. La policía estaba relacionando las muertes con un ajuste de cuentas, ya que según la esposa del hombre apuñalado, ambos tenían deudas con un peligroso prestamista del mercado negro. Al leer esto, Sergio se rió a carcajadas y dijo para sí mismo: «Espero que ahora no vengan a cobrarme a mí la deuda».

Llegó la noche y Sergio se fue al bar de siempre a tomarse unos tragos. Mientras estaba en el local, un joven de unos veinte años entró de tal manera que llamó la atención de los camareros. Se trataba del chico llamado Roberto, quien dos semanas atrás, había intimidado a Sergio al pedirle el dinero. Sus amigos estaban detenidos por la policía, pero él se había librado porque se escondió lejos cuando detuvieron a sus compañeros. El camarero de la barra

le recriminó que estuviera allí e insistió en echarlo, pero él no hacía ni caso. Salieron dos camareros más que lo agarraron y lo obligaron a irse, no sin antes reírse como si la cosa no fuera con él. Lo sacaron a empujones y amenazó con quemar el bar una vez lo cerraran. Sergio por su parte, cuando oyó ese comentario, pensó: «Qué pena. En fin, tendré que esperar unas semanas hasta que lo arreglen». Se terminó la copa, se levantó y se fue a pasear tranquilamente por la zona.

Y pasadas las cuatro de la mañana, volvió al bar. El local ya estaba cerrado y por supuesto, todos los camareros ya se habían ido a sus casas. Sergio conocía la existencia de la puerta trasera, de los puntos ciegos de las cámaras de seguridad y del código de la alarma, debido a que varias noches se había quedado charlando con el dueño hasta cerrar. Entró y una vez dentro con la alarma desconectada, fabricó un forzamiento en la puerta para que pareciera que lo había hecho un delincuente. Estando en el interior, se llevó un par de botellas del mejor licor que había y roció con la gasolina, que le sobró del incendio del día anterior, gran parte del local. Le prendió fuego, reactivó la alarma y posteriormente la hizo saltar como si alguien hubiera irrumpido en el bar. Salió corriendo y se subió a su coche. Mientras se iba a toda prisa, vio que por la calle estaba paseando el joven que horas atrás habían expulsado del bar; Sergio pensó que ese día estaba teniendo la mejor suerte posible.

Al día siguiente, haciéndose el ignorante, pasó por delante del local por la tarde, como si estuviese dándose una vuelta. Observó cómo el incendio había quemado medio bar, lo que le tranquilizó ligeramente, ya que posiblemente, su taburete seguiría en pie. Entró como si nada y se encontró con el dueño que no hacía más que alternar un estado de ira con un estado depresivo. No paraba de maldecir al que llamaba “el niño de anoche”, que había amenazado con quemar su bar, cosa que la policía ya estaba cansada de oír, pero que él seguía insistiendo sin dar tregua. Habló con Sergio y le comentó que tardaría unos días en volver a abrir, aunque sólo fuera una parte, por lo que tendrían que esperar. Además, le agradeció su interés y su fidelidad estos últimos meses.

Después de una pequeña charla con el hombre, Sergio salió del local chamuscado y se planteó una nueva actividad vengativa, ya que ahora sin bar, se aburriría mucho más. Caminando hasta su casa, le vinieron dos nombres a la mente; Alba y Fran. La chica era su exnovia, quien le engañó con su mejor amigo de entonces, Fran. Pero Sergio ya se había cansado de pensar en venganzas retorcidas y en hacer sufrir; ahora quería matarlos él mismo y ver

cómo suplicaban por sus vidas antes de ser asesinados. Prefería unos segundos de terror en los ojos de sus víctimas, que meses de melancolía.

Pasó el resto del domingo en internet, localizando a sus siguientes víctimas. Extrañamente, le costó bastante dar con ellos, pero para su sorpresa, comprobó que se habían casado hacía dos años y en ese momento, vivían juntos en un apartamento del centro. Aunque las últimas fotografías publicadas tenían más de un año, parecían una pareja de lo más feliz, pero Sergio guardaba gran rencor hacia los dos. De modo que decidió jugar con riesgo y se compró varias armas de fuego en páginas ilegales de internet. Varias pistolas semiautomáticas, un fusil de asalto y un par de granadas de mano. Éstas últimas no sabía para qué las usaría, pero le parecía adecuado tenerlas en casa. También adquirió una pistola de descargas eléctricas para inmovilizar a alguien por si acaso no tenía necesidad de matarlo.

Las armas llegaron el miércoles por mensajería. Matarlos él mismo con armas de fuego, le parecía divertido, no era la forma discreta y sutil a como lo había hecho hasta el momento; ahora sería disparar y hacer que todo el mundo se percatara de su crimen. Y esa misma noche fue a su apartamento, armado con dos pistolas semiautomáticas, los guantes de cuero, el pasamontañas que llevaba en el bolsillo y una de las granadas de mano por si acaso.

Llegó al lugar alrededor de las nueve de la noche y tranquilamente llamó al timbre. Le abrió Alba, vestida como para salir de noche, quien se sorprendió enormemente ver a Sergio por allí. Le preguntó extrañada qué estaba haciendo en su casa, a lo que él respondió que llevaba unos meses experimentando un cambio en su espiritualidad y necesitaba perdonar y ser perdonado, algo que a Alba le pareció extraño, pero vio en su exnovio a alguien muy calmado, así que lo invitó a pasar. La casa estaba impoluta, no parecía que allí viviera nadie de lo limpia que estaba. Mientras caminaba por el comedor, llegó Fran, quien también parecía listo para salir de casa, y se quedó helado al ver a su antiguo amigo.

Se sentaron en la mesa, los dos frente a Sergio, y charlaron sobre cosas triviales en un principio, pero al cabo de unos minutos, ella se derrumbó. Le confesó que llevaba muchos años sintiéndose culpable por haberlo abandonado y que quería que lo perdonara. Sergio empezó a comportarse de forma compasiva, a lo que Fran se le sumó también, afirmando que el dolor de haber traicionado a su mejor amigo seduciendo a su novia, le angustiaba enormemente y por eso, le imploraba su perdón. Sergio les dijo que aceptaba

sus disculpas si ellos aceptaban las suyas, a lo que extrañados, ambos le preguntaron por qué debían perdonarle. En ese momento, con la mayor de las tranquilidades, Sergio se puso los guantes de cuero, sacó una pistola y los apuntó con ella.

—Perdonad mi venganza —dijo Sergio como si estuviera extasiado por la situación—. Pero necesitaba ver vuestra cara de sufrimiento antes de morir. Al suelo y de rodillas.

Los hizo ponerse de rodillas en el suelo y ambos rogaron por su vida. Alba, desesperada, le dijo que si les perdonaba la vida, volvería con él, pero ese comentario sólo provocó risas en Sergio, quien le preguntó si su amor era tan débil como para abandonarlo tan fácilmente. Posteriormente les preguntó que si querían salvarse, deberían implorarle mucho más, algo que Fran y Alba hicieron, suplicando con lágrimas en los ojos hasta que Fran se detuvo. Empezó a reírse y a decir que por un momento se lo había creído, pero que la broma ya era suficiente y debía poner fin a ella. Alba le recriminó su comportamiento, a lo que él le insistió en si no conocía a Sergio lo suficiente, algo por lo que ella se quedó pensativa por un momento hasta que también se rió.

—Por un momento me lo he creído, Sergio —dijo Alba quitándose un peso de encima—. Pero ya puedes dejarlo.

Sergio decidió seguirles el juego y bajó el arma lentamente. Sonrió y les dijo: «¿Os habéis asustado, eh!?». Ambos asintieron con la cabeza y empezaron los tres a reírse. Así estuvieron unos segundos como si nada hasta que Sergio se puso muy serio, con una mirada tan fría que helaría el infierno y los volvió a apuntar de nuevo.

—¡Sergio, eso ya no tiene gracia! —dijo Fran ligeramente molesto.

—Fran, Alba —respondió Sergio muy sereno—, llevo unas semanas vengándome de todos aquellos que me hicieron daño en el pasado, y vosotros dos estáis en mi lista de la venganza.

—¿Llevas semanas vengándote? —preguntó ella dubitativa —¿De quién?

—No necesitas saberlo. Es más, sois de los primeros, ya que aun me quedan unos cien nombres.

Los dos comprobaron que Sergio había enloquecido, sus ojos estaban vacíos, como si su alma hubiera desaparecido. Le suplicaron clemencia, pero no vieron ni el más mínimo atisbo de indulgencia en su mirada. Sergio por su parte, puso la pistola sobre la frente de Fran, el que antaño era su mejor amigo

y disparó sin miramientos, cayendo desplomado sin vida y dejando a Alba inmóvil por la conmoción. Desplazó la pistola todavía humeante hacia Alba, quien no podía moverse y luego él le dijo: «No sólo es personal, sino que tengo que librar a este mundo de basura como vosotros». Ella le suplicó perdón pero él únicamente la escuchó sin alterarse lo más mínimo hasta que, sin más dilación, le disparó en la frente matándola en el acto.

Ahora quedaba lo más difícil; huir de allí sin ser visto. De modo que investigó la casa de manera rápida empezando por la cocina abierta que tenían. Cuando estaba en la estancia, se dio cuenta que había una ventana que daba a un patio interior por el que podría saltar para huir de allí; pero tenía que entrar en una casa ajena, algo por lo que tendría que, posiblemente, volver a matar. Mientras examinaba su ruta de escape, alguien llamó al timbre de la casa. Se hizo el silencio durante unos segundos hasta que volvió a sonar de nuevo, siendo acompañado de varios golpes en la puerta. Detrás de ésta, había una mujer que afirmaba ser a vecina de abajo y preguntaba qué había pasado. Sergio supo que no podía escapar por el piso que tenía debajo, de modo que se le ocurrió bajar hasta la planta baja y de allí salir a la calle. Se puso el pasamontañas y empezó a descender por una tubería, apoyándose contra las ventanas de los pisos a cada rato. Llegó a la planta baja, en la que parecía que no estaban los vecinos y entró con cuidado dentro de la vivienda. Afortunadamente, la puerta que daba al patio estaba abierta y no tuvo problemas para acceder. Caminó en el más absoluto de los silencios por ese apartamento hasta comprobar que en la puerta de la entrada, estaban puestas las llaves en la cerradura; posiblemente, los inquilinos estaban allí pero no los había visto. Dio dos vueltas a las llaves, abrió la puerta y salió de allí con cuidado. Se oía mucho alboroto en el segundo piso, donde vivían Alba y Fran, por lo que quitándose el pasamontañas y los guantes de cuero, salió del edificio como si nada. Caminó tranquilamente hasta subirse a su coche, el cual arrancó y se fue de aquel lugar. Esa experiencia le había hecho hervir la sangre de emoción. Ver la cara de desesperación de sus víctimas suplicando por sus vidas, le había llenado mucho más que leer las noticias en los periódicos y esperar la reacción de sus familiares. Mientras salía de la zona, pudo oír las sirenas de la policía dirigiéndose al lugar del crimen.

Eran casi las once de la noche y la inspectora Rubio llegó a la escena de un crimen. Varios vecinos habían alertado a las autoridades debido a dos

fuertes explosiones que habían escuchado en el interior del piso de una joven pareja, llamados Alba y Fran. Habían avisado al hermano de la chica para abrir la puerta, ya que tenía una copia de las llaves de esa casa y al entrar en la vivienda, vieron los cuerpos sin vida de la pareja.

La inspectora Rubio, mientras caminaba hacia la entrada del edificio, fue detenido por uno de los agentes que había en el lugar de los hechos. Le hizo un breve resumen de la situación, indicándole que dentro de la ambulancia que había allí, estaba el hermano de una de las víctimas, debido a la conmoción de encontrar los cuerpos sin vida de la pareja. Rubio pidió que cuando estuviera en condiciones la avisaran para proceder a interrogarlo. Pasó bajo el cordón policial que había en la puerta del bloque, además de custodiado por un agente que le hizo saludo policial, y subió al segundo piso, donde varios vecinos estaban bloqueaban el paso detrás de un segundo cordón policial. Debido a su curiosidad, no dejaban pasar a Rubio, por lo que fueron increpados por el agente que custodiaba la entrada a la vivienda, quien les pidió que dejaran pasar a la inspectora.

Una vez dentro del inmueble, vio como aun estaban tomando fotografías de los cuerpos sin vida, además de marcando los lugares donde cayeron los casquillos de las balas. La inspectora Rubio se acercó a uno de sus compañeros inspectores para hablar con él.

—¿Qué tenemos, inspector Zamora? —preguntó Rubio.

—Herida de bala en la frente en ambos sujetos —respondió el otro inspector—. Parece que ambos murieron en el acto. La puerta no ha sido forzada, de modo que conocían a su asesino, o tal vez se ganó su confianza para entrar. Aunque hay algo curioso en todo esto, y es que la vecina de abajo afirma que, cuando oyó el primer estruendo, salió inmediatamente al rellano y una vez aquí, oyó el segundo. Nadie salió y nadie se cruzó en su camino después del segundo disparo.

—¿Hay alguna salida por la azotea?

—Negativo. El último piso no lleva a ningún sitio, es un callejón sin salida. Además, ambos vecinos del tercer piso, afirman que no había nadie en ese rellano.

—¿Habéis examinado este piso por si está todavía aquí?

—¿Pero qué te crees? ¿Que somos unos novatos? Hemos escudriñado cada rincón de la vivienda, incluso hemos mirado debajo de las alfombras, pero lo único que hemos deducido, es que puede haber saltado por el patio interior.

Había marcas en una de las tuberías que iban por allí, como si les hubieran quitado el polvo. Y antes de que lo preguntes... No, no había huellas.

—Supongo que llevaría guantes. ¿Puede tratarse de algún sicario o asesino a sueldo?

—De momento no habría que descartar nada. Pero según comentarios de varios de los vecinos, eran una pareja ejemplar.

—Sí... ¿Cuántas personas ejemplares nos hemos encontrado que esconden algo oscuro?

—Tienes mucha razón, Rubio. Pero mejor será empezar a interrogar más a fondo a los vecinos y al hermano para ver qué dicen.

Rubio, junto con el inspector Zamora, tomaron declaración a los vecinos y al hermano. Mientras hablaban con el vecino de la planta baja, un hombre jubilado y ligeramente irritable, les hizo un comentario que no pasó desapercibido para la inspectora Rubio; el anciano no paraba de mencionar que había cerrado la puerta con doble vuelta, pero que cuando quiso salir al rellano para ver qué pasaba, se percató que ésta tenía la llave sin pasar. Cuando la inspectora le preguntó si podía habérsela dejado abierta por un descuido, el hombre mayor afirmó rotundamente, y con tono molesto, que jamás se le olvidaba cerrar esa puerta con doble vuelta; afirmó incluso, que solía levantarse a mitad de la noche para comprobar que estuviera cerrada y siempre lo estaba. Rubio vio en esta declaración, un posible lugar de escape, de modo que le solicitó permiso para examinar su vivienda. El hombre no le gustaba la idea pero terminó aceptando.

Un grupo de agentes de la policía científica fueron a la casa del vecino de la planta baja para empezar a examinarla a fondo. Investigaron la puerta por donde probablemente había entrado el asesino, el suelo para detectar pisada e incluso paredes y muebles de todas las habitaciones por las que probablemente hubiera transitado. Estuvieron allí alrededor de una hora y lo único que encontraron fue una pelusa de algodón de color negro en el suelo. Era lo único que tenían, de modo que se la llevaron para el laboratorio para ver si conseguían averiguar alguna cosa. Luego de aquello, llegó el juez de guardia y procedieron a levantar los cadáveres para llevárselos de allí.

Al día siguiente, la inspectora Rubio se encontraba en su mesa repasando los datos del caso del día anterior, pensando si se trataba realmente de un ajuste de cuentas; para ella no tenía sentido. Rubio pensaba que por muy persuasivo que hubiera sido el sicario, si ambos se sentían amenazados, no le

hubieran abierto. Además, se preguntaba por qué irían vestidos tan elegantemente si no habían salido de casa las últimas horas y todo parecía indicar que no tenían intención de ir a ningún sitio esa noche. Un pensamiento le vino a la cabeza sobre eso; la posibilidad de que ellos sabían que iban a morir y por eso se pusieron sus mejores galas para la ocasión.

Al despacho de Rubio llegó un agente con varios informes, entre los cuales había el de balística. El informe decía que las balas extraídas de los cuerpos eran del calibre 22 LR, disparadas con un arma semiautomática a una distancia de un metro en la mujer y a bocajarro del hombre. Este tipo de munición eran muy baratas y comunes en todo el mundo, por lo que no daban mucha información sobre el asesino. Asimismo, parecía que dispararon primero al hombre seguido de la mujer. La inspectora continuó leyendo los informes mientras el agente que se los trajo ya se había marchado. Dejó de mirar el informe de balística y comenzó con la autopsia, el cual no decía nada extraño. No habían sufrido agresiones de ningún tipo, no mostraban signos de forcejeo ni tampoco contenían ningún resto del asesino. A Rubio esto le estaba empezando a fastidiar, de modo que agarró las declaraciones de los testigos pero no vio nada nuevo que pudiera ayudarla. Nadie oyó nada raro hasta el primer disparo y luego, pasaron treinta segundos hasta que se oyó el segundo. Todo parecía indicar que habían sido asesinados uno después del otro, pero el hecho de que hubiera un lapso de tiempo superior a cinco segundos, significaba que el asesino podía conocer a sus víctimas, o al menos a la mujer que, según parecía, mató la última.

La inspectora le daba vueltas al tema de, si era un sicario, no hubiera tardado más tiempo del que tardaría cualquiera en desplazar el arma, incluso si se le encasquilló la pistola, no le llevaría más de diez segundos volver a disparar. Entonces, las víctimas conocían al asesino, no sólo por el lapso de tiempo entre asesinatos, sino por el hecho de que entrara sin alterar a la pareja y no hubiera signos de lucha o forcejeo. Ahora le pasó una pregunta por su mente, y ésta era quién tenía más motivos para matarlos.

Todas las declaraciones de los vecinos hablaban de una pareja ejemplar, pero para Rubio, había algo que no le olía bien y era el hecho de que siempre, las personas más ejemplares, escondían un terrible secreto, por no hablar de por qué iban tan arreglados para estar por casa. Rubio tenía la cabeza llena de pensamientos, funcionando a pleno rendimiento y debía ponerlos en orden, de modo que decidió desconectar un momento tomándose un café.

Fue a la cafetería y por el camino se encontró con un agente, con el cual se detuvo y le indicó que la familia del chico fallecido estaba allí para proceder a la identificación del cadáver. «¿Qué extraño? ¿Llegan ahora?», pensó Rubio. Le dijo al agente que los acompañara a la morgue mientras ella iba a por un café rápido. Cuando llegó a las puertas del depósito de cadáveres, vio a una mujer elegantemente vestida como para ir a la ópera, ligeramente entristecida, sonándose la nariz con un pañuelo de papel y acompañada de un hombre muy serio, vestido con un traje azul oscuro y una corbata roja.

—Soy la inspectora Carla Rubio —dijo ella dándoles la mano—. ¿Son ustedes familiares de Francisco Cortés?

—Somos sus padres —respondió el hombre serio apenas sin inmutarse. Rubio quedó extrañada debido a que los dos eran los padres del fallecido y se comportaban más como unos meros conocidos de la víctima que como sus progenitores.

Rubio les indicó que pasaran dentro del depósito y ellos accedieron a entrar. Una vez dentro, la inspectora pidió al médico forense que sacara el cajón donde estaba el cadáver. Lo abrió y mostró el cuerpo sin vida de Francisco Cortés, alias Fran, con un agujero en la frente por donde había entrado la bala junto con una quemadura de pólvora por haber sido disparado a bocajarro. Al verlo, la mujer se alteró y dio un grito de dolor. Rápidamente, se dio la vuelta y se abrazó al hombre, quien mirando a la inspectora, confirmó que se trataba de su hijo. El forense cerró el cajón y Rubio les pidió hablar con ellos sobre su hijo y los posibles enemigos que tenía. Al oír eso, la mujer detuvo su llanto y se giró muy seria hacia la inspectora.

—¡Mi hijo no tenía enemigos, inspectora! —dijo ella molesta por el comentario, pero Rubio insistió de nuevo. El hombre la hizo entrar en razón y ambos accedieron a hablar con la inspectora en la sala de interrogatorios.

Rubio estaba en su mesa de nuevo, recordando la charla que había tenido con los padres de la víctima hasta hacía unos minutos. No había sacado nada en claro, aunque pudo intuir varias cosas por la forma en la que hablaban de él, y era que no solían verlo a menudo, posiblemente un par de veces al año. La inspectora tenía claro que los padres no lo conocían tan bien como se supondría de unos padres normales, pero le dieron a la inspectora una serie de nombres de amigos de su hijo que tal vez podrían saber algo. Mirando los nombres, se percató que uno de ellos era el de un amigo de su hermano, un tipo que conocía de vista desde hacía años y con quien además, coincidió unas

semanas atrás en el bar *Tres Copas*. Se trataba de Sergio Valcárcel, amigo de la infancia de una de las víctimas. De modo que le pidió a un agente que lo localizaran para pedirle que se presentara en la comisaria para declarar como testigo.

9. VILLANO CONTRA JUSTICIERA

Sergio acababa de recibir una extraña llamada la cual le decía que debía presentarse en la comisaria para declarar como testigo. Aunque le preguntó al policía el motivo, éste sólo le comentó que fuera allí y preguntara por la inspectora Carla Rubio. Sergio no se alteró, sabía perfectamente que las víctimas a las que acababa de matar, Fran y Alba, tenían relación con él, por lo que era completamente normal que lo llamaran a declarar haciéndole varias preguntas a fin de aclarar el caso y descubrir al posible asesino.

Mientras se dirigía a la comisaría, planeó la estrategia que seguiría para el interrogatorio. Aunque podía hacerse el afectado poniéndose a llorar exageradamente por la muerte de su amigo, sabía que la policía descubriría tarde o temprano que Fran se había liado con su novia de entonces y lo más seguro sería que Sergio les guardaría rencor por ello; de modo que decidió sorprenderse pero no sentir demasiado pesar por su pérdida. Contaría que llevaba años sin verlos y que no los reconocería si los viera actualmente. Por otro lado, tenía muy claro que debía hablar de los fallecidos ocasionalmente en presente y no en pasado, para hacer creer que no hubiera tenido tiempo para asimilar su prematura muerte.

Llegó a la comisaría cuando ya había anochecido y preguntó por la inspectora, quien le hizo esperar unos minutos hasta que se presentó. Rubio le saludó cordialmente, ya que se conocían de tiempo atrás, no sólo por el hermano de la inspectora, sino también por haber coincidido ocasionalmente en un bar de la ciudad. Rubio lo llevó a la sala de interrogatorios para poder hablar más tranquilamente, no sin antes ofrecerle un café, el cual Sergio aceptó de buen grado. Comenzaron con una pequeña charla intrascendente sobre temas varios y luego continuaron con las preguntas sobre los fallecidos. Rubio le mostró las fotografías de las víctimas, ya sin vida, y le preguntó sobre ellos.

—¿Los conoces? —preguntó la inspectora mientras Sergio dudaba —Son Francisco Cortés y Alba Linares. Según sus padres, tú eras amigo de Francisco.

—Sí... —respondió Sergio dubitativo por unos instantes, aunque posteriormente afirmó —Fran fue amigo mío hasta que se fue con la que era mi

novia de entonces. Esta chica de la foto. Qué mala cara tienen; qué mal han envejecido. ¿Acaso están en busca y captura, Carla?

—¿No lo sabes? Ambos fueron encontrados muertos en su casa la noche de ayer.

Sergio fingió quedarse conmocionado por la noticia durante unos instantes. Bebió el café que tenía allí y se quedó mirando a la inspectora como si estuviera apesadumbrado por la revelación.

—Siempre les desee lo peor... pero esto no. ¿Qué ha ocurrido?

—Alguien entró en su casa y les disparó un tiro a cada uno. Parece obra de un sicario. Por eso te hemos llamado, ¿conoces si tenían algún enemigo?

—Llevo años sin verlos a los dos, incluso me ha costado reconocerlos en un principio; es más, ni siquiera sé si su relación duró.

—Se casaron hace dos años —dijo la inspectora y Sergio bajó la cabeza como si la noticia le hubiera afectado ligeramente. Miró de frente a Rubio y dio un suspiro.

—No pasa nada. Ya pasé página. Pero siento decirte, Carla, que no tengo la más remota idea de qué era de sus vidas. Ni siquiera había oído nada por terceras personas.

—Es extraño... Sus padres me han dicho que eras su mejor amigo.

—¿Sus padres dijeron eso? La verdad es que nunca llegué a conocerlos. Vivían lejos, en otra ciudad. ¿Cómo es que han dado mi nombre si llevábamos más de cinco años sin hablarnos?

—No tengo ni la más mínima idea. Todo este caso es muy sospechoso. El hermano de Alba tampoco sabía nada ellos. Llevaba al menos un años sin hablar con su propia hermana. Algo muy extraño.

—Lamento no ser de mayor ayuda, Carla.

—No importa, Sergio. Toma mi tarjeta, ahí está mi número directo y mi correo. Si recuerdas cualquier cosa o a alguien que pudiera darnos mayor información, no dudes en decírmelo.

—Descuida que lo haré —dijo Sergio mientras se levantaba de la silla para irse. Ambos se despidieron y el asesino de las dos víctimas, salió de la comisaría con una gran serenidad. Subió a su coche y se fue del lugar.

Mientras conducía, le extrañó también que nadie tuviera contacto con la pareja, ni padres ni hermano, además de que hubieran facilitado su nombre como amigo de la una de las víctimas. Era extraño y le picaba la curiosidad, aunque recordó que su lista seguía llena de nombres de personas a las que

todavía no había asesinado. Regresó a casa para continuar con su misión.

Una vez en su apartamento, Sergio notó que le aburría el hecho de que le fuera tan fácil haberse burlado de la policía de esa manera, de modo que decidió contraatacar haciéndolo mucho más divertido y emocionante. Sacó la tarjeta que le había dado la inspectora y comprobó que allí no sólo estaba su teléfono, sino que también había su correo electrónico. Esto le daba una excelente idea para divertirse, además de poner en jaque las habilidades policiales de rastreo.

Entró en internet, en la zona oscura e ilegal, y buscó en un chat formas de enviar correos electrónicos sin ser rastreado. Varios de los integrantes le hablaron de formas muy simples de hacerlo, las cuales Sergio ya conocía; pero él necesitaba algo mucho más poderoso, algo con lo que burlar a la policía. Mientras escribía que quería ser irrastreable para las autoridades, alguien le envió un mensaje privado preguntándole si estaba dispuesto a pagar por esa información. Inquietado por la pregunta, dijo que sí y en ese momento, le llegó un mensaje a su teléfono móvil. Como si no tuviera nada que ver con la actividad que estaba haciendo, fue a mirar de qué se trataba, pero cuando lo vio, sintió un ligero escalofrío. El mensaje recibido decía que si quería saber la forma de enviar correos electrónicos irrastreables, debía de pagar una cantidad en criptodivisas a un cuenta específica. Y luego le indicaba un código alfanumérico, que en realidad era la cuenta a la que tenía que enviar el dinero virtual.

Al principio, Sergio dudó. Se preguntaba si se trataba de alguna broma, pero no lo creía; sino cómo sabían su número de teléfono. Suspiró y accedió a hacerlo. Si resultaba ser una estafa, aprendería para la próxima vez, así que entró en la página web especial para transferir criptodivisas y depositó la cantidad acordada. Unos minutos después, su teléfono sonó indicando número no disponible. Al otro lado había alguien hablando con un sintetizador de voz en el que sonaba en un tono muy grave. Le agradeció la confianza y le explicó punto por punto los pasos que tenía que seguir para crearse una cuenta de correo especial irrastreable, además de contarle sobre protocolos de seguridad y de cómo cambiar las direcciones IP amén de otras indicaciones adicionales. Una vez terminada la explicación, la persona al otro lado colgó sin despedirse. Ahora Sergio disponía de algo mucho más divertido además de los asesinatos; jugaría con la policía sobre sus asesinatos.

Empezó a escribir el correo electrónico, en el que detallaba el asesinato

de Fran y Alba, alegando que merecían morir y explicó la munición que usó, la hora, el orden y cómo entró y salió sin ser visto. Luego explicó las muertes de los hijos de sus antiguas profesoras, sin mencionar su relación con ellas. Explicaba la forma de matar en un incendio al primero, que murió junto a su mujer a la que mencionaba como un daño colateral y a su hermano, quien había sido apuñalado. Describió los crímenes con todo lujo de detalles, indicando además que ambos merecían la muerte para contribuir al sufrimiento. Aunque tenía dudas de si ponerlas o no, optó por no mencionar tanto a Laila, la niña pequeña hija de su vecina de arriba o a Alicia, la compañera de trabajo que mató para inculpar a Gabriel, quien actualmente estaba en prisión preventiva a la espera de juicio. Repasó el correo una y otra vez; no quería olvidarse nada, ni tampoco quería haberse descuidado poniendo algo que no debía. Al final, lo firmó con el nombre de *Neo Azrael, el arcángel de la venganza*.

Cuando lo envió, se sintió satisfecho y emocionado por ver si alguna vez conseguirían anticipársele en su misión de venganza. Se sirvió una copa de vino tinto y empezó a reírse como si fuera un villano malvado a punto de matar al protagonista de la historia.

Rubio estaba en su mesa, dándole vueltas al caso del asesinato de la pareja, hasta que se encontró con un papel en el suelo que se había caído de la mesa de su compañero. Era del caso que unas semanas atrás, había sacudido al país conmocionado a la opinión pública; el anciano que tenía secuestrados a varios niños en el sótano de su casa para hacerles todo tipo de cosas perturbadas. Se fijó en la parte del papel que hablaba de la declaración del niño que escapó del lugar, que hablaba sobre un fantasma negro que le había salvado obligándole a memorizarse la dirección de la casa donde estaban retenidos contra su voluntad. Por lo que decía el informe que había adjunto, se resumía la hipótesis de que el fantasma podía tratarse de un ladrón que entró en la vivienda a robar y que probablemente iría con la cabeza cubierta. A Rubio esto le llamó la atención, de modo que buscó la carpeta donde estaba el resto de las hojas y le echó un vistazo. Dentro había un dibujo que el niño había hecho, en el que aparecía su supuesto salvador; fue en ese momento, cuando Rubio recordó algo. En la casa del vecino de la planta baja de la pareja joven asesinada, habían encontrado una pelusa de algodón de color negro que, probablemente, podía pertenecer a un pasamontañas, al igual que el presunto ladrón de ese caso.

Rubio se preguntaba si había sido cosa del destino ver aquel el informe o si simplemente era que se encontraba muy cansada y estaba empezando a imaginarse cosas sin sentido. La policía había obviado al ladrón que entró en la casa del anciano por no tener ninguna descripción de su rostro y porque ese día, el anciano no activó ninguna de las cámaras de seguridad, haciendo que no pudieran tener más que la simple descripción del niño. Pero la inspectora sintió algo, una corazonada, un palpito, su olfato de policía notaba que eso no podía ser coincidencia. «¿Hay una conexión entre los dos casos? El ladrón de ese caso y el asesino de la pareja, ¿son la misma persona?», consideró ella. Por su mente se le pasaba la idea de qué hacía un ladrón matando a esa pareja joven. O si había sido un ajuste de cuentas de alguna banda criminal y él era sólo un sicario. En la casa del anciano, primero liberaron a los niños para que detuvieran al viejo y días después, podrían haber matado a esos dos porque también pertenecían a su banda; o tal vez se trataba de algo diferente. La inspectora también reflexionó sobre si la persona que entró en casa del anciano y de la pareja, no fuera sino un justiciero, alguien que buscaba la venganza o quizás quería aplicar la justicia contra ellos. Se cuestionó si era alguien conocido del anciano y de la pareja al mismo tiempo; o simplemente era un loco que los había localizado y pretendía algo misterioso y desconocido. Incluyó la silla de su mesa, se quedó mirando al techo clavando la mirada en él y estuvo así durante varios minutos, intentando poner en orden sus ideas.

Pero unos instantes más tarde, algo la alertó; había recibido un aviso de correo de origen desconocido. Los ordenadores de la comisaría de policía, disponían de un filtro especial que avisaba cuando llegaba un correo de origen irrastreable. Rubio miró el asunto y leyó: “*Yo soy el asesino de Alba y Francisco*”. Ignorando el protocolo de seguridad, que especificaba que debía avisar a uno de los informáticos para asegurarse de que no había ningún virus, lo abrió sin dudar. En el correo se podían leer detalles de los asesinatos de la pareja, cosas que sólo sabía la policía; pero algo más perturbó su mente, y era que también hablaba de dos crímenes ocurridos anteriormente. Rubio no entendía la conexión que podía haber entre los dos casos y llamó de inmediato al comisario.

Una vez llegó el comisario, a quien no parecía importarle mucho que Rubio no hubiera seguido el protocolo de seguridad, empezaron a plantearse la veracidad del aviso. Llamaron a uno de los informáticos quien afirmó que

no podía rastrear el origen desde dónde se había enviado el correo ni tampoco desde el tipo de ordenador. Así que decidieron investigar cuántas personas tenían acceso a la información que se contaba en ese correo, ya que podían estar delante de un simple hacker sentado frente a la pantalla del ordenador listo para gastar una broma o si por el contrario, estaban delante del asesino, quien se había autodenominado *Neo Azrael, el arcángel de la venganza*.

Convocaron a todos los agentes que habían participado en alguno de los dos casos, tanto el de los primos donde uno murió en un incendio y el otro apuñalado, como en el de la pareja joven, pero ninguno de los policías había coincidido en ambos; sólo la inspectora Rubio era la única que había trabajado en ambos crímenes. En el incidente del asesinato del segundo primo, en la prensa sólo se hablaba de una puñalada en el corazón, en ningún momento se mencionó que el asesino girara el cuchillo noventa grados en el sentido contrario a las agujas del reloj, por lo que no tenía pinta de ser un simple loco que quería hacerse pasar por el asesino. Podían estar frente a un asesino en serie, aunque todavía era muy pronto para definirlo así. De modo que el comisario pidió no mencionar absolutamente nada del aviso del presunto asesino ni de los dos casos. Esperarían a ver si el tal *Neo Azrael*, volvía a atacar.

Rubio volvió a su trabajo y empezó a repasar los dos casos leyendo todos los informes, punto por punto y varias veces. Se decía a sí misma que no descansaría hasta encontrar una conexión con los dos casos y así poder anticiparse a otro posible crimen. Pero la inspectora todavía tenía el palpito de antes, el cual le decía que el caso del anciano y el de la pareja, tenían alguna relación. Mientras trataba de indagar más a fondo en los crímenes, se le empezó a nublar la vista, ya que estaba demasiado cansada para seguir trabajando a esas horas de la noche. Tiró las hojas sobre la mesa, se frotó los ojos agotados y decidió reanudar la investigación al día siguiente a primera hora de la mañana, ya que en el estado en el que se encontraba en ese momento, no le era de utilidad para nadie.

Al día siguiente, Rubio le pidió a su compañero inspector datos sobre el pasado del anciano que secuestró a los niños. Sólo pudo decirle que había sido jefe de contabilidad en una empresa que ya no existía y obligado a prejubilarse. Rubio no encontró nada extraño allí, de modo que intentó averiguar algo más sobre la organización criminal a quien el anciano le vendía las fotos y los vídeos de las violaciones, pero el inspector al cargo le comentó

que eso había pasado a la división especial, por lo que ya no estaba bajo su competencia. Rubio estaba en un callejón sin salida, no podía encontrar relación alguna con la pareja y el anciano, de modo que decidió buscar cualquier conexión de los asesinatos de Alba y Fran con los de los primos.

No encontró nada. Ni siquiera una sola pista que los relacionara lo más mínimo; ni siquiera vivían cerca los unos de los otros. Miró sus amigos en común, trabajos, lugares que frecuentaban y no encontró nada; lo único que descubrió y que no parecía nada a tener en cuenta, era que Alba y Francisco fueron alumnos de las madres de los primos. Rubio no pensaba que esto debía tomarse en cuenta, pero era lo único que los unía y un hilo del que tirar para descubrir alguna conexión. Si el asesino explicaba en el correo que debían sufrir, sería porque debía de conocerlos por alguna razón. Así que decidió ir a hablar con las madres de los primos asesinados, que por suerte para ella, todavía estaban en la ciudad para asistir al funeral de los hijos. Aunque Rubio sabía que había sido un golpe muy duro para ellas, debía preguntarles varias cuestiones.

Se reunió con ambas en el velatorio del hijo muerto por apuñalamiento. Las dos mujeres estaban en un estado tan depresivo que cualquiera que estuviera cercano a ellas, podría notar el inmenso dolor que sufrían. Rubio les preguntó si alguna vez habían conocido a alguien llamado Francisco Cortés o Alba Linares, pero ninguna de las dos reconoció los nombres. La inspectora insistió afirmando que eran alumnos suyos de hacía veinte años, pero seguían sin recordarlos. Las madres de las víctimas contaron que habían pasado una mala racha en la época mientras enseñaban como profesoras y que pagaban sus frustraciones con los alumnos; por ello, siempre pensaban que alguno de sus alumnos que humillaron en el pasado, podrían haber vuelto para vengarse de ellas, aunque no de sus hijos. Esto llamó la atención a Rubio; si ese tal *Neo Azrael* era de verdad alguien que afirmaba que los primos habían muerto por sufrimiento, era posible que quisiera hacer sufrir a alguien cercano a ellos con su asesinato, como a las dos mujeres, quienes se sumirían en la mayor de las desesperaciones al ver como sus hijos desaparecían de este mundo. Pero esa idea le parecía demasiado macabra y propia de la mente más enferma, aunque decidió no la descartarla en un principio.

Volvió a la comisaría y empezó a buscar el nombre de todos los alumnos que habían tenido las dos mujeres durante su etapa de profesoras. Salieron más de quinientos nombres, de modo que empezó a descartar a personas que

no hubieran tenido ningún contacto con Alba o Francisco. Le quedaron cuarentaiséis, una cifra bastante más baja que la anterior. Miró los nombres y le llamó la atención el de su hermano, que había estudiado en la misma clase que Alba, y el de Sergio Valcárcel, quien había estado en la misma aula que Francisco. Ya había interrogado a Sergio el día de ayer, incluso le había preguntado qué hacía a la hora del crimen, a lo que él le respondió que estaba en casa solo, porque al día siguiente tenía que ir a trabajar. Pero aun así, decidió convocarlo de nuevo, junto con los otros cuarentaicinco restantes, en el que incluía a su propio hermano.

Uno a uno fueron pasando los testigos a la sala de interrogatorios respondiendo a las preguntas de la inspectora ese mismo día. Ninguno parecía tener una coartada perfecta para la noche del crimen, pero tampoco tenían sólidos motivos para asesinar a los primos como venganza contra sus madres, como a la pareja joven. Incluido Sergio Valcárcel, quien bromeaba diciendo que matar a esas profesoras sería la fantasía de cualquier alumno suyo en esa época. Pasaron todos y Rubio no sacó nada en claro. No había conexión alguna entre los dos casos. Sentada en su mesa a última hora de la tarde, se quedó mirando al techo de la comisaría, cuando de repente, su teléfono sonó.

Era el aviso de un asesinato que se había producido en las cercanías. El dueño de un taller mecánico había aparecido aplastado por un coche. Rubio dijo que no tenía tiempo para accidentes laborales, pero el agente le informó que era un asesinato. Justo cuando la inspectora se levantaba para irse a la escena del crimen, algo le llamó la atención en su ordenador. Otro mensaje del mismo remitente que el día de ayer el cual se hacía llamar *Neo Azrael*. Abrió el correo y había una frase que decía: Siguiendo víctima, Alfredo “El Ruedas”. Se preguntaba quién era esa persona y le vino la asociación en la cabeza en ese preciso momento, de modo que agarró el teléfono, llamó de nuevo al agente con el que había hablado unos segundos antes y le pidió el nombre del fallecido del taller mecánico. Su nombre era Alfredo Díaz Aranjuez, más conocido como “El Ruedas”, por su obsesión por colocar neumáticos nuevos a todo el mundo que iba a ese taller inflándoles los precios de forma desorbitada. Rubio comprobó que el asesino estaba desafiando a la policía, y más específicamente, a ella.

Llegó al taller y un agente le informó de todo lo acontecido. Un coche había aplastado a la víctima en uno de los boxes con elevador que cayó de forma brusca. Todos los demás mecánicos, al oír el estruendo, se pensaron que

era uno de los ruidos normales que se oyen hasta que se acercaron y vieron que del coche, salía un pequeño charco de sangre. Esto extrañó a uno de los mecánicos que elevó el coche, mostrando ante él, una imagen horripilante.

Rubio, aunque había recibido el correo del asesino, quiso asegurarse de que no se trataba de un accidente y preguntó si era posible que el hombre hubiera cometido una imprudencia, pero rápidamente el agente le informó que eso no era posible.

—¿Y eso por qué? —preguntó Rubio al agente.

—Por las grabaciones de las cámaras de seguridad. Venga que se las enseñe —Y el agente se la llevó a un despacho en el que había otro agente repasando las grabaciones de las cámaras de seguridad.

En el vídeo, se mostraba como una persona con guantes de cuero, vestida completamente de negro, además de llevar puesto un pasamontañas del mismo color, estaba cargando a la víctima sobre el hombro. Al llegar a uno de los boxes, lo descargaba debajo del elevador, toqueteaba el panel de control y hacía descender la palanca para que cayera por su propio peso. La persona misteriosa se giró y se enfocó en la cámara de seguridad, saludando como si fuera un niño pequeño; esto molestó a Rubio, quien minutos atrás, había recibido un correo de esa persona misteriosa. El agente opinó que podía ser posible que la víctima ya estuviera muerta, pero la inspectora afirmó que eso no tenía sentido, comentando que lo más probable era que la víctima estuviera inconsciente o drogada, pero que sería mejor esperar al informe de la autopsia para confirmarlo.

Interrogaron a los demás mecánicos y lo único que sacaron en claro era que ese hombre tenía muchos enemigos, siendo imposible nombrar a menos de cien. Cualquier persona que iba a ese taller, la víctima lo embaucaba usando su labia para camelárselo y que se gastara mucho dinero en reparaciones que no necesitaba, además de venderles siempre un juego de neumáticos nuevos a precios desorbitados, de allí su apodo. A pesar de ello, Rubio les pidió a cada uno de ellos que redactaran una lista con todos los nombres de posibles enemigos, aunque fueran mil o dos mil, quería que no se dejaran ni uno. Después de decir eso, la inspectora preguntó si había más grabaciones o si había recibido alguna llamada justo antes, pero no tenían nada; el mecánico había salido media hora antes de su muerte del taller. Luego, entró por algún lugar desconocido, ya que las cámaras no lo captaron, y acabó debajo de un vehículo. Rubio se dio cuenta que ese tal *Neo Azrael* estaba jugando con la

policía. Había enviado dos correos e incluso había saludado a la cámara de seguridad. Se preguntaba si era alguien muy inteligente o simplemente alguien con mucha suerte.

Sergio se encontraba trabajando en su despacho alrededor del mediodía. Alternaba sus tareas corporativas con la elaboración del plan de su siguiente víctima, quien esta vez había decidido que sería el dueño de un taller mecánico, el cual le había estafado varias veces en el pasado cuando había llevado su coche a revisión. Le avergonzaba reconocer que le había convencido para adquirir un juego de neumáticos nuevos a pesar de que los que tenía entonces, no llevaban ni diez mil kilómetros recorridos. A parte de eso, tenía sospechas de que le había inflado los precios de la factura de las revisiones con arreglos que no existían o que eran innecesarios. Mientras estaba pensando en cómo matarlo usando la logística del propio taller, se sorprendió cuando recibió la llamada de la comisaría de policía. El agente al aparato, le pedía que fuera a declarar de nuevo con la inspectora Rubio. «¿Otra vez? ¿Sospecharán algo? Lo dudo», pensó el joven mientras estaba sentado en su silla con una libreta escribiendo posibles formas de matar a su siguiente víctima. Pero decidió levantarse y se fue hacia la comisaría de policía, no sin antes destruir las hojas en donde había escrito sus planes de asesinato en la trituradora de papel. Avisó a sus compañeros que tenía un asunto importante y que debía excusarse. Subió a su coche y fue para la comisaría.

Habló de nuevo con la inspectora Carla Rubio, quien esta vez, parecía ligeramente alterada y nerviosa. Preguntó por las mujeres llamadas Maite y Eulalia, sus antiguas profesoras y empezó a hacerle preguntas sobre ellas. Durante el interrogatorio, Sergio pensaba que aquella inspectora de policía no había tardado mucho en relacionar las muertes de los primos con una venganza hacia las madres, lo que significaba que no debía subestimarla. Creyó que debía de ponérselo más difícil en el futuro. Pasaron los minutos y la inspectora le agradeció la colaboración. Se despidieron y Sergio salió de nuevo de la comisaría con una sonrisa de satisfacción.

Esa misma tarde, sabía que tenía que poner en práctica su venganza; sería el turno de Alfredo “El Ruedas”, el dueño del taller mecánico que siempre estaba intentando estafar a todo el mundo que llevaba ahí su vehículo. Sergio quería que esa persona muriera dentro del taller, por lo que pensó en usar

alguna de las herramientas que había allí dentro para acabar con su vida. Durante esa tarde, pasó delante del taller en su coche para echar un vistazo desde fuera y comprobar si el dueño del local se encontraba allí dentro. Se trataba de un taller muy grande situado en una nave industrial de doscientos metros cuadrados, donde desde fuera, se podía ver el despacho de Alfredo en la planta de arriba y ese día, confirmó que estaba allí. Sabía que el hombre salía de vez en cuando para irse a un bar cercano y tomarse un trago, normalmente combinados, incluso por la mañana. De modo que Sergio esperó a que saliera, cosa que hizo alrededor de las seis de la tarde y se marchó con la intención de irse al bar. Sergio lo siguió con cautela y entró unos minutos después para fingir que quería comprar tabaco. Antes de entrar al local, Sergio se puso una barba postiza y una peluca rubia para cambiar ligeramente su apariencia.

Alfredo, la víctima, se sentó en un taburete frente a la barra y se pidió un combinado. Mientras le estaba dando sorbos a la bebida, Sergio se acercó a la barra para pedirle al camarero que había allí si le podía dar cambio para la máquina de tabaco, poniéndose justo al lado de su víctima. Mientras extendía la mano para dar el billete al camarero, disimuladamente deslizó unas gotas de un somnífero muy potente en el vaso de Alfredo sin que nadie se percatara. Luego fue a la máquina de tabaco y compró una cajetilla tomándose su tiempo para observar como su víctima bebía su último combinado antes de caer en un profundo sueño. El somnífero tardaba alrededor de cinco minutos en hacer efecto, por lo que empezó a impacientarse. Pensaba que si se desmayaba allí, tendría que dejar su plan para otro día y soportar el dolor de saber que ese hombre tendría un día más de vida. Sergio salió del bar para no llamar demasiado la atención al quedarse tanto tiempo delante de la máquina de tabaco y esperó fuera escondido a que saliera su víctima.

Alfredo se terminó la bebida al cabo de unos minutos y salió del local, no sin antes hacerle señas al dueño de que se lo apuntara para pagarlo otro día. Ya fuera del lugar, y mientras se dirigía de vuelta al taller, empezó a sentirse cada vez más y más cansado. Sergio iba detrás suyo manteniendo una cierta distancia para que no se percatara de su presencia, pero con la mirada clavada en sus pasos. Se quitó la peluca, la barba postiza y se puso el pasamontañas, mientras Alfredo caminaba con los ojos casi cerrados. Empezó a tambalearse hacia atrás, momento que aprovechó Sergio para agarrarlo y llevárselo a cuestas de vuelta al taller. Aunque podía perfectamente matarlo allí, un lugar

desolado sin nadie cruzándose en su camino, encontraba más emocionante meterlo de nuevo en el taller y acabar con su vida allí dentro. Sergio sabía hacia dónde apuntaban las cámaras de seguridad, por tal cosa entró pegado a la pared, con el cuerpo de su futura víctima sobre el hombro y se dirigió hacia uno de los boxes con elevador. Habían dos de ellos apartados del lugar donde estaban los otros mecánicos. Los dos boxes tenían coches elevados, pero sólo uno de ellos, tenía una cámara enfocándolo directamente; por ello lo eligió para que su venganza quedara registrada. Lo depositó allí y se apartó hacia el panel de control. Lo toqueteó unos segundos, modificó unos botones y luego dejó caer el coche sobre el hombre inconsciente. Se oyó un gran estruendo, acompañado de un ruido bastante desagradable que no le gustó nada a Sergio, pero se recuperó inmediatamente, dándose la vuelta y saludando a la cámara de seguridad que había grabado la escena desgarradora. Su soberbia le hacía querer poner a prueba la labor de investigación de la policía y en especial, la de la inspectora Rubio, a la que había subestimado en un principio. Salió del taller a toda prisa, subió a su coche y lo arrancó con la intención de irse de ese lugar con el propósito de no volver.

10. ÁNGEL Y DEMONIO

Era la noche del viernes. Hacía sólo unas horas que Sergio había asesinado al dueño del taller y se encontraba inquieto, tratando de silenciar los pensamientos dolorosos de su pasado que volvían a su mente de nuevo. Cada vez los tenía más seguidos, como si no consiguiera mitigarlos con los crímenes; así que para tratar de desconectar de ellos, pensó en ir a ver a Marlene. Llevaba varios días sin verla y no quería perder su hechizo sobre ella para poder tenerla bajo su completo control; así que subió tranquilamente y llamó a la puerta. Pero al abrir, para su sorpresa, apareció su hija Silvia, quien parecía triste aunque no tanto como semanas atrás y le preguntó qué quería, respondiendo Sergio que estaba allí para ver a su madre. Silvia se rió, ya que sabía perfectamente qué estaban haciendo Sergio y su madre, pero a ella parecía no importarle.

—Lo siento, Sergio —dijo Silvia con sonrisa lujuriosa—, pero mi madre no está. Ha salido esta noche con una amiga suya. Pero si quieres, puedes pasar y charlamos un rato, si no te importa, claro.

—¿Por qué me iba a importar? Acepto tu invitación —Y entraron dentro del piso.

Sergio le preguntó si también estaba su tío, a lo que ella se lo quedó mirando con una ligera indiferencia y respondiéndole que también estaba fuera y además no quería ni saber dónde. Sergio vio extrañado esa mirada y se lo comentó. Al parecer, Silvia sabía lo que su madre le había estado contando y ella se sentía humillada.

—¿No te das cuenta, verdad? —dijo ella con un tono avergonzado —Soy la hija de dos hermanos. Marlene es mi madre y mi tía a la vez; y Julián...

—No hace falta que digas nada —comentó Sergio poniéndole una mano en la mejilla que ella acarició suavemente—. Lo importante es quién te gustaría ser tú. Tienes que quererte más, eres una mujer encantadora.

—Gracias, Sergio. ¿Quieres tomar algo?

Él aceptó de buen grado y estuvieron hablando durante un buen rato. Con el paso de la conversación, ella terminó por confesarle algo perturbador; aunque le entristecía enormemente haber perdido a su hija, en el fondo de su

corazón se sentía descansada por ella. Admitió que su hija Laila, era el fruto de la violación de su padre-tío y que cada vez que la miraba, no veía otra cosa que la noche en que Julián abusó de ella. Sergio extrañado, le preguntó por qué seguían viviendo con él después de lo que hizo, pero Silvia se quedó callada mirando hacia un lado. Sergio intuyó que la chica estaba esperando el momento perfecto para poder vengarse del hombre que abusó de ella y de su hija; algo que, por supuesto, aprovecharía a su favor para traer sufrimiento a esa familia. Los mismos, quienes se atrevieron a molestarle desde hacía cinco meses. Silvia se sintió muy cómoda con su vecino de abajo hasta que lo besó y al igual que su madre, ella quería agradecerle lo bien que se había portado con las dos y deseaba que pasaran un rato juntos. Se fueron al dormitorio y pasaron la noche juntos hasta que Sergio, se fue cuando aun cuando no había amanecido todavía. El muchacho sentía que en ese momento tenía a las dos bajo sus encantos y podría poner en marcha su nuevo plan de venganza; conseguir que una de las dos mujeres matara al hombre llamado Julián.

Era sábado al mediodía y mientras Sergio se encontraba tranquilamente en su hogar, alguien llamó al timbre una sola vez. Eso no le pareció algo extraño en un principio, pero a medida que iba acercándose a la puerta, y por algún motivo siniestro y desconocido, sintió como si la casa se empezara a enfriar con un aire diabólico. Llegó a la entrada del apartamento, miró por la mirilla y comprobó que no había nadie, pero el timbre volvió a sonar de nuevo. Observó otra vez pero no había nadie esperando allí detrás. Extrañado por ello, abrió de golpe para ver si se trataba de algún bromista, el cual estaba dispuesto a formar parte de su lista de la venganza; pero allí había un hombre, de no más de cuarenta años, de cabello oscuro, muy elegantemente vestido con un traje negro con rayas, camisa blanca, corbata roja y un sombrero fedora negro con una cinta blanca. Su cara reflejaba maldad, pero Sergio no se sentía amenazado por su expresión.

—¿Cómo te va, Sergio? —dijo el hombre del traje sonriendo en un tono sereno y marcando cierta superioridad —¿Puedo entrar para hablar contigo sobre cosas muy interesantes?

—¿Quién diablos eres tú? —respondió él ligeramente molesto —Nunca antes te había visto.

—Hmmm... —Y el hombre se pone a olfatear el ambiente —Me encanta el olor del miedo... Es tan estimulante. A ti también te gusta... —Y luego se acerca a su oreja y le dice en voz muy baja —Al igual que con Fran y Alba.

Sergio quedó helado al oír eso. ¿Había sido descubierto por ese hombre que lo miraba con cara de superioridad? Decidió serenarse, respiró hondo e invitó a entrar al hombre desconocido. Sabía que tarde o temprano alguien averiguaría a lo que se estaba dedicando, pero no pensó que fuera tan pronto.

El hombre entró con absoluta calma caminando erguido y con un porte elegantísimo. No parecía el típico individuo que pierde el tiempo con un simple chantaje a un asesino, por lo que Sergio pensó que podría tratarse de algún jefe mafioso que quería reclutarlo para trabajar para él. Una vez en el comedor, el misterioso hombre clavó su mirada en los ojos de Sergio de una manera penetrante, momento en el que percibió algo extraño en la mirada del desconocido; parecía como si no mostrara ni un atisbo de humanidad, ninguna emoción. Sergio, harto de que el hombre se hubiera quedado mirándolo sin decir nada, le exclamó:

—¿Vas a decir algo? ¿No sé a qué has venido?

—Simplemente quería agradecerte las almas que nos has preparado para el futuro.

—¿Almas? ¿De qué hablas? ¿¡Quién eres tú!?

—Je je je. Quien soy yo no es importante, pero sí te diré de parte de quién vengo. Su majestad me ha pedido venir y agradecerte por las esencias que gracias a ti, nos van a llegar en el futuro.

—¿Su majestad...? ¿Eres un demonio?

—Podríamos decirlo así. Verás, debido al pacto que hiciste con nosotros, las almas de todas tus víctimas, serán enviadas a la nada. Pero esas muertes, han provocado ira, rencor y venganza en los corazones de sus familiares y amigos, algo que permitirá que vengan a nosotros el día de su juicio final.

—¿Has venido para darme las gracias por ello? ¿Y de día?

—Sólo los demonios de clase baja les afecta la luz, pero a los demás no nos importa. Y es por ello que su majestad quiere algo. Algo para conseguir muchas más ánimas en el futuro, y a cambio, te dará algo que de seguro te parecerá interesante.

—Te escucho, señor demonio.

—Por cada persona que muera a manos de alguien a quien tú hayas convencido para asesinarla o que se suicide, se te devolverá medio año de tu vida. En el pacto que hiciste, definía que por cada víctima que matabas gracias a la sabiduría y fortuna del inframundo, se te restaría un año de tu esperanza de vida. Así que si haces que los demás se maten entre ellos, o se suiciden, tú

podrás vivir hasta la edad que tenían definida en un principio si no hubieras hecho el pacto. Pero entiéndeme, no podrás tener más años de los que disponías en un principio.

—De modo que puedo recuperar los ocho años que ya he perdido... ¡Me gusta este nuevo trato! Y sólo tengo que incitar a otros a cometer los crímenes por mí. Esto será muy divertido.

El misterioso hombre empieza a caminar muy tranquilamente en dirección a la puerta. Una vez está ligeramente alejado, le comenta a Sergio sin voltearse:

—Ya has recuperado seis meses. El hombre al que le gustaban los niños encerrados en su sótano, ha sido apalizado en la cárcel hasta la muerte —El hombre se rió de forma malévola y añadió —Huelo una muerte por suicidio muy pronto, y en ese caso, al ser gracias a ti, también recuperarás otro medio año. Sigue por este camino, Sergio. Está claro que hicimos un muy buen negocio contigo.

Sergio se quedó mirando, sin siquiera parpadear, cómo el hombre se marchaba lentamente de su casa riendo de forma malévola, abriendo la puerta y saliendo por ella sin más. Ahora Sergio tenía una nueva oportunidad de vengarse de más gente, por lo que necesitaba convertirse en un verdadero demonio.

Habían pasado unas horas desde que Sergio recibiera la visita del hombre misterioso y supuesto demonio. En ese momento, dándole vueltas a la cabeza, recordó lo que le había dicho ese ser desconocido sobre que el anciano había sido agredido hasta la muerte en la prisión. De modo que entró en internet para buscar la noticia, pero no decían nada en los periódicos generalistas. Buscó en los independientes y tampoco decían nada. Le parecía extraño, no creía que el demonio le hubiese mentido, sino que muy probablemente, la prisión no había dado la noticia todavía. Era una información muy jugosa para cualquier medio de comunicación y la gente se alegraría mucho de ello, debido a la repercusión que tuvo tres semanas atrás. La mayoría de la población aun recordaba el caso y de seguro que lo celebraría con júbilo. Pero para Sergio, el anciano era despreciable, no porque secuestrara, torturara, violara y asesinara a varios niños indefensos; él sólo veía en el anciano al jefe que lo humillaba y gritaba constantemente en su anterior trabajo. Sólo quería que el hombre hubiera muerto con el miedo dominando su vida en los últimos momentos de su existencia, aunque sólo hubieran sido unas pocas semanas.

Y recordó algo más que le dijo el demonio; y era que olía a suicidio, aunque no podía imaginarse de quién. En un principio se le ocurrió Gabriel, su excompañero de trabajo encarcelado por la muerte de otra compañera de la misma empresa; pero no le parecía lógico, ya que al ser inocente, tendría la esperanza de salir de prisión. Se inclinaba a pensar que la persona que tendría que suicidarse pronto, sería alguien mucho más cercano, como la vecina de arriba, quien ya había intentado quitarse la vida antes. Pero cuando vio a Silvia el día anterior, no tenía el aspecto de días atrás, sino que estaba mucho más recuperada y sobretodo con lo que le contó sobre su propia hija y su tranquilidad porque estuviera muerta. No había indicios de un suicidio inminente en ese caso, por lo que siguió pensando. Consideró que se podría tratar de las madres de los primos, las profesoras que tuvo de pequeño, y que podrían estar pensando en el suicidio, pero también descartó la idea en un principio, ya que el demonio hablaba de medio año y él recordaba que las dos hermanas hacían todo exactamente igual, como cuando se casaron a la vez el mismo día o se mudaron a vivir al mismo sitio.

Dejó de darle vueltas a la cabeza y se quedó relajado en el sofá de su casa por unos momentos, pensando en sus vecinas de arriba y en cuándo debía poner en marcha el plan para que mataran al hombre llamado Julián. Acordó consigo mismo que todavía no era el momento, ya que quería divertirse una temporada más con las dos mujeres antes de que quitaran del medio a su hermano, padre y tío. Como lo tenía bastante asegurado, podía tomárselo con calma, así que salió a pasear tranquilamente.

Mientras vagaba por las afueras de la ciudad, en un parque alejado del bullicio y del ajetreo, cerca de la entrada del bosque, terminó llegando a un pequeño puente de piedra construido hacía ya varios siglos. Como por ahí no pasaban los coches ni otros vehículo pesados, se había convertido en lugar de paso para caminantes, ciclistas y corredores; pero desde hacía algún tiempo, varias personas lo usaban para terminar con sus vidas, debido a los casi diez metros de altura del puente con respecto al riachuelo que discurría por debajo. Era perfecto para poner fin a la existencia de uno mismo de forma discreta, además de que el afluente de agua no tenía prácticamente profundidad y estaba lleno de rocas, algo que garantizaba la muerte de los que se suicidaban en ese lugar.

Sergio caminaba acercándose al puente con paso tranquilo. Aunque los últimos rayos de sol iluminaban lánguidamente el cielo del lugar, pudo

percatarse de una persona asomada al borde del puente; se trataba de una chica de no más de dieciséis años que tenía la intención de saltar al vacío. Por sus ojos brotaban lágrimas de desesperación sin parar. Al verla, Sergio empezó a caminar más despacio con la intención de no inmiscuirse en el momento y no alterar la decisión de la joven chica. De pronto, un chico joven, de también unos dieciséis años de edad, llegó corriendo al lugar y empezó a hablar con ella.

La chica le gritó para que mantuviera la distancia, diciéndole que su objetivo era muy simple; que él volviera con ella o sino, se lanzaría al río para morir por amor. El rapaz, intentó por todos los medios que desistiera en su intento, pero ella no atendía a razón, lo estaba forzando a que su relación no terminara. Sergio, al ver la discusión, decidió interrumpirles para hablar con ella en confidencia, pero en un principio, la chica no quería que Sergio se acercara. No paraba de gritarle que se alejara y decirle que no necesitaba que nadie le diera lecciones de amor. Pero Sergio no se alteró lo más mínimo y continuó avanzando a pesar de que la chica hacía amagos de saltar.

—¡No te acerques o saltaré! —dijo ella alterada y gritando —¡Voy en serio!

—Pues adelante —contestó Sergio con tono serio y ligeramente enojado —. ¡Atrévete! Salta y nunca más volverás a tener al amor de tu vida.

—Tú no entiendes nada, si él no es mío, entonces no quiero vivir.

—¿Y si te digo que puedes hacer que vuestro amor sea eterno? Un amor que nadie, ni los dioses ni los demonios puedan destruir.

El otro chico empezó a recriminarle a Sergio que no oía lo que le estaba diciendo a su exnovia, por lo que empezó a acercarse más, pero ella lo detuvo con un grito. La chica permitió que Sergio se acercara, incluso hasta tocarla, momento en el que le susurró algo al oído. «Suicídase con él y vuestro amor perdurará por toda la eternidad», dijo Sergio con un tono malévolo pero sereno. Después de escuchar sus palabras, asintió y se giró hacia su expareja.

—Hugo —dijo la chica con una sonrisa en la cara—, ven por favor. Ven conmigo y sálvame.

—Lucía... ¿Has entrado en razón?

—¡Claro! Quiero que estemos un rato juntos mirando lo que queda de la puesta de sol.

El chico llamado Hugo paso la barandilla de piedra del puente y se situó al lado izquierdo de la chica llamada Lucía, quien le dio la mano con dulzura.

Mientras el amor de su vida estaba distraído, ella se volteó hacia Sergio y le sonrió, diciéndolo en voz muy baja «Gracias». Lucía apoyó su cabeza en el hombro de Hugo y los dos empezaron a hablar de sus sentimientos. De mientras, Sergio se apartó hasta esconderse detrás de unos arbustos para no interrumpir o alterar la escena que iba a acontecer. Observó a la pareja para comprobar si la chica se atrevería a suicidarse con el chico, pero parecía que la cosa iba para largo. Ya con el sol escondido del todo, ella le pidió que la abrazara y el chico aceptó, poniéndose incluso frente a ella de espaldas al precipicio. Fue en ese momento cuando Lucía le dijo: «Ahora nuestro amor será eterno y no podrá ser destruido». Hugo se extrañó de lo que dijo pero le restó importancia hasta unos segundos más tarde, que ella se dio impulso y empezaron a caer hacia su muerte. El chico pegó un grito ensordecedor y lleno de terror mientras la chica lo agarraba con mayor fuerza. Unos segundos más tarde, ambos impactaron contra las rocas que había en medio del riachuelo testigo de tantas muertes.

No posó mucho tiempo después del grito del joven, que aparecieron varias personas al lugar para ver qué había pasado. Los primeros fueron dos chicas que estaban corriendo por el parque cercano. Se asomaron al puente y una de ellas dio un ligero grito, luego de apartarse y taparse los ojos por la imagen impactante que acababa de ver. La otra reaccionó más fríamente y agarró su teléfono para llamar a los servicios de emergencias. Posteriormente, aparecieron más personas. Primero llegó un ciclista, quien también miró qué había pasado; luego, una pareja joven, que estaba paseando por el bosque, y para finalizar, un hombre maduro con un pequeño perro. A Sergio también le picaba la curiosidad y decidió salir disimuladamente de su escondite para ver cómo había terminado la joven pareja.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó Sergio como si nada.

—Alguien se ha caído por el puente —dijo la corredora que llamó a emergencias.

—Yo creo que se ha suicidado —respondió el ciclista mirando de nuevo los cuerpos de la joven pareja que yacían abajo—. Aquí mucha gente se quita la vida en este puente. Además... creo que son dos. Parecen un chico y una chica.

—¡Vete tú a saber, sino se han suicidado los dos juntos! —respondió el hombre del perro.

Y allí estuvieron cada uno dando su opinión de los hechos, a pesar de

haber dos personas debajo del puente y que tal vez aun seguían vivas. Unos instantes después llegó una ambulancia y varios de los enfermeros bajaron hasta donde estaban los cuerpos de los dos jóvenes; aunque lo único que pudieron hacer, fue certificar su muerte que, a primera vista, parecía que habían muerto en el acto debido al impacto. Al oír esto, Sergio se fue del lugar de forma disimulada para no llamar la atención y entró en el bosque a relajarse en un ambiente natural, a pesar de que estaba prácticamente tan oscuro que no se podían ver ni los propios pasos. Ni siquiera una pequeña luna, a punto de llegar a la fase nueva, daba apenas luz. Una vez dentro, se sentó en el suelo contra un árbol y se dedicó a pensar en todas las muertes que llevaba hasta el momento, cuya cantidad le parecían insuficiente. Sergio quería mucho más, el dolor por el rencor del pasado volvía y cada vez con más fuerza. Estaba empezando a recordar a gente que no puso en su lista en un principio, pero que estaban volviendo a su memoria. El daño que le dejaron estos individuos, lo había atormentado tanto que lo había enterrado en lo más profundo de su subconsciente para que no saliera a la luz. Decidió que era el momento de hacer algo mayor, algo más complejo y no tan simple como hasta ahora.

Estaba llegando a su casa, alrededor de las nueve de la noche, cuando recibió un mensaje de una persona conocida. Se trataba del dueño del bar *Tres Copas*, quien le decía que esa noche abriría el local de nuevo tras el incendio ocurrido la semana anterior. Sergio se alegró y pensó en pasarse alrededor de la medianoche, ya que antes quería escribir una nueva lista de la venganza con los nombres que le habían venido a la cabeza mientras estuvo casi una hora sentado en el bosque.

Se sentó en el sofá, con una libreta y un bolígrafo y empezó a escribir nombres al azar. Esta vez, le daba igual la prioridad de su venganza, sólo quería sacar esos nombres de su cabeza. Mientras escribía, por alguna razón desconocida, empezó a sentir calor, mucho más del normal que solía sentirse en esa época del año en la que se encontraban; era como si los radiadores de su casa estuvieran a pleno rendimiento. Fue a comprobar el termostato y al ver que la calefacción estaba apagada, decidió salir al balcón a tomar un poco de aire fresco. Se sentó en una silla de afuera y reanudó la escritura, pero de repente, notó cómo alguien lo estaba observando desde arriba. Volteó su cabeza hasta el cielo y apoyada en la ventana del piso de sus vecinos, había una niña pequeña observándolo. Se levantó para observarla mejor y entonces,

vio algo que no podía creer; la niña llamada Laila, que semanas atrás había asesinado, estaba mirándolo con una sonrisa serena y llena de paz. Sergio la miró asustado y a la vez con odio, como si le indignara que hubiera vuelto del reino de los muertos. Aunque por alguna extraña razón, estaba empezando a sentirse cada vez más calmado; de modo que creyendo que se trataría de una posible alucinación por el cansancio, se frotó los ojos y volvió a mirar, pero por suerte para él, la pequeña ya no estaba. Decidió entrar dentro de la casa, cerró la puerta del balcón y una vez allí, una voz infantil hablando de espaldas a él, lo sorprendió:

—Todavía estás a tiempo de ser salvado, Sergio —dijo la voz de una niña en un tono amable—. Si continúas con esto, lo único que te quedará, será la condenación eterna.

Sergio empezó a mirar por toda la sala y en medio del lugar estaba Laila. Su expresión era tranquila, con una ligera sonrisa de bondad y amabilidad.

—¿Cómo has vuelto a la vida? —preguntó Sergio enojado y con la voz temblorosa —Yo mismo me aseguré de que estuvieras muerta. Encontraron tu cadáver. La policía lo confirmó.

—No soy la persona a quien tú mencionas, sólo he adoptado su forma. La niña llamada Laila que estás viendo, yace en el reino de la nada. Enviaste su alma a ese lugar del que nadie puede salir. Si continúas con esta venganza hasta donde te lleve tu locura, tú irás a un destino mucho peor. Detente y podrás salvarte antes de que sea demasiado tarde.

—¿Quién eres? ¿Eres un dios? ¿Un ángel? ¿O eres otra vez un demonio?

—Je je je. Lo siento pero no deberías saberlo. Esa es una decisión que tú mismo debes tomar sin sentirte presionado. Nadie puede forzarte con amenazas o coacciones para que hagas algo que realmente no quieres hacer. Tú eres un ser libre que debe priorizar su propia libertad. No hay persona ni ente que deba obligarte a hacer nada, ni siquiera tus propias emociones deben dominarte.

—¡Basta! ¿¡De qué diablos estás hablando!?! Si no quieres permanecer muerta, entonces tendré que volver a matarte.

—No lo hagas, Sergio. Tú no eres así realmente. Libérate de tu ira, elimina tu rencor y olvida la venganza. Tienes grandes esperanzas y sueños que todavía no has cumplido.

—Mi único sueño... —dijo él agarrando un cuchillo que había sobre la mesa del comedor —¡Es la venganza!

La niña empezó a llorar desconsoladamente; algo que hizo que Sergio se detuviera en seco. La pequeña se cesó sus lágrimas, se frotó los ojos y volvió a mirarlo, pero esta vez con cara de tristeza.

—Nunca te guardaré rencor. Eres una persona maravillosa y todos pueden cometer errores. No hagas que los tuyos te condenen eternamente —Y dicho eso, la niña desapareció en un haz de luz que iluminó toda la habitación.

Sergio se despertó de sopetón. Se había quedado dormido en el sofá con la nueva lista de la venganza en sus manos. Su cuerpo parecía mucho más relajado de lo que había estado nunca antes, pero por su mente se preguntaba si había sido un sueño. Él lo imaginaba, ya que no se creía que hubiera recibido la visita de lo que parecía un ángel. Miró su reloj y vio que ya casi era media noche, de modo que se levantó y decidió desconectar de ese sueño para irse de nuevo a su bar, donde las preocupaciones se ahogaban en un vaso de licor.

Llegó a su bar favorito un poco pasada la medianoche. Cuando entró, vio que el local seguía ligeramente quemado, aunque lo estaban arreglando a marchas forzadas. Una de las partes, ya había sido acomodada para que los clientes pudieran disfrutar de una buena velada. El dueño del bar, al ver a Sergio, se lanzó a abrazarlo con júbilo. Se saludaron cordialmente, pero por la mente de Sergio pasó algo que no había sentido en mucho tiempo; se arrepentía de haber quemado el bar. A pesar de haberlo hecho para vengarse del chico llamado Roberto, quien quiso quitarle el dinero, sentía algo en su interior que lo llenaba de tristeza. No podía mantener la cabeza alta, era como si sintiera vergüenza, razón por la que el dueño le preguntó qué le pasaba, pero Sergio le dijo que nada, que sólo se trataba de sueño. Inmediatamente bromeó diciendo que como quería que el bar se recuperara rápido, esa noche bebería como si fueran tres personas, comentario que le hizo gracia al dueño contestándole que a la primera copa invitaba la casa. Lo acompañó a uno de los taburetes de la barra y se sentó en él.

Sergio no entendía qué le estaba pasando por la cabeza, preguntándose una y otra vez cómo podía sentirse tan mal, estando incluso a punto de confesar su crimen al dueño del bar, pero se detuvo cuando éste le trajo un vaso con whisky. Se quedó pensativo mirando la bebida durante unos segundos hasta que le pegó un sorbo. A su lado derecho, había una chica joven de unos veinticinco años a quien Sergio pareció reconocer, pero le restó importancia hasta que ella le habló.

—Es curioso —dijo ella en un tono muy sereno—. Hay momentos en los que nuestra vida se divide en varios caminos; unos, son los que los demás creen que son los correctos, y luego, están los caminos por los que nosotros realmente queremos caminar. ¿Cuál es el tuyo, Sergio?

La chica se volteó hacia él y fue entonces cuando entendió que no había sufrido ninguna pesadilla horas atrás. La chica que tenía al lado, era Alicia Gutiérrez, su segunda víctima.

—De modo que no era un sueño —dijo Sergio sorprendido pero sintiéndose extrañamente muy calmado—. Cuéntame, ¿eres un ángel?

—Ya te lo he dicho, no puedo darte esa información. Debes ser tú quien elija su propio camino. Yo no puedo influir en tu decisión.

—¿Supongo que conocerás el pacto al que llegué?

—Así es. Me entristeció muchísimo que hicieras eso. Dejaste que tus sentimientos de rencor que dormían en tu interior te corroyeran. Te desviaste del camino que querías tomar.

—De modo que hubiera sido mejor continuar reprimiéndolos.

—Por supuesto que no. Esos sentimientos son dañinos, lo único que tienes que hacer, es dejarlos ir y liberarlos. Deben abandonar tu alma y tu cuerpo. Si los mantienes mucho tiempo dentro de ti, sólo te destruirán lentamente hasta tu muerte física... y luego, perdurarán con tu alma durante toda la eternidad.

—Me siento bien llevando a cabo mi venganza, ¿por qué debería dejar de hacerlo?

—Esa respuesta tienes que encontrarla tú mismo. Yo no puedo dártela —Y ambos se quedaron en silencio mirándose a los ojos.

—Siento una enorme paz cuando estás cerca. Pero una vez que te hayas ido, volverá mi sentimiento de venganza.

—No vuelve, sino que tú haces que vuelva. Y hasta aquí es donde puedo ayudarte. La decisión es tuya, Sergio. Debo despedirme de ti —Luego ella, se levantó del taburete en el que estaba sentada y lo abrazó cariñosamente. Sergio quedó extasiado por las sensaciones, nunca antes experimentadas en su vida.

—Pero... ¿Qué es esta sensación?

—Soy un ser puro, Sergio. No tengo ni maldad, ni rencor, ni espíritu vengativo. Soy un ente lleno de paz y amor que puedo entregarlos de cualquier persona, como acabas de notar.

La chica se volteó y empezó a caminar hacia la puerta, dejando a Sergio

paralizado sin poder decir nada. El cuerpo de Alicia desapareció una vez cruzó la puerta en un haz de luz brillante que nadie salvo Sergio, percibió.

Pasaron los minutos y Sergio estaba inmóvil mirando el vaso, perdido en sus pensamientos. La persona que le había hablado, por llamarla así, le había dejado confundido por sus palabras, preguntándose si debía continuar por el camino de la venganza o si por el contrario debía abandonarlo. Pero él, consideraba que ya era demasiado tarde, haciendo que no hubiera vuelta atrás porque su alma ya estaba condenada por toda la eternidad debido al pacto que hizo; debido a eso, creía que ya nadie podría salvarlo. Sergio tomó la decisión de continuar por ese camino sin importarle lo más mínimo nada ni nadie. Consideraba que si un supuesto ángel o dios, le había venido a pedir que cesara en su venganza, sólo podía significar que le temían y que Sergio era temido por los mismos dioses, algo que lo hacía sentirse mucho más poderoso y motivado que nunca. Su venganza sería terrible. Nadie escaparía de su justicia. Miró su vaso, echó un buen trago hasta dejarlo vacío y se pidió otra copa.

Salió del bar justo cuando lo cerraban, alrededor de las tres de la mañana, y vagó por las calles cercanas dando vueltas en círculos. Al cabo de una hora, decidió ir a buscar su coche para volver a su casa. Pensaba constantemente quién sería su siguiente víctima. Aunque no le faltaban nombres, tenía tantos que no sabía por dónde empezar; incluso se le pasó por la cabeza el nombre de su exnovia Marta, quien lo había dejado no mucho tiempo atrás debido a su alejamiento cada vez mayor. Pero consideró que Marta sería uno de los últimos nombres a eliminar debido a que no tenía la suficiente motivación todavía para acabar con ella; seguía sintiendo algo por su exnovia. Mientras iba absorto en su lista de la venganza, alguien chocó contra él.

—¿¡Qué quieres, maldito!?! —dijo un hombre en avanzado estado de ebriedad y agarrando a Sergio por el cuello de la camisa —¿¡Cómo te atreves a interrumpir mis pasos!?! ¿Acaso quieres que te dé una paliza?

—No deberías haberme dicho eso —respondió Sergio mirándolo con cara seria—. Suéltame si no quieres lamentarlo.

—¡Tú no tienes huevos de hacerme daño! —Sin dejar tiempo a que el hombre reaccionara, Sergio sacó la pistola de descargas eléctricas y la usó contra él, provocando que perdiera el conocimiento.

El hombre cayó desplomado al suelo. Sergio lo agarró, poniéndole un brazo detrás de los hombros, y se lo llevó de allí como si fuera un amigo suyo

que estaba muy bebido. Acarreó con el hombre hasta su coche y terminó metiéndolo en el maletero. Lo ató de pies y manos para que no se moviera y le puso un pañuelo en la boca a modo de mordaza. Condujo hasta las vías del tren y una vez detenido, sacó al hombre del maletero, quien ya había recuperado la consciencia e intentaba gritar pero sin éxito. Sergio le comentó que eso le pasaba por interrumpir sus pensamientos de venganza y en un ligero descuido, el hombre escapó corriendo como pudo, pero como a Sergio no le apetecía perseguirlo, sacó la pistola de balas reales y le disparó contra su pierna. Milagrosamente acertó, a pesar de estar a varios metros de distancia, y se fue a buscarlo. Lo arrastró por la pierna herida, provocándole un dolor muy fuerte y terminó dejándolo en las vías del tren, donde lo ató a los raíles, con su cuello sobre uno de ellos. Una vez terminado le dijo: «El próximo tren pasará dentro de media hora, así que espera aquí tu muerte». El hombre intentó por todos los medios rogar por su vida, a pesar de llevar una mordaza en la boca, pero Sergio ignoró sus palabras por completo, aunque sí se fijó en que su próxima víctima estaba intentando librarse de las cuerdas sin éxito. Como quiso asegurarse de que ese hombre no escapara, decidió dispararle en la rodilla de la otra pierna para estar completamente seguro de que no huiría. Después le hizo un torniquete en ambas extremidades para que no muriera desangrado o perdiera la consciencia antes de que el tren llegara. Y como tampoco le apetecía quedarse a esperar al tren y ver el espectáculo tan desagradable que sería contemplarlo, ató más cuerdas en los brazos, el torso, el cuello y las piernas heridas.

—Si tienes suerte, cosa que espero que no, perderás la consciencia a consecuencia del dolor de los disparos antes de que llegue el tren —comentó Sergio con tono malévolamente acercándose a la cara de su víctima.

El hombre tenía la mirada llena de terror y a Sergio esto le parecía divertido. Pero su sonrisa desapareció de pronto cuando vio la silueta de un hombre de unos treintaicinco años plantado a escasos metros de los dos hombres. A pesar de estar fuera en la calle, vestía un pijama bastante horrendo, algo que hizo pensar a Sergio que podía tratarse de algún enfermo mental que se había escapado de casa por la noche y estaba desorientado. Pero no podía dejar testigos y creyó que debía morir, de modo que sacó su pistola, se acercó al hombre y disparó, pero la bala no pareció acertarle. Se acercó mucho más, volvió a disparar y no pasó nada. Entonces, lleno de furia, se acercó a escasos centímetros del hombre y, poniéndole la pistola en la frente,

abrió fuego. Pero por alguna mágica y extraña razón, la bala no le hizo nada.

—De modo que éste es el camino que quieres seguir —dijo el hombre en un tono triste—, ¿verdad Sergio?

—¿Eres ese ángel otra vez? ¿Y ahora de quién te has disfrazado?

—Soy tu tercera víctima. Morí en un incendio que tú mismo provocaste.

—Qué gracioso. ¿Sabes una cosa? Ni siquiera sé cuál eran los nombres de los que maté entonces.

—Antonio Molina Álvarez. Ese es el nombre del hijo de tu profesora. Su mujer se llamaba Carmen Callejón Asensio.

—¡Me da igual! ¡Deja ya de molestarme! No quiero ser salvado. Es más, yo soy el salvador de la humanidad que acabará con la basura como ese ser despreciable de allí. Ese cabrón, se atrevió a molestarme cuando estaba planeando mis venganzas. ¡Vete de aquí de una vez! Ya he tomado una decisión.

—No te preocupes que todavía estás a tiempo de cambiar. Pero que sepas que ese hombre al que vas a matar, iba a conducir su coche estando ebrio y hubiera tenido un accidente que le hubiera postrado en una silla de ruedas de por vida. Lo estás salvando de su desgracia.

—Entonces, ¿por qué me molestas? Soy un héroe, un salvador.

—No se trata de él, cuya alma ya fue condenada. Se trata de ti.

—Fuera. Vete. Estoy harto de ver tus caras. De seguro que te aparecerás de nuevo con la cara del borracho ese que está luchando por huir de su condena a muerte. Así que, vuelve otro día o hazme un favor y no vuelvas más.

—De acuerdo, pero que sepas que yo no vuelvo cuando quiero, sino cuando tú tienes dudas de lo que estás haciendo. Deja de dudar y desapareceré para siempre.

Sergio cerró los ojos y al abrirlos, el hombre ya no estaba frente a él. Habían pasado veinte minutos y el hombre ebrio seguía en las vías tratando de deshacer los nudos de las cuerdas sin éxito. Sergio se plantó delante del hombre, se agachó flexionando las rodillas y lo miró a los ojos. Luego le quitó la mordaza y le preguntó:

—¿Cómo te llamas?

—Enrique. Enrique Ortega.

—Pues un placer conocerte. Yo me llamo *Neo Azrael*. Similar al arcángel de la muerte, sólo que yo soy el de la venganza. Debes saber que no voy a soltarte, sólo es una muestra de respeto hacia ti conocer al menos tu nombre.

Luego se levantó y se alejó. El hombre gritaba con todas sus fuerzas, pero enseguida sus gritos se detuvieron cuando algo se estaba acercando con fuerza. Sergio supo que aquel ruido que oía acercarse era el tren, que por lo visto llegaba unos minutos antes de la hora. Miró a los ojos al hombre durante unos segundos y se volteó para irse del lugar. Subió a su coche y puso música a un volumen más alto de lo normal. Unos segundos más tarde, se fijó en su retrovisor y pudo percatarse como el tren se estaba deteniendo lentamente. Habían atropellado al hombre llamado Enrique Ortega, quien se atrevió a interrumpir la venganza de Sergio, o como le gustaba autodenominarse ahora, *Neo Azrael, el arcángel de la venganza*. Arrancó y se fue del lugar con la mirada vacía. Por su mente se le pasaban varios pensamientos que poco tenían que ver con el hombre asesinado. Se preguntaba si de verdad, el supuesto ángel aparecía cuando él tenía dudas o si simplemente era una estratagema para que parara de matar. Fuera lo que fuera, estaba cansado y quería llegar a casa para echarse a dormir; había sido un día de lo más agotador.

La Inspectora Rubio recibió un mensaje informándole del hallazgo de un hombre muerto atropellado por un tren. Cuando miró el reloj, vio que eran las cinco de la mañana, y aunque apenas había dormido un par de horas debido al trabajo de investigación de un suicidio de dos adolescentes esa tarde-noche, se levantó de su cama, tratando de no despertar a su marido, para ir a la zona donde habían hallado el cadáver. Mientras se duchaba con agua fría para despejarse, reflexionó si podía tratarse de algún individuo alcoholizado que hubiera sido arrollado por el tren en un descuido o quizás si se podía tratar de otro suicidio como el de unas horas atrás. Se vistió, salió de su casa con la sábana marcada todavía en su cara y en silencio para no despertar tampoco a su hijo de siete años.

Llegó al lugar del atropello y pudo ver al tren todavía detenido en los raíles más próximos. Los agentes habían dispuesto una pantalla de tela separando las dos vías para no interrumpir el tráfico ferroviario y evitar que los pasajeros de los otros trenes que pasaran por las vías opuestas, no vieran el espectáculo tan desagradable que se encontraba allí. Mientras Rubio estaba caminando a un lado del balasto de las vías, uno de los policías le pidió que no pisara porque había uno de los pies del hombre. La inspectora agradeció no haber desayunado todavía; a pesar de llevar toda su vida en el cuerpo de policía y de haber sido ascendida a inspectora unos meses atrás, las imágenes

de muertos destrozados y desmembrados como ése en particular, no le parecía uno de los espectáculos más agradables de ver. El cuerpo había sido partido en varios trozos que habían sido cubiertos por los agentes, aunque por las distribuciones de éstos, se podía ver cómo de desagradable hubiera sido encontrarlo.

—¡Inspectora Rubio! —dijo uno de los inspectores de policía que había allí tomando notas en un bloc pequeño.

—Inspector Torres —respondió extrañada—. ¿Qué haces aquí? Un solo inspector ya es suficiente para un caso de atropello.

—No ha sido un atropello. Ha sido un asesinato. Mira, ¿ves estas cuerdas? Todo indica que ataron a la víctima hasta que el tren lo atropellara.

—Aun así, ¿para qué me habéis llamado?

—Fíjate en eso —dijo el otro inspector mostrando unas letras escritas con sangre sobre una de las traviesas¹—. Pone “NEO AZRAEL”. Posiblemente lo escribiría el asesino.

—No parece su modus operandi. Pero claro, este asesino cada vez me parece más extraño. ¿Han identificado a la víctima?

—Por la documentación que hemos encontrado en su cartera, el hombre se llamaba Enrique Ortega de 44 años. Para más información, deberíamos esperar a la autopsia para ver qué más nos dice.

—¿Y el conductor del tren?

—Dice que al estar aun oscuro, no vio al hombre hasta que no fue demasiado tarde. Según afirma, ocurrió unos minutos después de las cuatro y media. A parte de eso, todos los pasajeros que había en el tren ya han sido desplazados a la estación más cercana.

Uno de los agentes de policía interrumpió la conversación de los inspectores informando del hallazgo de marcas de neumáticos. Justo cuando estaban a punto de ir a comprobarlo, otro de los agentes vino por detrás y les comunicó que habían encontrado varios casquillos de bala fuera de la zona de las vías. Los dos inspectores decidieron separarse para comprobar cada cosa y luego ponerlo en común. Rubio se dirigió con el agente que les había informado de los casquillos de bala.

El policía le explicó que en un principio, sólo encontraron dos casquillos de bala en las vías, que al parecer, el asesino podía haberlas disparado contra su víctima para matarla antes de que el tren llegara como signo de clemencia;

pero los otros estaban muy alejados de ese lugar. Rubio propuso en un principio, que podían haber sido disparos del asesino cuando la víctima trataba de escapar y luego el agente le comentó que se habían encontrado tres casquillos y separados del lugar donde presuntamente ató a la víctima; uno a medio metro de los raíles, otro a casi dos metros y el último a cinco metros, casi en los arbustos que había allí. La inspectora pensó que podía tratarse de un testigo que fuera armado, y al ver la escena del asesino atando a la víctima, disparó mientras huía del lugar, pero el agente le argumentó que los casquillos parecían ser los mismos que los otros dos encontrados cerca de los raíles. Rubio meditó sobre ello tratando de averiguar si en ese lugar del crimen, había habido alguien más a parte del asesino y la víctima, o si por el contrario, las balas fueron disparadas por el tal *Neo Azrael* o incluso, por el fallecido.

Rubio volvió para hablar con el otro inspector, quien le comentó sobre las marcas de neumáticos encontrados en las cercanías. Torres explicó que por el tipo de ruedas, parecían de un vehículo utilitario bastante común, por lo que necesitarían hacer una investigación más profunda para que les arrojará alguna posible conclusión. Después de poner en orden toda la información, continuaron allí durante alrededor de una hora para investigar hasta que Rubio se fue para la comisaría.

Era casi mediodía y Rubio decidió dejar su mesa para ir al laboratorio a hablar con el forense para ver qué le decía del cadáver. Cuando llegó allí, pudo ver que sobre la mesa estaba el cuerpo del fallecido con sus partes juntas; aunque no estaban cosidas ni pegadas, sí que estaban lo bastante juntas para que se pudiera distinguir perfectamente que se trataba del cuerpo de una persona. El médico le informó que el fallecido había muerto en el acto después de los severos traumatismos provocados por el tren. Luego explicó que el cuerpo del fallecido presentaba síntomas de haber bebido una gran cantidad de alcohol, algo con lo que bromeó diciendo que no le parecía extraño para un sábado por la noche, pero la inspectora le pidió que no se distrajera y continuara con la explicación. Argumentó que el cuerpo presentaba dos disparos en las piernas, uno en la pantorrilla izquierda efectuado desde atrás y el otro en la rodilla derecha disparado desde delante, además de añadir que le parecía muy extraño que tuviera marcas en las piernas de lo que a priori parecían torniquetes; no sabía si se las había hecho él mismo o su asesino por alguna razón. Finalmente agregó que había algo que le parecía digno de mencionar; el fallecido había recibido una descarga con lo

que a primera vista parecía algo similar a una pistola de descargas eléctricas entre una hora y media hora antes del atropello.

—Eso puede ser debido a cuando el asesino quiso llevárselo del lugar donde estaba —comentó Rubio—. Lo que no me queda claro son los dos disparos y menos aun, los torniquetes.

—Pues eso no es todo inspectora —interrumpió el forense agarrándole una mano al cadáver—. Se han encontrado restos de su sangre en el índice derecho, además de pequeñas astillas clavadas en su yema. El mensaje de la traviesa lo escribió el fallecido antes de morir.

—¿El asesino se presentó a su víctima? Qué detalle por su parte. Un momento; eso significa que el asesino se fue del lugar, y entonces fue cuando la víctima escribió el mensaje posiblemente.

—¿No podría haberlo hecho mientras el otro hubiera estado allí?

—No, los asesinos nunca dejan que sus víctimas hagan eso, no al menos los asesinos normales y corrientes. Pero este *Neo Azrael* no es alguien que siga la lógica. Es como si seleccionara a sus víctimas al azar.

Rubio se quedó callada durante un momento, recordando la declaración de los testigos que habían visto al hombre esa noche emborrachándose en distintos bares. El fallecido estuvo bebiendo en varios locales hasta que lo echaron por no parar de gritar que su mujer le había pedido el divorcio; lo que hacía que se alterara y los demás clientes de los bares se sintieran incómodos. La inspectora volvió en sí y dijo en voz baja:

—Puede que ese tal *Neo Azrael* no sea otra cosa que un asesino a sueldo. Tendría lógica. Alguien que exculpa a sus clientes haciéndose pasar por asesino en serie. Será mejor que no descarte ninguna posibilidad...

—¿Qué está murmurando inspectora? —preguntó el forense.

—Nada, no es nada. Si me disculpa, yo me voy —Y diciendo esto, la inspectora Rubio volvió a su mesa para continuar desenredando las telas de ese caso.

En su mesa tenía los sumarios de los casos del hombre del taller mecánico y de la pareja joven asesinada en su casa. Agarró uno de los expedientes, el caso del taller, y se fijó en la autopsia de la víctima, que decía que sufría un cáncer terminal. A Rubio le parecía extraño que alguien quisiese deshacerse de una persona a la que le quedaban unos pocos meses de vida. Dejó la documentación de ese caso y luego miró el de la pareja. Eran dos estafadores que se dedicaban a vender acciones fraudulentas por internet, los cuales nunca

salían de casa, posiblemente, por el miedo de encontrarse con alguna de sus víctimas. Vivían recluidos en su piso sin salir para absolutamente nada, hasta el punto de que incluso le pagaban al hijo de una vecina para que les bajara la basura. Eso sí que le parecía a Rubio que alguien tendría motivos para contratar a un sicario para matarlos, pero continuaba pensando que el hecho de que la pareja le abriera la puerta al asesino y que no había signos de violencia, no le terminaba de cuadrar. Además recordaba el mensaje recibido por el tal *Neo Azrael*, en el que decía que habían muerto porque lo merecían, algo que no conectaba con ninguna lógica de un asesino a sueldo, a menos que hubiera enviado el correo para despistar. Fuera como fuera, no era un simple aficionado, ya que a parte de eso, nadie de la brigada de informática había conseguido rastrear desde dónde se envió el mensaje. No era un loco, sino un genio.

Y repasó de nuevo la cámara de seguridad del taller mecánico, la parte que enseñaba el momento de la muerte del dueño del lugar. Por la forma del físico de la persona que transportaba el cuerpo, se podía deducir que se trataba de un hombre, de algo más de metro ochenta de altura y lo bastante en forma como para cargar setenta kilos de peso de su víctima sobre los hombros con bastante facilidad. El perfil era muy vago, había mucha gente en la ciudad con esas características, de modo que miró las fotos de los sospechosos que interrogó dos días atrás, quienes tenían alguna conexión con la pareja joven y las madres de los primos asesinados, cuyos casos habían sido reivindicados por el asesino autodenominado *Neo Azrael*, para encontrar un sospechoso que encajara con esa descripción. De entre los cuarentaiséis que había, veinticinco eran hombres, incluido su hermano Alberto, y comenzó a investigar cuáles de ellos median más de metro ochenta. Dieciocho cumplían esos requisitos. Ahora debía comprobar cuántos podían estar en forma y el resultado fue doce. «Bien, la lista se va reduciendo», pensaba ella mientras sorbía su quinto café del mediodía. Esos doce, deberían tener una coartada, lo único que tenía que encontrar en ese instante, era quiénes podían tener conexión con Alfredo “el Ruedas”, y afortunadamente para ella, sólo había uno; Sergio Valcárcel, quien había llevado su coche a ese taller hasta hacía un año. «¿Sería éste el asesino?», pensaba extrañada, ya que todo el mundo decía de él era alguien inofensivo, que no le haría daño a una mosca, aunque tuviera sus rarezas. Además, Rubio había coincidido con él y aunque a primera vista no le parecía más que una persona normal y corriente, veía algo en su mirada que no le

gustaba. Así que lo llamó de nuevo para interrogarle; comprobaría por tercera vez, si no tenía nada que ver o si se quedaría encerrado en una celda para no salir en muchos años.

Domingo por la tarde. Ya estaba oscureciendo cuando alguien aviso a la inspectora de que Sergio Valcárcel había llegado a la comisaría. Rubio colgó el teléfono para dirigirse a la entrada a recibirlo. Llegó a la puerta y Sergio estaba de pie con los brazos cruzados y cara de malhumor. Fue a darle la mano para saludarlo pero el joven la miró con cierto desprecio durante unos segundos, aunque luego la saludó vagamente.

—Inspectora —comentó Sergio con un tono molesto—, no sé a qué viene tanto interrogatorio.

—No te preocupes, Sergio. Son sólo unas preguntas rutinarias.

—Si sólo son unas preguntas... Supongo que no pasa nada.

Ambos fueron a la sala de interrogatorios y Rubio le enseñó la foto del dueño del taller. Sergio la agarró y se la quedó mirando respondiendo sin dudar que era el dueño del taller mecánico al que había llevado su coche durante varios años. Inmediatamente, la inspectora le preguntó por su coartada para el viernes a las seis y media, cuando mataron al mecánico, y Sergio le respondió que salió del trabajo y se fue a su casa.

—¿Puedo preguntar por qué me preguntas eso, inspectora? —dijo Sergio en un tono juicioso.

—Lo mataron. Al parecer alguien entró al taller y lo mató. Lo dejó debajo de un elevador y fue aplastado con un coche —Luego Rubio ve cómo Sergio no se altera y le pregunta —¿Cómo es que no te extraña?

—*El Ruedas* es un estafador. Era cuestión de tiempo que alguien se lo cargara. No me alegro pero tampoco siento lástima. ¿Sospechas de mí, inspectora?

—Estamos barajando todas las posibilidades. Además... ¿Dónde estabas ayer sábado por la noche entre las cuatro y las cinco?

—¿A esa hora? En casa y soñando con los angelitos. Ya no soy tan joven como para ir por ahí de fiesta hasta que amanezca. Soy jefe de contabilidad en una importante multinacional y debo dar ejemplo de responsabilidad.

Rubio apoyó las manos sobre la mesa dando un fuerte golpe y acercando su cara a la de Sergio.

—Escúchame, Sergio. No sé cómo, pero estoy segura de que tú has matado al dueño del taller, como también sé que mataste a tus amigos Francisco y

Alba y a los hijos de tus antiguas maestras. No tengo pruebas, pero créeme, las tendré.

—Inspectora, ¿conoces el significado de la palabra difamación? Pues es un delito, y muy feo por cierto. Agradecería que no me llamaras asesino sin mostrarme ninguna prueba. Es más, cosas como ésta, son las que hacen que los agentes de la policía pierdan su placa... O pierdan cosas mucho más valiosas.

—¿Eso es una amenaza?

—Por supuesto que no, Carla. Yo no soy más que un pobre desgraciado que se gana la vida como puede y sin molestar a nadie. Hace casi un mes y medio que me dejé mi novia con la que mantenía una relación desde hacía cinco años y estoy intentando suplir ese vacío con mi trabajo. Carla, te agradecería que no me acusaras injustamente sólo porque no consigas resolver un caso. Si me disculpas, me iré y haré como si no hubiera oído esa palabra tan fea con la que me has definido, por nuestra amistad.

—Una cosa antes de que te vayas. ¿Te suena el nombre de Alfonso Ruiz?

—¿Alfonso Ruiz...? Tuve un jefe que se llamaba así hace unos años. ¿Por qué? ¿Es el nombre de una víctima que he matado?

—No. Este hombre ha muerto en la cárcel apalizado por sus compañeros de celda. Pero supongo que habrás oído sobre el caso que hace menos de un mes conmocionó a todo el mundo, ¿verdad? El caso del pederasta que tenía varios niños secuestrados en su sótano.

—Sí que lo recuerdo. Vivía en esta ciudad. ¿Y qué tiene que ver?

—Alfonso Ruiz, tu antiguo jefe, era ese hombre.

—¡Bromeas! —dijo Sergio muy sorprendido —Pero si ese hombre odiaba a los niños; y lo recuerdo porque siempre que se cruzaba con uno les gritaba e incluso los insultaba. Claro que pudo hacer eso para despistar... ¡Un momento...! ¿No me dirás ahora que yo era su cómplice o algo así?

—No, no es nada de eso. Pero alguien entró en su casa y liberó a uno de los niños para que avisara a las autoridades. Estoy seguro que eras tú, Sergio Valcárcel.

—Si crees que era yo, entonces... ¿dónde está mi medalla? ¡Ah, claro! Quieres tomarme las medidas para el esmoquin que me vas a encargar para cuando recoja el premio al mejor ciudadano. Pero ahora no tengo tiempo, Carla. Si me disculpas, tengo cosas que hacer.

Sergio se dirige a la puerta de la sala de interrogatorios, la abre y justo cuando está a punto de cruzarla, la inspectora le dice:

—¡Sergio! —Y la inspectora se voltea hacia el joven —Has ganado esta vez, pero tarde o temprano acabarás cometiendo un error y podré encerrarte de por vida.

—No sé de que me hablas, inspectora. Pero agradezco el reconocimiento de la victoria, aunque no me importe lo más mínimo.

Sergio se fue y la inspectora se quedó en la sala intentando no alterarse. Se sentó, cerró los ojos, respiró hondo y volvió a abrirlos para quedarse absorta en sus pensamientos. Sacó un paquete de cigarrillos, se puso uno en la boca y lo encendió a pesar de estar dentro de la sala de interrogatorios.

Allí se quedó durante cinco minutos, con la mirada perdida y un mar de pensamientos en su cabeza. Se preguntaba si había fallado afirmando que ese muchacho era el verdadero asesino o si tal vez, el asesino había orquestado una maniobra para despistar y que se fijaran en cualquier otro sujeto. A parte de eso, recordaba el mensaje que había dejado la víctima del atropello del tren. Ella pensaba: «¿Por qué había escrito el nombre de *Neo Azrael*? ¿Acaso el asesino se presentó y cuando se fue, la víctima lo escribió? ¿O tal vez el asesino lo forzó a escribir por alguna razón?». Fuera lo que fuera, Rubio quiso asegurarse de que nadie le quitara los ojos de encima a Sergio Valcárcel. Estaría permanentemente vigilado para asegurarse qué hacía en todo momento y dónde estaría a todas horas.

Subió al despacho del comisario Aguirre y le solicitó permiso para investigar y vigilar al posible asesino Sergio Valcárcel. El comisario se mostró reticente en un principio, pero Rubio le insistió explicándole las posibles conexiones entre la pareja joven, los hijos de las maestras y el hecho de que había llevado su coche al taller mecánico de la víctima llamada Alfredo “el Ruedas”.

—¿Por qué crees que ese joven es el asesino? —preguntó el comisario con un tono dubitativo.

—Tengo una corazonada, comisario —respondió Rubio con un tono muy seguro—. Tengo la certeza de que Sergio Valcárcel es el asesino o al menos tiene alguna relación.

—¿Relación? ¿Crees que puede haber más de uno?

—No lo descarto. No hemos barajado todavía esa posibilidad. Al ser dos o más, la cosa cambiaría por completo. Por ejemplo, si uno de ellos asesina a alguien de quien el otro quiere vengarse, el segundo tendría una coartada y el primero no tendría motivos para matarlo.

—Veo esto muy rebuscado, Rubio. Pero me voy a fiar de ese pálpito que tienes. Aunque una cosa te digo, te daré sólo unos días para mantenerlo vigilado; si en ese tiempo no encuentras nada, tendrás que seguir como hasta ahora.

—No se preocupe, comisario. Tengo tiempo de sobras.

11. UN PASO POR DELANTE

Era lunes por la mañana y Sergio se levantó como todos los días para ir a su trabajo, aunque esta vez era diferente. Recordaba la conversación del día de ayer, en la que la inspectora Rubio le había acorralado hasta tal punto, que ya sospechaba de él como el asesino en serie *Neo Azrael*. Aunque no tenía una gran preocupación por ese hecho, sí que veía que estaba demasiado cerca y todavía tenía a mucha gente a la que matar, así que mientras desayunaba en la mesa del comedor, tuvo la idea de provocar una maniobra de distracción. Sergio supuso que estaría vigilado, de modo que tenía que hacerlo de manera muy sutil y aprovechar los momentos en los que estuviera en el trabajo o en casa para no llamar demasiado la atención.

Una vez salió de su casa para ir a la oficina, vio algo extraño en el rellano. El piso tercero cuarta, que había estado vacío durante varios meses, tenía a alguien dentro. Había un felpudo delante de la puerta y ésta estaba ajustada, como si estuvieran de mudanza o querían que se viera que allí vivía alguien. La imaginación del joven le hizo pensar que sería algún agente o informante de la policía o incluso, un detective privado contratado por ellos. Le extrañaba que en tan poco tiempo, la policía se hubiera puesto en marcha para mantenerlo controlado, pero la vigilancia era demasiado obvia; Sergio creía que la policía quería que notara la presión de la inspectora en su propia casa. Fue entonces cuando Sergio, haciéndose pasar por un vecino modélico y hospitalario, llamó a la puerta del tercero cuarta para presentarse y darles la bienvenida; se abrió ligeramente por los toques, pero nadie parecía contestar. Puso el ojo para ver si veía algo y entonces, pudo oír cómo alguien se acercaba lentamente.

—¿Hola? —dijo Sergio a través de la puerta en tono cordial —¿Hay alguien? Soy el vecino de enfrente, sólo quería presentarme.

La puerta se abrió completamente y un hombre de unos treinta años, vestido muy casual y sin afeitado, se mostró ante él. El hombre misterioso se quedó mirando a Sergio con una expresión de fastidio con ligeros toques intimidantes.

—¿Querías algo? —dijo el hombre con un tono serio.

—Me llamo Sergio, soy el vecino del tercero segunda. Sólo quería darte la bienvenida al edificio.

El hombre se sorprendió de lo que dijo el muchacho y cambió su expresión forzándose a una sonrisa, aunque parecía como si no lo hubiera hecho en meses.

—Gracias —dijo el nuevo inquilino dándole la mano—. Yo soy Mateo, encantado.

—Pues ya sabes, cualquier cosa... No dudes en pedirlo.

—No te preocupes que lo haré —Y cerró la puerta, no sin antes, mostrarse fastidiado.

Sergio tomó el ascensor hasta el garaje. Mientras bajaba, esbozó una sonrisa de superioridad con ligeros toques de agotamiento pensando que aquel hombre, no era un vecino normal y corriente, sino que lo más probable era que se tratase de un policía al que habían mandado allí para mantenerlo vigilado e informar de todo a la inspectora. Así que pensó en fastidiarles la vigilancia haciendo que los vecinos lo controlaran y no les dejaran tranquilos; y el primer paso, sería comentárselo a las vecinas más cotillas del edificio, sobretodo a Pilar, que estaba puerta con puerta con ese piso. De modo que una vez llegó al aparcamiento, volvió a subir a la planta baja y dejó una nota anónima en el buzón del tercero tercera. En ella especificaba cómo al lado suyo había un hombre muy extraño, que lo más probablemente era que fuera un policía, el cual había venido para mantener vigilado a su hijo Marcos por posible tráfico de drogas. Esto alteraría a la mujer que se pondría tan paranoica, que empezaría a montarse sus propias películas. Al igual que con Pilar, también puso el mismo anónimo en el buzón de la mujer del segundo primera, Carmen, una verdadera maestra de los cotilleos cuyas habladorías eran legendarias, no sólo en el edificio, sino en todo el barrio. Volvió al garaje y subió a su coche para irse a trabajar.

Mientras conducía hacia su oficina, notó algo extraño. Aunque no veía a nadie sospechoso cerca de él, sí notaba como si tuviera varios ojos pegados detrás suyo. Miró por los retrovisores pero no veía ningún coche siguiéndole, pero algo no iba bien y empezó a pensar si acaso la inspectora había puesto todos los medios para saber qué hacía en cada momento. Le dio vueltas a mente mientras iba conduciendo de forma inconsciente, y aunque distraído, milagrosamente no tuvo ningún percance. Pensaba que esa mujer no actuaría así, ella no esperaría que él mismo se delatara, sino que estaba buscando

ponerle nervioso y que cometiera alguna imprudencia. Había caído en su trampa. El hecho de que se enterara de que en el piso de enfrente había alguien y cómo el hombre que le abrió no intentó disimular su actitud y forma de actuar sospechosa, le hacía pensar que la inspectora le estaba echando un pulso. Lo primero que tenía que hacer era no alterarse; tenía que actuar de forma normal añadiendo alguna que otra rareza para no parecer demasiado perfecto y disimular el hecho de que se había dado cuenta del engaño.

Llegó al aparcamiento de la empresa y dejó el coche bajo uno de los árboles que en ese momento daba mucha sombra. Casualmente, se fijó en una luz roja que parpadeaba debajo de su vehículo. Se agachó para mirar y allí había un dispositivo de rastreo que se asemejaba a una pequeña bombilla roja de no más un centímetro de largo. Consideraba si lo habían colocado allí para seguirle o si ese dispositivo estaba allí como señuelo debido al hecho de haberlo encontrado tan fácilmente; podía tratarse sólo de una simple bombilla LED que parpadeara para que la encontrara y empezara a asustarse. «Bravo, inspectora. Ahora sí que se ha vuelto divertido el juego», dijo en tono soberbio y en voz baja. Empezó a mirar alrededor, buscando a alguien escondido, o algún vehículo sospechoso aparcado en las cercanías, pero no había nada que le llamara la atención. Sergio estaba convencido de que esos hallazgos, no serían sino el principio de la estrategia de la inspectora, quien estaba comprobando la actitud de Sergio para ver cómo reaccionaba a determinadas acciones y así saber cómo hacer que cometiera algún error para poder arrestarle.

Entró dentro del edificio de su empresa, saludando a todos los que se encontró a su paso como hacía todos los días, hasta llegar a su despacho y allí se percató de algo curioso; el teléfono estaba colgado de forma extraña, como si alguien lo hubiera usado colgándolo rápidamente. Lo agarró, miró la parte del micrófono y comprobó algo que no estaba como los otros días; cualquiera se hubiera dado cuenta de que había sido manipulado. Quitó la carcasa y para su sorpresa no había ningún aparato de escuchas, sino un papel doblado. Lo desplegó tres veces y allí había la fotografía de una vía de tren en el que, en una de las traviesas, ponía “NEO AZRAEL” escrito con algo rojo que a primera vista parecía sangre. Además, había algo más anotado con un bolígrafo que decía: *Encontramos algo tuyo en el lugar del crimen. Algo que si se coteja con tu ADN, puede hacer que entres en prisión antes de que vuelvas a matar.* «¿Qué era eso? ¿Están intentando engañarme de la forma más

absurda posible?», pensaba para sí mismo ligeramente molesto. Sergio sabía que la policía no lo consideraba tan estúpido, por lo que se planteó que sólo estaban intentando que se pusiera nervioso y se alterara; no era más que una estratagema de la inspectora para tratarlo como a un vulgar delincuente con inteligencia limitada y provocar que cometiera algún error absurdo. Pero a Sergio le parecía incluso emocionante ver hasta dónde iría la hermana de su amigo, la policía veterana e inspectora recién ascendida, quién había intentado sin éxito resolver sus crímenes y que no estaba dispuesta a que se le escapara de nuevo. Ese era el momento perfecto para que Sergio pusiera en marcha un plan de distracción que había estado barajando, algo que hiciera que la policía se alejara un poco, a pesar de haberlos atraído en un principio con sus correos. Su proyecto consistía en provocar una guerra entre los traficantes de droga del barrio que se dedicaban a la venta de marihuana y cocaína. No sería fácil enemistarlos desde el asiento de su oficina o desde el sofá de su casa, pero había que intentarlo.

Estaba delante de su ordenador y se detuvo en el acto a pensar. Se preguntaba si el ordenador podría estar siendo vigilado desde algún lugar remoto, ya que sabía que la inspectora no era una aficionada, por lo que estaba seguro que no sólo mantendría la vigilancia en uno de ellos, sino en todos las computadoras del departamento y tal vez de la empresa entera. Esto no le molestaba demasiado, sino que le parecía divertido reírse de la policía mientras estuviera en la empresa ese día.

De modo que esa mañana, se dedicó a hacer las tareas más aburridas que llevaba atrasando desde hacía semanas. Empezó a rellenar bases de datos, informes financieros y revisando la contabilidad de su departamento; quería aparentar tener el trabajo más aburrido e intentar dejar pasar al menos uno o dos días para volver a actuar. No quería precipitarse cometiendo algún error ni tampoco a no hacer nada, porque eso le daría a la policía la confirmación de sus sospechas.

Esa tarde se fue al gimnasio. Sabía que allí iban miembros de una de las dos bandas de tráfico de drogas que controlaban la ciudad, la banda de los *Cobras*. Los miembros que frecuentaban ese lugar eran tres hombres, con tal apariencia, que cualquiera se cambiaría de calle al verlos de lejos; pero a Sergio no le parecían tan intimidantes como el resto de la gente pensaba. Ellos empezaron, por alguna razón que desconocía, a hablar con él desde hacía unas semanas, algo que le hizo ver a Sergio que no eran tan mala gente como los

demás los consideraban, pero sí mostraban comportamientos violentos e impulsivos. Veía en sus ojos que eran del tipo de personas que no tolerarían ninguna provocación, algo perfecto para su plan, de modo que como eran muy territoriales, empezó a comentarles como si no supiera a qué se dedicaban, que había visto a gente vendiendo drogas en las cercanías de ese lugar; parte del territorio de los *Cobras*. Los tres empezaron a pedirles más detalles, como si alguien hubiera ultrajado a toda su familia, a lo que Sergio lo único que les comentó era que se trataba un par de personas que al pasar por al lado suyo, le ofrecieron venderle marihuana y cocaína. Los describió como los de su banda rival, la que llamaban los *Pumas*.

Mientras seguía hablando con los tres hombres, uno de ellos se fue y Sergio preguntó, como si no se lo imaginara, a dónde iba ese hombre tan alterado. Los otros dos le dijeron en un tono amenazante que probablemente iba al baño, pero Sergio vio en sus ojos la preocupación que quería, sembraría las sospechas en dos bandas que meses atrás habían firmado una tregua para mantenerse alejados del territorio del otro, algo que se enteró de casualidad una semana atrás, cuando uno de esos hombres se lo comentó sin querer. Esta ya de por sí delicada tregua, no se rompería tan rápidamente ese día, pero sí contribuiría a que en los próximos días, pasara algo que hiciera que los efectivos que estaban vigilándolo, se apartasen temporalmente. Sergio quería que la policía lo siguiese, pero no tan cerca.

Al salir de allí, pensó que lo que realmente le iría bien sería filtrarles información falsa a la banda rival como había hecho con los tres de su gimnasio, pero ni sabía dónde encontrarlos, ni tampoco quería llamar demasiado la atención de los posibles policías que lo estuvieran vigilando.

Antes de llegar a la puerta de su casa, al llegar al tercer rellano, pudo ver algo curioso; el felpudo de la puerta del tercero cuarto había desaparecido. Pensaba que su hipótesis era correcta; la policía había estado allí sólo para ponerle nervioso, de modo que decidió olvidar ese asunto y entró dentro de su apartamento como si nada. Mientras caminaba por el pasillo hasta llegar al comedor, oía gritos de discusiones que venían del piso de arriba. Eran las voces de dos personas; una era la de Julián y la otra de alguien desconocido, aunque se podía notar que era grave, como la de otro hombre. Parecía que estaban discutiendo muy acaloradamente. Tratando de escuchar la conversación, comprobó que la segunda voz le resultaba vagamente familiar, de modo que decidió salir al balcón a ver si los entendía mejor. Desbloqueó la

puerta, pero antes incluso de abrirla, un ruido muy fuerte se oyó sobre él; era como si algo muy pesado hubiera caído al suelo. Sergio pensó que tal vez estarían peleando y que uno de los dos recibió un fuerte golpe que lo hizo caer. Pero por lo que oyó después, sabía que la pelea ya había terminado. Marlene, o tal vez Silvia, no la pudo identificar bien, pegó un fuerte grito; luego al cabo de unos segundos dijo claramente: «¿¡Qué coño has hecho!?!». Estaba claro que allí había pasado algo bastante importante, algo por lo que valía la pena salir a mirar por la mirilla para ver si el piso del nuevo vecino, sin felpudo en la puerta, tenía algún tipo de actividad. Echó un vistazo, pero no salía nadie y aunque estuvo mirando por ella durante cerca de diez minutos, ese piso no tenía ningún tipo de actividad. Entonces comprendió que en ese apartamento ya no estaba el hombre tan sospechoso, por lo que se sentó en el sofá a relajarse.

Pero al cabo de casi media hora del golpe, empezó a oírse lo que parecía una sierra que venía del baño. «¿Han matado a alguien y ahora están troceando el cadáver? ¡Puaj!», comentó para sí mismo. La sierra se oía sin descanso, algo que le provocaba arcadas, aunque Sergio pensaba que podía ser fruto de su imaginación de psicópata, ya que tal vez podría ser algo completamente distinto como unas obras.

Los minutos avanzaron y se oyó a gente subiendo por las escaleras, a quienes no parecía que les importara mucho pasar desapercibidos porque uno iba cantando. Miró a través de la mirilla y vio a tres hombres, dos de ellos muy corpulentos, con cara de pocos amigos pasando justo por delante de su puerta. Uno de ellos llevaba lo que parecían unas bolsas de viaje negras y vacías. Lo estaba confirmando, habían matado a alguien y se querían deshacer del cadáver. Continuó mirando para ver si había más movimiento pero nada; todos los vecinos estaban en sus casas sin salir, aunque no sabía si estarían como él, mirando a través de un agujerito. Entonces se le iluminó la bombilla; podría hacer algo para desquitarse del sentimiento de venganza contra sus vecinos de arriba como llamar a la policía para informarles de lo que estaba pasando, pero no quería que constara su nombre ni tampoco que le relacionaran con ellos.

Salió al rellano tranquilamente para comprobar si había algún vecino, pero nadie salía de sus pisos, de modo que se dirigió a la puerta del piso que tenía en frente, el tercero tercera, y como quien no quiere la cosa, llamó al timbre. Abrió Pilar, que parecía haber estado llorando y le preguntó qué le había

pasado, a lo que ella respondió que había discutido con su hijo, provocando que éste se fuera de casa muy enfado y todavía no había vuelto. Sergio trató de calmarla diciéndole que probablemente estaría en casa de algún amigo, pero ella no paraba de lamentarse de haber dudado de él. Sergio sabía que la discusión que habían tenido, había sido por la nota que él mismo había dejado esa misma mañana en el buzón, pero rápidamente intentó cambiar de tema para hablarle de los hombres extraños y sospechosos que habían subido al ático. Para su sorpresa y como si tuviera un oído extremadamente agudo, la vecina del piso de abajo, a la que todos conocían como Carmen “la cotilla”, subió a toda prisa para comentar que hacía poco rato, tres hombres muy sospechosos habían subido por las escaleras cargando bolsas negras. Rápidamente, la mujer subió a la cuarta planta y apoyó la oreja en la puerta de la vivienda del ático segunda para tratar de escuchar qué ocurría allí dentro. Mientras estaba apoyada en la madera, parecía intentar deducir los que estaban diciendo allí dentro hasta que se puso pálida de golpe, se volteó y bajó corriendo empujando tanto a Sergio como a Pilar, dentro de la casa de ésta última. Cerró la puerta y se quedó mirando a los dos que se preguntaron qué era lo que había oído.

—Han... han dicho... algo de deshacerse del cadáver —dijo Carmen muy alterada y sofocada.

—¿¡Cómo!? —respondió Pilar olvidándose de su drama personal por un momento —¿Qué hacemos?

Ése era el momento que Sergio quería, la circunstancia para la que había salido de su casa e intentar destruir a sus vecinos. Por fin había llegado su momento.

—¿Que qué hacemos? —dijo él fingiendo estar nervioso —¿Pues, llamar a la policía! Quién sabe si se han dado cuenta de algo y vienen a por nosotros.

Este último comentario alteró a las dos mujeres tanto que casi no podían hablar. Unos instantes después, ya más tranquilas, decidieron avisar a las autoridades. Pilar, la dueña del piso, sacó del bolsillo su teléfono y llamó a la policía informándoles de todo lo que había pasado.

Pasaron unos minutos y Carmen estaba observando por la mirilla cuando avisó a los otros dos de algo que estaba viendo; los hombres que antes habían subido, estaban bajando las escaleras. Pero esta vez, iban más lentamente y en silencio, además de transportar cada uno de ellos, una de las bolsas negras que parecían llenas y bastante pesadas, a diferencia de un rato antes que las

llevaban dobladas haciendo que prácticamente no ocuparan espacio. Pasaron por delante de la puerta del tercero tercera y Carmen, que estaba con el ojo pegado a la mirilla, sintió un terrible escalofrío que la dejó paralizada por el miedo. Pero algo alertó a los tres hombres que estaban descendiendo por las escaleras, algo que hizo que sacaran varias pistolas que llevaban escondidas.

Las sirenas de la policía se oían llegar. Dos patrullas se detuvieron justo en la puerta de acceso al edificio y salieron cuatro policías con las armas en la mano. Sergio descolgó el interfono para abriles y los agentes entraron al edificio. Los tres hombres decidieron volver a la casa donde habían estado hacía un momento pero no les abrían la puerta. Llamaron dando fuertes golpes pero no había respuesta, incluso estaban dando patadas para echarla abajo, hasta que un grito, los sorprendió. «¡Alto, policía! ¡Tiren las armas!», dijo uno de los policías; pero sin dudarlo, los tres hombres abrieron fuego contra los agentes. Un tremendo tiroteo se estaba produciendo en el rellano y Sergio les comentó a las mujeres que sería mejor apartarse de la puerta, no fuera el caso que una bala perdida la traspasara.

El tiroteo terminó en menos de un minuto con dos de los hombres abatidos y uno de ellos rindiéndose, quedando esposado por los agentes. Luego, uno de los policías miró dentro de las bolsas y su expresión lo decía todo; en el interior había el cadáver de un hombre descuartizado. Los agentes preguntaron al único superviviente qué hacían con esa persona y él sólo les comentó que le pagaban por llevarse cadáveres de los lugares, sin preguntar quiénes eran, ni tampoco cómo habían muerto; sólo los sacaba de donde le decían. La policía intentó averiguar en qué casa había estado pero él se negó a decirlo, afirmando que no traicionaría a un cliente. Los agentes lo levantaron del suelo y se lo llevaron para el coche policial. Supusieron que se trataba del ático segunda, por los intentos de los hombres de volver a entrar allí y del aviso que les habían dado por teléfono, pero no podían irrumpir en una casa sin estar completamente seguros ni sin la correspondiente autorización. Uno de los agentes habló por radio para solicitar una orden judicial y otro de los policías, bajó al piso de abajo para llamar a la puerta del tercero tercera.

Pilar abrió y el agente le preguntó si podía confirmar que fuera ella la que había llamado; lo afirmó y el policía empezó a hacerle varias preguntas. De mientras, tanto Carmen como Sergio, salieron al rellano para observar la escena, pero el agente los detuvo y les preguntó si eran familiares de la vecina, a lo que respondieron que sólo eran otros vecinos que vivían en ese

edificio y habían ido a hablar con Pilar. El policía les pidió que no se fueran muy lejos porque quería hacerles también varias preguntas, pero Sergio consiguió disimuladamente entrar en su casa, aprovechando que estaban subiendo otros vecinos a ver qué había pasado.

Cerró la puerta y una mano le tapó la boca por detrás. Era la de una mujer que le decía que se calmara y que no gritara. Se volteó y allí estaba Silvia, su vecina de arriba.

—¿¡Qué haces aquí, Silvia!?! —preguntó Sergio gritando en voz baja — ¿Qué diablos ha pasado en tu casa? ¿¡Y cómo has entrado aquí!?!

—He saltado por la ventana. Al parecer la puerta de tu balcón estaba desbloqueada, por lo que supuse que estarías dentro.

—Vale, eso responde a una pregunta, pero... ¿Qué ha pasado arriba?

—Mi tío... —dice ella sollozando y se lanza a abrazarlo —Mi tío ha matado a un hombre. Y lo peor... Ha amenazado con matarme a mí y a mi madre si le digo algo a la policía.

—No tardarán en encontrarlo. Esos hombres venían de allí.

—Eran sicarios que eliminan cadáveres. Mi tío es miembro de una de las bandas de la droga que controlan la ciudad. Al parecer, uno de los suyos, quería ponerse a vender en un lugar que era de la banda rival; todo por un rumor de que la otra había hecho lo mismo. Se han puesto a discutir y le ha apuñalado. Luego ha empezado a trocearlo en la bañera... Ha sido muy asqueroso. Mi niña hubiera podido ver eso...

—Tranquila, no te preocupes que no tardarán en detenerlo.

—Ya he avisado a mi madre para que no venga hasta mañana. Pero yo... ¿Te importaría que me quedara aquí esta noche?

—Si así estás más tranquila, puedes quedarte. Pero tienes que prometerme que te alejarás de tu tío. Sólo te trae problemas.

—Gracias, Sergio; pero no es tan fácil, dependemos económicamente de él. No podemos hacer nada... al menos de momento.

Sergio vio en su mirada algo que no cuadraba con la explicación que le había dado. Aquella chica no se alejaba de su tío-padre porque esperaba la ocasión perfecta para matarlo. Se decía para sí mismo que, ahora que él era un asesino, le era muy fácil reconocer a los de su misma condición.

Pasó media hora y alguien llamó a la puerta. Al abrir vio que se trataba de uno de los agentes que quería hacerle unas preguntas sobre lo que había ocurrido, de modo que hablaron en la misma puerta, donde Sergio le comentó

que había estado hablando con sus vecinas sobre unos hombres muy extraños que habían subido. Le explicó que fue la mujer llamada Carmen, quien puso la oreja en una puerta del piso de arriba y luego bajó corriendo empujándolos dentro de la casa de la mujer llamada Pilar. Mientras hablaban, un aviso llegó por radio al agente que decía que ya tenían la orden judicial para entrar en la casa donde supuestamente habían asesinado al hombre. El agente se disculpó y pidió a todo el mundo que no saliera de sus casa y menos aun, subieran a la cuarta planta. Por las ventanas se veía como llegaban más agentes de policía, pero éstos iban equipados con chalecos antibalas y fusiles de asalto. Sergio se metió dentro y cerró la puerta. Silvia apareció de repente y le preguntó qué pasaba, a lo que él le dijo que la policía tenía la orden para entrar en su casa.

—¿Qué piensas hacer? —preguntó Sergio —Lo digo porque al vivir allí, te van a hacer varias preguntas e incluso detenerte como sospechosa.

—Lo sé. Ya he hablado con mi madre y va a cubirme. Dirá que estaba con ella y así me dará una coartada.

De repente se escucharon pasos subiendo por las escaleras; se trataba de los policías que iban a entrar en la vivienda. Una vez arriba, se oyeron unos fortísimos impactos contra la puerta que al final cedió y se abrió, haciendo que unos segundos más tarde, se escuchara a uno de los agentes pedir a alguien que se echara al suelo.

Los policías bajaron por las escaleras con un hombre esposado. Estaba vestido en ropa interior, con un calzoncillo mugriento, además de con una camiseta de tirantes que era casi amarilla. El hombre que resultó ser Julián, no paraba de gritar: «¡La asesina es mi sobrina! Todavía está dentro. ¡Matarán a mi Yolanda!». Pero uno de los agentes confirmó que dentro no había nadie más.

—¡Qué hijo de puta! —dijo Silvia muy alterada mirando a través de la mirilla desde dentro de la casa de Sergio —Te mereces todo lo malo por cabrón.

Sergio la intentó calmar. Ella veía como la persona que la había violado en el pasado, la estaba acusando de un crimen que había cometido él. Parecía como si en cualquier momento fuera a abrir la puerta para salir a agredirle, pero se mantuvo firme. Sergio escuchaba como se estaban llevando a Julián, el vecino que le había gritado en la puerta de su casa, el mismo que se orinó en su balcón, el mismo que quería ver muerto, se lo estaban llevando esposado. Sergio estaba enojado, no había podido hacer lo que realmente quería; que una

de las mujeres lo matara. Por su cabeza pasó la tentación de abrir la puerta de su casa, darle una pistola a Silvia, comentarle que él violó a su hija y que saliera para dispararle hasta la muerte. Pero eso lo marcaría como cómplice; en ese momento en el que estaba tan vigilado por la policía, era lo último que debía hacer. De modo que le agarró la mano la mano a Silvia apartándola de la puerta, la acompañó al comedor y le ofreció una bebida.

Mientras estaba poniendo licor en uno de los vasos, se acordó de algo. Julián había gritado un nombre mientras se lo llevaban, el cual le estaba picando la curiosidad sobre quién podría ser esa mujer que decía que alguien la iba a matar. Yolanda era su nombre. Le preguntó a Silvia, pero ella dijo que no sabía nada de la mujer misteriosa. Aunque a Sergio le picaba la curiosidad ese nombre, se lo olvidó al percatarse de que la policía no estaba vigiéndolo en su casa, sino sabrían que dentro de ella se encontraba Silvia, la sospechosa de un crimen; por lo que lo más seguro era que sólo tuvieran pinchado su teléfono y ordenador. Sergio sonrió y pensó que el resto de la casa, que estaba fuera de la jurisdicción de la policía, estaba dentro de la suya.

La inspectora Rubio se encontraba trabajando en la comisaría en esa tranquila tarde de lunes día siete de diciembre. Estaba leyendo las notas de los agentes que estaban siguiendo a Sergio Valcárcel en las que decía que ese día había estado sin hacer nada memorable; le habían estado siguiendo durante toda la jornada y no había hecho nada que pudiera incriminarle. Explicaban que había ido desde casa al trabajo y luego de éste al gimnasio, lugar donde lo habían dejado de seguir porque habían recibido una llamada de emergencia de un accidente de tráfico en el centro de la ciudad. A parte de eso, la orden judicial solicitada para intervenir sus conexiones como teléfono e internet, había sido rechazada. Además, su plan de ponerlo nervioso haciéndole creer que había un policía en el piso delante del suyo, no parecía haber surtido el efecto deseado. La bombilla bajo su coche, asemejándose a un localizador, y la fotografía en el teléfono de su despacho, tampoco habían tenido el efecto anhelado. Aunque sólo llevaba menos de un día, se sentía que no iban a conseguir nada al respecto si continuaban con ese seguimiento. Pero mientras repasaba los informes, recibió una llamada alertando del hallazgo un cadáver descuartizado en bolsas y de la detención del hombre que supuestamente lo había matado. Esa llamada, hizo que la inspectora desconectara por un momento de su frustración. Se levantó de la mesa llena de papeles y se fue

hacia la escena del crimen.

Llegó al edificio y al detener el coche, recordó algo; allí vivía la niña que había sido encontrada muerta en una ciudad cercana. Temiendo lo peor, subió hasta el ático y allí, frente a la puerta del piso donde vivía la niña, estaban las bolsas tiradas con las partes del cadáver. Aun no había llegado el juez para proceder al levantamiento del cuerpo. De modo que Rubio pasó por debajo del cordón policial que había puesto en la puerta de la vivienda y entró en ella. Uno de los agentes la acompañó hasta el baño, donde la estancia estaba completamente manchada de rojo. La sangre de la víctima se esparcía por todo el lugar, en especial dentro de la bañera. El agente que la acompañó, le comentó que lo más seguro, era que fuera asesinado en el comedor, donde encontraron un pequeño charco de sangre, y posteriormente lo descuartizaron allí.

—Eso no es posible, agente —interrumpió Rubio—. Lo trocearon vivo o al menos puede que sólo estuviera inconsciente. Fíjate en la estancia. Cuando un corazón deja de bombear sangre, ésta se coagula, algo por lo que no habrían dejado el baño como una película de terror. Déjame un momento que vaya a ver el cadáver.

Rubio volvió a la entrada y el juez ya estaba allí, empezando a rellenar unos informes, pero la inspectora miró la cara del cadáver abriendo ligeramente la bolsa. Se sobresaltó ligeramente al ver el rostro de la víctima, un hombre de unos treinta años, cuya expresión reflejaba pánico y dolor. Su premisa era correcta y la víctima seguía viva cuando la descuartizaron.

Luego habló con uno de los agentes para preguntarle sobre la declaración de los vecinos y éste le dio un informe provisional. Ahí constaban todas las declaraciones, de modo que la inspectora empezó a hojear los papeles deteniéndose de golpe; vio algo que le llamó la atención, y era que Sergio Valcárcel era vecino de este piso, y no sólo eso, sino que vivía justo debajo. No entendía cómo se le había pasado por alto ese dato si había puesto un agente esa misma mañana en el apartamento frente al suyo. Revisó su declaración pero no decía nada extraño, al menos, nada difícil de creer. Pero su obsesión por ese joven, hacía pensar a la inspectora que estaba involucrado de alguna manera; de modo que pidió a uno de los agentes que, una vez identificado el cadáver, reconstruyeran todos sus movimientos durante los últimos días.

Ya en la comisaría esa misma noche, le llegó el informe de la autopsia. Su

muerte se había producido por desangrado y las mutilaciones, fueron realizadas con una sierra amoladora. Pero Rubio se preguntaba como era posible que el detenido, un hombre de cuarentaiocho años, lo había descuartizado vivo sujetándolo él solo. Por muy fuerte que fuera, no veía posible que usara una mano para sujetar a su víctima y la otra para la sierra; tenía que haber otra persona con él, ya que en la casa se encontraron dos impermeables manchados con abundante sangre. Rubio dudaba que aquel hombre se hubiera cambiado a mitad del trabajo, y tampoco podían ser los otros tres hombres que fueron allí, porque según los testigos, estuvieron menos de diez minutos en el piso; tiempo durante el cual, no se oyó ninguna sierra. De modo que había alguien más allí antes de la llegada de los sicarios. Puede que la declaración del hombre fuera cierto; su sobrina estaba con él. La chica se encontraba en paradero desconocido hasta hacía unos minutos, que la habían localizado junto a su madre, en casa de una amiga de esta última. Rubio se planteó varias cuestiones: «¿Podría haber otra sobrina?», «Y el hecho de que Sergio Valcárcel viviera allí, ¿debía de tenerse en cuenta o sólo era una casualidad».

Mientras estaba absorta en sus pensamientos, un agente llegó con una unidad de memoria. Tenía las grabaciones de las cámaras de seguridad del gimnasio donde había ido la víctima esa misma tarde. La inspectora empezó a ver los vídeos. Según el agente, la víctima siempre iba a ese gimnasio con otros dos hombres y ese mismo día, había estado entre las seis y las siete de la noche, hasta que se fue abruptamente casi sin decir nada. La inspectora visionó las imágenes hasta que se detuvo en seco. Miró y vio que los tres hombres de aspecto intimidante, estaban hablando con quien parecía un joven de aspecto bonachón; Sergio Valcárcel, el sospechoso de ser el asesino *Neo Azrael*, estaba hablando con la víctima minutos antes de su muerte. Ella pensaba que no podía ser casualidad, por lo que se fue a casa del joven para interrogarle sin siquiera avisarle.

Era casi medianoche y la inspectora volvió a la escena del crimen. Todos los agentes ya se habían ido salvo uno, que estaba de guardia frente a la puerta del lugar del asesinato. Pero ella fue directa a llamar a la puerta del sospechoso. El joven abrió y la inspectora le preguntó si podía pasar. Sergio no parecía tan relajado como siempre, es más, estaba ligeramente nervioso. En un principio no quiso dejarla entrar, pero insistió en que sólo quería hacerle unas preguntas. Él aceptó, no sin antes decir «Pasa, pasa, inspectora», en un

tono muy alto, lo que le hizo sospechar a Rubio que tenía a alguien allí dentro y quería que se escondiera.

Una vez dentro, la inspectora sacó una tableta y le mostró la fotografía de un hombre. Era la víctima del caso de hacía unas horas y le preguntó si lo conocía. Sergio, volvió a su actitud calmada y serena de siempre y habló de que su cara le resultaba familiar, pero que no caía en quién era. La inspectora podía notar que el joven se estaba volviendo a comportar como siempre, se sentía muy cómodo cuando le preguntaban sobre víctimas de asesinatos, pero no se quitaba de la cabeza la sensación de ligero nerviosismo que tuvo cuando se presentó en su casa. Rubio quitó la foto y puso la imagen de una cámara de seguridad. En ella, salía Sergio y otros tres hombres hablando como si nada en un gimnasio, de los cuales, uno de ellos, era la víctima. Al verlo, el muchacho hizo como si se acordara de algo y se excusó de que él es muy malo para recordar las caras.

—Me parece gracioso que digas eso, Sergio —dijo ella con mirada juiciosa—. Han habido muchas muertes últimamente y casualmente, tú estabas por los alrededores. ¿Tan mala suerte tienes?

—¿De verdad crees que yo soy un asesino, inspectora? Si fuera el caso, ¿tienes miedo de estar de noche en la casa de un asesino?

—Hay que tener valor para amenazar a una inspectora de esta forma. Pero no, no eres el asesino de esta víctima en particular. El asesino, o en este caso LA asesina, es una de tus amiguitas.

—¿Amiguitas?

—Sí —respondió ella y luego bajó la voz—. Esas mujeres que viven en el piso de arriba con las que has tenido... vamos a llamarlo contacto. Seguro que no sabes el porqué, ¿verdad? La que se llama Silvia, es la asesina, o al menos cómplice directa del asesinato.

—¿Qué quieres decir, Carla?

—La víctima fue apuñalada en el vientre pero no le afectó a ningún órgano vital. Aunque perdió el conocimiento o simplemente se quedó sin fuerzas. Lo llevaron a la bañera y allí lo descuartizaron vivo. Y claro, la víctima intentó resistirse como pudo. ¿Quieres ver la foto de la cara de la víctima?

—No, no...

—Mírala —dijo Rubio mostrándole la foto del cadáver en la mesa de la autopsia, algo que provocó arcadas en Sergio—. ¿Qué te ocurre? ¿Por qué no la miras?

—¡Basta! —dijo él levantándose enfadado del sofá donde estaban sentados —Esto es una irregularidad. Que sepas que voy a presentar una queja a tus superiores.

—Está bien, está bien... —dijo ella levantándose y apagando la tableta. Luego se acercó a Sergio y le dijo al oído —Pero voy a avisarte, Sergio. Esas dos mujeres son peligrosas... Muy peligrosas. Han manipulado a infinidad de personas para que hagan lo que ellas querían. Les han contado cientos de mentiras para parecer débiles y sacar provecho. Son genios. La policía nunca ha conseguido pruebas que las incriminen.

—Gracias por la información, lo tendré en cuenta. Pero, ¿por qué me cuentas todo esto?

—Me siento mal por haberte enseñado la foto. Puedo ver cuando alguien finge emociones. Y tú lo haces constantemente, pero el asco que has sentido al ver la foto del cadáver era real. No pareces el típico asesino que mutila, descuartiza o hace cosas mucho peores. Si mis sospechas son ciertas, tú eres un “asesino de manos limpias”, lo que significa que te gusta matar, pero no manchándote las manos con sangre. Eres un reto, Sergio. Tarde o temprano te pondré las esposas, no lo dudes.

Y diciendo esto, la inspectora se fue de la vivienda.

Sergio se quedó dudando de las palabras que acababa de oír de la inspectora, pero se puso en alerta preguntándose si Rubio lo estaba alterando emocionalmente para que cometiera un error y poder detenerlo. Pero mientras se quedaba pensativo, apareció Silvia, después de estar escondida en el dormitorio.

—¿Qué ha sido eso que habéis dicho de que eres un asesino? —preguntó ella con preocupación.

—No es nada. Carla es la hermana de un amigo mío de la infancia y siempre me gasta este tipo de bromas. No tienes de qué preocuparte.

—¿De modo que vas al mismo gimnasio que la víctima? No me lo hubiera imaginado que erais amigos.

—No somos amigos. Sólo charlábamos cuando estaba por ahí. Ya sabes, conversaciones de tíos.

—Ah, vale. Pero lo último que ha dicho, no he llegado a oírlo.

—¿A qué viene este interrogatorio? Ya he tenido bastante con la inspectora. No me vengas ahora tú también.

—Perdóname. Es sólo que estoy alterada por lo que ha pasado.

—Está bien, perdóname tú a mí. Es sólo que no estoy acostumbrado a vivir estas experiencias, sólo soy un pobre hombre que trabaja en una consultora y que sólo busca ganarse la vida como puede.

Silvia se durmió, pero Sergio le daba vueltas a la cabeza sobre la información de la inspectora. A priori, parecía que lo estaba engañando, pero algo le decía que se mantuviera en alerta. Al no poder pegar ojo, se metió en internet y comenzó a buscar, tanto en la zona normal como en la zona oscura, posible información sobre las mujeres. Pero parecía como si no hubiera nada extraño, sólo vio perfiles en redes sociales y poco más. Su paranoia creció hasta tal punto que decidió contratar a un investigador privado y que averiguara cualquier cosa de ellas. Para ponerse en contacto con éste, pretendía usar el mismo correo electrónico especial con el que había enviado los correos a la policía, pero cuando estaba a punto de comunicarse con él, se dio cuenta de su error. Estaba a punto de caer en la trampa de la inspectora. Casi le había servido en bandeja la captura de su *alter ego*, *Neo Azrael*. Supuso que el ordenador estaría intervenido, de modo que cerró y decidió conseguir la información por otro lado, como por ejemplo, poniéndolas a prueba.

Ya era martes por la mañana y Sergio se preparaba para ir hacia su trabajo. Silvia también se fue discretamente, siendo acompañada por Sergio que la llevó en su coche lejos del edificio. Él continuó solo hasta la oficina. Mientras caminaba hacia la entrada, recordaba el día tan entretenido que tuvo ayer y cómo de emocionante y revelador fue, pero algo le llamó la atención en el parabrisas de uno de los coches. Se fijó en una publicidad de compra-venta de pisos que había sujeta con uno de los limpiaparabrisas; se trataba de la misma inmobiliaria que había alquilado el piso de arriba, los mismos que no le dieron ninguna respuesta desde hacía meses sobre el problema con sus vecinos del ático. La recogió y se la quedó mirando con los ojos clavados en el nombre que decía: *Inmobiliaria Casasabuenprecio*. A Sergio ese nombre le parecía ridículo pero gracioso, y fue entonces cuando recordó que el hombre de la inmobiliaria, al que a él le parecía que venía de un concurso de sudorosos, debía pagar su completa falta de interés por ayudarle. Ahora tenía un nuevo objetivo, aunque debía ir con cuidado porque podían estar vigilándolo.

Pasó la primera parte de la mañana haciendo el mismo trabajo aburrido

que el día anterior. Al cabo de unas horas de empezar la jordaniana y de haber estado pegado a la pantalla del ordenador, se levantó y se fue a dar una vuelta hasta la máquina de café. Llegó a la zona de descanso pero no había nadie allí, algo extraño aunque nada por lo que alarmarse. Mientras se sacaba el café de la máquina, se acordaba cuando Gabriel le empezó a hablar en ese tono tan irrespetuoso sólo para impresionar a esa chica llamada Alicia, quien acabaría muerta para que su compañero fuera acusado de su muerte. Recogió el vaso y se puso a beberse ligeramente apartado de allí y con la mirada clavada en el infinito. Se preguntaba a cuánta gente había matado hasta el momento. Los cálculos le decían que nueve personas habían sido asesinadas directamente por él; otras dos a las que incitó suicidarse, la pareja adolescente del puente, y por último habían dos personas, el anciano pederasta muerto en la cárcel y el traficante del gimnasio, que había muerto por el rumor que él había propagado. Trece personas habían muerto desde que había empezado, lo que significaba que había perdido nueve años de esperanza de vida, pero había recuperado dos. Aunque el demonio que le vino a ver le hablaba de un suicidio próximo, no se imaginaba quién sería, por lo que también podría haberse referido a la pareja adolescente. Fuera como fuera, seguía dándole vueltas a lo que le había dicho la inspectora, y se cuestionaba si de verdad Silvia y Marlene eran tan malas. Sergio creía que algo de maldad sí tenían, pero no hasta el punto de que lo estuvieran manipulado a él. Pero entonces, algo se iluminó en su mente.

Efectivamente, habían estado jugando con él. Las dos mujeres sabían perfectamente que necesitarían a Sergio para algo en el futuro como por ejemplo, tenerlo como chivo expiatorio. Se estaba empezando a preguntar si habían colocado algo en su casa, algo que lo incriminara, ya que Silvia estuvo más de media hora dentro de su piso con toda la libertad del mundo para esconder cualquier cosa. Por su mente viajaban los recuerdos de cuando había visto todos los intentos de suicidio de Silvia y como Marlene, una noche a las cuatro de la mañana, estaba deambulando por el rellano del ático y bajó a su piso para hablar de lo mal que lo estaba pasando. Esto le resultaba bastante sospechoso. Él pensaba que era al revés, creía que tenía a las dos mujeres bajo su hechizo, pero luego se dio cuenta que no le había costado mucho seducirlas. Algo no le olía bien. De modo que se marchó a su casa, sin decirles nada a sus compañeros.

Se puso a conducir a gran velocidad, imaginándose posibles escenarios y objetos que podían estar allí escondidos hasta que llegó al aparcamiento de su

edificio y subió directamente por el ascensor. Se oía un ligero ruido viniendo del ático segunda, pero se imaginó que sería la policía recogiendo más pruebas. No le hacía mucha gracia que hubiera allí agentes de la autoridad, por si acaso hubiera algo incriminatorio en su piso y tuviera que sacarlo de allí discretamente. Abrió la puerta, entró y la cerró apoyándose en ella mientras daba un suspiro. Antes de empezar a buscar, se fue directamente a mirar debajo del armario ropero, donde uno de los zócalos que tenía estaba suelto y lo aprovechaba para esconder allí sus pistolas y demás armas. Afortunadamente, estaba todo tal cual lo dejó y decidió empezar a buscar en el resto de la casa. Buscó por todas partes; debajo de los cojines del sofá, en el horno de la cocina, la nevera y congelador, cajones de todas las estancias, la cisterna del váter y demás lugares sospechosos de poder guardar cualquier cosa. Parecía que sus paranoias eran infundadas, hasta que por casualidad, abrió el cesto de la ropa sucia y debajo de toda la colada, había un cuchillo de combate ensangrentado. «¿Qué hacía eso ahí?», exclamó él, afirmando que lo más seguro era que lo habría dejado Silvia; aunque no sabía si tenía las huellas de su tío o las de ella. O peor aun, mientras dormía unas pocas horas esa noche, Silvia le hubiera podido poner el mango del arma en la mano e impregnarla de las suyas. Si eso era lo que había pasado, Silvia moriría con ese cuchillo. De modo que miró qué prendas estaban manchadas de sangre y las metió en una bolsa para tirarlas. Limpió como pudo las huellas del cuchillo por si acaso y salió de su casa, no sin antes, asegurarse de que la puerta del balcón estuviera bloqueada, que extrañamente no lo estaba entonces, y con las persianas bajadas. Se metió en el ascensor y bajó hasta el aparcamiento, donde subió a su coche para irse de allí.

Sus sospechas eran correctas. Silvia era mala y lo estaba manipulando a él, en vez de ser al revés; pero no paraba de cuestionarse quiénes eran esas dos mujeres, y lo más importante, qué querían de él. Se preguntaba si acaso era su salvavidas en un caso como éste o si le esperaría algo mucho peor, y como cosa del destino, su teléfono sonó. Se detuvo a un lado de la calle y así aprovecharía para tirar la basura que llevaba. Respondió y era Marlene, quien decía que estaba muy agradecida por lo que había hecho con su hija y las ganas que tenía de agradecersele. Sergio vio en ese momento la manipulación y decidió disimular haciéndose el encantado. La mujer quería verlo, pero que no se fiaba de volver a su piso y entonces Sergio, tuvo la ocurrencia de que se vieran los tres, Marlene, Silvia y él, esa noche en un descampado a las afueras

de la ciudad. Esto extrañó a la mujer, pero Sergio le explicó que era lo mejor, porque allí no habría ni policías ni nadie que pudiera delatarlas. Fiándose del muchacho, la mujer aceptó y quedaron en verse esa noche a las diez. Sergio no se fiaba, pensaba que era posible que ya lo hubieran descubierto y sobretodo, si probablemente irrumpían en su casa para recuperar el cuchillo. Pero a él no le importaba el riesgo, es más, se sentía mejor cuando la situación estaba llena de él.

Por la tarde, cuando volvió a su casa, notó que la persiana del comedor estaba colocada de una forma extraña, como si la hubieran querido levantar por uno de los lados. Estaba claro que Silvia había saltado de nuevo y tenía la intención de recuperar el arma que dejó en el cesto de la ropa sucia. Pero no parecía que su misión hubiera tenido éxito, es más, podía estar atrapada en el balcón en ese momento, lo que a Sergio le provocó risas. Se sirvió una copa de vino y se quedó mirando la ventana con la persiana bajada, imaginándose el enfado que sentiría Silvia en esos momentos. Al cabo de una media hora subió la persiana para ver si había alguien allí, pero no había rastro de nadie; aunque sí vio las marcas de unas manos en la parte exterior de la persiana, lo que le hacía suponer que alguien habían intentado entrar. A Sergio le parecía extraño aquello, ya que ni Silvia ni Marlene volverían tan pronto a su piso y aunque lo hicieran, era la escena de un crimen, la policía no las dejaría campar a sus anchas. Estaba seguro que ahí había alguien más en eso, de modo que empezó a pensar y se apoyó contra la barandilla mirando hacia su casa. De pronto, notó como si alguien lo estuviera observando. «¿Otra vez el ángel?», pensó fastidiado, pero no sentía lo mismo de entonces. Notaba como unos ojos lo estaban observando y sentía que era desde su derecha, en el piso de sus vecinos de rellano. Se volteó rápidamente y se cruzó unas décimas de segundo con los de una mujer que rápidamente se apartó de la ventana tapándose con una cortina blanca. A esos vecinos no los veía nunca, siempre estaban de vacaciones y apenas se relacionaban con la gente del edificio. Eran una pareja joven sin hijos, aunque ya tenían más de cuarenta años cada uno. Allí, apoyado en la barandilla de su balcón, se le vinieron a la cabeza dos opciones; una era saltar al balcón de al lado e interrogarles con violencia, y la segunda era ir a la puerta de entrada y hablar con ellos de forma calmada. Debido a que no quería parecer un loco perturbado, decidió la segunda opción. Salió al rellano y llamó a la puerta, pero nadie le abrió. Continuó llamando pero no le abrían, aunque se oía la respiración de alguien detrás de

la puerta. Sergio se acercó y le dijo:

—Abre, es lo mejor para todos, a menos que quieras que salte a vuestro balcón y tengamos una conversación un poco violenta.

Se oyó el ruido de desbloqueo de la puerta que posteriormente se abrió, aunque solamente unos diez centímetros debido a una cadena de seguridad. Una mujer de poco más de cuarenta años se lo quedó mirando asustada. Sergio no la recordaba tan envejecida, aunque llevaba al menos varios meses sin haberlos visto a alguno de los dos.

—¿Qué quieres, vecino? —dijo ella con voz temblorosa.

—¿No sabes cómo me llamo? Es extraño, ya que alguien que intenta entrar en mi casa, por lo menos debería saber mi nombre.

—No sé de qué me hablas. Yo no he entrado para buscar nada.

—¿Quién ha hablado de buscar algo? La gente puede entrar en las casas para robar, pegar o incluso a matar a alguien. Ábreme la puerta que quiero hablar contigo, Susana. Sino, me veré obligado a usar la fuerza.

—Por favor, no me hagas daño. Te abriré, pero sólo si me garantizas que no tomarás represalias contra mí.

—Dudo mucho que tú seas la que ha planeado esto, de modo que vale, acepto no tomar represalias contra ti.

La mujer abrió y dejó entrar a Sergio, quien empezó a caminar por esa vivienda, que le parecía extraña, ya que era como su piso pero al revés. Toda la estancia estaba muy oscura, como si le asustara encender las luces. La mujer parecía como un cerdo de camino al matadero, sus ojos estaban llenos de terror y sus pasos eran tan tímidos que parecía no moverse del sitio. Sergio se plantó frente a ella con expresión seria y mirándola de forma penetrante.

—¿Por qué has querido entrar en mi casa? —preguntó él incisivamente — Me gustaría que me contestases rápido porque no tengo ni un segundo que perder.

—Alguien... me llamó esta mañana —respondió la mujer con la voz temblorosa—. Me decía que tenía que entrar en el tercero segunda y recoger un cuchillo que había en el cesto de la ropa sucia.

—Muy claro te lo han dicho... ¿Quién era esa persona?

—No lo sé. Era una mujer... de unos cincuenta años.

Sergio pensó en seguida que se trataría de Marlene, pero prosiguió como si no se hubiera dado cuenta.

—Pero dime una cosa. ¿Qué te lleva a ti a entrar en un piso a buscar

cuchillos en los cestos de la ropa sucia? ¿Cuánto han prometido pagarte?

—No... no puedo decir por qué —dijo ella al borde de las lágrimas—. Si hablo... ellas, contarán la verdad.

—No sé de qué verdad estás hablando, aunque me pica la curiosidad. Dímelo y me encargaré de solucionar tu problema. ¡Quiero saber el motivo por el que una vecina con quien apenas he tenido contacto, ha intentado entrar en mi casa para buscar algo que me colocaron ayer a traición!

—Está bien. Necesito quitarme este peso de encima, pero prométeme que guardarás el secreto, por favor —Sergio asintió y ella le señaló el sofá para que se sentaran—. Hace unos meses, mi marido se suicidó.

—¿¡Cómo!? Nadie del edificio se enteró de eso.

—Lo sé. Mi marido trabajaba como transportista para una peligrosa banda de narcotraficantes de la ciudad. Se encargaba de ir a buscar los fardos de la droga y posteriormente, llevárselos a varios camellos del barrio para que la vendieran en pequeñas dosis. Pero un día, dijo que ya no podía más y planteó retirarse. En un principio aceptaron sin rechistar, pero semanas después, le dijeron que debido a su marcha, tenía que pagarles una cantidad desorbitada de dinero como compensación. Una cantidad que, por supuesto, no teníamos.

—Así que se suicidó para huir de la deuda.

—¡Para nada! Mi marido era un buen hombre, siempre pagaba sus deudas, por muy injustas que fueran. Además, sabía de sobras que si él no estaba, la deuda pasaría a mis manos. De modo que contrató una póliza de seguros, una muy cara. La cantidad que pagaban en caso de muerte era incluso superior a la deuda. Y entonces... un día... terminó con su vida.

—Las pólizas de seguros no cubren los suicidios. ¿Fingió un accidente?

—Así es. Unos días antes de su muerte, denunció a la policía que estaba recibiendo llamadas anónimas de amenazas de muerte, algo que era completamente falso. Unos días después, él mismo manipuló los frenos de su coche, fingiendo que lo había hecho otra persona y condujo por una carretera de montaña. Y pasados unos minutos, su coche se precipitó ladera abajo. Gracias a Dios, murió en el acto... Al menos no sufrió.

—¿Sabías lo que estaba planeando?

—No. Lo supe una semana después, cuando rebuscando en sus pertenencias, encontré una nota suya en la que me explicaba su plan. Él había contratado una póliza millonaria y así podríamos quitarnos la deuda. Y así fue como esa banda nos dejó en paz.

—Pero algo pasó, ¿verdad? —preguntó Sergio escuchando con gran interés.

—Alguien de la banda rival me robó la nota de mi marido y amenazó con entregársela a la compañía aseguradora.

—¿Por qué no destruiste la nota?

—¡Porque era un recuerdo suyo! No quería deshacerme de ella, no podía. Pero cuando me la robaron, me llamaron para decirme que tenía que hacer varios trabajitos para ellas.

—¿Ellas? ¿Alguna vez las vistes?

—Nunca. Sólo sé que eran dos, de cuando me llamaban; una de ellas debería tener unos cincuenta años y la otra unos veinte. Me mandaron una foto por el teléfono para que viera que no mentían. Me dijeron que les hiciera unos encargos simples y terminaría recuperando la nota. Al principio sólo era llevar un paquete de droga que me dejaban en el buzón a una dirección determinada. Otras veces era ir a un lugar a recoger algo y llevarlo a otro sitio. Pero esta mañana me han llamado diciendo que tenía que recuperar un cuchillo que había en la casa de mi vecino. Al principio no entendía nada y estaba muy asustada. ¿Era Sergio, verdad? ¿Qué era ese cuchillo?

—Ayer mataron a un hombre en el piso de arriba. Supongo que era el arma homicida y la escondieron en el primer lugar que se les ocurrió. Lo tengo en casa escondido, si lo quieres te doy. ¿Cómo ibas a hacer el intercambio?

—Iba a dejarlo en mi buzón y alguien lo recogería.

—Está bien, pero esta vez, espera a qué te llamen y les pides un intercambio de objetos. Sino, nunca te dejará en paz.

—¿Crees que saldrá bien? ¿No se enfadarán?

—Deberás correr el riesgo.

—Así lo haré.

Sergio volvió a su casa y agarró un cuchillo nuevo sin estrenar que tenía en casa. Borró cualquier rastro de posibles huellas y se lo dio a la vecina haciéndolo pasar por el arma del crimen. Sergio sabía que nunca llamarían a su vecina, porque las dos mujeres iban a morir esa noche.

Eran las nueve y media cuando Sergio dejó la copa de vino que aun no se había terminado para ir a la reunión con Marlene y Silvia. Fue a su armario ropero y sacó el zócalo para coger dos pistolas, la otra de descargas y las granadas, las cuales se las llevaba siempre por si acaso, aunque nunca tenía previsto usarlas. Subió a su coche y se fue para el lugar acordado, recordando

que guardaba el cuchillo en la guantera, el cual no tenía previsto usarlo esa noche, y posiblemente, nunca usaría para nada.

Llegó al descampado donde estaban Silvia y Marlene, las dos fuera de un vehículo con las luces encendidas, que estaba mostrando la parte de atrás; Silvia a la izquierda y Marlene a la derecha. Sergio salió de su coche, empezando a caminar hacia ellas despacio y siendo muy precavido. Marlene avanzó pero Sergio la detuvo inmediatamente, a lo que posteriormente le preguntó quién había dentro del vehículo, pero ella respondió que dentro no había nadie. Luego le pidió que abrieran el maletero, a lo que Silvia accedió, mostrando que tampoco había nadie. La mayor de las dos le preguntó qué le ocurría y éste respondió alegando que sufría mucho estrés porque la policía había solicitado una orden de registro para su casa, algo claramente inventado que él mismo había preparado. Silvia se alteró y empezó a preguntar si ya habían entrado. Al verla tan ávida, Sergio sonrió sarcásticamente preguntándole por qué se alteraba tanto, si no era su casa, algo que dejó a la mujer más joven sin saber qué contestar.

—Sé que ayer tú mataste a ese hombre —dijo Sergio en tono sereno—. Y es más, sé que fuiste tú quién lo descuartizó... cuando aun estaba vivo.

—Pero, ¿de qué hablas, Sergio? —interrumpió Marlene molesta —Mi hija no es una asesina. Julián es el verdadero monstruo. ¿Acaso no sabes que mi niña lo ha pasado muy mal? Ha intentado suicidarse en multitud de ocasiones.

—Los suicidas que fracasan en su intento de morir, tienen algo en común; y es que se sienten avergonzados de haber fallado. Silvia, por su parte, no parece lamentarse mucho de ello. Pero lo que me molesta no es la mentira, sino que no me hayas incluido en esta venganza.

—¿Qué quieres decir?

—No me hubiera importado deshacerme o entregarte cierto objeto que había en mi cesto de la ropa sucia, Silvia.

—¿¡Lo tienes!?! —irrumpió Silvia de forma ansiosa —¡Dámelo!

—Un momento. Antes quiero respuestas. Como por ejemplo, ¿quiénes sois en realidad? ¿Quién es ese tal Julián que vive con vosotras? ¿Por qué una madre se ha recuperado tan rápido de la muerte de su hija? ¿Y qué relación hay entre vosotras dos?

Las dos mujeres empezaron a reírse a carcajadas mientras Sergio permanecía completamente serio. Luego de unos segundos, Silvia empezó a hablar.

—Verás, Sergio. Nosotras somos madre e hija, en eso no hemos mentido a nadie.

—Y Julián es mi hermano —respondió Marlene—. Pero es verdad, hay algo en lo que te hemos mentido, y es que Julián no es el padre de Silvia. Ni tampoco de Laila. Sólo es un desgraciado al que teníamos bien dominado.

—¿Dominado? Como a mí, ¿verdad? ¿Para qué y cómo lo estabais dominando?

—Mi querido hermanito, tiene... mejor dicho, tenía una hija. Este año hubiera cumplido quince añitos. Pero hace cinco, una malvada banda mató a su mujer y secuestró a su hija. Lo chantajearon para que pagase cada mes una cantidad de dinero y cuando hubiera cubierto un cupo, liberarían a la niña. Pero claro, la pequeña tenía que ser rentable de alguna manera, ya que el pago del padre, no le parecía suficiente a la banda. De modo que la obligaron a prostituirse. Todos los días, mañana, tarde y noche, hasta que un día, la niña decidió escaparse de allí. Esto enfadó mucho a la que era su lugarteniente de entonces, y para que cundiera el ejemplo, la torturó hasta la muerte delante de las otras menores. Setenta y dos horas duró el tormento hasta que dejó de respirar. Pero claro, al padre no le dijeron nada, porque así, continuaría pagando.

—¿Y qué tiene esto que ver con vosotras, Marlene?

—Yo era la lugarteniente de entonces. Yo maté a la niña.

—¿Mataste a tu sobrina?

—Los negocios son los negocios. Hacíamos lo mismo con la pequeña Laila. La secuestramos hace años y la hicimos pasar por la hija de Silvia.

—Entonces, las marcas de violación que encontró la policía en el cuerpo...

—Servicios a clientes —respondió Silvia con soberbia—. Era muy rentable, hasta que alguien la mató. Y por supuesto, pensamos en Julián, porque tal vez se había enterado de lo de su hija. Así que por si acaso, nos vengamos de él. Aprovechando que había en casa un compañero suyo de la banda a la que pertenece, lo apuñalé en el estómago y grité como si lo hubiera hecho él. Pensaba que ya estarías en casa, Sergio; pero me equivoqué.

—Je je. Sí... Qué mala suerte.

—Luego, Julián se alteró e intentó matarme. Fue entonces cuando el dije quiénes éramos mi madre y yo y que si quería volver a ver a su hija Yolanda de nuevo, debía obedecerme en todo lo que le decía. Julián sujetó al hombre

mientras se resistía a que yo lo cortara. Me parecía bastante asqueroso pero valió la pena ver su cara de sufrimiento. Llegaron los sicarios para deshacerse del cadáver y en ese momento, fue cuando salté a tu casa, con la intención de pedirte ayuda. Y menuda suerte la mía de encontrarme con la puerta desbloqueada, aunque no estabas dentro. Justo cuando estaba buscando dónde tenías el teléfono fijo para llamar a la policía, oí las sirenas llegar.

—¿Teléfono fijo? ¿En qué año vives? En fin... De modo que tu plan era que yo asumiera ser el delator que llamara a las autoridades.

—Pero al ver que no estabas en casa, empecé a buscar un lugar donde esconder el cuchillo, por si acaso me encontraba con la policía. De modo que busqué y vi que tu cesto de la ropa sucia estaba casi vacío, de modo que tardarías varios días en poner la lavadora. Pero... ¿cuándo lo encontraste?

—Te vas a reír, pero fue a media mañana. Estando en el trabajo cuando tuve un pálpito y volví a mi casa corriendo. Busqué por todos los lados y cuando lo encontré, lo saque del piso, bloquee las puertas y bajé las persianas.

—¿Por qué hiciste eso? —preguntó Marlene con tono molesto.

—Porque es mi casa y ahí no entra nadie que yo no quiera que entre. Especialmente la vecina que hacía meses que no veía. Tuve una charla con ella muy interesante y le di el cuchillo. Si no recibe noticias mías cada hora, llamará a la policía para que vaya a su casa y les entregará el arma.

—¿Qué pretendes, Sergio? —preguntó Silvia alcanzando algo detrás de su abrigo.

—Yo no sacaría ningún arma, Silvia. Está muy feo, porque yo aun no os he contado quién soy en realidad. Veréis, hace cinco meses, unos vecinos hijos de puta se mudaron al piso de arriba y empezaron a joderme la vida con sus ruidos y bromas. Fue tres meses después cuando empecé a poner en práctica la venganza contra ellos. Aprovecharía la muerte de la niña para sembrar la discordia entre vosotras dos y que una matara a Julián. Luego, éste entraría en prisión; y para finalizar, la otra se suicidaría... o al menos haría que pareciera eso.

—¿Pretendes hacernos creer, que tú nos manipularías? —dijo Marlene y posteriormente, las dos mujeres empezaron a reírse a carcajadas —Tú no tienes lo que hay que tener para matar a alguien, Sergio. No te ofendas pero, ¿a cuánta gente has matado? Tu venganza ni siquiera ha empezado.

—La verdad es que sí empezó —comentó Sergio mientras sacó las dos pistolas que llevaba escondidas en el abrigo y apuntó a las dos mujeres—. Y

no sólo empezó, también terminará hoy. Las manos donde pueda verlas, por favor.

—¡No seas idiota, Sergio! —dijo Marlene muy seria —No serás capaz de disparar. Y no sólo eso, aunque en las películas se muestre al héroe haciéndolo, no puedes apuntar a dos sitios a la vez.

—Ya lo sé. Es sólo cuestión de probabilidad. Pero antes de terminar con mi venganza, os contaré cómo empezó. Había alguien que me tocaba los cojones todos los días a la misma hora. Llamaba a mi casa y se iba corriendo. Así que un día, esperé a que viniera para asfixiarla, y no sólo eso, para asegurarme de su muerte, le rompí el cuello. Luego la lavé con lejía para no dejar ningún rastro de ADN mío y me la llevé a otra ciudad, para dejarla en el lugar donde pertenecía... La basura.

—Hijo de puta... —comentó Silvia sorprendida —¿Fuiste tú el que mató a Laila!?

—Así es. Y no sabes cómo disfruté. Lo fácil que fue y lo placentero que me sentí. Desde ese día, no he tenido ningún sentimiento de culpa en ningún momento. Porque cuando matas a una cucaracha, no te arrepientes...

—Acabaste con nuestro negocio. ¡Maldito cabrón...! —gritó Silvia sacando una pistola pero Sergio le disparó en la frente, matándola en el acto. Marlene se quedó sin habla por unos segundos hasta que se volteó muy lentamente para mirar a Sergio. Éste sonrió satisfactoriamente al ver cómo ella la estaba mirando conmocionada.

—Marlene —dijo él en tono soberbio —, buen viaje a la nada —Y sin mediar más palabras, le disparó en el pecho, haciendo que cayera al suelo de espaldas. Todavía agonizando, intentó alcanzar el cuerpo de su hija, pero ésta ya no se movía del lugar en donde estaba. Sergio se acercó y se la quedó mirando por unos segundos.

—¿Por... qué...? —dijo ella agonizando y escupiendo sangre por la boca.

—Jodisteis mi tranquilidad —Y dicho eso, le disparó en la frente acabando con su vida.

Sergio se apoyó en su coche durante unos minutos. Ahí estaba, con los cadáveres de las dos mujeres que tenía planteado que matasen al hombre llamado Julián, quien había resultado ser mejor persona de lo que todos creían. No era el padre de Silvia, ni de Laila, ni tampoco violó a la niña en ningún momento, sino que fue su propia madre, que descubrió que era adoptiva, quien la obligó a prostituirse. El hombre sólo seguía las órdenes de

su hermana y sobrina porque quería volver a ver a su hija. Sergio recordó cuando mató a Laila; aunque no sentía remordimientos por lo que hizo, le pareció que no había provocado el dolor que quería, es más, había liberado a la niña del infierno al que estaba siendo sometida.

Guardó las pistolas dentro de su coche y procedió a meter a las mujeres dentro del vehículo con el que llegaron, sentando a Marlene en el asiento del conductor y a su hija en el del copiloto. Sacó el cuchillo de su guantera y se lo puso a Silvia en la mano. Cerró las puertas, bajó las ventanillas y se subió a su coche. Ése era el momento que estaba esperando; probaría las granadas de mano, de modo que arrancó su vehículo y se puso justo al lado de la ventanilla bajada del conductor, con las mujeres sentadas en su interior como si nada. Quitó la anilla, tiró el artefacto dentro y salió a toda velocidad de aquel futuro infierno. Unos segundos más tarde, la granada estalló. La velocidad a la que conducía el coche era tan rápida, que ni se preocupó de mirar que ocurría con el coche. Aunque el artefacto explosivo que había comprado era una granada de conmoción cuyo radio de explosión era bastante pequeño, sí podía verse afectado por la metralla que saliera disparada; así que condujo con la cabeza agachada hasta unos segundos después de oír la detonación. Se incorporó y ahora sí se fijó en el coche, que estaba ardiendo. Mientras miraba el espectáculo satisfecho, se dio cuenta de algo; no había señales de ninguna patrulla de la policía, lo que le hizo pensar que ya no tenía de qué preocuparse, de modo que empezaría a poner en marcha la venganza contra la inmobiliaria, la que no le resolvió ningún problema y se atrevió a ningunearlo.

Era miércoles por la mañana y la inspectora Rubio se había quedado dormida reclinada en silla de su mesa en la comisaría. Había estado toda la noche ocupada con un enfrentamiento entre las dos bandas de la droga que había en la ciudad. Una de ellas, la banda de los *Cobra*, había ido a la nave industrial abandonada donde se reunía la otra, los *Pumas*, y los habían acribillado a balazos. Había más de quince muertos, quienes no eran ni el diez por ciento de la organización, por lo que sólo podían esperar una venganza que llegaría tarde o temprano. Sobre la mesa de la inspectora había los papeles de los informes de la escena del crimen, que todavía no había acabado de rellenarlos todos, por lo que se lamentaba de todo el papeleo que tenía que hacer.

Decidió levantarse e ir a por un café. Mientras caminaba por los pasillo de

la comisaría, se encontró con varios de los agentes a los que había pedido que vigilaran a Sergio Valcárcel. Ellos le comentaron que, debido a los sucesos de la noche anterior, tuvieron que dejar la vigilancia por orden del comisario. Esto le fastidiaba a Rubio, pero estaba demasiado cansada como para enfadarse con nadie. Continuó caminando hasta encontrarse con el inspector jefe, pero ella pasó a su lado sin darse cuenta que estaba ahí, aunque él le llamó la atención. Le comentó que habían encontrado un coche calcinado en un descampado a las afueras de la ciudad y añadió que en un principio se creía que podía tratarse de alguna víctima de la guerra de bandas de la droga, por lo que le pidió que fuera para allá. Rubio aceptó, no sin antes tomarse tres cafés seguidos para ver si se desprendía del sueño que la abrazaba con tanta fuerza. Subió a su coche y se fue para el lugar.

Cuando llegó al descampado, uno de los agentes le explicó lo que habían encontrado hasta el momento. Un hombre paseando al perro esa misma mañana, se percató de un coche abandonado en ese descampado, y como quien no quiere la cosa, se acercó para curiosear. Mientras se aproximaba, advirtió que había algo dentro del vehículo que no sabía qué era. Al llegar al punto de casi meter la cabeza dentro del vehículo, se dio cuenta que se trataban de cuerpos chamuscados e inmediatamente llamó a las autoridades, haciendo que la policía se presentara en el lugar. Rubio preguntó si habían identificado a la víctima y el agente le informó que eran dos, además del hallazgo de algo extraño a unos metros del coche. El policía explicó que, por un examen preliminar del vehículo, no le prendieron fuego, sino que hicieron estallar con una bomba y la explosión provocó que el depósito de gasolina hiciera el resto. Curiosamente, habían encontrado lo que parecía un brazo a unos metros del vehículo, junto con un cuchillo de combate separado unos centímetros de él. Adicionalmente, hallaron lo que parecían armas de fuego que llevaban ambos cuerpos, pero para la identificación de los cadáveres, parecía que deberían esperar a la autopsia.

Rubio empezó a pasearse por la escena, dándose cuenta de las marcas de neumáticos que había en el suelo. Uno de los agentes le dijo que ya habían tomado las fotografías y recogido las muestras para ver si podían identificar el vehículo, pero la inspectora recordó algo; unos días atrás, alguien murió en las vías del tren cuando su asesino lo ató a ellas para que el vehículo lo atropellara. La víctima había dejado un mensaje antes de su muerte en el que indicaba, posiblemente, el nombre de su asesino. Un homicida que se fue del

lugar del crimen, dejando tras de sí, unas marcas de ruedas de neumáticos. De modo que la inspectora pidió que comparan las marcas encontradas allí, con las del caso del hombre arrollado por el tren. Rubio estaba convencida que las dos personas que había en el vehículo, serían víctimas del tal *Neo Azrael*; posiblemente, víctimas de Sergio Valcárcel.

Mientras examinaba el lugar pensando en todos los casos que tenía pendientes de resolver, uno de los agentes del lugar informó del hallazgo de la identificación de una de las víctimas. Al comprobarse un monedero bastante quemado, se encontró la documentación de una mujer; alguien llamada Marlene Romero Izquierdo, de 54 años. La inspectora pensó para sí misma que el hecho de haber dos personas allí, una de ellas ser la tal Marlene Romero y haber encontrado las marcas de neumáticos en la escena del crimen, hacían presagiar que el asesino no era alguien de una de las bandas de la droga, sino el propio Sergio Valcárcel. Rubio se lamentaba de que esa noche, el muchacho no hubiera estado vigilado, por lo que podrían haberlo capturado con las manos en la masa.

Ya de vuelta a la comisaría, en la sala de interrogatorios esperaba uno de los detenidos pertenecientes a la banda de los *Cobra*, autores de la matanza de la banda rival. Se trataba de un hombre de alrededor de treinta años, con un aspecto bastante intimidante, aunque eso a Rubio no le afectaba en lo más mínimo. La inspectora entró y se sentó frente a él con un café humeante en la mano. En la sala había otro agente de policía de pie junto a la puerta, a modo de vigilancia. La inspectora se quedó observando al detenido y éste no apartó la vista, quedándose mirando durante casi un minuto. Al final, Rubio se rió y empezó a hablar.

—Muy bien, tipo duro —dijo ella con tono burlesco—. Pero vamos a ver si te ríes tanto cuando te diga los cargos a los que te enfrentas. Asesinato, extorsión, pertenencia a banda armada, tráfico de drogas, resistencia a la autoridad... ¿Sigo? Veo que te importa una mierda. Pero lo que sí me gustaría saber es por qué atacasteis ayer por la noche y no otro día.

—No hablaré —dijo él inclinándose ligeramente hacia adelante—. Mis labios están sellados.

—Vaya. Tenemos aquí a un verdadero hombre de honor. Agente, ¿le importaría dejarnos solos?

—Pero, señora —dijo el agente nervioso—. Esto es altamente irregular.

—Tranquilo que no puede hacerme daño, ¿no ves que está esposado?

Puedes irte tranquilo, y asegúrate que nadie esté mirando detrás del cristal.

El agente se fue y cerró la puerta. Luego, Rubio empezó a voltear las cámaras de seguridad para que no grabasen nada, haciendo que el detenido sonriera con una mueca de superioridad.

—¿Pretende asustarme, inspectora? —dijo el detenido reclinándose sobre la silla —¿No me diga que me va a pegar? Tengo derechos y si usted los incumple, me quedaré con su placa.

—¿Pegarte? No soy una salvaje. Si volteo las cámaras es para que no puedan leerme los labios. Y créeme, eso será lo mejor para ti —El detenido se quedó pensativo sin entender de qué estaba hablando la inspectora. Luego ésta, prosiguió —Tú perteneces a la banda de los *Cobras*, ¿no es así? Pues te hemos investigado y sabemos que les has estado filtrando información a la policía.

—¡Eso no es verdad! —dijo el detenido levantándose muy alterado — ¡Miente!

—Claro que miento. Pero piénsalo por un momento. Si yo hago correr el rumor de que tú nos estás facilitando información como infiltrado en tu banda, todos tus compañeros van a enfadarse mucho. ¿Ves por dónde voy?

—¿Qué es lo que quiere, inspectora?

—Sólo quiero que me respondas a unas preguntas. ¿Por qué el ataque fue ayer precisamente?

—Mataron a uno de mis compañeros. Y no sólo eso, detuvieron a otro de nuestra banda acusándolo de su muerte.

—Julián Romero. Lo sé, ahora está en la cárcel. Al parecer hizo algo muy feo con tu compañero...

—¡Él no lo mató! Justo cuando mi amigo fue a su casa a comentarle algo, su sobrina se lo cargó allí. Su sobrina es miembro de nuestra banda rival, los *Pumas*. Lo obligó a hacerlo por alguna razón que desconocemos. Pero nos avisó por mensaje. Aun lo tengo en el móvil; lo recuerdo perfectamente. Decía: *Mi sobrina es miembro de los “Pumas”, ella ha apuñalado a Javier y luego, lo ha descuartizado cuando aun estaba vivo. No he tenido más remedio que obedecer. Aun no he perdido la esperanza de volver a ver a Yolanda.*

—¿Yolanda? ¿Quién es esa?

—No lo sé. Pero fuimos inmediatamente a matar a su sobrina, ¡a vengarnos! Pero al llegar a su edificio, la policía se lo estaba llevando

esposado. Fuimos corriendo a contárselo al jefe y después, empezamos a trazar un plan de venganza. Pero no la encontramos. No sabemos dónde está.

—Está muerta.

—¿Cómo? ¿Cuándo? ¿Quién ha sido!?

—Quién ha sido, no lo sabemos aun. Cuándo ocurrió, la noche de vuestra venganza, en un descampado en las afueras de la ciudad. Y cómo, digamos que les dispararon y luego las metieron en un coche, en el que lanzaron una granada dentro. Obra de un sicario, un asesino a sueldo o alguien diferente a todos ellos. ¿Te suena el nombre de Sergio Valcárcel?

—No. Bueno... creo. ¿Quién es? ¿El asesino de la sobrina?

—Mira esta foto —dijo la inspectora mostrando una foto de Sergio—. ¿Te suena?

—Sí, va a mi gimnasio. A veces hemos hablado. Es quién nos comentó que había visto a alguien de los *Pumas* vendiendo droga en nuestro territorio. Por eso Javi se fue corriendo a hablar con el señor Julián. Oiga, inspectora. ¿Quién es este tío?

—No es nadie. Sólo es un pobre desgraciado que se gana la vida como jefe de contabilidad. Es sólo que fue visto hablando con vosotros momentos antes de que tu amigo fuera asesinado.

—Sí, estuvo con nosotros. Parece buen chaval. No creo que tuviera mala intención al decirnos eso, sólo lo comentó sin más.

La inspectora volvió a poner las cámaras en su posición habitual y le comentó al detenido que pondría en el informe que había respondido a las preguntas, pero que éstas, no habían aportado nada. Abrió la puerta y le pidió al agente que se lo llevara a la celda. Rubio paseaba pensativa por la pequeña sala de interrogatorios, dándole vueltas a la cabeza y pensando: «¿Has empezado una guerra de bandas, sólo para matar a dos personas? ¡Maldito Sergio! Siento que estás siempre un paso por delante».

El teléfono de la inspectora sonó. Se trataba del laboratorio hablándole sobre la identidad de los cadáveres. Confirmaban que aparte de Marlene Romero, la otra persona era su hija Silvia. Rubio ya lo sabía, su intuición no le había fallado al dar por supuesto su identidad, además, le comentaron sobre las balas encontradas en el descampado. Un de ellas, la que probablemente mató a Silvia Romero, había sido disparada con el mismo arma que la que mató a Francisco Cortés y Alba Linares, el examigo y exnovia de Sergio Valcárcel; Y además, había dos balas más. Una se encontró cerca del vehículo

y la otra la tenía Marlene en el pecho. Ambas balas, se dispararon con la misma pistola con la que se hirió a Enrique Ortega, el hombre que murió arrollado por el tren. La inspectora estaba segura que tendría motivos de sobras para solicitar una orden de registro en casa, coche y oficina de Sergio. Pero la llamada no acababa ahí. El agente al otro lado del teléfono, explicó que habían estado examinando el cuchillo encontrado y coincidía con el arma con la que apuñalaron a Javier Salas, el hombre presuntamente asesinado por Julián Romero. Por suerte, la explosión hizo que el cuchillo saliera volando y no sufriera grandes daños, ya que habían conseguido encontrar partículas microscópicas de sangre de la víctima en la punta y sangre de otra persona en el filo. Comparándolas con el ADN de los cuerpos calcinados, la sangre del mango coincidía con la de Silvia. Sólo habían encontrado huellas de la mujer, pero fueron dejadas en los momentos antes de la explosión. Rubio agradeció la información y colgó el teléfono. Decidió que esa noche, se tomaría un descanso, pero no sin antes, rellenar la solicitud para una orden de registro para la casa de Sergio Valcárcel.

12. CONTADOR A CERO

Era viernes por la tarde y Sergio había decidido pasarla en su casa para disfrutar de la situación en la que se encontraba su hogar. Su mente estaba tranquila, ya no volverían los ruidos y las molestias al piso de arriba, por lo que había estado los últimos días durmiendo muy plácidamente sin hacer uso de los taponos para los oídos. Ya no oía pasos de tacones, ni su balcón estaba lleno de basura, ni tampoco nadie llamaba a su timbre para irse corriendo, estaba volviendo a vivir de nuevo.

Relajado en su sofá, recibió un aviso en su teléfono que afirmaba sobre que su expediente había sido solucionado. Sergio no entendía de qué iba todo eso, de modo que lo examinó mejor y comprobó que se trataba de un mensaje de la inmobiliaria a la que había ido a quejarse cinco meses atrás, debido a las molestias de sus vecinos de arriba. Al parecer, ahora le daban una respuesta, seguramente porque ya no vivía nadie en ese piso; esto provocó que Sergio se enfadara, no podía creer que hubieran tardado tanto en contestar, haciéndolo cuando el piso no sólo estaba vacío, sino que se había convertido en la escena de un crimen. Pero eso a él no le alteró sus planes, sabía de sobras que iba a llevar a cabo la venganza contra los trabajadores de esa empresa, tuvieran o no culpa de ello.

Aunque luego, pensándolo mejor, decidió no matar a los oficinistas porque creía que era mancharse las manos de sangre de forma absurda y sin sentido; Sergio quería matar al dueño, al hombre sudoroso que le había hecho perder el tiempo rellenando un informe para que le contestaran casi medio año después. De modo que pensó si de verdad el gerente de la inmobiliaria era el único culpable o si por el contrario, había una empresa central que se encargaba de todo. Investigó a fondo el asunto y se encontró con que ese hombre sudoroso, era el único que mandaba, ya que la empresa no era ninguna filial ni tampoco franquicia. El gerente le había engañado meses atrás y ese día le había enviado un mensaje para mofarse de su solicitud, recordándole lo buenos y eficientes que eran en ese negocio. Eso lo agitaba, le hacía sentirse peor que cuando se dio cuenta de que las dos vecinas de arriba lo habían estado utilizando. Optó por relajarse, ya que era viernes, y la ciudad estaba muy

tranquila, así que decidió ir a su bar de siempre a tomarse un trago para tratar de olvidarse de ese dolor provocado por lo que consideraba una humillación.

De repente, alguien llamó a la puerta. Irónicamente, Sergio pensó que era otra vez el ángel vestido como la niña y que venía a convencerlo de no matar a nadie más. Se levantó y fue a abrir temiéndose lo peor, pero allí estaba su vecina de al lado Susana, quien parecía muy inquieta. Sergio la dejó entrar y hablaron en el mismo recibidor. La mujer estaba muy preocupada porque no había recibido ninguna noticia de sus chantajistas, algo que le provocaba ansiedad.

—No tienes de qué preocuparte —dijo Sergio poniéndole una mano en el hombro—. Las dos mujeres que te chantajeaban... han muerto.

—¿¡Cómo!? ¿Y... cómo lo sabes?

—Porque eran las dos mujeres que vivían en el ático segunda. Aparecieron muertas hace unos días. Enfadaron a alguien y se las cargaron.

La mujer lo miró muy asustada y le preguntó muy tímidamente —¿Sabes quién ha sido?

—Ni lo sé, ni me importa. Y tú deberías hacer lo mismo. Olvídate de este asunto cuanto antes. El cuchillo puedes tirarlo en algún contenedor de basura que esté lejos de aquí.

—Lo haré. Además, he decidido irme a vivir lejos de este lugar. Ese piso me trae demasiados recuerdos. De modo que, ahora que sé esto, me iré lo antes posible. Gracias por tu ayuda, Sergio.

—Cuídate —Y después de abrazarse con su vecino debido a la tensión que sentía ella, la mujer salió por la puerta.

Llegó la noche, pasadas las nueve, y Sergio se fue al bar a tomarse algo. Llegó a la puerta, encontrándose a un chico joven tirado en el suelo bocarriba que parecía herido; todo parecía indicar que acababa de recibir una paliza, aunque estaba ligeramente consciente y revolcándose en su propio dolor. Lo ignoró por completo, pensando que estaría ebrio, y pasó por su lado para entrar en el local. Dentro estaban los camareros alterados pero riendo, como si hubiera pasado algo diferente esa noche, pero Sergio se fijó en cómo el bar estaba recobrando su aspecto de siempre después del incendio, además de cómo su taburete habitual le estaba esperando en el mismo lugar. Se sentó, no sin preguntarle al camarero de la barra si había pasado algo diferente, a lo que éste le respondió que el chico que unas semanas atrás quemó el local, había vuelto y todos le habían echado dándole un buen escarmiento. Entonces se dio

cuenta que el muchacho tendido en el suelo era el que quiso robarle semanas atrás, el chico llamado Roberto, quien al parecer no estaba preso por el incendio que el mismo Sergio provocó para inculparle, después de que el muchacho amenazara al dueño delante de todos. Ignoró todo aquello y se pidió una copa.

Pasaron veinte minutos, en los que se oyó como una ambulancia llegaba al lugar para llevarse al joven herido. Mientras tanto, Sergio ya llevaba dos copas de whisky, además de estar mirando a su tercer vaso, cuando de pronto, una mujer de treintaicinco años, con el pelo castaño ondulado y actitud intimidante, se sentó a su lado, haciendo que Sergio la mirara y sonriera con expresión sarcástica.

—Vaya por dios —dijo él mientras miraba a la mujer—. Esto creo que podría considerarse acoso, inspectora Rubio. Primero me haces ir a la comisaría tres veces, luego vienes a mi casa y ahora te presentas en mi bar favorito.

—No te hagas ilusiones, Sergio —contestó ella con una expresión de fastidio y enojo—. Hoy no tengo ganas de jugar contigo.

—¿Un mal día en el trabajo? ¿Acaso ha habido otro asesinato del que no me puedes acusar?

—La verdad es que sí. Tus vecinas de arriba aparecieron muertas hace unos días en un descampado. Pero claro, ahora me dirás que no sabías nada; a pesar de que una de ellas te llamó la mañana anterior a su muerte. Pero como ya te he dicho antes, hoy no tengo ganas de jugar contigo.

—Qué me dices. No tenía ni idea. ¿Como no me has llamado para interrogarme?

—Eres muy listo, Sergio, dudo mucho que te pueda atrapar tan fácilmente. Pero por esta noche, voy a hacer una tregua contigo. ¿Te tomas algo conmigo?

—Claro, nunca rechazo una invitación, especialmente de mis enemigos —contestó Sergio plenamente consciente de que la inspectora sólo quería que bajara la guardia para sacarle información.

Estuvieron bebiendo durante varios minutos, en los que tuvieron una charla intrascendente sobre temas varios. Mientras hablaban tranquilamente, Sergio se dio cuenta que la inspectora sólo había pedido una única copa y él ya llevaba varias. Lo estaba interrogando de una forma sutil, hablando de temas banales y simples para hacer que bajara la guardia; Rubio le estaba haciendo un perfil psicológico para saber cómo era realmente. Pero él, no sólo se dio

cuenta enseguida de las artimañas de la inspectora, sino que sentía que podía aprovechar la situación y empezó a mostrarse como una persona bastante simple y sencilla, alguien a quien la maldad lo esquivaría. Rubio siguió hablando sobre temas variados y Sergio le contestó aparentando ser una persona muy transparente y bondadosa. Sergio percibió que los ojos de la inspectora mostraban duda, no estaba contenta de las respuestas; era como si no hallara lo que realmente quería encontrar, pero en ese momento, él se percató de algo sospechoso en el ambiente. Un hombre extraño los estaba observando atentamente sentado desde en una mesa apartada. Se trataba de un chico de unos veintisiete años, de alrededor de metro ochenta de altura, delgado, con el pelo corto de color castaño oscuro y con gafas gruesas de color negro. No paraba de escribir en su teléfono, pero no parecía como si estuviera hablando con nadie; estaba prestando mucha atención a la inspectora.

—Carla —dijo Sergio acercándose y susurrándole al oído—. Hay un hombre sospechoso que no te quita el ojo de encima.

—Esto es un bar un viernes por la noche, Sergio. Es normal que pasen esas cosas.

—No me refiero a eso. Está apuntando muchas cosas en el teléfono y mira demasiado hacia aquí.

—Dime su posición y cuántos son —dijo la inspectora muy seria y con la mano dentro de su abrigo para alcanzar lo que parecía una pistola.

—Es uno y está en la mesa justo a tu izquierda.

La inspectora Rubio volteó la cabeza y el hombre que la estaba mirando, rápidamente bajó la cabeza para mirar a su teléfono, pero Rubio se levantó y empezó a ir hacia la mesa, momento en que el hombre misterioso se levantó para irse a toda prisa, aunque ella lo alcanzó antes de que se fuera. Le puso discretamente la pistola contra su abdomen, pidiéndole que no se moviera, y lo hizo sentarse de nuevo en la silla, acomodándose ella a su lado. Sergio también se sentó pero en frente de ellos para ver qué sucedía con ese muchacho.

—Quiero que me contestes a unas simples preguntas —dijo ella en un tono tranquilo pero amenazante—. Uno, ¿quién eres? Dos, ¿qué haces aquí? Y tres, ¿por qué me estás espiando?

—Sólo... sólo soy un simple periodista de investigación —respondió el misterioso hombre con voz temblorosa—. Busco información sobre el caso de la niña encontrada muerta hace más de un mes.

—¿Qué niña muerta?

—La que se llamaba Laila Romero. Usted participó en el caso, inspectora. Pero al no resolverse, el portal de noticias por el que trabajo, me pidió que lo investigase.

—Te recomiendo que no te interpongas en mitad de una investigación policial. Ese caso sigue abierto todavía. Si nos provocas algún problema, tendré que arrestarte por obstrucción.

—Perdón, perdón... Si no es mucha indiscreción, ¿qué hace usted con uno de los vecinos de la niña desaparecida.

—¿Es que conoces a todos los vecinos del bloque? —preguntó Sergio extrañado.

—Claro, es mi trabajo. Todos los vecinos del bloque pueden aportarme alguna información y los he estado investigando estos últimos días.

—¡Esto es una violación de mi intimidad! Inspectora, quiero presentar una denuncia.

—Por supuesto —replicó Rubio pensativa —, este hombre va a pasar la noche en el calabozo. Pero antes, quiero que me contestes a unas preguntas sobre lo que has averiguado. Acompáñame.

—¿Qué? Pero, ¿por qué? —dijo el periodista muy asustado.

—Lo siento, Sergio —dijo la inspectora con una sonrisa mientras esposaba al hombre—. Voy a tener que interrogar a este periodista. A lo mejor ha grabado alguno de tus asesinatos. Algo que me facilitaría la labor de tu detención.

Sergio se quedó mirando a la inspectora con una expresión muy seria, viendo cómo se llevaba detenido al periodista al que quería interrogar.

—¡Espera, inspectora! —Interrumpió Sergio muy nervioso —Esto es irregular, no puedes detener a alguien que no ha hecho nada. Es una vulneración de sus derechos.

—¿Y a ti qué te importa, Sergio!?! —dijo ella acercándosele sonriendo con la mirada juiciosa y desafiante —¿Acaso temes que me diga algo que no debería saber? Si me lo cuentas tú antes, este hombre no dormirá en los calabozos. ¿Qué me dices? ¿Vas a confesar algo?

Sergio se quedó sin palabras haciendo que la inspectora sonriera de satisfacción. Su mirada reflejaba soberbia mientras que la del joven aparentaba miedo.

—No. No tengo nada que contarte.

—Mejor. Más divertido para mí —dijo ella dándose la vuelta para irse y cuando empezó a caminar añadió—. No salgas de la ciudad.

La inspectora se fue del bar con el detenido esposado, aunque llevándoselo discretamente. Sergio volvió a su taburete, se sentó y agarró su vaso. Unos segundos más tarde, empezó a sonreír con una mueca de superioridad.

La inspectora se había llevado al periodista para preguntarle por los movimientos de uno de los vecinos del bloque, el inquilino del tercero segunda Sergio Valcárcel. Pero lo que ella no se podía llegar a imaginar, es que Sergio era plenamente consciente de la existencia de ese hombre. El miércoles pasado, dos días después del asesinato en el edificio, lo había encontrado husmeando por el bloque. Aunque el periodista no llegó a descubrir a Sergio, sí que aprovechó la situación para mostrarse perfectamente normal. Pero el periodista llevaba un día investigando a los vecinos, por lo que se aseguró de que no supiera nada que pudiera fastidiarle.

Lo siguió hasta su casa discretamente y entró en ella usando su juego de llaves especiales mientras el hombre dormía. Afortunadamente, vivía solo, por lo que pudo hacer su trabajo más tranquilo. Usó un somnífero, que aun tenía de cuando asesinó a los primos, para dormir al periodista y así asegurarse que no despertara encontrándolo allí. Rebuscó en el teléfono y el ordenador, además de varios apuntes a mano que tenía y los comprobó punto por punto, pero único que decía que podía incriminarlo, era cuando su vecina de al lado saltó a su balcón y que él salió a las nueve y media de su casa la noche del martes. Esta última parte era la que más le haría sospechar, de modo que la modificó, explicando que salió de casa menos de dos minutos para tirar la basura. La parte de cuando su vecina saltó a su balcón, la modificó ligeramente diciendo que había saltado para recoger una pieza de ropa tendida que había volado por el viento. El otro punto, de cuando esa misma tarde él la visitó en su casa, sí la dejó como estaba porque tampoco le parecía que fuera nada extraño, añadiendo que había sospechas de que fueran amantes debido a su viudedad. Para finalizar, se aseguró que no había grabaciones de voz, vídeo o de ningún otro tipo y acabó marchándose de esa casa. Al día siguiente, el periodista volvió, pero al saber que estaba investigando a la gente del bloque, Sergio pudo fingir ser una persona de lo más normal.

Sergio se regocijaba pensando que la inspectora se desilusionaría enormemente cuando el hombre le contara todo lo que había investigado y

ninguna de esa información, serviría para detenerlo; posiblemente, lo encerraría en una celda esa noche como castigo por no aportarle nada. Sergio había estado un paso por delante de la inspectora, algo que le agradaba enormemente, pero el momento de alegría, fue interrumpido cuando llegó una patrulla de la policía al local con la intención de detener a los camareros. Uno de los agentes explicó que un joven había sido agredido por varios de los trabajadores de ese bar y que tenían que acompañarlos a comisaría. El dueño intentó tranquilizar a todo el mundo actuando como mediador, pero el agente de policía, informó que el joven había caído en un coma y que según el diagnóstico preliminar de los médicos, había muchas posibilidades de que nunca despertara. El agente también explicó, que antes de perder la consciencia, el muchacho había escrito en un papel que los camareros del bar *Tres Copas* le habían agredido nada más entrar en el local y sin razón aparente.

Uno a uno, la policía se fue llevando a todos los camareros y el dueño tuvo que cerrar por esa noche, disculpándose con todos lo presentes. Sergio se lamentaba de no haber visto la pelea, que para dejarlo en coma, tendría que haber sido impresionante. Aunque él era quien había provocado todo eso, no se arrepentía lo más mínimo; consideraba que el joven llamado Roberto, tenía lo que se merecía por haberle intentado robar y desafiarle delante de todo el mundo. De modo que se levantó y salió del bar para que el dueño pudiera cerrar. Deambuló por la calle durante un rato, sin rumbo fijo y sin alejarse mucho del bar donde había estado bebiendo, porque su coche estaba aparcado en las cercanías. Al cabo de unos minutos de caminar, se encontró una escena curiosa; muchas personas estaban entrando a lo que parecía una nave industrial. Como ya era medianoche, le pareció curioso ver a tanta gente en ese lugar, pero las sorpresas no terminaron allí; uno de los individuos que estaba accediendo a ese sitio, era su próxima víctima.

Reconoció al tipo sudoroso de la inmobiliaria entrando en esa especie de fábrica, que no parecía estar abandonada, pero tampoco reflejaba una gran actividad industrial, de modo que decidió acercarse a ver qué había allí. En la puerta había dos hombres trajeados muy musculosos a cada lado de la puerta. En un principio pensó que se trataría de una fiesta privada de algún tipo, pero las personas que estaban entrando, no tenían la mirada como si fueran a una celebración, parecían más como si fueran a buscar consuelo. Se plantó delante y preguntó qué había dentro, pero uno de los hombres, el de la derecha, le

contestó de forma muy grosera e impertinente que se fuera de allí porque no querían fisgones en ese lugar. Esto no hizo más que aumentar la curiosidad de Sergio, pero antes de volver a preguntar, el otro hombre le empujó repitiéndole lo mismo que su compañero. Sergio los miró de mala gana y optó marcharse del lugar.

Mientras caminaba por esa calle, decidió doblar la esquina e intentar colarse por algún otro lugar. Se subió a una farola que había en el callejón de al lado para llegar hasta lo más alto. Una vez arriba, vio que en el techo de la nave, había varias ventanas de cristal que dejaban ver lo que pasaba dentro, de modo que echó un vistazo y pudo observar cómo estaba lleno de una gente que no parecían muy normales. Todos llevaban una especie de túnica roja con una capucha, aunque algunos llevaban la cabeza descubierta, y parecían estar esperando la charla que les iba a dar alguien sobre una especie de escenario. El lugar estaba lleno de velas y en medio de éste, un enorme pozo de fuego hecho con piedras en el que ardían grandes llamas. Sobre el supuesto escenario, había un gran estandarte con un símbolo extraño que nunca antes lo había visto; consistía en una mano con siete dedos de color azul, con un agujero redondo en el medio y dentro de éste, una estrella dorada de doce puntas. Lo supuso en ese momento; eso de allí, parecía una secta, de modo que se dio media vuelta para irse de ese lugar. No tenía ganas de quedarse allí arriba por mucho tiempo, no sólo debido al frío, sino por si acaso era descubierto y le secuestraran para ofrecerle como sacrificio a ese culto tan extraño. Pero el hecho de haber visto al tipo de la inmobiliaria, le hacía pensar que podría utilizarlo para que le contara qué era todo eso y así, saciar su curiosidad.

Mientras tanto, la inspectora Rubio estaba entrando en la sala de interrogatorios, donde le esperaba el periodista al que había llevado allí desde el bar *Tres Copas*. Se sentó delante de él y lo observó con la mirada penetrante, haciendo que él, le apartara la vista intimidado por la inspectora.

—Te llamas Mario Vargas, ¿verdad? —preguntó la inspectora.

—Así es, señora —respondió el periodista muy nervioso—. No he hecho nada malo.

—Eso lo decidiré yo. Pero, respóndeme a esto: ¿Cuándo empezaste a investigar el caso de la niña?

—El martes de esta semana. Al día siguiente del asesinato en el ático

segunda.

—¿Y qué has averiguado de los vecinos hasta el momento?

—Pues, que algunos tienen vidas curiosas. Como el vecino del primero segunda, que resulta que fue policía de homicidios.

—¿En serio?

—Sí, hace veinte años se jubiló. Aunque sigue investigando pequeños casos sin importancia en los que se ofrece por el barrio. También está la vecina del tercero primera, que se quedó viuda hace unos meses cuando su marido perdió la vida en un accidente de coche. Pero oiga, resulta que la compañía de seguros le pagó una gran suma de dinero y ella lo traspasó a una cuenta en criptodivisas. ¿Sospechoso, no?

—Muy sospechoso... pero quiero que me hables de Sergio Valcárcel.

—¿El hombre con quien estaba usted antes?

—Sí. Háblame de todos sus movimientos.

—Deje que lo mire en mis apuntes... No parecía un hombre muy interesante. Trabaja en una consultoría, llega a casa después de ir al gimnasio y hoy, extrañamente, ha ido a ese bar donde estaba usted también.

—Quiero que me digas qué hizo el martes.

—Bien, llegué al edificio cerca del mediodía. Observé los balcones y allí... vi cómo la vecina del tercero primera, saltaba al balcón de Sergio Valcárcel. Al parecer... se le voló una pieza de ropa... Hmmm, qué raro... No recuerdo haber apuntado esto. Pero da igual. Sergio llegó por la tarde después de trabajar y estuvo en su piso un rato. Luego fue a casa de su vecina de al lado y allí dentro estuvieron también un buen rato. No sé, tal vez al ser viuda, el señor Valcárcel la estaba... consolando. Usted ya me entiende.

—No te desvíes. Qué hizo por la noche.

—Tengo apuntado que a las nueve y media salió... ¿a tirar la basura? Pues... debe de ser verdad si lo tengo apuntado. Salió a tirar la basura y volvió a los dos minutos. Luego de eso, yo me fui a casa. ¿Le cuento qué ocurrió al día siguiente?

—Por favor —respondió la inspectora y allí le estuvo el periodista contando todos los pasos que hizo Sergio durante el miércoles, jueves y viernes. No había nada sospechoso en sus declaraciones. Rubio no tenía nada con lo que atrapar a su principal sospechoso. Luego de unos minutos en los que el periodista le empezó a contar sobre los demás vecinos, la inspectora añadió —Escúchame, Mario. Voy a dejarte libre, pero con dos condiciones.

La primera es que ni se te ocurra ponerte en medio de la investigación policial, y además, me reportarás los avances que hagas semanalmente en ese caso; y la segunda, es que quiero que investigues a fondo a Sergio Valcárcel; pasado, amigos, amantes, trabajo, aficiones, todo. Quiero que averigües cualquier cosa sobre ese hombre. ¿Entendido?

—Por supuesto, señora.

—Bien, y ahora lárgate —dijo la inspectora con tono agotado. Y allí se quedó, con la cabeza agachada y pensando en cómo detener a Sergio.

La inspectora se fue a su mesa. En la zona no había nadie, ya que era pasada la medianoche y no había ningún otro inspector por ahí. Empezó a mirar los papeles del caso de las dos mujeres encontradas en el descampado a las afueras de la ciudad. Por su cabeza no paraba de darle vueltas a la relación de las mujeres con su sospechoso favorito. Marlene y Silvia Romero, habían tenido contacto con Sergio Valcárcel, no sólo como vecino, sino que incluso habían habido denuncias. El muchacho se había querellado contra sus vecinos de arriba por molestias y agresiones varias, además de quejarse de los ruidos nocturnos. Pero desde que la niña había desaparecido y se encontrara muerta, parecía que la guerra entre ellos terminó. Las dos mujeres se hicieron amigas de él, hasta el punto de acostarse juntos; estaba claro que Marlene y Silvia lo estaban utilizando, pero no se podía imaginar por qué Sergio no se daba cuenta. Podía ser posible que él quisiera utilizarlas también, pero no se le ocurría ningún motivo.

Rubio no entendía la posible relación entre Sergio y las dos mujeres, de modo que continuó pensando qué era lo que hizo unirles a los tres. Podría ser que tanto Marlene como Silvia quisieran usar a Sergio como chivo expiatorio para algún trabajo, ya que ambas eran miembros de la banda de los *Pumas*. Era posible que incitaran a Sergio a hablar con los tres hombres de su gimnasio y darles información falsa para empezar una guerra de bandas de la droga. Pero la inspectora era muy consciente de algo, Sergio no parecía el típico individuo que haría algo así sin saber lo que estuviera haciendo; pensaba si podría tratarse de algo más turbio. Luego, Rubio se reclinó en la silla y confió en que su nuevo investigador, el periodista llamado Mario Vargas, le conseguiría mejor información al respecto.

Pasó una semana desde que el periodista estaba investigando a Sergio Valcárcel y la inspectora Rubio había quedado con él, en una cafetería del centro de la ciudad a las cuatro de la tarde de ese mismo jueves. Pero el

susodicho no aparecía y Rubio lo estaba esperando de malhumor. Una hora antes, el reportero le había comentado por teléfono que tenía algo jugoso para ella, pero la inspectora le pareció que sólo le estaba vendiendo humo. Ya llevaba tres cafés y el hombre no aparecía, así que sacó su teléfono para gritarle de mala manera, pero antes de dar señal, el periodista apareció corriendo. Se disculpó con Rubio, pero ésta lo agarró del cuello amenazándole que la próxima vez que la hiciera esperar, lo encerraría de por vida. Lo empujó violentamente hacia una silla, obligándolo a sentarse y de forma muy intimidante, le preguntó al hombre:

—¿Qué tienes para mí? ¿Qué es eso tan jugoso?

—Ahora mismo, señora —dijo él todavía sacudido por la amenaza de la inspectora—. He estado investigando al susodicho y he podido constatar que es una muy buena persona, aunque con algunas rarezas.

—¿Qué rarezas?

—Tarda mucho en aparcar su coche. Cuando lo hace, sale fuera con una cinta métrica para comprobar que el espacio entre los vehículos sea igual; luego saca un nivelador para asegurarse de que el suelo esté equilibrado. Otra de las rarezas, es que cuando toma café, remueve con la cucharilla ocho veces haciendo un ocho y luego le da ocho sorbos. Y la más rara de todas, cuando va a comer fuera, se lleva su propio vaso para beber y una foto de sí mismo que pone frente a él.

—¡Idiota! —gritó ella enojada haciendo que todo el local la mirara —¿No te das cuenta de lo que ha pasado, verdad?

—¿Que es una tipo... interesante? —respondió él asustado.

—Te ha descubierto. ¿Es que no lo ves? Se está riendo en tu cara. ¿¡Quién es el imbécil que se lleva una foto suya a un restaurante!? Si me dices que lo hace algún famoso excéntrico, pues te creo, pero... ¿un tipo normal como él?

—Hay más cosas... ¡Y más interesantes que lo describen como alguien bueno!

—Dudo mucho que haya hecho algo fuera de lo común.

—Ha ido a servir comidas a un albergue para personas sin hogar, ha estado leyendo cuentos a niños enfermos de cáncer en la planta infantil de un hospital, ha donado dinero para la construcción de una biblioteca en el tercer mundo ... y además una vez, ayudó a un ciego a cruzar la calle.

—¡Eres el tío más INÚTIL que he conocido nunca! No sólo te ha descubierto, sino que encima ha estado mofándose de ti haciéndote creer que

es una buena persona. Eres tonto.

—Yo... yo sólo lo he hecho lo mejor posible.

—Desaparece de mi vista —dijo la inspectora con expresión de agotamiento—. ¡Ah! Por cierto. No se te ocurra volver a husmear por el edificio, a menos que quieras ser detenido por obstrucción en una investigación policial.

—Pero me despedirán... —Y la inspectora lo miró con unos ojos tan amenazantes, que hubieran hecho retroceder de miedo al delincuente más valiente. El periodista se fue y Rubio se quedó en la cafetería, frustrada de no haber conseguido nada.

Era jueves por la tarde y Sergio no veía rastro del periodista al que consideraba muy pesado y que llevaba siguiéndole una semana. Él se reía de cómo lo había estado engañando y de lo fácil que había sido. De modo que al no verlo en las cercanías, decidió irse a la inmobiliaria a hablar con el gerente, su próxima víctima, para averiguar qué era esa especie de secta extraña.

Llegó a la inmobiliaria y al entrar, pudo ver que el local seguía tan desorganizado como la última vez que fue. Le comentó a una de las chicas que había allí que deseaba hablar con su jefe, pero ésta empezó a mostrarle fotografías de casas en venta, a lo que Sergio le volvió a preguntar muy tranquilo, pero ella seguía con lo suyo, mostrándole en la pantalla del ordenador, varias casas y apartamentos que tenían en venta. Harto de eso, decidió ir directamente al despacho donde estaba el gerente, ya que recordaba perfectamente dónde estaba situado, pero la joven chica se alteró gritando que iba a llamar a la policía, a lo que él se detuvo y volteó su cabeza mirándola con desprecio mientras negaba con la cabeza.

—Dile a tu jefe que quiero hablar con él... —dijo Sergio en un tono serio y amenazante que inmediatamente cambió por uno más cordial — Por favor.

La chica aceptó y fue a avisar al gerente de la inmobiliaria, quien apenas lo hizo esperar unos minutos cuando le indicó que podía pasar a su despacho. Al entrar, vio al mismo hombre que había visto el viernes por la noche, cuando éste estaba entrando en esa misteriosa nave industrial situada en medio de la ciudad. Aunque seguía igual de obeso, esta vez no estaba sudando a chorros como la última vez. El hombre se levantó de la silla, le ofreció la mano a Sergio, se presentó diciendo que se llamaba Ignacio Ramírez y luego le

preguntó en qué podía ayudarlo. Después de las presentaciones, Sergio le habló del mensaje recibido sobre su queja referida a sus vecinos de arriba, lo cual el gerente le comunicó que las personas que vivían allí, habían dejado la vivienda libre y ahora tenían prevista ponerla en venta próximamente. Aunque no le contó el porqué, a Sergio le extrañó que no se lo explicara, ya que sabía perfectamente que vivía justo debajo y que se había enterado del asesinato. Cuando se lo comentó, el gerente se disculpó y afirmó que era la costumbre para no asustar a los posibles compradores.

Sergio le empezó a hablar de temas más banales, quería que bajara la guardia y poder preguntarle sobre la misteriosa reunión. De entrada le preguntó por su familia, amigos y de cómo estaba viviendo su vida, algo que al hombre le resultaba extraño. Sergio veía que en sus ojos había duda y desconfianza; el hombre tenía una fuerte coraza cubriéndole el cuerpo para no hablar sobre nada que le afectara directamente, de modo que optó por cambiar radicalmente de estrategia y fingir estar en un estado depresivo. Sergio empezó a hablar de lo mal que lo había pasado con los vecinos, de cómo había afectado a su vida de forma negativa, a su trabajo y en especial a su relación con su novia, quien lo había dejado. Bajó la cabeza y comenzó a fingir que su voz se le entrecortaba, pero el hombre parecía apático, no mostraba ni un atisbo de humanidad. A Sergio esto le estaba poniendo nervioso, de modo que fue a más.

—Hay momentos en mi vida... —dijo Sergio al borde de las lágrimas — en los que me siento tan solo, sin nadie que me guíe y sin nadie que me apoye...

—¿Te sientes solo, joven? —dijo el gerente llamado Ignacio mostrando lo que a priori parecía una ligera muestra de empatía —¿Qué estarías dispuesto a hacer para no estar solo?

A Sergio le parecía que el hombre había picado el anzuelo y en ese momento sólo tenía que jugar muy bien sus cartas. No podía mostrarse demasiado ansioso ni demasiado evasivo; tenía que encontrar un equilibrio que le mostrara débil, manejable y a la vez determinado a hacer cualquier cosa.

—Estaría dispuesto a cualquier cosa, señor Ramírez. Cualquier cosa con tal de sentirme útil y ayudar a la gente que me apoye.

—Sí, sí. Eso está muy bien, pero ¿cuál es tu verdadero límite, Sergio? ¿Estarías dispuesto a dejar atrás tu vida actual? ¿Tus amigos actuales? ¿Poner

fin a todo?

—Claro. Si alguien me garantiza la felicidad... —respondió Sergio con lágrimas en los ojos e inmediatamente, levantó la cabeza mirando al gerente con determinación —haría cualquier cosa, incluso... obedecer sin poner en duda nada.

El hombre se quedó en silencio. Sergio sabía que lo había impresionado. Pensaba que había dado en el clavo y que su interpretación había sido magistral. Pero tenía que pasar la primera prueba, la que le garantizaría conocer el lugar el cual tanta curiosidad le había despertado. Mientras Ignacio seguía observándole con las palmas juntas enfrente de la boca, Sergio se limpió los ojos de las lágrimas falsas que había conseguido sacar. Finalmente, el gerente separó las manos de su cara, se reclinó enfrente y escribió algo en un papel.

—Mañana a medianoche, en este lugar —comentó Ignacio dándole el papel con la dirección de la nave industrial a la que había visto la gente entrar una semana atrás—. Aquí te trataremos bien, Sergio. Ya nunca más estarás solo.

—¿De verdad? —comentó él fingiendo emoción —¿Qué tengo que hacer?

—Presentate allí una media hora o una hora antes de la medianoche. Di que vienes de mi parte para formar parte de la hermandad. La Hermandad de los doce caminos de los siete santos.

—¿La Hermandad de los doce caminos de los siete santos?

—Así es. ¡Y una cosa muy importante! No hables de esto con absolutamente nadie. ¿Entendido?

—Por supuesto, señor —dijo Sergio alegrándose. Los dos se despidieron y Sergio se fue del lugar.

Era viernes por la noche y Sergio se encontraba en el bar *Tres Copas* tomándose un trago antes de ir a la reunión de la secta. Miró su reloj y eran las diez y media, por lo que decidió partir hacia allí cuanto antes. Caminaba por las calles, fijándose en las luces de Navidad que estaban decorando la ciudad, hasta llegar a la puerta de la nave industrial, donde sólo había uno de los guardias, el que la semana pasada lo empujó, y se acercó para hablar con él.

—Buenas noches...

—¡Fuera! —dijo el guardián de la puerta sin dejarlo terminar —Aquí no hay nada que ver.

—Vengo de parte de Ignacio Ramírez. Y quería formar parte de la

Hermandad de los doce caminos de los siete santos.

El hombre con los brazos cruzados se lo quedo mirando dudoso hasta que cambió su expresión a una más amable y lo invitó a entrar diciendo —¡Por favor! Entre y sea bienvenido. El Pastor Supremo le recibirá encantado.

A Sergio le asombró ese misterioso título, pero accedió a entrar sin más. Caminó por un pasillo oscuro, que se asemejaba a la entrada de una discoteca, hasta llegar a una gran sala con un inmenso estandarte con el dibujo de una mano de siete dedos, la misma que había visto la semana anterior, un pozo de fuego encendido y un par de personas vestidas con túnicas rojas hablando entre ellas. Se lo quedaron mirando hasta que aparecieron otros dos hombres por detrás suyo que lo agarraron de los brazos, comentándole que el Pastor Supremo le estaba esperando.

Casi por la fuerza, se lo llevaron a un despacho en donde había hombre con túnica azul sentado detrás de una mesa. El lugar estaba lleno de estandartes de la mano azul de siete dedos con el agujero en medio y dentro de éste una estrella dorada de doce puntas. El hombre que había allí sentado, tenía unos cuarenta años y una expresión enérgica en su rostro. Se quitó la capucha y extendió las dos manos para darle la bienvenida al joven.

—¿Cuál es tu nombre, alma perdida? —dijo el hombre de la túnica azul en un tono muy sereno.

—Me llamo Sergio, señor...

—Aquí todos me conocen como el Pastor Supremo. Guío a las almas perdidas en este mundo sombrío por los doce caminos de los siete santos. ¿Quién ha sido el discípulo que te ha traído ante mi presencia?

—Supongo que se referirá a quién me habló de este lugar. Se llama Ignacio Ramírez, dueño de la inmobiliaria *Casasabuenprecio*.

—Excelente. Verás, Sergio. Aquí damos apoyo a todas las personas que han sido rechazadas por todos los demás y les ofrecemos comprensión, amor y placer. Pero a cambio pedimos algo. Lo único que queremos es una completa entrega a nuestra causa.

—Claro, por supuesto. ¡He venido a darlo todo...! —Y luego rebaja su tono eufórico para cambiar a uno más solemne —Quiero decir, a entregarme a la Hermandad, Pastor Supremo.

—Maravilloso. ¡Dadle una túnica! Hoy empezará tu iniciación.

Uno de los hombres con túnica roja, le da a Sergio otra igual para que se la ponga. Al lugar llega un hombre trajeado, que Sergio reconoció como uno

de los que vigilaba la puerta la semana pasada, y le susurró algo al Pastor Supremo que le sorprendió alterándole ligeramente. Luego, el líder de la secta, le dijo al oído «Encerradlo para interrogarlo».

Empezaron a llegar las personas al lugar. Muchos de ellos se quedaron mirando a Sergio por ser nuevo y otros entablaron conversación con él. Uno de ellos era el gerente de la inmobiliaria, quien no había olvidado que sería su próxima víctima. Todos se reunieron en las cercanías del pozo de fuego, alrededor de unas cincuenta personas, y comentaron lo felices que estaban de encontrarse en ese lugar.

Cuando ya eran cerca de las doce y media, sobre el escenario elevado a un metro sobre el nivel del suelo y con una pequeña sección del medio ligeramente más avanzada que el resto, apareció el hombre al que llamaban el Pastor Supremo. No tenía más de cuarenta años, tenía una mirada enérgica, era moreno de un metro setentaicinco y parecía bastante musculoso a primera vista. Se quitó la capucha y entonces todos empezaron a prestarle atención. Comenzó a hablar para explicar cómo funcionaba ese culto, como todos los fieles eran ayudados por los demás miembros y los demás, eran ayudados por los otros. Sergio pensó que actuaban como una especie de sociedad secreta. Los presentes escucharon durante alrededor de una hora, las palabras del hombre al que llamaban el Pastor Supremo, concluyendo con una pequeña meditación de unos minutos. Una vez finalizada, el líder se fijó en Sergio y habló a todos los presentes.

—Hermanos y hermanas —dijo él en tono solemne y sereno—. Hoy tenemos el júbilo de una nueva incorporación a nuestra hermandad. Demos la bienvenida a Sergio, quien desde hoy, será uno más de nosotros.

Los demás asistentes aplaudieron y le dieron la bienvenida, pero el Pastor Supremo continuó con algo curioso mientras dirigía su mirada hacia Sergio.

—Serás bienvenido, siempre y cuando cumplas el ritual.

—¿Y en qué consiste el ritual? —preguntó Sergio dudoso.

El hombre sonrió e hizo señas para que trajeran algo al escenario. A Sergio le venían imágenes desagradables a la cabeza como que tendría que comerse la cabeza de una gallina viva o algo similar. Se estaba empezando a arrepentir de tener tanta curiosidad, pero al lugar llegó una mujer joven, de no más de treinta años, rubia de pelo largo, vestida con la túnica roja y llevando una especie de tabla portapapeles agarrada con la mano izquierda. En ella, había una hoja impresa que parecía un documento legal.

—Hermano Sergio, si quieres alcanzar la plenitud que proporciona la Hermandad de los doce caminos de los siete santos, debes comprometerte con nuestra causa y aportar, voluntariamente, parte tus posesiones materiales que sólo son un lastre para alcanzar tu plenitud. Firma esta petición y serás uno de los nuestros con todos los derechos.

—¿Voluntariamente? —preguntó Sergio al Pastor Supremo con tono sarcástico —¿Cuánto tengo que dar a la Hermandad?

—Empezarás con un diez por ciento. Luego, a medida que vayas escalando en tu plenitud, aportarás más, siempre con total y absoluta voluntariedad.

Sergio veía dónde estaba el engaño de ese lugar. Obligaban a las personas débiles y perdidas en la vida a regalar todas sus posesiones a ese hombre que era un completo estafador. Sergio se decidió a firmar con su mano izquierda y usando una rúbrica falsa por si acaso, aunque tenía intención de destruir ese papel tarde o temprano. Firmó mientras veía la mirada de satisfacción y extrema avaricia del hombre con túnica azul, el cual no sabía, que su nombre había sido añadido a la lista de la venganza de la persona a la que quería estafar.

Todo fue júbilo y alegría. Sergio ya era uno más de esa secta a la que había entrado por simple curiosidad mientras intentaba acabar con el hombre de la inmobiliaria. El Pastor Supremo indicó que para celebrar la nueva incorporación, debían entregarse a los demás, algo que Sergio entendió inmediatamente cuando los presentes empezaron a desnudarse. Se sorprendió de la absoluta naturalidad de la gente al ver cómo se dejaba dominar por sus bajos instintos, pero por alguna razón, su cabeza volteó hacia el escenario, donde el líder de esa secta, recibía una información que cambiaba su expresión de satisfacción y superioridad, a una de preocupación y enfado. Miró a Sergio pidiéndole que lo acompañara, el cual no tuvo tiempo de negarse, ya que dos hombres lo agarraron y se lo llevaron con ellos.

Llegaron a un pasillo en el que había unas escaleras que llevaban a un sótano, algo que hizo recordar a Sergio la casa de su antiguo jefe y de lo que tenía allí encerrado. Bajaron hasta llegar a una sala vacía con una camilla en medio en la que había un hombre atado, amordazado y con los ojos vendados. Sergio parecía reconocer a ese individuo amarrado, pero no acababa de averiguarlo. El Pastor Supremo se acercó por detrás, poniéndole una mano en su hombro izquierdo y le comentó con tono amenazante pero sereno:

—Este hombre ha venido siguiéndote. Es periodista. Y no sólo eso, tiene

contactos con una inspectora de policía de homicidios. ¿Tienes algo que contarnos, hermano Sergio?

—No sé quién es. Pero, ¿podrías quitarle esas cosas para que le vea la cara? —dijo Sergio mientras los demás aceptaron y le quitaron la venda y la mordaza. Sergio lo reconoció enseguida quedándose atónito; era el hombre que le había estado siguiendo los últimos días. Luego de unos segundos, le preguntó —¿Tú no eres el periodista ese que me ha estado siguiendo toda la semana?

—Por favor, señor Valcárcel —dijo el periodista muy asustado—. No me hagan daño.

—¿Qué haces aquí, si puede saberse?

—La inspectora Rubio me pidió que lo siguiera, pero no encontré nada que le gustó. Ayer me dijo que era un inútil y un tonto y por eso hoy le volví a seguir, para recuperar mi honor perdido. Pero mientras lo espiaba a usted entrando en este lugar, uno de los guardias me sorprendió y me encerró en una extraña celda.

—¿Has venido por propia voluntad? ¿Rubio o algún otro policía sabe algo?

—No, para nada. He venido por voluntad propia.

—Escúchame Sergio —interrumpió el Pastor Supremo—. Si de verdad este periodista, amigo de una inspectora de policía, no tiene nada que ver contigo, no tienes nada que temer. Pero debido a que queremos fiarnos de ti y darte la bienvenida a nuestra hermandad, debes demostrarnos que no tienes relación con este hombre.

—¿Y que quieres que haga?

—¡Mátalo!

—¿Estás de broma?

—¡Vamos, Sergio! —interrumpe el Pastor Supremo dándole una daga — Acaba con su vida y serás uno de los nuestros. Si te niegas, ambos moriréis.

—No es una forma muy amigable de empezar una próspera relación —dice Sergio agarrando la daga con su mano derecha—. Pero qué se le va a hacer. Siento que tengas que morir, pero tengo un objetivo y tú te has equivocado interponiéndote en mi camino.

—¡No, por favor! —grita el periodista con un tono lleno de miedo.

Sergio levantó la daga, cerró los ojos y dio un suspiro. Tanto el Pastor Supremo como las demás personas que había en esa sala, se quedaron en

absoluto silencio mientras sólo se oía al periodista rogar por su vida. Sergio abrió los ojos y descendió la daga con fuerza, que clavó directamente en el corazón del periodista. Éste murió en el acto. Tras unos segundos más de silencio, el Pastor Supremo le volvió a poner la mano en el hombro y le hizo una reverencia. Luego se dirigió a los otros hombres que había allí, diciéndoles que limpiaran las huellas del cuchillo y se deshicieran del cadáver. Posteriormente se volteó y habló con Sergio.

—Enhorabuena, hermano. Has demostrado que esta hermandad es más importante para ti que cualquier otra cosa. Lo tendré en cuenta.

Sergio se sentía calmado mientras veía cómo el líder de la secta se iba caminando esbozando una sonrisa de superioridad. Pero era consciente que había matado a alguien delante de otros, personas que eran testigos de su hazaña; todos debían morir. Y su misión, iba a empezar en ese momento, de modo que siguió al Pastor Supremo para hablar a solas con él en su despacho.

Aunque el líder de la secta tenía siempre a dos guardias que iban con él a todas partes, Sergio pidió hablar con el Pastor Supremos a solas. Éste parecía reticente en un principio pero acabó aceptando. El líder empezó a hablar de lo maravillosa que era la hermandad, pero Sergio lo interrumpió.

—Escúchame, Pastor Supremo —dijo Sergio en un tono soberbio—. Sé lo que tramas, sé que quieres robarles el dinero a todos y eso me da exactamente igual. Pero tengo una proposición que hacerte.

—¿De qué hablas, hermano Sergio —respondió él con un tono solemne y cordial—. Todos mis hermanos me dan sus bienes por voluntad propia.

—Veo que sigues hablando raro y sin querer entenderme —dijo Sergio sacando una pistola y le apuntó con ella—. Vamos a hablar en serio. Aquí hay unas circunstancias, de las que ambos nos podemos beneficiar. Tú te quedas todo su dinero y yo me quedo con otra cosa.

—¿En qué estabas pensando... Sergio? ¿Es ese tu verdadero nombre?

—Así es, yo no me escondo, señor...

—Víctor. Víctor Montoya.

—Tienes un apellido divertido. Pero vayamos a lo que interesa. Tú te quedas con el dinero y yo, me quedo con sus almas.

—¿Almas? ¿Qué quieres decir con almas?

—Todas las sectas como esta, lavan el cerebro a la gente para que les entreguen todo su dinero, pero hay otras que van más allá; haciendo que los fieles se suiciden. Todos salimos ganando. Tú te quedas con las propiedades y

bienes materiales y huyes del lugar. Yo les obligo a matarse y así nadie te perseguirá con sed de venganza.

—¿Qué clase de psicópata eres tú? Yo sólo mato en casos extremos, como el de antes.

—Qué interesante, sólo matas cuando tu negocio está en riesgo. Pero sí, soy uno de los peores psicópatas con los que te encontrarás. ¿Qué me dices? ¿Hay trato?

—Deja que me lo piense.

—Bien, te daré una semana —dijo Sergio levantándose de la silla—. Pero antes, devuélveme el documento que he firmado.

El líder le entregó el papel y Sergio se lo metió en el bolsillo para quemarlo luego. Se fue del despacho con la intención de salir de la nave, no sin antes quitarse la túnica para llevarla en la mano hasta su coche. Se subió en él y condujo hasta su casa, donde quemó el documento y se preparó para recuperar todos los años de vida que estaba perdiendo con los asesinatos. Si hacía que se suicidaran todas esas personas, no tendría problema para vengarse de todos los nombres de la lista, que esa noche, había añadido el de Víctor Montoya y los testigos de su asesinato.

Era lunes por la tarde y Sergio salía de su trabajo con la intención de subirse a su coche para alejarse del lugar, a su casa o a algún otro sitio. Cuando llegó al vehículo, se percató que se encontraba abierto pero con las puertas cerradas. Le pareció extraño haberse olvidado de ello y entró mirando si le faltaba algo en la guantera, pero todo estaba en orden. Se acomodó en el asiento del conductor y cuando iba a arrancar el coche, notó el frío tacto de una pistola en su cuello.

—No te muevas —dijo una voz femenina llena de ira que le resultaba familiar—. Quiero hablar contigo.

—¿Inspectora Rubio? —respondió Sergio con tono agotado —Esto ya no es divertido, es triste.

—Anteayer encontraron el cadáver de Mario Vargas con una herida de arma blanca en el corazón, además de con una daga sin huellas al lado. Sé que has sido tú, Sergio.

—No puedes acusarme de todos los crímenes que ocurren en esta ciudad. Además, no conozco a nadie con ese nombre.

—Es extraño porque te estuvo siguiendo. Era el periodista que nos encontramos hace más de una semana en el bar *Tres Copas*. ¡Lo mataste

porque te estaba siguiendo!

—Sé que fuiste tú quien lo envió a seguirme pero, creo que no vio nada sospechoso, ¿verdad?

—Hablé con él el jueves por la tarde y le dije que era un completo inútil porque dejó que lo descubrieras. Pero según sus compañeros, volvió a seguirte porque quería recuperar su honor perdido y demostrarme que podía encontrar algo que te incriminara. Lo hizo y murió por ello.

—De modo que me estás acusando porque tú le deshonraste y él, fruto de la desesperación, fue a buscar pruebas que no existían. ¡Tú me estás acusando porque eres incapaz de aceptar que ese hombre murió por tu culpa! ¿Quieres un asesino? Mírate en el espejo.

—¡Confiesa que lo mataste!

—Sal de mi coche, inspectora. Este tipo de actitud es lo que hace que las inspectoras de homicidios pierdan su placa. No me hagas informar a tus superiores.

—¡Confiesa, hijo de puta! —gritó la inspectora y Sergio salió de su coche gritando que tenía una loca en su vehículo. Él se había percatado de una patrulla de la policía que estaba patrullando por la calle en ese momento y les pidió ayuda.

Los policías salieron del vehículo apuntando al coche donde estaba la inspectora. Ella salió con las manos en alto, donde en una de ellas llevaba su placa de policía, y esto desconcertó a los agentes; pero Sergio fingió estar muy asustado por la persecución de esa mujer que usaba su posición de inspectora para acosarlo policialmente. Los agentes hablaron con ella, pero al ser su superior, no pudieron obligarla a irse, aunque ella aceptó y se marchó enojada del lugar. En ese momento, Sergio decidió darle un golpe a la inspectora, con la ayuda de la cámara de seguridad que tenía dentro de su coche y el testimonio de los agentes.

La Inspectora Rubio llegó a la comisaría al día siguiente. Era martes por la mañana y había estado toda la noche bebiendo para aliviar sus frustraciones. Nada más entrar, el comisario la llamó a su despacho. Esto le olía mal, parecía estar en el prelude de una derrota; ella pensaba en que sería posible que la suspendieran de sus funciones como inspectora. Entró en el despacho del comisario y éste volteó su silla; su rostro lo decía todo, reflejaba un tremendo enfado, pero a la vez parecía tener una actitud paternalista. La invitó

a sentarse y luego le mostró una hoja de papel.

—Inspectora Rubio —dijo el comisario dándole la hoja que resultaba ser una denuncia—. ¿Te suena el nombre de Sergio Valcárcel, no?

—Sí, señor —respondió ella con expresión de culpabilidad.

—Te ha denunciado por acoso. Te has colado en su coche y lo has amenazado a punta de pistola. ¡Esto es altamente irregular! ¿En qué estabas pensando!

—Lo siento, señor. Un hombre ha muerto por mi culpa. El dolor que sentía me ha llevado a perder la cabeza.

—Mira, Carla. Sé que estás sometida a mucha presión por los asesinatos de ese tal *Neo Azrael*, pero eso no es excusa para colarte en el coche de un sospechoso y pretender que te dé una confesión intimidándole con un arma. Si los mandos superiores se enterasen de esto, me obligarían a que te suspendiera de forma indefinida. Pero sé cómo eres. Cuando eras agente raso, ayudaste a muchos de los inspectores a resolver infinidad de casos. Eres una verdadera policía, de las de antes, alguien que está en el cuerpo por vocación; y además ascendiste a inspectora desde abajo, en lugar de entrar directamente por haber estudiado una carrera. Porque te aprecio, te voy a obligar a que te tomes unas vacaciones.

—¡Pero señor! No necesito unas vacaciones, lo que necesito es atrapar a Valcárcel como *Neo Azrael*.

—¡Y lo harás! Pero no en estas condiciones. Vete a casa. Descansa. Y cuando ya hayas puesto la cabeza en su sitio, vuelves. ¡Y por favor, Carla! No ahogues tus penas en la bebida.

—A la orden señor —dijo la inspectora que se levantó del despacho del comisario y se fue de la comisaría con una sensación de derrota.

Rubio vagó por la ciudad durante todo el día, caminando pensativa en su vida. Recordaba como su marido le había pedido el divorcio unos días atrás por haber descuidado su relación debido al trabajo y como había ignorado a su hijo durante los últimos meses. Ella se había marchado del hogar familiar y estaba viviendo en un cochambroso apartamento minúsculo de una sola habitación, donde su único entretenimiento, eran sus pensamientos atormentándola. Esa noche decidió ir al bar *Tres Copas*, donde posiblemente se encontraría con Sergio Valcárcel, al cual le pediría disculpas por su comportamiento el día de ayer. Pero esa noche no lo encontró allí y acabó bebiendo sola durante varias horas.

Volvió a su pequeño apartamento y acabó cayendo en el sofá en avanzado estado de embriaguez. Se tumbó en él y miró su techo lleno de humedades; pensaba en los últimos meses de su vida, cómo había ido descuidando su matrimonio al convertirse en inspectora de policía. También recordaba cómo a su hijo de siete años, apenas le prestaba atención debido a los casos en los que trabajaba y como éste le había dicho que la odiaba. Eso era lo más doloroso que sentía. Pero decidió levantar la cabeza y pensó en recuperar su relación con el pequeño durante sus vacaciones forzadas.

Al día siguiente, fue a buscarlo en su último día de colegio antes de las vacaciones de navidad. Iba contenta y esperanzada de recuperar la relación con su hijo, aunque no se esperaba encontrar lo que vio nada más llegar a la escuela. Sergio Valcárcel, estaba hablando con su hijo y el padre de éste y parecían buenos amigos. A Rubio se le pasaba una idea por la cabeza, y era si ese hombre al que había acusado de ser el asesino *Neo Azrael*, era el culpable de que su familia la hubiera apartado de su vida. Se quedó mirando la escena intentando no moverse del lugar, aunque lo único que deseaba era ir a arrestar a Sergio Valcárcel. Esperó a que se fuera y se acercó a su familia. Su ahora exmarido, se sorprendió de verla allí y su hijo miró para otro lado, como si estuviera enfadado con ella. Rubio preguntó nerviosa quién era el hombre con el que estaban hablando, y su exmarido le comentó que era un conocido suyo de negocios con el que había coincidido semanas atrás. Hablaba maravillas de él, como si todo lo que dijera fuera excelente, algo que molestaba a Rubio, quien les avisó de que no se acercaran a Sergio, porque era un tipo malvado y peligroso, pero su marido negó que fuera así. Él explicaba que lo convenció para que no malgastara su vida en una relación tóxica como la que tenía con la inspectora. Rubio ardía en furia. Sergio Valcárcel había estado destruyendo su relación personal para que le afectara en su rendimiento policial. Estaba delante de un verdadero genio malvado y no sólo iba un paso por delante, sino varios kilómetros adelantado. Se despidió de su hijo, quien parecía disgustado con ella y se fue del lugar. Esa noche volvió al bar para ahogar su pesar en un vaso de licor.

Pasaron varias semanas, incluso había cambiado el año, y Rubio se encontraba tumbada en el sofá de su casa con varias botellas de licor tiradas por el suelo. Eran pasadas las tres de la tarde del sábado, cuando su teléfono la despertó. Contestó y resultó ser el comisario, el cual le pedía que volviera al trabajo porque había habido un nuevo caso del asesino *Neo Azrael*.

Preguntó los detalles, pero el comisario sólo le dijo que debía ir a una nave industrial porque en el lugar había habido más de cincuenta muertos. Rubio se metió en la ducha, abrió el agua fría y una vez despejada, salió a toda prisa hacia la escena del crimen.

Cuando llegó, el mismo comisario estaba en la escena del crimen hablando con uno de los otros inspectores. Cuando el comisario vio a Rubio se despidió del otro hombre y fue a recibirla. Le preguntó cómo se encontraba, aunque su cara demostraba que tenía resaca, pero ella le contestó que bien, pero que quería ponerse a trabajar cuanto antes. Entraron dentro de la nave y la imagen que vio, lo decía todo; había más de cincuenta personas, cincuentaicuatro contabilizadas, tiradas en el suelo con sangre saliendo de sus bocas. Todos tenían un vaso vacío delante, excepto un par de ellos que se los habían llevado para examinarlos a fondo. Rubio intuyó que, por el olor que desprendían, podía tratarse de envenenamiento por cianuro, pero que estaba claro por el lugar en el que estaban, sobretodo por los estandartes y las túnicas, era una secta. Luego, el comisario la llevó al sótano, donde en una celda que tenían en esa nave, habían ocho personas asesinadas a golpes, aunque dos de ellos, tenían un disparo en la cabeza. Según la investigación inicial, todo hacía indicar, sobretodo por las heridas en los nudillos de cada uno, que alguien los había encerrado allí obligándoles a pelear hasta la muerte, y a los dos últimos, los habían matado desde fuera de la celda con una pistola. Pero allí no terminaba la cosa, subieron de nuevo y en uno de los despachos, había la sorpresa final. Una sala con una mesa y detrás de ésta, un hombre con una túnica azul, sentado con una puñalada en el pecho. Con su sangre, el asesino había dejado un mensaje en la pared: “NEO AZRAEL, HA VUELTO”.

—Verás, Carla —dijo el comisario—. En un principio, todo hacía indicar que alguien de los que tenían que morir, sobrevivió o no se tomó el veneno y fue a buscar venganza. Pero hemos encontrado documentos de cincuentaicuatro personas en las que depositaban todos sus bienes materiales a una sociedad de un paraíso fiscal. El mismo número de personas que las que hay muertas en el salón principal. De modo que puede tratarse de uno de la organización.

—Pero está el mensaje —respondió la inspectora pensativa—. Ese nombre no se ha filtrado a nadie que esté fuera de la policía. ¿Habéis comprobado mi correo por si se ha puesto en contacto conmigo?

—Sí, lo hemos hecho y hay algo que no nos cuadraba, hasta hoy. Siento mucho tener que decirte esto, pero... Quedas detenida como sospechosa de los

crímenes de *Neo Azrael*. Tienes derecho a guardar silencio...

—¿Está de broma, comisario!? ¿Cómo puede pensar eso de mí!?

—Lo siento, Carla. Pero ha sido una orden de la jefatura superior. El equipo forense ha encontrado tus huellas en varios de los vasos. Y además, tienen ADN tuyo. Tanto en los vasos como en el cuerpo de este fallecido; hemos encontrado varios de tus cabellos.

—¡Esto no me puede estar pasando! —dijo ella asustada y empezando a hablar con la voz entrecortada —Héctor, por favor. Usted me conoce. Yo sería incapaz de hacer algo así.

—Por favor, inspectora Rubio —añadió el comisario dándose la vuelta para no ver cómo dos agentes se la llevaban esposada —, no complique las cosas...

—¡Comisario! ¡Yo soy inocente! —Y dos agentes se llevaron a la inspectora Rubio esposada. La metieron en un vehículo policial y se la llevaron del lugar.

Mientras iba detrás en el coche patrulla, no podía dejar de pensar en la reacción que sentiría su hijo al saber que su madre había sido arrestada por ser una asesina en serie.

Una semana antes del incidente de la secta, el dos de enero de 2016, Sergio se encontraba la noche del sábado tomándose unos tragos en el bar *Tres Copas*. Mientras llevaba unos minutos en el bar, se dio cuenta que la inspectora Rubio estaba en una de las mesas, tirada sobre ella con el brazo izquierdo extendido y con una colección de más de cinco vasos vacíos. Se acercó y se sentó frente a ella, quien parecía estar en avanzado estado de embriaguez.

—¿Sergio Valcárcel? —dijo Rubio de un modo que era difícil entenderla —Por tu culpa estoy de vacaciones.

—¿Y eso es malo? —respondió él mofándose —¿Qué te ha pasado, inspectora; antes eras tan enérgica y decidida. Ya me enterado de que tu hijo te odia, ¿qué malo, no?

—¡Me odia por tu culpa! —dijo ella agarrándole del cuello de la camisa —Has sido tú quien me ha puesto en contra a mi hijo y a mi marido.

—Vamos, Carla; esa relación ya estaba acabada. Además, tu marido tiene una amante desde hace dos años.

—Mientes. Pero me da igual. Ahora lo único importante es mi hijo y

atrapar al asesino. Atraparte a ti, cabronazo —Y dicho eso, se cayó sobre la mesa quedándose dormida. Sergio la miró pensativo, considerando que esa mujer necesitaba algo de acción, por lo que planeó algo muy perverso para la inspectora. Debido a que quería llevar a cabo el suicidio masivo de los fieles de la secta, ya que su líder había aceptado colaborar con su plan, usaría los vasos que tenía enfrente para varios de los individuos que se tomarían el veneno que ya había adquirido. Si encontraban sus huellas, la relacionarían con las muertes, algo que le pareció gracioso; pero a parte de los vasos, necesitaba conseguir varios de sus pelos para esparcirlos por el lugar a fin de que no quedaran sospechas sobre su autoría.

Puso en marcha su plan aprovechando que Rubio seguía dormida por su ebriedad, agarró los vasos, que se los escondió en una bolsa de plástico vigilando no tocarlos con sus propias manos, y los reemplazó por unos distintos, que tenían otros clientes del bar, para colocarlos en la mesa donde estaba la inspectora y así disimular su hurto. Le pasó la mano por el pelo, a modo de cepillo, sacando varios cabellos que terminó metiendo en otra bolsa de plástico; y volvió a pasar sus dedos unas cuantas veces más hasta tener una cantidad más que razonable. Una vez finalizado, se levantó para irse del bar en dirección a su coche. Dejó los vasos en el maletero del coche con cuidado y abandonó el lugar.

Pasó una semana y ya era viernes de nuevo. Sergio se desplazó hasta el lugar de la secta a las nueve de la noche, donde estuvo hablando con el Pastor Supremo para concretar los últimos detalles de la ceremonia. La semana anterior, el líder les había convencido de entregarle todos sus bienes materiales, algo que harían efectivo esa misma noche antes de beberse el cianuro que Sergio había preparado. Ya tenían los documentos preparados para que los firmaran, algo de lo que Sergio se encargaría. El Pastor Supremo estaba nervioso, estaba ansioso por tener en sus manos todas las posesiones de la gente, pero Sergio sabía que nunca las llegaría a tocar. Se disculpó diciendo que tenía que ir al baño y salió del despacho.

Sergio había avisado a todos los miembros de la organización para que se presentaran antes de la ceremonia en el sótano. Cuando llegaron, les pidió que le acompañaran dentro de la celda que tenían en esa nave. Sergio entró primero, por lo que todos le acompañaron dentro y empezó a explicarles los detalles de la ceremonia que iba a realizar, además de cómo debían actuar si alguno de ellos sobrevivía. Mientras les hablaba dentro de la celda, Sergio

dijo que tenía que ir al baño con urgencia y que se quedaran allí, porque volvía en un minuto. Cuando Sergio ya estaba fuera de la celda, y sin que los otros se dieran cuenta, cerró la puerta con llave, haciendo que se extrañasen yendo a ver qué estaba haciendo. Él por su parte, se reía por lo fácil que le había resultado engañarles para dejarlos encerrados ahí dentro.

—Muy bien señores y señoras —dijo Sergio en tono soberbio—. Vamos a jugar a un juego muy divertido; se llama “el último que no muera, gana”. Vais a tener que mataros entre vosotros y el que sobreviva, lo dejaré marchar.

Las personas de la organización empezaron a decir si se había vuelto loco, pero él insistía en que quería que empezaran ya. Ninguno de ellos le creyó y se negaron a hacer nada hasta que, hartado de sus negativas, Sergio sacó una pistola, la puso entre los barrotes y disparó a uno de los guardias de la puerta en la cabeza matándolo en el acto.

—Tenéis una hora. Si hay más de uno de vosotros con vida, entonces moriréis todos —Y dicho eso, se fue para arriba dejándolos allí.

Volvió al despacho del Pastor Supremo entrando sin llamar y éste, una vez lo vio, le preguntó qué había sido ese ruido tan fuerte que se asemejaba a una explosión, pero Sergio sólo comentó que se trataba de una viga que se había desplomado del techo. Esto extrañó al hombre quien quiso levantarse de la silla, pero Sergio lo empujó a sentarse, haciendo que el hombre se asustara ligeramente. En ese entonces, Sergio, con los ojos inyectados en sangre, sacó una daga con la intención de clavársela.

—A mí, nadie me intenta estafar —Y bajó la daga impactándole en el pecho y directamente en el corazón. Se la sacó rápidamente y una gran cantidad de sangre brotó de allí.

Se quitó la túnica que llevaba, que aunque fuera roja se podían distinguir manchas extrañas, y la puso en una bolsa junto con la daga ensangrentada. Agarró un guante, lo mojó con la sangre que brotaba del cuerpo del hombre y escribió en la pared “NEO AZRAEL, HA VUELTO”. Antes de irse, dejó unos cuantos cabellos de la inspectora Rubio esparcidos por aquel lugar; mientras lo hacía, no dejaba de imaginar la expresión que tendría ella al ser arrestada.

Al estar preparando los papeles para que los fieles los firmaran y así confundir a la policía aun más, escuchó como la voz de un hombre le gritaba desde el sótano. Se acordó que ya había pasado alrededor de una hora de cuando había dejado a las otras personas en la celda para que lucharan hasta la muerte. Llegó al lugar y se encontró al segundo de los guardias jadeando,

con su ojo izquierdo arrancado mientras le brotaban gotas de sangre de los nudillos.

—He cumplido, Sergio —dijo el hombre mientras apenas podía mantenerse en pie—. Ahora sácame de aquí.

Sin mediar más palabras, Sergio sacó su arma y le disparó en la frente matándolo en el acto. Posteriormente, abrió la celda para asegurarse que todos estuvieran muertos de verdad y no fuera una estratagema de los que había allí; pero constató que ninguno de ellos seguía vivo, de modo que salió, cerró con llave de nuevo y se preparó para recibir a los fieles en nombre del Pastor Supremo.

Ya en el salón principal, esperó a que llegaran los cincuentaicuatro fieles que había en esa hermandad, entre los cuales, estaba Ignacio Ramírez, el gerente de la inmobiliaria que Sergio quería matar por haberlo ninguneado. Poco a poco, llegaron mientras Sergio estaba sentado en el suelo del escenario con los brazos cruzados y los ojos cerrados aparentando estar meditando. Ya había preparado todos los vasos con cianuro que estaban colocados ordenadamente en el salón, además de los documentos que tenían que firmar todos.

Una vez que no faltaba ninguno por llegar, Sergio le pidió al último que cerrara la puerta y tomara asiento. Luego, empezó a hablar tal y como llevaba haciendo desde hacía unas semanas, donde había estado lavándoles el cerebro para que terminaran con sus actuales vidas y dejaran volar libres a sus almas encarceladas. Decía que era la única forma por la cual los siete santos, les entregaran su poder de los doce caminos. Su poder de convicción era tan grande, que incluso uno de los miembros de la organización, quería también quitarse la vida a pesar de saber que era todo mentira.

Uno a uno, los fieles firmaron el documento donde entregaban todas sus posesiones a una sociedad y luego Sergio los depositó en un sobre que había preparado en el despacho del Pastor Supremo. A continuación, los fieles se bebieron el cianuro y en menos de cinco minutos, todos cayeron en un sueño eterno, víctimas de la elocuencia de Sergio, quien agarró su bolsa con la daga, la túnica ensangrentada marchándose de ese lugar con la intención de no volver dejando la puerta de la nave abierta para que encontraran los cadáveres. Esto le dio una idea; montaría varias sectas más para recuperar años de vida perdidos con la venganza. Debido a haber incitado al suicidio, su contador de años perdidos, volvía a estar a cero.

13. COBRANDO LA DEUDA

Habían pasado casi siete años desde el incidente de la secta. Sergio, había tenido mucha suerte en su trabajo. Le habían nombrado ejecutivo y su gran sueldo, le permitía ser propietario de una casa; algo que ya hizo realidad seis años atrás, cuando compró el piso en el que vivían Marlene, Silvia, Julián y Laila, que le salió muy barato debido a que había sido la escena de un crimen. Lo hizo reformar entero, sobretodo el baño, ya que allí habían descuartizado un hombre cuando aun estaba vivo. El resto del piso le encantaba; ya no tenía su balcón, pero sí tenía una estupenda terraza en el segundo piso, mucho más grande que su anterior salida al exterior. Debajo suyo, en su anterior apartamento, vivía una pareja joven con una niña de seis años; algo que le parecía gracioso, ya que allí había asesinado a su primera víctima, una niña de precisamente esa edad.

Durante todos esos años, Sergio había seguido asesinando a gente sin parar y cada vez con menos argumentos; ahora se creía una especie de dios. Incluso en algunos casos había matado porque le miraron mal, pero aunque él no sentía ningún remordimiento por las muertes, no se sentía satisfecho. Su dolor persistía. El daño recibido a lo largo de los años no se iba, a pesar de haber matado a más de mil personas y a pesar de poner en jaque a las autoridades policiales, donde nadie le hacía sombra. La exinspectora Carla Rubio, después de ser acusada de ser la asesina *Neo Azrael*, fue liberada de todos los cargos por falta de pruebas, aunque la expulsaron del cuerpo de policía y ahora se ganaba la vida como investigadora privada.

Mientras Sergio estaba una tarde de domingo pensando en si le quedaba alguien más a quien matar, recordó a su antigua novia, quien siete años atrás lo había dejado. No la había matado hasta la fecha, porque todavía sentía algo por ella, pero en ese momento sabía que la venganza tenía que realizarse. En un principio pensó en simplemente dispararle, pero no le acababa de convencer, así que salió de casa para pensar en ello. Caminó por las calles de ese caluroso mes de julio que, por alguna razón, cada vez hacía más frío. Continuó dando pasos, pero las piernas le empezaron a temblar por la baja temperatura. No entendía qué le estaba pasando. Las calles se quedaron

desiertas, sin ninguna persona caminando por ahí; no veía a nadie. Pero de golpe, le pareció ver una silueta a lo lejos; parecía una mujer aunque no la distinguía bien.

Una vez estuvo cerca, Sergio vio que sí se trataba de una mujer, pero iba desnuda, cubriéndose con una serpiente negra. La chica no debería tener más de treinta años, su piel era oscura y rojiza y su cabello parecía arder en llamas. Caminaba con paso tranquilo mientras se comía una manzana de color rojo. Se detuvo a un metro de distancia.

—¿Cómo estás, Sergio? —dijo la misteriosa mujer con una voz muy sensual y serena.

—¿Quién eres? ¿Y por qué vas desnuda?

—Sólo adopto una imagen agradable a los ojos de los humanos. Pero estoy aquí para darte el último nombre de tu lista de la venganza.

—¿De qué hablas!? ¡Te he preguntado quién eres!

—Vaya. ¿No recuerdas? Hiciste un pacto y ese acuerdo tenía unas cláusulas. Por cada persona que asesines, se te restará un año de tu esperanza de vida. Incita al homicidio o al suicidio y se te devolverán seis meses.

—Eres un demonio.

—No soy un demonio. Soy el rey del infierno; y si he venido personalmente, es para darte el último nombre de la persona que tiene que morir —Y la supuesta mujer le da una hoja de papel de tamaño pequeño—. Ten. Es para ti.

Sergio miró la pequeña hoja de papel y en ella estaba escrito su nombre en tinta roja. Arrugó el papel y lo tiró al suelo.

—¡Yo soy un dios! —dijo Sergio gritando con un tono soberbio —¿El rey del infierno? Tú no eres más que una basura. Nadie me dice lo que tengo que hacer. Seguiré matando, porque ésa es mi misión como dios de la muerte.

—Esa respuesta es muy fea, Sergio —respondió ella con un tono infantil—. Si no te mueres, voy a tener que hacerlo yo, y antes de que te vayas, el deshonor caerá sobre ti.

—¡Vete a la mierda, demonio de pacotilla! No vas a poder contra mí.

—Pobre Sergio... —dijo ella mientras se desvanecía. La temperatura volvió a la normalidad y la gente volvió a aparecer. Sergio, que se encontraba en mitad de la calzada, se apartó rápidamente y se subió a la acera. Estaba seguro que se había imaginado esa escena tan surrealista y continuó con su marcha.

Llegó a un parque y por casualidad, vio que allí estaba su antigua novia, sentada en una terraza de la cafetería del parque. Su exnovia Marta, se reía junto a quienes parecían su marido y su hijo de unos dos años y cuando los vio, sintió rabia. El dolor que no había conseguido mitigar con los crímenes esos últimos años, volvía y con mayor fuerza que nunca. Estaba enojado por la mujer que lo había abandonado por alejarse demasiado y ahora estaba feliz sin él. No le gustaba lo que estaba viendo, de modo que tomó la decisión de matar a su hijo frente a ella. Empezó a caminar hasta llegar delante de las mesas de la cafetería y se quedó parado. Ella lo reconoció y le sonrió, algo que a Sergio le sentó como una puñalada.

Estuvo parado allí durante unos segundos sin reaccionar mientras Marta le preguntaba si se encontraba bien. Tomó aire y sacó una pistola para apuntar al niño. Todas las personas que había en el lugar salieron corriendo, pero Marta, su marido y el hijo de ambos, se quedaron paralizados por el miedo.

—¿Qué... qué estás haciendo, Sergio? —preguntó Marta abrazando a su hijo con la voz temblorosa.

—Me abandonaste hace siete años, sólo porque me estaba alejando de ti. No me gusta verte tan feliz. Voy a hacer que en tu vida ya no vuelvas a sonreír. Voy a matar a tu hijo.

—¡No por favor! ¡Mátame a mí, pero a mi hijo no le hagas daño!

—No. Si tu mueres, no sufrirás. Si él deja de respirar, nunca más estarás feliz.

Sergio desplazó el martillo de su pistola hacia abajo, pero un ruido igual, se oyó a su izquierda.

—¡Fin del juego, *Neo Azrael!* —dijo la voz de mujer con tono amenazante.

—¿¡Carla Rubio!? —respondió Sergio sorprendido volteando la cabeza —¿Cómo? ¿Cómo lo has sabido?

—Por fin estás donde te quería. Has cometido el error por el que llevo siete años esperando.

—Imposible. La he seleccionado al azar hace una hora. Explícamelo cómo lo has sabido.

—Era cuestión de tiempo que fueras a por ella. He pasado los últimos siete años siguiendo las pistas hasta darme cuenta que tus crímenes no empezaron con los hijos de tus maestras. Supe lo que planeabas cuando visitaste a Julián Romero en la cárcel, para decirle que su hija había sido asesinada por su hermana Marlene; y no sólo eso, le incitaste a que se

suicidara porque su vida ya no valía nada. Y lo intentó, pero fracasó, y al ver que no moría, volviste para insistirle otra vez que su vida había terminado. Lo volvió a intentar pero fracasó y así tres veces más hasta que por fin murió. Algo extraño que, mientras lo investigaba de manera clandestina, me hizo darme cuenta de algo; y era que todo empezó con la muerte de Laila Romero. ¡Tú mataste a una niña! Luego, intentaste incriminar a Gabriel Rojas, tu compañero de trabajo, matando a Alicia Gutiérrez, una pobre e inocente chica de tu empresa. Después lo hiciste con los primos, hijos de tus maestras, y de allí en adelante, matabas por venganza directa, ya no hacías sufrir a tus víctimas matando a sus seres queridos; empezaste a asesinarlos tú mismo directamente. Pero hoy, estabas a punto de hacer lo mismo que al principio. ¿Por qué? Yo te lo diré. Tu exnovia Marta ha rehecho su vida mientras tú no eres más que un patético asesino en serie que no ha aportado nada al mundo durante todos estos años. Sólo has matado para intentar silenciar tu odio, el odio que sientes contra ti mismo y contra tu vida. Era cuestión de tiempo que llegaras hasta ella. Pero te diré una cosa, Sergio; el odio jamás disminuye por el odio.

—Bravo, Carla —replicó Sergio bajando la pistola y continuando en un tono derrotado—. Sabía que eras una fuera de serie aunque te subestimé en un principio. Pero te mereces recuperar tu honor y el lugar que te mereces. Sí, yo soy *Neo Azrael*. Yo he asesinado a cientos de personas estos últimos siete años, empezando por Laila, la pequeña niña de mis vecinos de arriba; ¿la razón? Molestarme a todas horas llamando a mi timbre. También maté a Alicia Gutiérrez para inculpar a Gabriel, quien se suicidó a las pocas semanas de entrar en prisión. Marlene y Silvia, las disparé, aunque eran unas verdaderas delincuentes. A los más de cincuenta de la secta de los doce caminos de los siete santos, los incité para que se suicidaran y a la organización, los maté también; eso sentó un precedente para las sectas que fundé durante estos años. Acabé con la vida de todas las mujeres que me habían rechazado en el pasado, de los que me intentaron estafar, de los que me pitaron conduciendo y decenas y decenas más. Y lo hice porque soy... un dios, y no un simple ser humano que no podía soportar el dolor del pasado. No hay lugar en este mundo para la basura como los que maté; todos merecían morir para contribuir al bienestar del dios de la muerte, o en este caso, *Neo Azrael, el arcángel de la venganza*. Marta, tal vez si no hubieras terminado conmigo, podríamos haber limpiado esta sociedad de las cucarachas que la infestan. Y ese niño sería el nuestro, el

cual continuaría con nuestra obra.

—Sergio... —dijo Marta a punto de llorar poniendo la cabeza de su hijo contra ella —¡Tú eres la cucaracha de la que nos tenemos que librar!

—Je je... Patético. Por cierto Carla, quiero decir, inspectora. Yo fui quien dejó los vasos con tus huellas y tus cabellos en la escena del crimen de la secta. Siento haber hecho que te suspendieran indefinidamente, sólo quería que tuvieras un poco de acción. Después de ti, ya no había nadie a tu altura y el juego se volvió aburrido.

—No merece la pena guardar rencor por algo del pasado, Sergio.

—Je... Qué gracioso. Ojalá yo hubiera pensado así hace siete años. Pero no voy a dejar que me detengas. Soy un dios, y los dioses no pueden vivir con los humanos, por eso los atormentan y los incitan a destruirse... ¡Inspectora Rubio! —dijo Sergio volteándose para apuntar a la inspectora con su pistola.

—Voy a contar hasta tres, Sergio. Baja el arma y pon las manos en la cabeza.

—Lo siento, pero no. Tendrás que matarme tú. Deberás mancharte las manos de sangre. Aunque dudo mucho que puedas matar a un dios.

—No vas a morir... y yo tampoco.

—¡Maldita! —Y Sergio apretó el gatillo pero no salió ninguna bala. Tras un segundo, volvió a hacerlo varias veces más pero el resultado fue el mismo, y en ese momento, Rubio le disparó en el hombro derecho. Sergio tiró su pistola al suelo por el tremendo dolor que sentía. De mientras, Rubio se iba acercándose lentamente hasta estar frente a él y apartó la pistola que estaba en el suelo con el pie.

—¡De rodillas! —dijo ella en un tono firme —Quedas detenido por los crímenes de *Neo Azrael*.

—¿¡Por qué no ha disparado la pistola!?! —preguntó Sergio con tono molesto —Yo no tenía que ser detenido. ¡Yo soy un dios!

—El seguro estaba puesto. Inconscientemente, no podías disparar contra tu exnovia o su hijo. Por eso, antes de llegar a este lugar, lo has bajado sin darte cuenta.

Sergio, mientras estaba de rodillas y siendo esposado por Rubio, empezó a reírse a carcajadas a viva voz. En ese momento, varias patrullas de la policía llegaron al lugar. Sergio Valcárcel, quien se había autodenominado *Neo Azrael, el arcángel de la venganza*, había terminado su carrera delictiva, dejando tras de sí, una estela de venganza que nadie podría igualar jamás.

EPÍLOGO

Pasaron unas semanas tras la detención del asesino en serie *Neo Azrael*. Carla Rubio recuperó su cargo de inspectora de policía; gracias al testimonio de Marta, la exnovia de Sergio Valcárcel y de la declaración de éste último justo antes de entrar en la cárcel, su honor fue restablecido. Ella afirmó que no se detendría y que seguiría con su firme voluntad de cumplir su sueño de llegar a ser comisaria de policía.

Mientras tanto, en una celda de aislamiento de la prisión, Sergio Valcárcel estaba tumbado en la cama y pensando en los años de vida que le quedaban por vivir y si era verdad que no dudaría mucho. Él se encontraba en una celda de aislamiento, debido a que en las cárceles, los asesinos en serie, y especialmente él, que no había hecho distinciones entre niños, mujeres y hombres, eran agredidos incluso hasta la muerte.

Empezó a sentirse muy extraño. Oía algarabía en los exteriores de su celda. Pensaba que podía tratarse de una pelea de reclusos, de modo que prefirió no prestarle mucha atención, hasta que la puerta de su celda, se abrió. Una muchedumbre de presos se agolpaba en el exterior de su calabozo. Sergio se incorporó cuando uno de los reclusos, un hombre de unos treinta años, entró y sacó un cuchillo fabricado de forma rudimentaria.

—¿Sabes quién soy, Sergio? —dijo el hombre lleno de ira —Me llamo Iván Romero Izquierdo. ¿Te suenan los apellidos?

—¿Deberían?

—Soy familia de Marlene y Silvia. ¿Las recuerdas?

—¿Pretendes que recuerde el nombre de todas las cucarachas que pueblan este mundo?

—No sabes las ganas que tenía de tenerte frente a mí, hijo de puta. Cuando me enteré hace unos días que tú eras su asesino, esperé pacientemente a que te trasladaran aquí. Y ahora, voy a vengar a mi madre y a mi hermana.

—La venganza no lleva a ninguna parte. Te lo digo yo que llevo siete años así. Pero adelante. Ahora lo recuerdo. No sabes lo que disfruté disparándoles y ver cómo morían. Y además, me encantó cuando me las follaba. Menudas putas estaban hechas las dos.

—¡Muere! —Y el preso empezó a apuñalar a Sergio sin parar. Le clavó el cuchillo varias docenas de veces en el torso y en la cabeza, pero él seguía con vida.

Llegaron los guardias que, rápidamente, lo trasladaron a la enfermería. Allí, tumbado en la camilla, Sergio volvió a ver a la mujer desnuda con la serpiente que se había encontrado semanas atrás; aunque esta vez vestía un gabardina completamente negra y no llevaba el reptil. Ella se le acercó y le susurró al oído: «Llegó tu hora». Unos segundos más tarde, Sergio murió.

Notas

[←1]

También llamado durmientes, son elementos, principalmente de madera, transversales al eje de la vía que sirven para mantener unidos y a la vez a una distancia fija a los dos raíles que conforman la vía.

ÍNDICE

<u>0. UNA VIDA NORMAL</u>	3
<u>1. LOS NUEVOS INQUILINOS</u>	4
<u>2. ESTALLA LA GUERRA</u>	12
<u>3. DESPERTANDO EL RENCOR</u>	17
<u>4. CAMINO SIN RETORNO</u>	21
<u>5. INSPECTORA RUBIO</u>	28
<u>6. FELICIDAD MACABRA</u>	30
<u>7. SUFRIMIENTO AJENO</u>	32
<u>8. ASESINO EN SERIE</u>	41
<u>9. VILLANO CONTRA JUSTICIERA</u>	49
<u>10. ÁNGEL Y DEMONIO</u>	56
<u>11. UN PASO POR DELANTE</u>	68
<u>12. CONTADOR A CERO</u>	86
<u>13. COBRANDO LA DEUDA</u>	102
<u>EPÍLOGO</u>	105